

Selecta

SANDRA BREE

*Pon un GEO
en tu vida*



Pon un geo en tu vida
Biología Un cuerpo muy especial 2

Sandra Bree

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

Este libro está dedicado a todos los lectores, sobre todo aquellos que amaron Un GEO para mi body, y me pidieron la historia de Lucas. Espero que disfruten tanto como yo al escribirla.

Y se lo voy a dedicar también a Melocotón, mi gato. Sí. Puede parecer que soy rarita. Yo diría que la culpa es de que empatizo mucho con todo el mundo. Pero él, en este momento, está ingresado en el hospital y lo echo mucho de menos. Estos días, no he tenido que quitarlo de mi teclado, ni apartarlo del monitor.

Melocotón, espero tenerte pronto de vuelta. ¡¡Estoy in love contigo!!

Prólogo

Colgué el teléfono y corrí al sofá antes de que se enfriase la pizza. Como la mesa estaba muy pegada al asiento, salté como pude por el respaldo de cuero gris y me dejé caer sobre el cojín con poderío. Ya no tenía edad para hacer esas cosas. Por lo menos consideraba que, con veintiún años, casi veintidós, no debía hacerlo, pero se me daba tan bien...

Mi amiga Soledad, una joven de cuerpo grandote y robusto, a la que le gustaba hacer de madre y que vestía una camiseta vieja, me regañó frunciendo el ceño bajo las gafas.

—Romperás el sofá antes de marcharnos y tendremos que pagarlo.

Llevé los ojos al techo durante unos segundos y resoplé. Cogí una porción de pizza, relamiéndome sin darme cuenta. Toda la casa olía a la masa recién horneada —en este caso, llegada de la esquina de Carmine Street—.

—Espero que no, porque a mí me sobra mes al final del sueldo.

—A ti y a todos.

—Estoy hablando en serio, Sole —le dije con solemnidad—. Yo, con lo que tengo, puedo vivir holgadamente hasta el final de mi vida, si me muero el jueves.

Ella bizqueó, divertida.

—No te quejes. Dentro de poco ganarás un pastón en una empresa seria.

Al recordarlo sonreí y mi estado mejoró de repente. Uno de mis sueños se había cumplido hacía poco tiempo. Después de todo, había merecido la pena

hincar los codos y luchar duro. Es verdad que hubiese preferido hacerlo cerca de casa y de mi familia, pero las cosas nunca salen como uno desea.

—De acuerdo, tienes razón —dije—. Yo pago la pizza.

—¡Pero si ya la he pagado yo! —se quejó, mirándome arrogante.

—Bueno, pues de la siguiente me encargo yo.

—¡Hay que ver el morro que tienes! Por cierto, ¿has hablado con tu tía?
—me preguntó, curiosa.

Asentí y empecé a engullir la pizza a dos carrillos mientras cambiaba los canales de la televisión con el mando a distancia. Era mi forma, o, mejor dicho, la excusa, de pensar lo que iba a decirle, porque el tema que Soledad quería tocar no era el que yo habría elegido en ese momento. Por otro lado, no me gustaba la pizza fría y correosa.

—Nena, ¿me vas a contar qué te ha dicho o te vas a hacer de rogar?
—insistió un pelín exasperada.

—No hemos hablado de gran cosa. —Me volví a encoger de hombros, esa vez con desinterés. Lo último que deseaba era desilusionarla. Con la lengua arrastré un hilo de queso fundido hasta meterlo en la boca—. Me ha dicho que tiene muchas ganas de verme.

—¿Y?

La miré sobre el hombro con una sonrisa.

—Desde que tiene novio está suave que te cagas. No sé por qué no se ennovió antes.

—Valentina, ¿le has dicho que te quieres independizar?

Bajé la vista a la mesa, con incomodidad. Ella esperaba que se lo dijese a mi tía cuanto antes. Creo que tenía miedo de que me arrepintiese o algo así. Pero yo tenía un runrún en el estómago que no me dejaba decidir. Soledad me

tenía estresada. ¡Era más pesada que un llavero de ladrillos! y eso que yo era una de las personas más calmadas del planeta. Tanto, que cuando me relajaba me confundían con una fotografía.

¿Por qué me tenía que sacar el tema en cuanto me veía hablando por teléfono? Mi tía solo había llamado para ver cómo me iban los preparativos para regresar a casa. ¡Volvía por fin a España, a mi tierra natal!

—Aún no, prefiero hablar de ello cuando llegue a Madrid.

—¿Por qué? —preguntó alzando una ceja—. No me digas que le tienes miedo.

Sonreí para mí misma. Mi tía era más dulce que un bizcocho... algunas veces. Otras, tenía más mala leche que el que puso la be y la uve juntas en el teclado.

—¡No, mujer! ¡Claro que no! Lo que pasa es que me gustaría decírselo de frente — ¡Joder, un poco de miedo sí le tenía, para qué negarlo! Además, quería estudiar su reacción cuando se lo fuese diciendo poco a poco, por lo que pudiese pasar—. Siempre se ha portado muy bien conmigo y sabes que la adoro. Puede que, cuando yo vuelva a casa, no sea un buen momento para ella.

—¿Te ha dicho algo que te haga pensar eso?

Negué con la cabeza. Varios mechones rojizos acariciaron mis mejillas. Llevaba la melena recogida en una pinza sobre la coronilla, pero tenía el pelo tan fino que enseguida se escapaba.

—Según ella, su trabajo de poli va bien y su relación amorosa está en el punto más álgido. —Y, si algo sucedía, no iba a contármelo para no preocuparme. La conocía como si la hubiese parido.

—¿Entonces? —Volvió a la carga.

—Entonces prefiero verla. —Soledad sabía de sobra que mi tía Laura era como una madre para mí. De hecho, me había adoptado cuando se murió la

mía, unos meses después de nacer yo y, cuando me fui a estudiar a Nueva York, lo pasó fatal, sin embargo, no me puso ninguna objeción y me apoyó en todo—. No puedo decirle por teléfono que quiero irme a vivir sola. Eso es todo.

—¿Estás segura de que eso es todo?

No pude evitar mirarla con los ojos entrecerrados. ¿Acaso creía qué...? Conté hasta cinco y resoplé.

—¡No pienses cosas raras y no inventes nada!

—Yo no...

La interrumpí. No quería enojarme con ella, porque yo solo me enfadaba por tres razones: por todo, por nada, y por qué sí.

—Anda, dime qué quieres ver en la tele. La programación de hoy es una caca.

Durante unos segundos, Soledad guardó silencio. Luego dijo:

—Pon lo que te dé la gana. Siempre lo haces.

No había nada que odiara más que su tono irónico y sarcástico cuando estaba irritada conmigo. ¡Ni que el mundo girase alrededor de ella!

Me sacudí las migas del pecho y elevé los ojos al techo para hablar con la misma persona con la que solía hablar mi beata y creyente abuela antes de morir: mi amigo invisible.

—¡Vete a la mierda, Sole!

—¡Claro! ¿Crees que no me he dado cuenta?

—¿Cuenta de qué? Mira, parecemos un matrimonio mal avenido. Te he dicho antes de todo que no pienses en gilipolleces.

—Para mí no es una gilipollez que hace dos días te haya confesado que me

gustan las mujeres y ahora, de repente hoy, decides que no quieres ir a vivir conmigo.

—¡Yo no he dicho que no quiera irme contigo!—exclamé—. ¡Te inventas las cosas! —Suspiré hondo. Normalmente siempre contaba hasta diez para tranquilizarme, pero me costó llegar hasta cinco. Las últimas veces, en nuestras broncas no pasaba de seis—. Solo te he comentado que quiero decírselo en persona. ¡A mí qué más me da si te gustan las tías! ¡Como si te gustan las cabras! Eres mi amiga y tu condición sexual no va a cambiar las cosas entre nosotras. ¿Y sabes algo? Pues que me ofende que pienses eso de mí. —Con furia cogí otra porción de pizza y, de tan fuerte como mordí el primer trozo, me sonaron los dientes. Sobre todo, me jorobaba que Soledad, después de cinco años de conocernos, creyera que le iba a dar de lado solo por ser lesbiana.

—¿De verdad todo va a seguir igual? —me preguntó con la voz temblorosa.

—¡Por supuesto que sí! —Asentí con convicción—. Me imaginaba que te gustaban las mujeres, pero, como nunca me has dicho nada, pues yo tampoco he sacado el tema. ¿Crees que no me he dado cuenta de que prefieres que venga la mujer del casero a darnos los recibos a que venga él? ¿O que siempre me dejas a los tíos más buenos y...? —Agité la cabeza acabando de caer en la cuenta de que también me dejaba a los más feos.

—¿Y?

—Y que también a los que son de belleza distraída —terminé de decir.

Soledad disimuló una sonrisa apretando los labios, pero yo, que era muy observadora, un gen heredado de mi madre adoptiva Laura Herreros, subinspectora del departamento de investigación criminal, lo vi enseguida y supe que ya no estaba molesta conmigo.

—De verdad, Sole, esto nada tiene que ver contigo. Estoy pensando que le

puedo decir a mi tía que regreso el domingo en vez del sábado, para que no me espere, así, tú y yo podemos quemar Madrid esa noche. ¿Qué te parece?

—No es mala idea.

—Celebraremos nuestra llegada a lo grande. ¡Claro que no es mala idea!
¡Es una idea cojonuda!

Capítulo 1

La luz del sol atravesaba la tela de la cortina e iluminaba el dormitorio lo suficiente para que Lucas se quedase observando al precioso geniecillo que dormía a su lado. Era una bonita pelirroja de piel blancuzca y unos labios tan sensuales que estaba deseando volver a besarlos. Sabía que cuando el geniecillo abriese los ojos, estos serían celestes con un iris perfectamente delineado en un tono más oscuro y también que, aunque pareciese dulce y delicada, su vocabulario era... era....

«¡Qué cojones! —pensó—. ¡Es una *palabrotera!*».

Respiró hondo y de pronto ella abrió sus ojazos para encontrarse con los suyos. Llevaba la melena cobriza revuelta sobre los hombros, por las horas pasadas en la cama.

—Hola, hermosa Valentina ¿Qué tal has dormido?

Ella pestañeó y miró con velocidad el dormitorio para luego posar los ojos en él con intriga.

—Bien —respondió carraspeando—. ¿Y tú... humm...? Perdona, ¿Cómo...?

Lucas se echó a reír. Se levantó y cogió unos holgados pantalones de algodón del suelo.

—Me llamo Lucas. ¿Te apetece desayunar algo?

—Bueno, aunque me tengo que marchar —alegó titubeante.

Lucas se volvió a mirarla.

—Un café y algo para llenar el estómago. —Sonrió divertido. Ella se había subido la sabana hasta el cuello. Desde luego no parecía recordar muchas cosas de esa noche, y él, seguro que no iba a olvidarlas nunca—. Si quieres, puedes darte una ducha. Allí está el baño.

—Vale, pero no voy a tardar mucho en marcharme —insistió.

—Tú misma. Eres libre.

—Oye —Ella se medió incorporó en la cama—, ¿tienes cola cao o cacao? Es que no tomo otra cosa por las mañanas. Una infusión también me sirve.

Él asintió.

—Sí, tengo algo de eso.

—Gracias.

Lucas salió del dormitorio dejándole intimidad y, sobre todo, dándole tiempo para despertarse del todo. Se la veía tímida y confusa, muy diferente a la locuela con la que se había acostado la noche anterior.

Al pasar junto al perchero, le llegó a la nariz un agradable olor a melocotón y mango. La cazadora de Valentina estaba colgada por una sisa, como si la hubiese puesto al voleo. Él la colocó y siguió hacía la cocina. Preparó unas tostadas con aceite y tomate, unos cruasanes, café y cola cao, que, por suerte, tenía de alguna vez que su amigo Daniel había ido a visitarlo con la familia.

Cuando el geniecillo apareció, con la melena húmeda y el mismo medio vestido negro, ajustado, de la noche anterior, sintió ganas de despejar la mesa del desayuno y comer otra cosa mucho más apetecible. Ella tenía el rostro limpio, sin una pizca de maquillaje, y estaba preciosa. Sus labios seguían siendo rojos y sexis, y las mejillas tenían el mismo tono sonrosado que cuando le había visto al despertar.

La joven observó la mesa y abrió aún más sus enormes ojos azules.

—¡Has preparado un banquete! ¡Si tardo un poco más en venir me tienes la comida de hoy y mañana metida en *tuppers*!

Lucas chasqueó los dedos.

—¡Pero bueno! ¿Cómo no se me había ocurrido? —Le gustó oírla reír. Tenía una risa burbujeante y cristalina—. No sabía qué te podía apetecer. —Se sentó en una silla y la invitó a que tomase asiento—. Después, si quieres te llevo a casa.

—Accedo al desayuno, pero una amiga va a venir a buscarme ahora. —Se acomodó frente a la mesa observando el banquete—. Acabo de hablar con ella y le he enviado mi ubicación. Espero que no te importe.

—No, en absoluto.

—Por cierto, —ella carraspeó llamando su atención. Algo que no hubiese hecho falta, ya que desde que había aparecido, contaba con toda la atención de él—, quiero que sepas que recuerdo todo lo que pasó anoche. Lo único que había olvidado era tu nombre. Sé que he quedado fatal con eso.

Lucas se echó a reír.

—No te preocupes. No es a la primera que... pasa. Estuvo muy divertida la noche, supongo que lo repetiremos de nuevo, ¿no?

—¡Vaya! —Ella suspiró profundamente—. Todo el mundo quiere que le pase algo bonito en la vida, pero yo no puedo pasarme por todos los lados. ¡Hay que joderse!

Él siguió con la broma.

—Eres un pelín creída, ¿no?

—Tal vez lo seas tú. ¿No es más fácil pedirme el teléfono que andarse con rodeos?

Lucas se encogió de hombros, algo confuso. No conocía a muchas mujeres

que fuesen así de directas.

—Aún no te has ido. Pero tampoco creo que me resulte muy difícil averiguarlo. Te llamas Valentina Vargas Herreros, naciste en Madrid y te puedo decir tu número de identificación.

Los ojazos azules se alzaron a él con una expresión mezclada por la sorpresa y el recelo.

—Me estas acojonando un poco, Lucas.

—Mira que eres mal hablada. —Le pasó su carné de identidad por encima de la mesa. Ella lo cogió con el ceño fruncido.

—¡Malhablada mis cojones! ¿Por qué tienes tú mi carné?

—Anoche me pediste que lo guardase porque no te apetecía abrir el bolso —respondió, tranquilo—. Cuando fuimos al último pub.

Ella lo recordó y se puso más colorada aún.

—Qué tonta estoy. Eso también lo había olvidado —le dijo, mordiéndose el labio inferior, con una risilla nerviosa.

Ese gesto hizo que una corriente eléctrica recorriese a Lucas el estómago, sacudiéndolo hasta lo más profundo de su imaginación. Se excitó de golpe y porrazo y recordó aquellos labios de fresa en cierta parte de su cuerpo, que en ese momento se había puesto duro como una piedra.

—Da gracias que has dado señales de vida antes de que me diera tiempo a avisar a tu tía —gruñó Soledad en el momento en que abrió la puerta del coche y tomaba asiento a su lado.

—Pues menos mal que no lo has hecho, si no, no hubieras tenido Madrid para esconderte.

—¡No conocías de nada a este tipo!

Soledad era mucho más curiosa e irritante que mi tía Laura. A veces parecía estar chapada a la antigua para tener solo veintidós años.

—Ahora lo conozco, se llama Lucas y está que te mueres de guapo. —Y era verdad, Lucas era muy alto, de cuerpo atlético, castaño y de maravillosos ojos pardos. Un tipo de lo más atractivo y varonil, fuerte, sexi... Por otro lado, tenía un tatuaje sobre un hombro. Los tatuajes me chiflaban, aunque en ese momento no podía recordar qué era. Mi memoria estaba algo perjudicada. Debía de ser por el tequila, achaqué. Eso sí, recordaba a la perfección su bonita sonrisa, que me daban ganas de mordérsela.

—Siempre lo he dicho, tienes cara de inocente, pero con una terriblemente pervertida —dijo mirándome de mal humor.

—¡Qué quieres! Me crie viendo Mowgli y siempre iba en calzoncillos.

—Sí, y la Cenicienta llegaba a medianoche, Batman conducía a trescientos veinte kilómetros por hora y Pinocho mentía. Ya me lo has comentado en otras ocasiones.

—Te has dejado lo más importante. Candy Candy tenía dos novios.

Soledad soltó una carcajada y me miró de reojo.

—Verás cuando te vea tu tía llegar así vestida.

Di un respingo en el asiento. Apostaba a que se había esfumado el color de mi cara.

—¿Qué quieres decir? ¿No vamos a pasar primero por el hotel?

—Pagamos hasta las doce. No llegaríamos a tiempo ni aunque pilotara Fernando Alonso.

Me puse nerviosa de repente. A punto de entrar en pánico.

—¿Y mis cosas?

—¿Dónde van a estar? En el maletero.

Respiré más o menos tranquila. Me había llevado un susto de muerte pensando que, tal vez, Soledad, se había olvidado mis maletas. No era la primera vez que lo hacía. Una vez nos fuimos una semana de vacaciones a Veracruz y, como yo iba con el tiempo justo de llegar al aeropuerto, ella debía facturarme las maletas. Pero no lo hizo. Las dejó sobre la cama de mi dormitorio y luego me echó la culpa diciendo que no le había avisado. Y otra vez, durante una acampada en Franklinville, fue ella la que abandonó el campamento con algunas de mis cosas. Al parecer porque había pasado una noche horrible. Regresó al campus sin despedirse de nadie. Y cuando digo nadie, es nadie. Me di una panzada a buscarla por todos los lados, muy preocupada —pensaba que la habían secuestrado o algo peor—, hasta que alguien me comentó haberla visto en la parada del autobús. Soledad era así. Le daban unos puntos muy extraños.

—Cuando puedas paras el coche que tengo que cambiarme.

«Y comprobar que las maletas están», me dije mentalmente.

—De acuerdo —murmuró ella, con los dientes apretados—, por cierto ¿has vuelto a quedar con ese?

—Sí, bueno, me va a llamar por teléfono.

—¿Y te lo has creído?

La fulminé con la mirada.

—¡Joder, Sole! Eres una negativa de mierda. Si quiere llamarme que lo haga, y si no, pues tampoco pasa nada, más se perdió en Cuba y vinieron silbando. Aunque tengo que admitir que ese hombre está de vicio.

«Y todo lo me hizo anoche fue un vicio», pensé.

—Me pareció que era muy alto.

—Así es, más largo que un domingo sin dinero. Pero en la cama sobran los pies. Échate aquí a un lado. —Le señalé la acera junto unos árboles.

Soledad paró. Era una calle poco concurrida del polígono industrial. Bajé del coche, abrí el maletero y, como quien abre el armario, empecé a cambiarme de ropa, con cuidado de no enseñar mis vergüenzas e ignorando a los pocos vehículos que pasaban, sobre todo a esos que tocaban el claxon y me decían obscenidades.

Media hora después llegábamos a mi casa. Soledad no quiso subir y se despidió en la misma puerta con la promesa de que me llamaría. Se lo agradecí mucho porque me apetecía estar con mi tía a solas y achucharla. Ella me esperaba como agua de mayo y durante los primeros minutos todo fueron abrazos, besos y miradas de curiosidad.

—¡No puedo creer que ya estés aquí! —me decía una y otra vez haciéndome girar como si fuese una peonza. No sé ni como no me mareé—. Te he echado tantísimo de menos que, si no hubieses venido, me habría mudado yo a Nueva York.

—Mentirosa. No entenderías ni papa.

—Aprendería inglés.

—¿Dejarías a tu novio?

Ella se echó a reír como una tontaina y se encogió de hombros.

—¿Quién ha dicho que tengo novio? Ya soy mayor para eso. Vamos a dejar tu equipaje en el dormitorio y hablamos.

—¡Mayor, dice! —Agité la cabeza, divertida—. Amante, entonces.

Me dio una colleja.

—¡¿Qué dices, niña?!

¡Cuánto la había echado de menos todo ese tiempo! Era una delicia volver a estar en casa.

—¿Y Su? —Susana era la compañera de piso de mi tía desde que yo me

había marchado a Nueva York.

—Hoy se ha buscado planes para que pudiésemos estar solas y contarnos nuestras cosas.

En la habitación, mi tía puso una de las maletas sobre la cama y empezó abrirla. La observé con una sonrisa en los labios. Ella estaba estupenda. Era delgada con poco pecho, de un metro sesenta y cinco de altura más o menos, como yo. Se había cortado el pelo de una manera muy moderna y, aunque era rubia oscura, llevaba unos reflejos rojizos que la hacían muy atractiva.

—Yo también te he echado mucho de menos. —Me acerqué a ella y la abracé largamente. Desde que tenía uso de razón, mi tía siempre llevaba el mismo perfume. Lo inhalé llenándome de él y de todos los recuerdos que me trajo—. No me deshagas la maleta. Yo misma lo hago, por favor.

Asintió.

—No has comido todavía, ¿verdad? Te estaba esperando.

—No. —Me acordé del abundante desayuno y del cocinero sexi. A ese sí que le daba yo estrellas Michelin, pensé—. Pero no tengo mucha hambre.

—He pedido comida mexicana. Antes te encantaba.

—Y ahora también. ¿Hay nachos?

—Sí, voy a ir poniendo la mesa. Luego, si quieres termino de ayudarte con el equipaje.

Intenté darme la más prisa posible. Soledad me hubiese advertido de que era una tontería deshacer las dos maletas cuando me iba a mudar muy pronto, pero yo sentía la necesidad de pasar un tiempo en casa. Saqué toda la ropa rebelándome a ella y, aunque no llegué a colocarla por completo en el armario, lo que faltaba lo puse a los pies de la cama, para hacerlo más tarde.

—Oye, Valentina —dijo mi tía al verme entrar en la cocina—, lo que me

comentaste el otro día sobre Sole, ¿es cierto?

Me llevé la mano al corazón. Un gesto exagerado que solía hacer para convencer a los demás de que lo que decía, era verdad. Por lo menos ya no hacía el juramento *scouts*.

—Cierto del todo. Me dejó muerta.

—Nunca lo habría imaginado. ¿Qué le dijiste?

—Que no me importaba que fuese homosexual. Es verdad. —Mi tía me miró arrugando el entrecejo—. ¿Eh? ¡No me importa!

—¿No se te ha ocurrido pensar que puede estar enamorada de ti? —preguntó, preocupada.

—¡No! —Solté una carcajada desorbitada—. Estoy segura.

—¿Cómo puedes estarlo?

De ser así yo habría notado algo, ¿no? Agité la cabeza, convencida. Me senté frente a la fuente de nachos y me serví una buena cucharada sopera de guacamole.

—Porque Sole es tan ñoña como tú en eso del amor y de sus cursilerías. Me hubiese dado cuenta, ¿no crees?

Ella agitó la cabeza con una mueca extrañada.

—Lo que te sucede es que eres más bruta que un yogurt de morcilla, Valentina. Que eso le pase a alguien que ha tenido algún desengaño amoroso, lo entiendo. Pero a ti... ¿No me digas que no te gusta que te regalen flores o bombones?

—No sé. Si no fuese porque soy alérgica al polen, los bombones de licor me dan asco y los normales se me pegan en los dientes y no lo soporto... puede que a lo mejor me gustase. Aunque, ¡qué coño! Donde esté un buen bocadillo de jamón de bellota que se quiten todas esas tontunas.

Laura se echó a reír.

—Supongo que dices eso porque no tienes a nadie que te haga tilín. ¿O me equivoco?

—¡No! —De nuevo cruzó por mi mente la imagen del hombre castaño. Todo dorado, musculoso y maravillosamente sexi. Sus hermosos ojos pardos y gatunos provocaban el mismo efecto que un imán sobre el hierro, y la boca... «hum, esa boca tan sensual, cálida, abrasadora...»—. ¡Ni de coña!

—¡Cachito! ¡Tú tienes a alguien! —exclamó soltando una carcajada emocionada—. ¿Quién es? ¡Cuéntame!

Abrí y cerré la boca varias veces. Por la boca muere el pez, pensé.

—¡Que no hay nadie! —gruñí, corriendo a meter la cabeza en la nevera. No buscaba nada, pero tenía que fingir que sí. O pensaba rápido o cogía una pulmonía. Había olvidado que mi tía era policía.

—¡Venga ya! Si te hubieras puesto más colorada serías amapola.

—¡Qué colorada, ni qué colorada! Estás flipando en colores. ¿A ver si es que tu Romeo no te da todo lo que tú quieres? Porque si es así, es mejor que cambies de novio.

Volvió a soltar una carcajada.

—Perdona, yo estoy muy contenta con Salmerón. Aunque, para ser honesta, te repito una vez más, que él no es mi novio. Solo nos vemos cuando nos apetece y lo pasamos bien, nada más. La cosa no es seria y yo tampoco quiero que lo sea.

Cogí una lata de refresco, presintiendo que había pasado el peligro de ser interrogada, por el momento. Me senté de nuevo.

—¿Y por qué?

Laura se encogió de hombros y suspiró hondo.

—Es... complicado. De momento me quedo con que estamos bien como estamos.

—Si quieres hablarme de él puedes hacerlo, pero no hace falta que entres en detalles. El amor es una enfermedad mental grave.

—¡Mira que eres boba!

—¡Ah! Y te agradecería que no volvieses a llamarme «cachito». Cuando era pequeña puede que estuviese bien, pero ya tengo veintiuno y eso de «cacho-carne-con-ojos» ya no mola.

Capítulo 2

Dos semanas después

Durante varios días, Lucas se estuvo acordando de la bonita pelirroja del sábado noche, y hasta estuvo a punto de llamarla, solo para saber si le había dado el contacto verdadero, pero no la llamó. Tiró su número de teléfono.

Él pertenecía a los cuerpos especiales de policía. Desde pequeño siempre había querido saber lo que era llevar pistola, conducir a mucha velocidad y, sobre todo, ser un héroe.

Sus padres no habían creído que pudiese llegar a ser policía, y a Lucas no le extrañaba nada, porque en su preadolescencia, adolescencia y juventud, siempre fue bastante rebelde. Sacaba muy buenas notas, pero estuvo más tiempo expulsado del instituto que dentro de él.

Hacía cinco años, cuando tenía veintitrés, se fue a vivir solo. Sus padres estaban atravesando una mala época —la llevaban atravesando desde que Lucas tenía uso de razón— y al final habían decidido divorciarse. Ahora estaban mucho mejor, cada uno por su lado.

Aunque ellos nunca le dijese nada, Lucas sabía, o al menos creía saber, que habían estado todo ese tiempo juntos por él y, desde luego, él no se lo había puesto nada sencillo. Quizá, lo bueno de su separación era darse cuenta de que no había sido el culpable de que dejaran de quererse, si es que alguna vez lo hicieron.

Reconocía que después del divorcio las cosas habían sido un poco complicadas. Su padre se había marchado a vivir al pueblo con la abuela, y su

madre, con lo que había sacado de vender la casa donde le habían criado, después de repartirlo, se había comprado un apartamento más pequeño.

Lucas estuvo viviendo con ella varios meses, hasta que consiguió un buen sueldo y la independencia. No quería darle más trabajo del que ya tenía. Ella había conseguido un puesto de celadora en el hospital en el que estuvo trabajando de joven y a veces llegaba tan cansada a casa que no le apetecía ni cocinar.

El geniecillo pelirrojo casi había tenido razón con lo de los *tuppers*. A Lucas le gustaba cocinar y era él quien solía llevar comida a su madre en esos envases. No vivía lejos de ella y le gustaba pasar a saludarla cuando tenía tiempo. Sin embargo, con su padre la relación era más bien fría y, desde hacía muchos meses, solo por teléfono y wasap.

En la comisaria tenía buenos amigos y compañeros, y luego también estaba Laura Herreros.

Laura y él no podían decir que estuviesen juntos, aunque de vez en cuando echaban algún polvo. Ella era dieciocho años mayor que él —tenía cuarenta y seis—, también policía, aunque de la DIC, el Departamento de Investigación Criminal. La subinspectora Herreros.

No se veían todos los días, pero sí que coincidían bastante, además que ella colaboraba mucho con su equipo y viceversa.

Cuando estaba con ella le aportaba mucha tranquilidad. Él siempre había sido puro nervio, diagnosticado por el pediatra con tener algún síntoma de hiperactividad cuando era niño. La PlayStation y las consolas le ayudaron mucho, y aún seguían haciéndolo. Su juego preferido era uno que estaba muy de moda llamado Fortnite, y en el que jugaba con otras personas *online*. Laura lo sabía e incluso llegó a jugar algunas partidas con él, pero enseguida se ponía histérica y al final siempre acababan manteniendo sexo, para calmarse.

Lo que más le gustaba de la subinspectora era que no fuese celosa. No le

importaba que él saliese a divertirse de vez en cuando con sus amigos, ni que se liara con alguna mujer —la verdad es que eran pocas—, como era el caso del geniecillo pelirrojo del sábado.

La vida de Laura tampoco había sido un camino de rosas. Se le había muerto su hermana menor cuando ella era muy joven, y se hizo cargo de su sobrina. Se podía decir que la había criado bajo unas circunstancias bastantes dramáticas.

Lucas no conocía a la chiquilla. Cuando Laura y él comenzaron, la joven, estaba estudiando en Nueva York unos másteres.

La semana anterior, Laura le había comentado que su sobrina regresaba a España el domingo con un contrato de trabajo, por lo que casi seguro muy pronto la conocería. A él no le apetecía nada. Le importaba una mierda si la gente murmuraba sobre la diferencia de edad de Laura y la suya, porque sabía que al final la subinspectora y él no iban a terminar juntos. Lo sabían los dos y ese había sido su pacto desde el principio. Pero conocer a esa muchacha le ponía nervioso. Era como si, de algún modo, le pudiese llegar a comprometer. Y él no estaba enamorado de Laura. No se imaginaba el resto de su vida junto a ella. Hubiera parecido egoísta si pensase que deseaba encontrar a su mujer ideal, formar una familia y tener hijos. Pero tampoco quería eso. Estaba bien como estaba y no necesitaba explicarle todo eso a la sobrina de Laura cuando su tía y él lo dejaran, algún día.

A las ocho de la mañana, si no había ninguna operación especial, entraba a trabajar. Un cuarto de hora antes pasaba por la cafetería para ver si algunos de sus compañeros estaban allí. Daniel antes solía ir mucho, pero desde que se había casado desayunaba con su mujer, Silvia, y llegaba con el tiempo justo de aparcar.

Cuando Lucas llegó a la comisaría ese día, Daniel estaba allí. Miraba unos documentos en su escritorio.

—El comisario ha convocado una reunión en diez minutos —le avisó nada más verle—, vamos a tener que hacer una salida.

Lucas asintió.

—¿Qué ha pasado?

—Han llamado con amenaza de bomba en la torre Azahar. Ahora mismo están comprobando el aviso.

Lucas se acercó a su mesa y observó que tenía los planos de arquitectura de la torre.

—¿Son pisos? —preguntó.

—Doce plantas de oficinas. Muchas de ellas están vacías, pero hoy están preparando una exposición de artilugios tecnológicos y un servicio de *catering*. Es posible que tengamos que desalojar a todo el mundo mientras los TEDAX[1] encuentran el explosivo.

Daniel no se confundía. Él era muy bueno en su trabajo y uno de los mejores jefes que Lucas había tenido, aparte de ser muy amigo. El comisario ordenó la salida.

Se pusieron los uniformes, se metieron en el furgón y, durante todo el recorrido, fueron especulando en cómo acabaría aquella misión. Lucas apostaba a que solo era una falsa alarma, alguien que había querido hacer la gracia con la amenaza de bomba.

Llegaron a la torre Azahar. Otras brigadas de diferentes comisarías ya estaban allí y habían despejado la calle de curiosos. Esa clase de sucesos siempre producía mucho interés y morbo, y la gente no entendía que a los policías no les importaba nada que estuviesen allí o no. Lo único que les preocupaba era tener las vías de escape libres de obstáculos para poder salir por patas si la ocasión lo requería.

—¿Se ha desalojado todo el edificio? —preguntó Daniel, nada más llegar,

a uno de los agentes que custodiaba la alta puerta principal.

El hombre negó.

—Aún no han dado la orden, aunque creo que en las oficinas no hay nadie.

—¿Y los que organizan el evento?

—Siguen trabajando como si nada.

Daniel frunció el ceño y miró a Lucas, extrañado.

—Ve a ver qué está ocurriendo y me informas.

Lucas asintió y se abrió paso hasta el interior del vestíbulo. Había compañeros cerca de las puertas metálicas de los dos ascensores y algunos más en el inicio de unas anchas escaleras de mármol. El suelo del vestíbulo estaba cubierto de una moqueta granate que amortiguaba el sonido de las pisadas.

Le pidió a un oficial que le dijese qué era lo que estaban haciendo. Este le contestó que volvían a registrar todas las oficinas de las doce plantas. Luego le señaló las dobles puertas que accedían a la sala de exposición, donde estaba trabajando el personal de eventos.

Lucas entró un poco impresionado por todo el barullo que había allí. Un montón de personas colocaban mesas, montaban mostradores y estanterías, esparcían sillas y banquetas por todos lados... Le costó llegar hasta la persona que dirigía todo. Era una mujer que vestía con americana gris y una estrecha y corta falda a juego. La cual, por cierto, mostraba unas estupendas piernas. Era delgada, con curvas donde debían estar y los altos tacones le hacían parecer más alta de lo que era.

Ella estaba de espaldas a él. Le llamó la atención su cabello cobrizo y su manera de moverse, pero sobre todo la confianza que aparentaba tener en sí misma. La mujer se dio la vuelta hacia él cuando alguien le advirtió de su presencia.

El precioso geniecillo pelirrojo parpadeó con sorpresa y le regaló una espléndida y maravillosa sonrisa.

—Hola, mi bella Valentina. No sé si eres consciente de lo que está pasando en la torre.

Al principio no le reconocí por culpa del uniforme. Eso sí, su sonrisa era inconfundible.

Lo último que había esperado era que Lucas —recordé su nombre a la primera— fuese policía. No sé, quizá por lo del tatuaje en su hombro, que claro, en ese momento no se le veía. Pero lo que más me sorprendió de todo fue que se dirigiese a mí como si me hubiera visto el día anterior y no desde hacía dos fines de semana. Me dieron ganas de responderle: «¿Y tú eres consciente de que aún sigo esperando tu llamada?». En vez de eso, me hice la profesional y le dije:

—Todavía nadie nos ha dicho que tengamos que desalojar. Hasta que no nos avisen, seguiremos trabajando.

—O eres muy valiente o muy estúpida.

Tomé aliento y desvié la mirada un segundo. Le recordaba alto, pero no tanto, mi cabeza terminaba justo donde empezaba su cuello. Y vestido con el uniforme, las botas de asalto, las armas en su cintura... ¡Era impresionante! ¡Y condenadamente guapo!

—No soy ni una cosa ni la otra —le contesté, molesta. ¿Quién se creía que era para insultarme? Primero me llamaba bella, cosa que me desconcertaba, y ahora estúpida—. Si no hago este trabajo, mis jefes encontrarán a otro que lo haga. Lo de la bomba no es más que una mentira. Ya han mirado la torre de arriba abajo y no han encontrado nada. Y ahora creo que lo están registrando todo otra vez.

Me estudió con atención y sentí un asombroso calor por todo el cuerpo. Mis ojos se quedaron atrapados en los suyos.

—Lo que debes hacer es salir de aquí y sacar a toda esta gente, hasta que el edificio esté asegurado.

—Pues gracias por la advertencia, Lucas. Pero tengo mucho trabajo; si no te importa, márchate. Me harías un gran favor —le despedí. Me ponía nerviosa y me excitaba a un tiempo. ¿Cómo era posible si ni siquiera me estaba tocando? Me di la vuelta para seguir con mis compromisos. Él me cogió del codo y me obligó a mirarle de nuevo.

—Estoy hablando muy en serio, Valentina. Es peligroso que estés aquí.

Aunque no me hubiese llamado por teléfono desde aquel día, cosa que me había molestado horrores, le noté sincero y preocupado, y algo se me removió por dentro. Ese hombre me gustaba mucho, aunque, por supuesto, no pensaba admitirlo en voz alta.

En ese momento pensé que quizá no me había llamado porque tenía mucho trabajo. Ahora que sabía que era policía, me daba cuenta. Mi tía llevaba toda la semana haciendo horas extras. Era una tontería, pero podía ser, ¿no?

—¿Crees que puede haber una bomba de verdad? —le pregunté, algo más preocupada.

—Puede ser.

Miré a todos los que estaban trabajando para el evento. Obedecían órdenes mías. ¿Qué tal si ocurría algo y yo era la única culpable? Asentí.

—Los voy a mandar a todos a desayunar, pero solo podremos estar fuera veinte minutos. ¿Te parece?

Extendió la mano para acariciarme la barbilla y, con suavidad, pasó su pulgar sobre mi mejilla. Me guiñó un ojo y no pude evitar soltar un descarado suspiro seguido de un estremecimiento. ¡Quería volver a estar con él!

—Gracias, Valentina. Nos vemos luego, voy a avisar al equipo.

Le vi marcharse y aunque sabía que, a lo mejor, no nos volveríamos a ver
—Madrid era muy grande—, me ilusioné con ello.

Capítulo 3

Me volví hacia Carla y le hice una señal para que les diera permiso a todos y abandonaran la torre. Carla era mi ayudante en aquel proyecto.

En Estados Unidos yo había conseguido un máster en Organización de eventos, Protocolo y Turismo de negocio, y otro en Marketing, Comunicación y Organización de eventos de moda, así como Asesoría de imagen.

Siempre me había gustado organizar todo, desde fiestas de cumpleaños hasta excursiones y viajes con los amigos. Era sociable, con bastante capacidad de comunicación y creativa. Sabía liderar y era muy rápida y eficiente a la hora de dar soluciones. En Nueva York me hicieron varias ofertas de trabajo, pero no me pude resistir a elegir una de las que tenían sucursal en Madrid para estar cerca de mi hogar.

Estando en la cafetería situada en frente del edificio Azahar, vi llegar a mi tía Laura. Ella vestía con pantalón de pinzas, blusa blanca y chaqueta de algodón con solapas.

Le hice una señal y se acercó a abrazarme.

—¿Qué haces aquí, tía? —le pregunté, curiosa.

—Me han comunicado dónde era la amenaza y me vine corriendo. Necesitaba verte.

—Estoy bien. Seguramente ha sido algún gilipollas. El mundo está lleno de ellos y están colocados de manera estratégica para que cada día te encuentres al menos con uno.

Ella sonrió y agitó la cabeza. Mi tía no era mucho de sonrisas. La gente decía que era fría, sería y calculadora. Pero yo, que la conocía más que nadie, sabía que no era así. Lo que ocurría era que tenía mucha templanza y autocontrol y no le gustaba que las personas supieran que, en el fondo, era una sentimental. ¡Anda que no lloraba con *Ghost* cada vez que la veía!

En mi caso, nadie podía decirlo, porque de chorradas y cursilerías soportaba las justas. Mi tía tenía razón al decir que yo era de las que a veces se merecían una palmadita en la espalda, pero con una silla. O una caricia bajo la lluvia con un cable pelado.

—De todos modos, no entres hasta que terminen de revisarlo. Creo que ya no falta mucho —me advirtió.

—Eso espero. Aun así, se han puesto tantos policías en la puerta que no creo que nos dejen acercarnos.

Habían levantado una especie de barricada con furgones y vallas de color mostaza.

Sonó su teléfono móvil y lo cogió enseguida. Se puso a hablar con rapidez. Adiviné que la llamada era de Castillo. Él era su compañero de trabajo, pero también era alguien muy especial para nosotras. Colgó y echó un vistazo a la calle antes de decirme: —Tengo que marcharme, cachito. Nos vemos en la cena y así me dices eso tan importante que querías contarme antes.

Quería decirle que me independizaba. Tenía que haberlo hecho la semana anterior, pero lo había ido dejando por pereza y por lo cómoda que estaba en casa, pero Soledad había encontrado un sitio muy chulo —de hecho, ya se había mudado allí— y estaba metiéndome prisa.

—No me llames cachito —susurré, incomoda. Vale que se lo aguante en casa, pero delante de Carla era... humillante—. ¿Era Castillo quien te llamaba?

—Sí. El mismo que viste y calza.

—Dale recuerdos, y ten mucho cuidado, tía.

Como había temido, no volví a ver a Lucas, y lo de la bomba resultó ser una falsa alarma, de modo que pudimos regresar a organizar el evento, que fue todo un éxito. Se hicieron un montón de ventas y los clientes salieron muy satisfechos.

Al final, esa noche no pude hablar con mi tía porque en el último momento había quedado con su donjuán a tomar unas copas. Al parecer, cada vez que ella cerraba un caso, tenía la costumbre de ir a celebrarlo con él. La verdad es que estaba deseando conocerlo, sobre todo para saber a quién le tenía que cortar las pelotas en caso de que la hiciese sufrir.

Susana, Su, que era como la llamábamos, no me caía mal y, cuando mi tía estaba presente, los temas de conversación eran muy fluidos e interesantes. Pero cuando estábamos las dos solas nos costaba encontrar algo de lo que charlar. Toda la culpa era mía y lo reconocía. Era demasiado sincera, directa, y a veces *palabrotera* para ella, y muchas veces —la mayoría de ellas— soltaba las cosas sin pensar, sin darme cuenta de que podía ofender.

Como esa noche mi tía no estaba, me fui al apartamento de Soledad y de paso me llevé algunas de mis cosas. Ni que decir tiene que en cuanto me vio llegar se puso tan contenta que me hizo una lasaña con mucho queso y bechamel para cenar. Soledad era así de atenta cuando se la pillaba de buenas.

La noticia del falso explosivo había salido por televisión y estuvimos hablando bastante tiempo de eso. Yo deseaba contarle que había visto a Lucas, pero no me atrevía a hacerlo, quizá porque había sido ella quien me había dicho que él no iba a llamarme. Sin embargo, al final lo hice: —¿A que no sabes con quién me he encontrado en el evento? —pregunté, así, como de pasada. Como quien no quería la cosa. Disimulando sobre todo la emoción de haber vuelto a verlo.

Ella se encogió de hombros.

—A cualquiera. Allí había más gente que en un derbi de fútbol. Es una amenaza de explosión y va todo el mundo a curiosear y a meter las narices en medio, no lo entiendo.

Yo tampoco lo entendía, pero era verdad. La gente era así, si veían un enchufe en mitad de la calle, iban a comprobar si funcionaba o no y, a ser posible, con los dedos.

—He visto a Lucas —anuncié, solemne. No estaba muy segura de que se acordase de él.

Me miró, pensativa.

—¿Quién? ¿Ese tan alto que se come un yogurt y le caduca antes de llegar al estómago?

Asentí.

—¡Vaya! Lo recuerdas bien.

Soledad se mordió el labio inferior y meció la cabeza.

—No me extraña que le hayas visto, el mundo es un pañuelo.

—Pues Lucas es mi moco preferido.

—¿Y el moco y tú habéis quedado en veros otra vez? —preguntó con interés.

Sonreí, divertida.

—No.

—¿Te va a llamar? —instó.

—No lo creo. —Lo tenía bastante claro, pero prefería no confesárselo. Si no me había llamado antes, no iba hacerlo ahora. Seguramente ya ni siquiera tuviera mi número de teléfono.

—¿Entonces? —insistió Soledad.

Me crucé de brazos.

—¿Cuántos policías del grupo de los cuerpos especiales puede haber en Madrid que se llamen Lucas?

—¿Es un GEO?! ¡No jodas!

—Sí, y como sé dónde trabaja, le puedo decir a mi tía que se informe sobre él a ver qué puede contarme. Iba hacerlo esta noche, pero ha quedado con su Romeo.

Soledad me miró muy seria.

—¿Qué quieres saber de él?

—Si tiene novia, o está divorciado. Casado no creo porque no me hubiese llevado a su casa. ¿No crees?

—¿No has pensado que él, a lo mejor, no quiere nada contigo? Ya te hubiera llamado, ¿no?

—¡Hombre, coño, claro que lo he pensado! Pero me gusta insistir, ya sabes como soy. ¡Retos a mí! Si tú ya sabes que parezco normal, pero cuando voy andando hago desafíos en mi mente, tipo: debo llegar hasta el semáforo sin tocar las baldosas rojas del suelo o muero.

Soledad soltó una carcajada que hizo mover todo el sofá.

—No puedo contigo, Valentina.

Reí.

—Me encantaría hacerme la encontradiza con Lucas —confesé—. Hace mucho tiempo que no me gusta nadie.

—¿Sabes? Si supiera cuánto piensas en él te denunciaría por acoso mental.

—No seas tonta, Sole. Si no había pensado en él hasta hoy... o a lo mejor he pensado alguna vez sin querer, no me acuerdo. Lo único que sé es que lo

pasé muy bien ese sábado.

—Solo fue una noche y encima al día siguiente no recordabas su nombre.

—¡Lo sé! ¡Eso fue un fallo de memoria! No me mires así, no tengo la culpa de estar un poco salida.

—¿Solo un poco? —inquirió.

—Más salida que el pico de una mesa.

—Estás como una cabra —me dijo frunciendo el ceño y agitando la cabeza.

—Una cabra salida y calentorra que le quiere comer hasta la goma de los calzones —admití con una enorme sonrisa. Me divertían un montón los gestos y las muecas que Soledad hacía cuando le abochornaba de esa manera. No sé cómo no se acostumbraba todavía a mis bromas.

—¡Eres más bestia que un bombón de tabasco!

Me eché a reír a carcajada limpia.

—¿Por qué? —respondí entre risas— ¿Por llamar al pan, pan y al vino, vino?

—Si estás pensando en buscarte una mano que te ayude, búscala al final del brazo —me dijo, colorada.

Me encogí de hombros.

—A ti no iba a pedirte nada, tranquila.

—¿Y qué le vas a decir cuando le vuelvas a ver? —me preguntó—. Porque él se va a dar cuenta de que vuestros encuentros son planeados por ti.

Respiré hondo, pensando.

—Le diré...: «no eres Google, pero tienes todo lo que busco». ¡Oh no, no, espera! Le diré...: «no dejemos para mañana las ganas que nos tenemos hoy».

¡Mejor! Le diré...: «se me ha perdido la cama ¿puedo dormir contigo?».

Rompió a reír.

—Estás loca, Valentina. No sé cómo ese tonto no cayó rendido a tus pies esa noche. Cualquier te querría.

—¿Tú crees? —pregunté, desilusionada.

—Eh, ¿qué te sucede? Te has quedado plof de repente.

Me pasé la mano por la cara y me rasqué la oreja, con aire triste y ausente.

—No, lo que ocurre es que es la primera vez que un tío al que le doy mi teléfono no me llama. Había pensado que lo había perdido, pero esta mañana me lo habría podido volver a pedir si hubiese querido y no lo ha hecho. La verdad es que está claro que no le intereso.

—Pasa de él. No te merece. No te lo he querido decir antes, pero es más feo que los pies de otro.

—No es cierto —reí. A pesar de que intentaba animarme, eso no colaba—. Es guapísimo.

—Pues qué quieres que te diga, si no se ha fijado en ti, es porque es ciego. Tan ciego, que Stevie Wonder a su lado tiene la vista cansada.

—¡Ay, Sole, no me hagas reír!

—Te voy a dar un consejo: la mujer que no tiene suerte con los hombres... no sabe la suerte que tiene.

—Déjalo, Sole, no intentes animarme más, no está funcionando —dije con voz suave.

—¿Entonces no le vas a decir a tu tía nada?

—No lo sé. Me lo tengo que pensar. —Levanté los ojos al techo e imploré en voz alta—: Dios, mándame un hombre fiel, sincero y serio... —Hice una

pausa—. ¿Dios? ¿Te estás riendo?

Capítulo 4

Lucas se despidió de su madre y salió pitando al ascensor. Se le había hecho bastante tarde. Laura le había llamado para decirle que habían cogido al hombre que asesinó a una mujer en el río Manzanares, y cada vez que daba carpetazo a un caso le gustaba llamarle para contarle los detalles. Era como una rutina que habían establecido y a él no le molestaba. Solían quedar siempre en el mismo pub, tomaban unas copas y a veces terminaba en casa de Lucas acostándose, y otras, como esa noche, no les apetecía estar juntos. En realidad, era él el que estaba algo desganado. A parte de eso había quedado con su madre para llevarle tortilla en salsa y carne guisada, que le salía de muerte.

El ascensor se detuvo dos plantas por debajo de la de su madre y se abrió la puerta. No supo si se sorprendió él más al ver a Valentina, o ella al verle a él, porque se quedó parada con la boca abierta mirándole como si fuese una aparición. Lucas sujetó la puerta metálica antes de que se cerrase sola.

—¿Vas a pasar o quieres esperar al próximo?

Ella se miró el reloj de pulsera, dudándolo.

—Depende de lo que tarde.

Lucas disimuló una sonrisa y ladeó la cabeza, divertido por la reacción de la joven. Pocos segundos después, cayó en la cuenta del sitio en que se encontraban y se despertó su curiosidad.

—¿Me estas siguiendo, Valentina?

—¡Claro que no! ¡Menuda tontería! —exclamó ofendida. A él le gustó el brillo acerado de sus ojos azules cuando se enfadaba. Adquiría un tono muy extraño, igual que el día en que ella pensó que le había quitado su carné de identidad.

—¿Y qué haces aquí?

—Vivo aquí —acertó a decir ella. Pasó al ascensor—. Mejor dicho, voy a hacerlo aquí. La semana que viene me mudo con una amiga. ¿Y tú qué haces por estos lares?

La repasó de arriba abajo con atención. Ella vestía unos vaqueros ajustados con botines negros, y una cazadora de ante marrón tipo aviador. Llevaba el cabello cobrizo alrededor de su cara, revuelto en ondas, cubriendo los hombros.

—Mi madre vive en el octavo. Vengo a menudo a verla.

—Ah, qué... coincidencia.

Ella apoyó la espalda contra la pared forrada de espejo y evitó mirarle a la cara mientras bajaban. Sin embargo, Lucas no podía quitarle los ojos de encima. No sabía por qué, pero le divertía estar con ella. Puede que fuese por su manera de querer aparentar serenidad y fortaleza, porque desde luego serena no estaba, y fuerte... no había más que mirar su delgada figura y su rostro candoroso e inocente que iba pidiendo a gritos que la cuidasen.

—¿Ahora dónde vas? —preguntó, curioso. Era tarde para estar deambulando por ahí, sola.

—A la que todavía es mi casa. No pensaba retrasarme tanto.

—¿Quieres que te acerque?

—No gracias, me he traído el coche. —Levantó la vista y lo miró a los ojos. Lucas se perdió en su mirada. Se le aceleró el pulso y, de repente, sin poder controlarse, se acercó a ella y capturó su boca con la suya, empujando

la lengua dentro de ella con fuerza. Otra vez sintió su sabor cálido y dulce, su aroma de mango y melocotón. La deseó tanto que olvidó que estaban en un ascensor. Solo era consciente del delgado cuerpo entre sus brazos. Ni siquiera se dio cuenta de que había comenzado a masajear su redondeado trasero.

Ella gemía y, de repente, le puso la mano en el pecho interrumpiendo el beso. Jadeando, susurró:

—¡Quieto poli! —Lucas frunció el ceño, extrañado. Sus ojos la miraban con intensidad, mezcla del deseo, el desenfreno y la decepción—. Estamos en la planta baja —le hizo notar.

Se apartó de ella. No podía respirar. Nunca había perdido el control de esa manera, pero, ni siquiera en ese momento que salían a la calle, podía pensar con racionalidad.

—¿Te apetece venir a mi casa? —preguntó él, rezando para que su respuesta fuese afirmativa. Algo en su interior le decía que no iba aceptar. Había quedado en llamarla por teléfono y no lo había hecho.

Valentina asintió, temblando.

—Te sigo —musitó.

Bastaron esas dos palabras para salir escopetados hacia los coches, cada uno al suyo. Llegaron al apartamento de Lucas en menos de veinte minutos.

Entre la sorpresa de que el geniecillo pelirrojo hubiese aceptado y la terrible excitación que tenía, no podía esperar a tenerla en la cama. En cuanto entraron, cerró la puerta y apoyó la espalda en la madera. Tomó el rostro de Valentina entre sus manos para devorarle la boca a placer. Sus labios eran tan blandos y dulces como las frutas maduras.

Lucas sintió cómo ella tiraba de su suéter hacía arriba al tiempo que le recorría el pecho con las manos, provocándole un agradable cosquilleo.

Se desnudaron el uno al otro, aunque a Lucas le costó sacarle los ajustados

vaqueros. Mereció la pena cuando amasó las preciosas y torneadas piernas.

Valentina no era la mujer más guapa con la que había estado, ni la más desinhibida, pero sí era la más natural, y quizá la más ruda; a pesar de su aspecto delicado y frágil, no era nada romántica, ni comedida. Por otro lado, dentro de su sencillez, su forma de ser y ese punto agresivo eran lo que le hacía hermosa y atractiva.

Con suavidad, pero con firmeza, Lucas le echó la cabeza hacia atrás y hundió los labios en su garganta. La piel femenina era suave como la seda.

Ella se estremeció al contacto de su boca y le rodeó con los brazos.

A Lucas le gustó que le abrazase. Fue algo extraño, como si ella se le estuviese entregando por completo, y no solo físicamente.

El roce de los pequeños senos en su torso le llenó de un fuego muy agradable. Volvió a besarla y, al hacerlo, acarició con suavidad sus caderas para terminar cubriendo el sexo con su mano.

Valentina exclamó. Lucas quería ir despacio pero no podía. Ella lo volvía loco de deseo y él necesitaba desfogarse. Se apartó un poco, respirando agitado. De algún modo habían llegado hasta la cama. Los labios de Lucas bajaron de nuevo hasta la garganta femenina y atravesaron el valle que formaba sus senos. El corazón le latía con tanta violencia que pensó que se le saldría del pecho. Sus caricias se volvieron más exigentes. Saboreó ambos senos deteniéndose en cada botón. Ella le miraba con ojos entrecerrados y las mejillas tan sonrosadas que parecían un reflejo de su cabello.

Valentina estaba muy húmeda y el miembro de Lucas resbaló en su interior llenándose de un calor tan potente y placentero que le hubiese gustado quedarse allí para siempre. Volvió a besarle la cara, el cuello y la boca hasta que su cuerpo se acopló al de él. Entonces, Lucas empezó a embestirla con movimientos más rápidos y profundos. Ambos comenzaron a gemir.

El fuego recorrió las venas de él de un modo que nunca había

experimentado, o quizá sí: el sábado que la conoció. Estalló como la traca en Las Fallas de Valencia, y sintió que ella alcanzaba el placer de igual manera.

Valentina gemía aliviada sin dejar de moverse debajo de él, envuelta en un maravilloso éxtasis.

Lucas me despertó temprano para decirme que debía marcharme, que él tenía que irse a trabajar.

Las persianas de la ventana estaban cerradas, pero la pequeña luz de la lamparita de la mesilla alumbraba el cuarto con una tenue luz dorada.

Busqué mi ropa por toda la habitación y, cuando fui a la cocina, vi que me había preparado un vaso de cacao acompañado por un trozo de tarta de manzana. Mientras probaba el dulce, Lucas me miraba con atención. Apoyaba las caderas en la encimera con los brazos cruzados sobre el pecho. Llevaba el cabello muy corto, como los soldados, aunque no tan rapado que le clarease. El color de sus ojos era muy bonito. A priori, parecían marrones, corrientes, pero cuando se veían de cerca uno se daba cuenta de que eran más verdosos que castaños.

—¡Hum, qué rico! ¿Lo has hecho tú todo? —le pregunté asombrada, haciendo un esfuerzo por apartar los ojos de él y centrarlos en la mesa. Desde luego, se podía ganar la vida como chef, si quería.

Lucas asintió con la cabeza. Sonreía de un modo muy sensual. Respondió:

—Me gusta cocinar.

«Es el hombre perfecto», pensé.

—¿Te pones delantal cuando lo haces?

—Y sin nada debajo —respondió con una carcajada.

Me estremecí al imaginarlo. También me eché a reír. Tenía que

preguntarle. No podía quedarme con la duda. Un hombre así era difícil de encontrar.

—¿Estás saliendo con alguien?

—Es posible —contestó después de unos segundos, sin inmutarse.

Supuse que estaba de broma, por lo que le advertí:

—Pues tendrás que elegir. No me gusta nada compartir.

Él solo se limitó a sonreír más y fue entonces cuando comencé a dudar. ¿Y si era verdad que estaba con alguien? Eso explicaba que no me hubiese llamado por teléfono. Me sentí ridícula.

—Bueno, si te apetece que quedemos algún día, ahora ya sabes dónde vivo. Dónde voy a vivir —rectifiqué. Dejé el vaso en el fregadero y, con el trozo de tarta en la mano, recogí mi chaqueta.

—Valentina. —Me detuvo—. ¿Te gusta el cine?

Su pregunta me pilló de sopetón. Asentí.

—Me gusta siempre y cuando no me metas un dramón románticón.

—¿Podemos salir esta tarde? —inquirió.

Esa tarde, al día siguiente y todos los demás días que quisiera, me dije.

—Sí, claro. —Ni loca quería desaprovechar la oportunidad. Estaba deseando pasar tiempo con él y conocerle más. Por lo pronto, sabía que me ponía a cien con solo estar cerca. ¡Ah, y que cocinaba muy bien! La tarta estaba deliciosa.

—Estrenan una película de comedia que quiero ir a ver —dijo.

Mi corazón se aceleró.

—¿Estás convencido de que quieres ver la peli o llevarme a lo oscuro? Te lo digo porque estar rodeada de gente no me produce ningún morbo.

Lucas se puso a reír otra vez. Me cogió la barbilla y besó mis labios con ternura.

—¿Estás segura?

Me sonrojé. Me encantaba su voz, su cuerpo, su olor, su risa... sus labios, calientes, húmedos...

—Total y absolutamente segura.

—Me alegro. Eso significa que no nos perderemos nada. —Se apartó un poco de mí y miró la hora en la pantalla del teléfono—. ¿Te acompaño al coche?

—Oh, no hace falta, gracias. Nos vemos esta tarde. Paso a buscarte sobre las siete. ¿Te va bien?

—Estupendo —respondió empujándome hacia su cuerpo. Me besó con tanta pasión, que me costó recordar dónde había estacionado el coche la noche anterior.

¿Cómo me podía gustar tanto besarle? ¡Con lo poco besucona que yo era! No sé ni cómo no me derretí. O peor, no sé cómo no me colgué de sus hombros para enredar mis piernas en su cintura.

Llegué con el tiempo justo de darme una ducha y volverme a marchar. Había quedado con un cliente que quería dar salida a unas lámparas. Al medio día, mi tía me llamó para comer juntas.

Ella llegó al restaurante antes que yo y tomó asiento en su mesa preferida. Desde el ventanal se observaban los tranquilos jardines de La Rosaleda por los que tanto habíamos paseado cuando yo era pequeña. Era el rincón perfecto para una cita, para dar un paseo entre bellas flores, fuentes y arbustos o, simplemente, para hacer uso de la cámara de fotos. En el centro se encontraba un estanque con nenúfares sobre los que reposaba la escultura de una ninfa. En primavera y verano se podía admirar el medio millar de variedad de rosas,

distribuidas por todas las pérgolas que había. Las elegantes murallas que rodeaban el sitio, con sus antiguos abetos, eran las mismas que cuando fue inaugurado en 1952.

Entré en el local detrás de un grupo de personas. Mi tía volvió la cabeza hacia la puerta, me vio. Alzó la mano. Podía ver en su cara que seguía sorprendida por lo que había cambiado en esos años, a pesar de que solíamos vernos en verano y en Navidades.

Ese día me había recogido el pelo hacia atrás y vestía un traje de falda y chaqueta gris que acentuaba el tono de mis ojos azules. Esa ropa me daba un aire sofisticado, no como los vaqueros ajustados que solía usar, o los casi vestidos del sábado noche.

Me acerqué a ella y le di un beso en la mejilla cuando se incorporó para recibirme.

—¿Llevas mucho tiempo esperando?

—No mucho. Como anoche al final no nos vimos, se me ocurrió que podíamos aprovechar ahora. ¿Tienes mucho lío esta tarde?

Negué al tiempo que me quitaba la chaqueta y la colocaba en el respaldo de la silla. Tomé asiento frente a ella.

—Solo coordinar algunas cosas, pero puedo hacerlo por teléfono. ¿Qué tal anoche con tu donjuán?

—Bien. Solo nos tomamos una copa y volví pronto a casa. Su me dijo que te habías ido con Sole.

—Sí. Pasé la noche en su nuevo apartamento.

Aparté los ojos de ella. No me gustaba mentirle, pero la ocasión lo requería. No podía decirle que me gustaba un maromo. No sabía cómo iba a reaccionar. Tenía que esperar un poco para hacer eso.

Ella se sorprendió.

—¿Pasasteis la noche juntas?

Yo había cogido la carta del menú y estaba ojeándola por encima, pero levanté los ojos con intriga hacia ella. ¿Acaso sabía que la estaba mintiendo?

¡Nooo!

Me di cuenta en un pis pas. ¡Ella pensaba que Soledad y yo...!

—¡Tía, el apartamento es de tres dormitorios! ¡Que duerma allí no implica que compartamos cama!

—¡Que no digo nada!

—Es que a veces no hace falta que digas nada para saber lo que piensas. Tu cara es como un libro abierto. Pues si ahora te digo lo que iba a decirte anoche, vas a flipar.

Intranquila y expectante, me preguntó:

—¿De qué se trata?

—He pensado... más bien, llevo tiempo pensando, no te vayas a creer que es de ahora... —De repente me sentía nerviosa. Trataba de que ella no percibiese la ansiedad en mi voz. No era fácil para mí decirle aquello—. Quiero... necesito... independizarme.

Mi tía vaciló sin saber muy bien cómo tomárselo. Suspiró:

—Había pensado que se trataba de algo más grave.

—¿Cómo qué?

—No, nada, nada. No te irás fuera de España, ¿verdad?

—No, no, claro que no. Me quedo en Madrid, es solo que voy a compartir el apartamento con Sole.

—¿Con Sole? —repitió como un autómeta.

Ahora fui yo quién suspiró.

—Llevamos cinco años haciéndolo en Nueva York y ya nos hemos acostumbrado la una a la otra. —Llevé la mano por encima de la mesa para coger la suya—. Si Su no estuviera contigo, yo me sentiría fatal diciéndote esto.

—Lo comprendo perfectamente. Lo que no me queda muy claro es si hay algo entre vosotras.

—¿Qué?!

—No me preocupan tus tendencias sexuales, cachito, y que quede claro que en ese aspecto no pienso reprocharte nada, lo único que me gustaría es que fueras sincera conmigo y no tengas miedo a decirme la verdad. En mi trabajo he tenido que aprender a empatizar con muchas personas y la viña del Señor es tan grande y se ve cada cosa, que te caerías de espalda por la impresión.

Su tono no dejaba margen para la duda. Me estaba colgando el cartel de...

—¡Ya me estás cansando, tía! ¡Soy heterosexual lo creas o no! ¡Me gustan los hombres!

—¡Y a mí las mujeres! —respondió el señor que estaba sentado en la mesa de al lado. Un tipo con lastimosos indicios de una incipiente calvicie que nos miraba ilusionado.

Mi tía y yo le echamos un vistazo. Ella, con el ceño fruncido. Yo bizqueando como una imbécil

—Muchas gracias por su aportación caballero —le dijo mi tía, educada. Algunos otros comensales soltaron divertidas risitas. Luego ella se volvió a mirarme otra vez. Susurró, incomoda—: Creo que me lo has dejado muy claro.

—¡Jamás en mi vida me había imaginado tener que defenderme por este motivo! —Me llevé las manos a la cara, abochornada—. ¿No me digas que estaba gritando? —murmuré entre dientes.

Ella asintió con una sonrisa maliciosa.

—Lo siento, cachito, de verdad, no te enfades. Es que hace mucho tiempo que no nos vemos, y tienes que reconocer que tampoco hemos tenido muchas conversaciones este año. Sé que nunca hemos sido una familia muy normal. Pero que, si quieres independizarte, puedes hacerlo con toda la tranquilidad del mundo.

Tenía razón. Últimamente no había habido mucha comunicación entre nosotras. Ella, como siempre, atareada con su trabajo y yo, con mis estudios.

—Tía Laura, en todo momento me has hecho sentir en familia.

Ella llevó la mirada a la ventana, a los jardines. Yo también miré. El suelo estaba cubierto con las hojas del otoño.

—Mi trabajo nos ha robado mucho tiempo de estar juntas. He intentado ser una buena madre para ti.

Parpadeé para que no se me saltasen las lágrimas y volví la cabeza hacia ella. Cuando mi tía se ponía en plan ñoño, su tontería se contagiaba.

—¡Y lo has sido! Cuando te he necesitado, has estado ahí, y espero que sigas estándolo por toda la vida. Eres la única madre que conozco y sé que lo has hecho lo mejor posible. Que me quiera independizar no significa nada. Seguiré estando cerca de ti para que me eches la bronca.

—Desde luego. —Disimuló una sonrisa, pero la vi, agité la cabeza y me pasé la mano por los ojos—. Te tendré más vigilada que el reloj de la puerta del Sol el treinta y uno de diciembre.

La conocía y era posible que no mintiese.

—Mientras no extiendas un protocolo de defensa, vamos bien.

—No me des ideas, bonita.

Vino el camarero y ella le recitó lo que quería. Yo volví a leer el menú y

también le pedí. Cuando se fue, mi tía me preguntó:

—¿Necesitas dinero?

¿Quién no necesitaba dinero? Tragué saliva. Me dieron ganas de preguntarle: «¿Cuánto?».

—¿Por qué lo preguntas?

—Tengo algunos ahorros que he ido guardando para ti.

—¿Por qué? —pregunté pasmada.

—Es lo que suelen hacer los padres. Algo así como un ajuar para cuando te casaras.

Apoyé la columna vertebral en el respaldo de la silla, muy erguida, y me crucé de brazos.

—¿Por qué has hecho eso?

—Porque soy una mujer previsora y me gustaría pensar que, también, moderna.

La miré con incredulidad.

—Me conoces mejor que nadie y sabes que opino que eso del ajuar es una extravagancia —le dije.

Ella asintió.

—Sabía que ibas a decir eso. En realidad, es por si surge alguna urgencia, y esto....

Sacudí la cabeza.

—No es una urgencia —le interrumpí—. Ni estoy embarazada, ni nada de eso. Mi empresa me adelantó el dinero para la mitad de la fianza. A parte de eso, con lo que has ido mandándome estos meses tengo mis ahorros. —No es que fuese sobrada, pero me apañaba. Si era lo suficiente mayor y responsable

para querer independizarme, también debía serlo para saber mantenerme.

—¿Entonces no te hace falta nada?

Agité la cabeza. Me preocupaba herir sus sentimientos.

—Te prometo que, si lo llego a necesitar, te lo pido. Pero muchas gracias por pensar en mí. ¿Ves como eres una buena madre? Creo que deberías haberte casado y haberme dado un par de hermanos. —Ella sonrió, sonrojándose—. Tía Laura, vivir sola hizo que madurase más pronto, y te prometo que estoy muy feliz de ser como soy.

—Me recuerdas muchísimo a tu madre. Ella era como tú.

—¿Terca y soberbia?

Me miró fijamente.

—Y con muy mal genio. Sin embargo, luego era tan perfecta...

Tanto ella como mi abuela siempre me habían hablado muy bien de mi madre. Murió cuando yo era tan pequeña que no podía recordarla, sin embargo, sabía cosas de ella que ninguna de las dos me había dicho. Y muchas veces no podía entender por qué la recordaban como si hubiera sido la magnificencia en persona, cuando no había sido así.

Capítulo 5

Puntual, a las siete de la tarde, llamé al timbre de la casa de Lucas. Octubre estaba comenzando y, aunque todavía quedaba algo de sol, este estaba tan bajo que las farolas comenzaban a iluminarse.

Lucas me saludó con un beso que hizo que me temblaran las piernas. Su lengua exploró mi boca con dulzura. Tanta, que por un momento dejé de pensar y me aferré a sus hombros con fuerza. Él apartó su cara de mí, sonriéndome con sus excitantes labios.

—¿Quieres pasar o nos tomamos algo por ahí? La sesión empieza a las nueve —preguntó, con voz relajada. Me observaba con fijeza y su mirada me provocaba sensaciones muy estimulantes. Mantuve la imaginación bajo control y le sonreí al tiempo que agitaba la cabeza y daba un paso atrás.

—Va a ser mejor que nos marchemos y vayamos buscando aparcamiento. Podemos tomarnos algo por ahí y comprar palomitas o un par de hamburguesas.

—¿Decidido?

¿Me estaba provocando? Si era así, estaba a punto de sucumbir. Me recorrió el cuerpo un potente escalofrío. Le sonreí como una boba.

—Del todo, de lo contrario no llegaríamos a tiempo, lo sé. Estás demasiado bueno como para no intentar llevarte a la cama —le contesté, estudiándole de arriba abajo. ¿Cómo podía ser tan espléndido y estar tan magnífico?

Él soltó una sonora carcajada que le hizo sacudir los anchos hombros. Se colocó la cazadora de cuero negro y cerró la puerta con llave. Me alegré de que no insistiese en quedarnos, porque hacía mucho tiempo que no iba al cine y me apetecía un montón.

Cuando montamos en el coche, Lucas seguía sonriendo. Sabía que estaba pensando en lo que le había dicho e imaginé que le había sorprendido. Para eso yo era auténtica. Me gustaba dejar a la gente sin capacidad de reacción.

Estacionamos en el aparcamiento subterráneo del centro comercial y lo primero que hice fue fotografiar la plaza en la que dejaba el coche. Más de una vez me había olvidado de dónde había aparcado y había terminado dando más vueltas que una mezcladora de cementos.

Lucas no dijo nada, para mi alivio. No es que yo fuese una despistada, pero tenía tantas cosas en la cabeza, la mayoría de las veces, que olvidaba los factores más sencillos: dónde aparcaba el coche, dónde dejaba las llaves, a quién le daba mi carné... Bueno, esto último había sido por el tequila.

Entramos en un bar a tomarnos algo hasta que abrieron la puerta del cine. La sala estaba llena por completo a pesar de ser la película una comedia. Yo no sabía que ese tipo de pelis llamaba a tanto público.

Teníamos muy buen sitio ubicados más o menos en el centro y a la mitad. Lucas había comprado las entradas por internet. Me acomodé con ambos codos en los reposabrazos y él se hundió en la butaca con las piernas estiradas bajo el asiento del de delante.

Se fueron apagando las luces poco a poco y el murmullo de las conversaciones cesó de repente.

Miré a Lucas de reojo. Nunca había conocido a nadie como él, eso por no decir que le conocía de dos días; que sabía que era policía y que con el uniforme de asalto estaba para chuparse los dedos, incluso parecía un modelo; sabía que le gustaba cocinar, que su madre vivía en el bloque donde yo me iba

a mudar y que hacía el amor de tal manera que me hacía tocar el cielo con las manos. Pero, en realidad, ¿qué sabía de él? ¿Era un tipo en quien se podía confiar? ¿Cuáles eran sus aficiones? ¿De dónde era? ¿Qué intenciones tenía conmigo, aparte de echarme un par de polvos? Y, lo más importante, ¿era verdad que estaba saliendo con alguien o me había vacilado?

Agité mentalmente la cabeza de manera brusca para conseguir apartar los pensamientos tan absurdos que comenzaban a instalarse en mi cabeza. Centré toda mi atención en ver la película y no me resultó nada difícil, ya que era muy divertida, y en bastantes ocasiones, todos explotamos en carcajadas con escenas graciosas y poco verosímiles. Cuando acabó y se encendieron las luces, Lucas se giró hacia mí, tendiéndome la mano.

—¿Te ha gustado? Ha estado muy bien, ¿verdad? —dijo con voz grave y profunda.

Asentí con una leve inclinación de cabeza.

—La verdad es que sí, me ha sorprendido. Me alegro de que me hayas invitado a venir, porque yo habría elegido algo más de acción, suspense o algún musical.

Él arqueó una ceja.

—¿Musical? ¿A quién le puede gustar eso?

—A mí —respondí elevando la barbilla para que nuestras miradas entrasen en contacto. Aunque era obvio que, por muy estirada que me pusiese o calzase tacón alto, a su lado yo parecía un elfo de Navidad. Pero él clavó sus ojos en los míos al tiempo que seguíamos bajando las escaleras de la sala en dirección a la puerta.

Se nos acercó una muchacha joven de cabellos cortos y oscuros; una monada. El caso es que no nos fijamos en ella hasta que no llamó a Lucas con tono de sorpresa.

Él le dedicó una espléndida sonrisa.

—¡Cristina! ¿Cómo estás?

Ambos se besaron en la mejilla como dos viejos amigos.

—Muy bien —respondió ella—. ¿Lo preguntas por algo en especial? Te ha contado algo Daniel, ¿verdad?

Fingí mirar a la gente que pasaba a mi lado para llegar a la salida, sin embargo, seguía la conversación con curiosidad. ¿Quién era esa Cristina y qué quería de Lucas?

—Dani no me ha dicho nada. ¿Por qué? ¿Ha sucedido algo?

—¡No! —contestó con rapidez. Hasta yo supe que mentía y eso que era la primera vez que la veía—. ¡Mira que es casualidad que hayamos coincidido aquí! No lo esperaba —dijo cambiando de tema.

Noté que la chica estaba deseando que Lucas me presentase, pero él no lo hizo y me sentí un poco desplazada. Por fortuna, la otra se despidió pronto y la perdimos de vista.

Lucas soltó una maliciosa sonrisa que llamó mi atención.

—¿De qué te ríes? —Si lo hacía porque pensaba que yo estaba celosa, lo llevaba claro.

—De ella, pero no con maldad, lo prometo.

—¡Menos mal que es sin maldad! —bromeé, arrugando el entrecejo. Por lo menos no se reía de mí y eso me tranquilizó.

Lucas me agarró la mano con fuerza y seguimos caminando. Me gustó sentir el calor de su piel en la palma.

—Resulta que las Navidades pasadas se fue a Nápoles de vacaciones y tuvo un lío amoroso con Adriano Capuletto.

Me quedé alucinada.

—¿Adriano? ¿El actor? ¡No me lo creo!

Él alzó los ojos al techo dejándolos en blanco y asintió. Me causó gracia. Adriano estaba más bueno que comer pollo con las manos. Pero a mi gusto, él también lo estaba.

—Sí, pero Cristina no le reconoció y acabó terriblemente enamorada de él.

—¿Qué pasó? ¿Están juntos? —pregunté con curiosidad.

—Alguien le contó quién era y que la estaba engañando. Verás, el hombre iba a casarse con otra. Cristina se vino para Madrid dejándole plantado.

—¡Qué fuerte! ¡Pobrecilla! Yo le habría dado tal patada en los huevos que le hubiera quitado las ganas de mear de por vida.

Lucas me miró con fijeza. Le devolví la mirada sin un ápice de preocupación. Yo era así y no me iba a morder la lengua a esas alturas de mi vida. ¡Veintiún años llevaba haciéndolo! ¡Casi veintidós! ¡Ni más, ni menos!

—¿Sabes qué creo? —me preguntó—. Que eres perro ladrador, pero poco mordedor.

En vez de llevarle la contraria, me encogí de hombros. ¿Para qué iba a negarlo?

—Puede ser. ¿Cómo es posible que tu amiguita no conociese a Adriano Capuletto? —insistí. Estaba interesadísima con el tema.

—¡Oye, que no es un tío de otro planeta!

Le dediqué una sonrisa discrepante porque me pareció un poco celoso. Estuve a punto de decirle que Adriano era un hermoso espécimen masculino, macho alfa, de esos que quitan el sentido de una mujer. Pero no lo hice, y no sé por qué.

—¿No le reconoció de verdad o fue una estrategia para intentar atraparlo?
—insistí.

—No sabía quién era él. Cristina tiene unos gustos muy peculiares.

—No, peculiares no —reí negando con la cabeza—. Le gusta Adriano, como al noventa por ciento de la población femenina. Adriano...

Él me interrumpió.

—Capuletto, sí, te escuché antes. Adriano Capuletto.

Le miré con burla.

—¿De qué conoces tú a esa muchacha?

—Es la amiga de un buen amigo mío. Algo así, como si ellos fueran parientes. Se dedica a la hostelería. Si algún día organizas algo de *catering* y necesitas camareros, ella es perfecta.

Lo apunté mentalmente y asentí.

—¿Y no ha vuelto a saber nada de él? —continué hablando del actor. Era inevitable—. Sé que ha viajado a España en estos últimos meses. Yo le vi en una gala a la que asistió en Nueva York.

Su boca se frunció con auténtica diversión.

—Tengo la sensación de que ese tipo te gusta.

Solté una carcajada.

—No. Es solo que me choca todo esto con tu amiga.

—¿Te parece romántica su historia de amor?

—¡Qué va! Lo hubiera sido si estuviesen juntos. Me parece una putada.

—Cada vez estoy más convencido de que alguien debe lavarte la boca con agua y con jabón.

—Y con mucha pimienta —terminé de decir—. Estoy cansada de escucharlo y, no por eso, voy a cambiar.

—No lo harás delante de tus jefes, ¿no? Me refiero, a que no soltaras todas esas perlitas por la boca estando ellos delante.

—¡Claro que no! —respondí divertida—. Sé controlarme cuando quiero. A veces intento ser normal, pero son los peores minutos de mi vida. Reconozco que me cuesta, pero qué se le va a hacer.

Él agitó la cabeza y apretó mi mano de una forma muy afectiva.

—Cuéntame, Valentina, ¿qué hacías en Nueva York?

—Vivir. Me parece una ciudad fantástica. ¿Lo conoces?

Él afirmó con la cabeza.

—No tengo muy buenos recuerdos. Fui hace dos años en una operación conjunta con los marines y un par de corresponsales de la ONU. Se trataba de aprender a actuar frente a un ataque terrorista por mar. Aunque tengo que admitir que tampoco me dio mucho tiempo a ir de paseo.

Uno al lado del otro, avanzábamos por una de las calles del centro comercial hacia el aparcamiento. Me daba cuenta de que llamaba mucho la atención, sobre todo a las mujeres. Alto, con unos estupendos vaqueros que le hacía un culo excitante...

—Es una lástima que no lo conozcas bien, porque merece la pena —le dije. Nueva York era muy desenfrenado, pero tenía su encanto—. ¿Quieres que vayamos a cenar, Lucas? —le pregunté mirando la hora.

Él agitó la cabeza.

—Prefiero ir a casa. Mañana tengo que levantarme temprano, que tengo un operativo. —Gruñó para sí mismo, como si estuviese pensando en ello y no le agradase nada. Me hizo reír—. Me encantaría pasar la noche contigo, pero...

Levanté una mano haciéndole callar:

—Oye, te comprendo perfectamente. —Omití decirle que mi tía era policía. Más que nada porque sabía que él me iba a preguntar quién era, en qué departamento estaba y esas cosas. Y a mí no me apetecía nada que él lo supiese de momento—. Yo también tengo que madrugar mañana. Además, en esta semana me mudo con Sole y me esperan jornadas duras.

En la puerta de su casa se inclinó sobre mí y se despidió con un apasionado beso en la boca que me dejó palpitante.

Capítulo 6

Hola, bella Valentina: Sé que este no es el método más moderno para ponerme en contacto contigo, pero soy Lucas y he perdido tu número de teléfono.

Sonreí. Él no lo había perdido, se había deshecho de él el primer día, estaba segura.

He pensado que tal vez quieras salir conmigo el sábado por la tarde.

Mientras lo leía, iba asintiendo. Menos mal que había elegido el sábado y no el domingo, pues mi tía quería hacer una reunión para celebrar que me independizaba.

Te anoto mi teléfono y me llamas con lo que sea. Tengo ganas de estar contigo.

—¿Qué es? —preguntó Soledad, dejando la compra en la encimera de la cocina, mirándome por encima de las gafas.

—Una carta que Lucas ha dejado en el buzón. ¡Qué mono! ¿Verdad?

—Acuérdate de que el hombre promete hasta que la mete y, después de haber metido, nada de lo prometido.

—Él y yo ya... —Con los dedos de una mano formé un círculo y metí y saqué varias veces un dedo de la otra mano, de forma obscena.

—Sí, sí, sí, ahórrate los detalles. Pero estoy segura de que un día de estos te dirá: «sé que hay alguien a quien le importas mucho, no a mí, pero lo hay».

—No me asusta en absoluto, Sole. El chico esta potable y es muy atractivo. Y también es atento.

—Más atento que un sordo cruzando la vía del tren.

Fruncí el ceño y dejé la carta sobre la placa vitrocerámica, sin darme cuenta de que esta aún estaba caliente. No entendía qué le pasaba a Soledad. La miré enojada:

—¿Qué? —pregunté.

—Lo que te he dicho —respondió, colocando los huevos en la nevera.

—Cuando te he preguntado «¿qué?» no es que no te haya escuchado, es solo que te estoy dando la oportunidad de cambiar lo que has dicho.

—¡Venga ya, Valentina! ¡Me parece increíble! Si no hubieras vuelto a coincidir con él, jamás te habría llamado.

—No lo ha hecho. Me ha enviado una carta a la antigua usanza. —Y esta vez había sido rápido en ponerse en contacto conmigo. ¡Solo había tardado un par de días!

—¡Pero solo porque habéis coincidido!

Ofendida, contesté muy airada.

—¡No soy tonta! ¡Claro que lo sé! Pero eso no quiere decir que ahora no sea diferente. Si no estuviese interesado en mí, no me habría escrito. Además, solo me gusta, no voy a pedirle matrimonio.

—¡Será que no te conozco! Siempre dices lo mismo y al final acabas locamente enamorada como una boba. A ti te dan una piedra y te enamoras de ella.

—¡Que no, coño! —exclamé enfadada. No quise reconocer que llevaba razón. Siempre me enamoraba de los hombres más complicados—. ¡Ahora no te ayudo a colocar! ¡Te jodes y lo haces sola!

Soledad se echó a reír y dijo:

—Quien se pica, ajos come.

Sin contestarle, me tumbé en el sofá con una revista en la mano. Una lenta sonrisa se pintó en mi cara. Era extraño recibir una carta en el siglo en el que estábamos y Lucas me había mandado una. Era tan atento y encantador...

Soledad tenía razón. No podía hacerme ilusiones. De no haber vivido su madre en el mismo bloque no habiéramos vuelto a salir juntos. Pero era todo tan intrigante y emocionante y sentía tantas cosas cuando él estaba cerca, que por eso quería seguir viéndole.

Llegó hasta mi nariz un ligero olor a papel quemado seguido por la exclamación de Soledad. Me levanté como un rayo.

—¿Qué pasa? —pregunté, sobresaltada.

—¡Tu carta! ¡La has dejado encima de la vitro!

—¿La has prendido fuego? —inquirí, alucinada.

—¿Pero qué demonios dices? ¿Cómo iba hacer eso? ¡Cuando la has dejado sobre la placa, aún estaba caliente!

Lo que quedaba del trozo de papel estaba en el fregadero con los bordes carbonizados. Lo cogí con dos dedos y lo tiré al cubo de la basura. Era una pena, me hubiera gustado guardarme la carta de recuerdo.

—Estuve haciendo café, Sole, por eso estaba caliente. Menos mal que me he apuntado su número en el móvil. En cuanto a la carta, pensaba tirarla yo misma si no me hubieses enfadado tanto —mentí. A cabezona no me ganaba nadie.

—¡Pues haberlo hecho! ¡Siempre andas dejado las cosas por el medio!

Palmeé su hombro con afecto. Estaba contenta. Iba a seguir saliendo con Lucas y no quería discutir con ella.

—Vamos a olvidarlo. ¿Te apetece un tequila? —Abrí un mueble alto y le mostré el pequeño alijo de bebidas que esa mañana había comprado.

—¿No me digas que la has traído de tu casa y has dejado a Laura sin provisiones?

—Ella es más de vodka, y se procura sus propias botellas.

Soledad buscó los vasos de chupito mientras yo cortaba rodajas de limón. Algunas tardes, cuando vivíamos en Nueva York —sobre todo en invierno— nos regalábamos pequeñas fiestas entre tequila y charlas divertidas. Nosotras dos solas nos servíamos y nos bastábamos para pasárnoslo bien.

—¿Por qué no le dices a Lucas que te acompañe el domingo? —me preguntó, animándome a que lo hiciese.

Agité la cabeza y solté una enorme carcajada.

—No dices más tonterías porque no te entrenas. Mi tía querría saber hasta dónde se compra los calzoncillos. Es capaz de hacerle un tercer grado.

—¿Cómo lo sabes? Nunca le has presentado a nadie.

—La conozco, lo sé. —Sobre todo, después de haberla jurado y perjurado que me gustaban los hombres—. No llevo a Lucas a su casa ni harta de droga.

Soledad se encogió de hombros con indiferencia. La miré, esta vez muy seria.

—No se te ocurra comentar nada delante de ella —le dije—. Debes prometérmelo. Ya iré yo diciéndoselo poco a poco.

—No te preocupes. No iba hacerlo.

—Sole, si no lo haces, el karma te lo pagará.

Río, divertida.

—¿Qué sabrás tú de eso! Karma es tener estos ojazos —se señaló la cara

y con el dedo índice se enderezó las gafas— y no ver ni una mierda.

La decoración en el apartamento de Daniel estaba cambiada. Lucas no podía decir que la actual le gustase más, aunque era obvio que estaba más acogedor y familiar.

—¡Lucas!

La voz infantil de Sharisse le sacó de sus pensamientos. La niña estaba frente a él con los brazos cruzados y le miraba enfadada.

Él frunció el ceño, descolocado.

—¡Es que no me haces ni caso, ni nada! Ya soy grande, tengo cuatro años y no me da miedo cómo me miras; además, mi papá es policía de especial y te puede enchironar.

Lucas sonrió con burla.

—Policía de los cuerpos especiales —le corrigió—. Y yo también le puedo encerrar a él.

—No, porque si lo haces, mi madre te va a sentar en la silla del aburrimiento ocho horas, por lo menos. —Mientras decía eso, señalaba una pequeña banqueta colocada al lado del ventanal.

—Vale —respondió él—. Te presto atención, entonces. ¿Qué me estabas diciendo?

Sharisse se enfadó más todavía porque se le había olvidado lo que tenía que decirle. Lucas siempre le hacía mucho caso y jugaba con ella, pero ese día estaba muy raro y callado. Sin contestarle, salió del salón pisando fuerte. Al poco volvió a entrar acunando un muñeco. Silvia iba detrás cargando una bandeja que dejó sobre la mesa, frente a él.

Silvia era una mujer muy guapa, rubia de ojos claros, dulce, educada, con

un carácter tranquilo pero que no tenía pelos en la lengua y decía las cosas tal y como las pensaba.

—Te vas a quedar a comer, ¿verdad? Dani está en el garaje y sube enseguida. Toma. —Le entregó una lata de cerveza. Ella agarró otra y se sentó cerca—. Antes de que se me olvide, te aviso de que un día de estos te voy a llamar. El cumpleaños de Dani es pronto y quiero prepararle algo.

Lucas asintió.

—No hay ningún problema, ya sabes que puedes contar conmigo.

—Es que, si empiezo a moverlo yo, Dani se va a dar cuenta y no quiero que me lo chafe como el año pasado.

—Le gustó mucho.

—Ya, pero lo adivinó antes. Lo que pasa es que para no desilusionarme no quiso decírmelo en el momento.

—Él es así. Ya sabes que cuando Candela le preparaba las fiestas, él lo sabía siempre antes de entrar en casa.

—Por eso esta vez tiene que ser diferente y no quiero que lo prepare su madre. —Escucharon las llaves en la cerradura. Silvia bajó la voz todo lo que pudo—. Quiero que piense que nos hemos olvidado del tema.

Lucas le guiñó un ojo y se puso en pie nada más ver entrar a Daniel.

Ese día se había levantado lloviendo y, aunque paraba de vez en cuando, el agua no dejaba de caer por completo.

Daniel besó los labios de su mujer, que también se había levantado a recibirle. Luego estrechó con fuerza la mano de Lucas.

—Ya era hora de que vinieses. ¿Te quedas a comer?

Fue Silvia quien contestó:

—Sí. Yo voy despertando a Sergio, que después nos da la noche si le dejo dormir mucho más.

Daniel cogió la cerveza que había abierto Silvia y se sentó en el sofá junto a Lucas.

—¿Qué? ¿Entonces el domingo vas de celebración? —le preguntó Daniel con perversidad. Siempre había creído que Lucas era alérgico a los compromisos y ahora estaba en un verdadero aprieto. Pero solo porque él quería.

—Laura quiere hacer algo especial para su hija adoptiva y le hace ilusión que yo esté allí.

—¿Y qué vas a hacer? ¿A ti te ilusiona? No es por presionarte, macho, pero creo que debes pensarlo bien.

—No me gustaría fallar a Laura. Siento que en esto me necesita, pero yo... no sé si quiero ir. Sé que ella nunca me ha dejado colgado, sin embargo... esta vez no estoy muy seguro de qué hacer. Supongo que si no encuentro alguna excusa... al final iré.

—Lo que debes hacer es tenerlo muy claro. Te veo preocupado.

—He conocido a alguien. —Sin quererlo, el rostro del geniecillo apareció en su cabeza. No sabía por qué, pero esa chica le volvía loco.

Daniel arqueó una ceja con sorpresa y se acomodó mejor en el sofá.

—¿No me digas que es algo serio?

Lucas meció la cabeza con una sonrisa.

—¡Para nada! —respondió nervioso. Parece que se lo pensó mejor—. ¡No lo sé! Simplemente es que estoy dándole vueltas a que si continuo mucho más tiempo con Laura, al final va a ser peor. —Se apresuró a explicar—: Valentina no tiene nada que ver en esto, de momento. Hemos empezado poco a poco y

quiero ver cómo se va dando la cosa.

Silvia, que lo había escuchado todo desde el pasillo con Sergio en los brazos, preguntó:

—¿Qué es lo que temes? ¿Que juegues a dos bandas y las pierdas a las dos? ¿O que la subinspectora se haga ilusiones contigo?

Lucas la miró girando la cabeza. Silvia era lista como un lince.

—Es posible que me dé más miedo la segunda opción. He tomado mucho cariño a Laura.

—¿Cariño en plan compasión y pena por dejarla? ¿O el cariño de que no puedes dejarla escapar porque no puedes vivir sin ella?

Daniel miró a su mujer con seriedad. Lucas no era el ojito derecho de Silvia y, si trataba con él, solo era porque era su mejor amigo.

—No le presiones. Ya tiene bastante con lo que tiene.

Silvia se espigó.

—¿Qué es lo que tiene? Que yo sepa no le van nada mal las cosas. Lo que creo que tiene es un lío de faldas de narices.

Lucas se atrevió a levantar la mano para que le prestasen atención.

—Perdonad, chicos, estoy aquí y no tengo ninguna clase de lío.

Silvia asintió.

—Tienes una pelota en el cerebro que no te deja pensar, pero hay que reconocer que tú tampoco eres de pensar mucho. ¿Tú estás bien cómo estás?

—Sí.

—¿Tienes problemas de alguna clase?

—No.

Daniel se terminó la cerveza, aplastó la lata y miró a su amigo.

—Lucas, has venido al sitio ideal. Resulta que ahora Silvia se ha convertido en psicoanalista y te va a decir lo que tienes que hacer. Luego dale un *like* por el Facebook.

—¡No seas tonto, Dani! —se quejó ella mientras ponía a Sergio, el pequeño miembro de la familia, sentado en la trona—. Lucas puede hacer lo que quiera, pero lo más sensato es que hable con la subinspectora y le cuente esto mismo y sus dudas. —Miró a Lucas con dulzura—. Siempre has dicho que lo vuestro no es serio y es algo puntual, pero también es verdad que el roce hace el cariño. Recordarlo juntos, no os va a venir nada mal a ninguno de los dos.

Daniel se levantó a tirar la lata y, antes de desaparecer en la cocina, dijo:

—Silvia, no te metas.

La rubia frunció el ceño y Lucas se echó a reír.

—No te preocupes, preciosa. Desde que tu marido siguió mi consejo, empezó a odiar a todos los consejeros del mundo.

—¡Pero tú te pasaste! Le dijiste que me usara y que luego me diese la patada.

Lucas se puso colorado. Había pedido perdón muchas veces por eso.

—Será mejor que cambiemos de tema —expresó Daniel—. Aunque Silvia tiene razón. Es algo que debéis volver a dejar claro entre Laura y tú. Si de verdad no quieres hacerla daño, deberías romper con ella de manera amistosa.

Lucas caminó hacia la mesa alta del comedor para ayudar a Daniel a extender el mantel.

—A ti no te gusta Laura, ¿verdad, Dani?

Su amigo se encogió de hombros, indiferente.

—Eres tú quien debe quererla. Te dije en su día que me parecía bastante la diferencia de edad. Ahora creo que eso es una mera chorrada. Lo que tienes que saber seguro es que luego los arrepentimientos se pagan.

—Yo estoy bien como estoy —respondió automáticamente. Se había acostumbrado a esa contestación—. Pero es cierto que me apetece un montón estar con Valentina.

Silvia sacó la vajilla de la cristalera del salón y la puso sobre la mesa para colocarla.

—Lucas, estás más perdido que un buzo en Madrid. Tienes que saber que la edad no importa, a menos que seas un queso.

Capítulo 7

Llamaron al timbre de la puerta y di un respingo. Estaba nerviosa. Respiré hondo varias veces y me puse en pie pasándome la mano por el vestido nuevo. Era tan ajustado y me apretaba tanto que había tenido que descartar la ropa interior ¡Hasta le quité las etiquetas para que no se transparentasen! Y durante un buen rato había estado cruzando y descruzando las piernas para cerciorarme de que era capaz de hacerlo sin enseñar todo el potorro. Incluso metí mi tanga en el bolso por si me sentía muy incómoda.

Caminé hacia la puerta y la abrí. Lucas era tan alto que parecía rozar el techo con la cabeza. Vestía un pantalón de pinzas color café y por entre la chaqueta se le veía una camisa blanca. Llevaba la cazadora en la mano. Estaba guapísimo.

Me sonrojé al notar el brillo canalla de sus ojos repasándome de arriba abajo, y sentí como si un látigo cargado de electricidad me golpeara en el centro del vientre, «Y yo sin un triste *salva-slip*» me dije.

Él sonrió con satisfacción.

—Estás preciosa, Valentina.

Acalorada, me llevé una mano al escote y me rasqué suavemente, nerviosa.

—Gracias. Tú también estás muy elegante. ¿Quieres pasar a...? —No se me ocurría como terminar la frase. Hubiera sido vergonzoso decirle que si quería pasar a mi cama.

—¿A saludar a tu amiga? —me preguntó.

—Sí, eso. —Me aparté para que entrase. Por primera vez me di cuenta de que se tenía que agachar en los marcos de las puertas para no golpearse la cabeza.

Lucas saludó a Soledad muy educado. Quien no lo fue tanto, era ella, y me dieron ganas de darle una patada en el culo por eso. Soledad podía ser muy borde cuando quería, pero a él apenas lo conocía y no tenía derecho a tratarlo así. Me apunté mentalmente decírselo cuando volviese de mi cita.

Esa vez nos fuimos en su vehículo. Un cochazo grande que iba un montón con su personalidad. Nada más acomodarme, me entregó una rosa roja. No sé si se dio cuenta, pero la cogí como si fuese una bomba.

—Pensaba regalarte un gatito —me dijo.

—Si viene con el Urbason incluido, todavía —contesté.

—¿Eres alérgica?

Asentí. Y al polen, aunque no se lo dije. Eso sí, me iba a tocar cargar con el floripondio toda la noche, a no ser que lo dejase olvidado en algún lado.

Pocas veces había salido de Madrid, ninguna desde que había regresado de Nueva York, sin embargo, supe que Lucas estaba saliendo de la capital en cuanto cogió la autopista del norte.

—¿Dónde vamos? —quise saber.

Con aire de presunción, me miró por el rabillo del ojo.

—Es un secreto.

Los secretos y las sorpresas no me gustaban mucho. Podían llamarme rara por eso, perro verde, incluso, pero era la pura verdad. Solté una risita.

—¿No serás rico y me llevarás hasta un helipuerto para coger un helicóptero y darme un paseo, verdad?

—No.

—¿No me harás firmar algún contrato?

—No.

—Los juegos sados no te van, ¿cierto?

Él giró la cabeza hacia mí, devorándome con sus intensos ojos pardos. Mi corazón latió salvaje.

—Cierto, no me van nada.

Me mordí el labio inferior, inquieta.

—¡Vamos a ver! Te lo voy a preguntar lo más clarito que puedo. ¿Cuántas sombras tienes?

Él rompió a reír y volvió la mirada a la carretera.

—Muñeca, creo que me estás confundiendo con Peter Pan.

No pude evitar soltar una carcajada. Esa pequeña conversación hizo que mis nervios desapareciesen. Pero no volví a preguntarle dónde me llevaba. Lo dejé todo en manos del destino. Y muy bien dejado, por cierto, porque Lucas detuvo el coche frente a la puerta de un antiguo castillo.

Grandes antorchas colocadas en los enormes muros, aparte de iluminarlos, los bañaban con luz dorada y cálida rompiendo con la oscuridad de la noche. Las almenas y los torreones acariciaban el cielo y se recortaban contra la suave luz de la luna. El firmamento estaba cubierto por unas nubes tan delgadas que la esfera plateada se delineaba con sutileza, produciendo un efecto entre tenebroso y romántico.

No esperé a que me abriese la puerta y salí, observando con maravilla la construcción.

—¿Te gusta? —preguntó.

Me estremecí. Se acercó tanto a mí que puse mis brazos alrededor de su cuello, empujando su boca hacia la mía. Él me apretó con sus brazos,

aplastándome contra él. Adoraba que me cogiese así. Me hacía sentir pequeña, delicada y muy femenina.

—¿Qué es esto? ¿Vamos a cenar aquí? —susurré en un hilo de voz.

Él asintió. Capturó mi boca y me dio un beso de infarto. Luego me cogió de la mano y me llevó hacia el portón. Una de las hojas estaba abierta y una mujer, vestida de doncella medieval con cofia y mangas anchas, nos buscó entre la lista de reservas. Después, un hombre nos guio por un elegante pasillo envuelto en penumbras. Armaduras de caballeros lucían contra las paredes, así como ostentosos cuadros. Una enorme alfombra de tonos granates y verdes cubría el suelo. El aire era frío y húmedo.

—¡Madre mía! —exclamé, agarrándome con fuerza a Lucas—. Me siento como si hubiese viajado en el tiempo.

—¿Eso es bueno?

—Eso es una mierda —respondí, emocionada.

Se nos abrieron unas dobles puertas y pudimos ver un comedor donde había más gente que en una horda de zombis. Estaba todo más iluminado que el pasillo, pero no mucho más. Nos recogieron las cazadoras.

Las paredes de piedra gris estaban semicubiertas de tapices y cuadros. Del techo colgaban lámparas de brazos. Toda la decoración era medieval; mesas alargadas con bancos por asientos, vajilla de barro y copas de metal, cortinones colgando de altas columnas... El personal del restaurante-castillo vestía de época.

Me volví a Lucas cuando un camarero nos indicó dónde debíamos sentarnos. Compartíamos mesa por la derecha, izquierda y enfrente. Aquello para mí era un problema. ¿Cómo sentarme en el banco sin mostrar mis vergüenzas? Era obvio que para entrar ahí debía levantar las piernas. También podía ir hasta el principio del banco y hacer a todo dios que se pusiesen en pie para que me dejasen pasar. De hecho, era la opción más viable y factible.

—¿Ocurre algo? —me preguntó Lucas, inmovilizándome con sus intensos ojos pardos.

—Pasa que tenías que haberme dicho dónde veníamos. Me hubiera puesto otra ropa y de ese modo no tendría que enseñar el corvejón a nadie.

Él se rio de mí.

—Mira que eres... —se interrumpió al pasar la vista sobre mi corta falda. Sus ojos miraron con aprecio mis piernas. Galantemente se quitó la chaqueta para dárme-la. La camisa blanca contrastaba demasiado bien con su piel bronceada—. Es la manía que tenéis las mujeres de llevar cinturones anchos en vez de faldas en condiciones. ¿No llevas bragas?

—¡Pues claro que sí! —exclamé, indiferente. Esperaba que me creyese, aunque supuse que el ardor de mis mejillas que se transformaba en un tono rojo tomate me contradecía. Cogí la chaqueta y le miré, intrigada—. ¿Qué quieres que haga...?

—Átala en la cintura.

Le hice caso y me la puse tipo delantal. Sin ningún reparo, me senté en el banco saludando a nuestros compañeros de mesa. Todos parecíamos estar nerviosos y expectantes. Las risillas flotaban en el comedor.

Una mesa alargada, colocada sobre un escenario, se hallaba vacía. Los asientos eran tronos y la gente comenzó a especular, en voz alta, que allí se iban a poner los actores.

—Nunca he estado en una cena-espectáculo —le confesé a Lucas.

—Solo tienes que dejarte llevar y disfrutar.

—¿Vienes mucho por aquí?

—No, lo conocí hace unos meses que me trajo mi madre, porque se lo había recomendado una compañera. Me jodió porque tenía un torneo de *Call*

of Duty y no pude participar, pero mereció la pena. Lo pasé muy bien.

Me sorprendí.

—¿Juegas a videojuegos?

Él desdobló su servilleta y la volvió a doblar. Le sentí un poco incómodo.

—La PlayStation.

—A mí me gusta mucho el *FIFA* —le dije.

Sus ojos se abrieron como platos. Como si estuviese viendo a Papá Noel en persona.

—¿Te gusta el fútbol?

—Por supuesto.

—¿De qué equipo eres?

—Del mejor. Rojiblanca, del Atlético de Madrid de toda la vida de Dios.

Se echó a reír con el ceño fruncido.

—¿Perdona? ¡Ese no es el mejor!

No le perdoné. Hinché los carrillos en una mueca.

—¡Venga ya! ¡Eres de Real Madrid! —No lo pregunté. Lo adiviné yo solita.

El camarero pasó dejando una botella de vino por cada cuatro comensales. Lucas sirvió primero a la pareja que teníamos enfrente y luego llenó nuestras copas.

—¿Hay algún problema con eso, mi bella Valentina?

—¿Sabes? Nuestro destino no es estar juntos. ¿Te has dado cuenta de que somos bastantes diferentes? Incompatibles, para ser más exactos.

—No lo creo así —respondió con un susurro en mi oído—. Vamos a jugar

a un juego. Me dirás todo lo que nos separa y yo te demostraré que no es verdad.

Le sonreí. Eso de los juegos era una chorrada, pero le di el placer. Comencé yo: —Para empezar, somos de diferentes equipos, como acabamos de descubrir.

Él asintió.

—Eso significa que a los dos nos gusta el fútbol.

Me mordí el labio inferior.

—Te gusta cocinar y yo lo odio.

—Jamás peharemos por hacer la comida. —De improviso, colocó su mano en mi muslo por debajo de la mesa. Me estremecí.

—Bebo más alcohol que tú.

Lucas se encogió de hombros. Deslizó varios dedos por debajo de la chaqueta, subiendo lentamente hacia mi ingle.

—De modo que seré yo quien te lleve a casa.

Se me empezó acelerar el corazón. El juego me estaba dando un miedo de cojones, y su caricia me estaba calentando al punto de quemarme.

—Me gusta el terror, las emociones fuertes, las montañas rusas...

—Perfecto, soy paracaidista —contestó, plantando la mano justo en mi sexo.

Me bebí el vino de golpe. De repente, se me había secado la boca. Miré a los demás comensales tratando de averiguar si ellos estaban notando algo. Todos estaban en sus cosas.

—¿Sabes cuál es la principal causa de divorcio? —pregunté disimulando un gemido. Él negó. Sus dedos habían comenzado a moverse dentro de mí—.

El matrimonio.

—¿Quieres casarte? —me preguntó, arqueando las cejas. Él aceleró sus movimientos y yo comencé a temblar.

—No me lo he planteado nunca —incliné la cabeza en su hombro—. Lucas, por favor.

—Me has mentido. No llevas bragas —murmuró con una risilla canalla. Enterré la cabeza en su pecho, girándome del todo a él. Agradecí las penumbras. Debíamos de parecer una pareja de enamorados o recién casados. Eso quise pensar—. ¿Por qué me has mentido?

—No te tengo que decir siempre la verdad.

Muy despacio, Lucas fue sacando la mano de mi cuerpo. Me sentí confundida. Deseaba que hubiese terminado con lo que había empezado, pero también comprendía que no hubiera sido muy ético, ni moral, haberlo hecho allí. ¡A tomar por culo la ética y la moralidad!

—Yo tampoco me he planteado nunca casarme —respondió, con los ojos fijos en mí, sabiendo todo lo que yo estaba sintiendo.

Me serví más vino para intentar bajar la temperatura.

—Hay algo que sí que nos separa —dije, agarrándome a un clavo ardiendo—. Adoro los musicales. ¿Qué tienes que decir a eso?

Apretó los labios por no reírse. Afirmó con la cabeza.

—Es cierto. Es un obstáculo insalvable.

Solté un exagerado suspiro y, al ver su cara de circunstancias, reí a carcajadas. Por suerte le llamaron por teléfono y dimos por finalizado el juego. O los juegos. Mi pasión se apaciguó.

Al principio, él no parecía querer coger el teléfono, cosa que me mosqueó un poco, pero al final lo hizo. Creí que sería del trabajo y que tendría que salir

corriendo. Mi tía Laura lo había hecho muchas veces. Como solía decir: «el crimen nunca descansa».

Sin embargo, la conversación de Lucas, al menos sus respuestas, que era lo único que podía escuchar, no sonaban ni ansiosas ni urgentes. A decir verdad, se limitaba a contestar con monosílabos, a pesar de que su rostro había adquirido un tono grave y preocupado.

—¿Está todo bien? ¿Ha ocurrido algo? —le pregunté en cuanto colgó. No quería que por mi culpa se buscara algún problema.

—Nada importante —explicó dejándome más tranquila—. Era mi madre, que quería saber si mañana iba a comer con ella.

Los camareros comenzaron a servirnos un succulento manjar y de pronto todo se vio envuelto en una divertida y alegre representación. Por unos segundos, el local se llenó de una espesa niebla artificial para dar paso a los actores que iban a ocupar la mesa principal. El rey, la reina y varias damas y caballeros.

Agité la mano para tratar de ver algo.

—¿Estas bien? —me preguntó Lucas, riendo.

—Muy bien, es solo que aquí hay más humo que en el cumpleaños de Bob Marley.

Por supuesto, esa noche terminamos en su casa y en su cama —no podía ser de otra manera, después del calentón del restaurante—, e incluso pensé que podía acostumbrarme fácilmente a estar con él. Y lo peor de todo no era acostumbrarme a algo, sino que las circunstancias me obligaran a perder esa costumbre.

Vale, solo había salido unas cuantas veces con él. Eso no nos daba derecho a ninguno de los dos a pensar que en un futuro...

Aparté rápido esos turbios pensamientos de mi cuadrada cabeza y me giré

sobre el colchón. Lucas me tenía rodeada la cintura con su brazo. Su aliento me dio de lleno sobre la frente; él dormía con placidez.

Lo que Lucas había hecho al llevarme al castillo y darme la rosa, había sido muy romántico, y, por una vez en mi vida, tuve que admitir que me había gustado mucho.

Le pasé el brazo por el costado y metí la pierna entre las suyas. Él estaba caliente y era muy agradable sentir su cuerpo desnudo pegado al mío. Desprendía un olor muy fresco y, al tiempo, muy varonil. Besé su tatuaje. Era una serpiente enredada en la parte superior del brazo con la cabeza del reptil en el hombro.

No podía explicar con palabras lo que me hacía sentir. A veces era como un niño grande con su sonrisa pícaro y los ojos bailoteando en las cuencas, y, en otros momentos, una persona con un pasado duro con cierto toque de incompreensión; salvaje cuando me hacía el amor con tanto fuego, peligroso cuando me miraba pensativo y tenía la sensación de que me traspasaba hasta el alma. En aquel momento le sentía mío, pero sabía que, cuando despertase, sería lejano.

—¿Estás despierta? —me preguntó sin abrir los ojos.

Asentí.

—¿Sabes que roncas, Lucas?

Él sonrió y agitó la cabeza.

—No, yo no ronco, sueño que soy una moto.

Capítulo 8

Soledad y yo fuimos a casa de mi tía a la hora que ella nos dijo. Había pedido comida asiática y los olores agridulces flotaban en el comedor junto con la soja, el curry y el wassabi.

No íbamos a ser muchos comiendo, aunque mi tía había invitado a Alba, una amiga mía a la que hacía mucho tiempo que no veía, eso sí, teníamos comunicación por las redes sociales casi a diario. En cuanto nos vimos, nos abrazamos con fuerza. Justo cuando yo regresaba a España ella se había tenido que marchar a Santander con su madre, pero la muy... zopenco, no me había dicho cuándo volvía.

—¡No te esperaba! ¿Cuándo has vuelto? ¿Por qué no me has dicho nada?
—La muy zopenco, lo repito porque me gustaba llamarla así, se encontraba guapísima, tal vez un poco delgada, pero seguía igual que siempre. Alta, atlética, de melena oscura recortada sobre los hombros, y lo bueno es que ya no tenía pecas. Antes toda su cara estaba llena de ellas.

—Vine hace dos días, pero estuve muy liada, y como sabía que nos íbamos a ver, te quería dar una sorpresa.

—¡Por supuesto que me la has dado! —Le cogí de la mano y la arrastré hasta Soledad. Ellas habían hablado alguna vez, sin embargo, no se conocían en persona—. Alba, te presento a Sole. Ella es la que ha tenido la paciencia de aguantarme durante estos años.

—Ya antes la tuve yo —respondió Alba, entre risas.

Soledad y ella se pusieron a charlar y aproveché para saludar al inspector

Castillo. Creo que se llamaba Miguel, pero en casa siempre le hemos llamado Castillo. Era compañero de mi tía desde hacía al menos diez años o más, no podía recordarlo. El pobre hombre estaba enamorado hasta las trancas de ella, se le notaba a la legua, pero mi tía fingía no darse cuenta. Sinceramente yo habría hecho lo mismo, y me da pena decirlo, pero Castillo era... poco agraciado: grandote como un osete de peluche gigante, blandito —eso lo sabía porque al caminar se le movían mucho los mofletes—, más lento que una orgía de caracoles, y casi nunca entendía los chistes, o se reía antes de tiempo o lo hacía porque los demás lo hacíamos también. Pero yo le quería mucho. Él estaba siempre en las celebraciones, eventos e incluso funerales. Y, sobre todo, estaba como era él, tranquilo, sereno, aportando seguridad sin importarle si se integraba o no con el resto de los humanos.

—¡Castillo! —Le di un fuerte abrazo. Fue imposible abarcarlo—. ¡Has crecido otra vez! ¡A lo ancho! ¿Cómo puede ser eso posible? —bromeé entre risas.

Él sonrió.

—Qué graciosa, está claro que no has cambiado mucho.

Giré delante de él.

—¿Te parece que no?

—También has crecido —concedió—. ¡Estas guapísima, ladrona!

Solté una carcajada. Él me llamaba así: «ladrona de corazones» ¡casi se me había olvidado!

—Laura no deja de hablar de ti desde que has llegado —continuó diciéndome—. Me ha dicho que estás trabajando en la torre Azahar. Tenía pensado pasar a saludarte, pero hemos tenido mucho lío.

—Ya me ha dicho. Yo también quería ir a verte, pero como sabía que te iba a ver pronto, esperé.

—¿Qué tal te ha ido todo por esos países lejanos?

—He tenido días buenos y malos. —Suspiré ruidosamente—. Te aseguro que estaba deseando volver a Madrid.

—Pues Laura pensaba que ya te ibas a quedar allí.

—Lo sé, pero no. —Me encogí de hombros—. Mi felicidad está con vosotros.

Él se ruborizó. Llevó los ojos hasta Soledad, que hablaba con Susana y con Alba.

—¿Es tu compañera de apartamento?

Asentí.

—¿Te la presento? Es una buena chica.

—Lo hizo Laura hace un rato.

Como de costumbre, su rostro era indescifrable y no sabía en qué pensaba. Le palmeé el brazo.

—¿Qué te pasa? No es una delincuente ni nada parecido.

Me miró, mordiéndose el labio inferior.

—No he dicho que lo sea.

—Te conozco, Castillo. ¿Quién cojones te ha dado derecho para que ejerzas de padre?

—Cuida tu lenguaje, señorita. —Con la barbilla señaló a Soledad—. Esa chica no me gusta —sentenció, tranquilo—. Y, por otro lado, soy lo más parecido a un padre que has tenido nunca.

El grandote llevaba razón. Pero, al fin y al cabo, él no lo era. Me crucé de brazos, desafiante: —Imagina que mi tía se casa con ese Salmerón —dije con malicia. Con muchísima malicia, porque esperaba ver alguna reacción en su

rostro amable, no sé, algo como celos, o tensión... En cambio, se echó a reír en mi cara.

—Ladrona, ¿nadie te ha dicho que ese hombre tiene veintiocho años? ¿Dieciocho menos que tu tía? En primer lugar, no los veo casados, y, en el supuesto caso de ser así, ¿sería tu padre alguien apenas mayor que tú?

Aquello sonó fatal. Me dejó más cortada que la toalla de Freddy Krueger.

—No lo sabía. Tampoco me extraña —mentí, me extrañaba horrores. ¡Salmerón solo tenía siete años más que yo!—. Mi tía es muy guapa y con un cuerpo cañón. Desde luego, no tiene necesidad de dar explicaciones a nadie. —Excepto a mí, me dije—. Porque es libre de hacer lo que le dé la gana. —Miré a Castillo, dubitativa—. ¿Crees que ese tipo se está aprovechando de ella?

—¡Laura no es gilipollas!

No, claro que no lo era. Pero ¿por qué había omitido ese detallito de nada conmigo?

—Vuelvo ahora mismo.

Mi humor fue cambiando a la misma velocidad con la que yo caminaba hacia la cocina. Mi tía hablaba con alguien por teléfono y colgó justo al llegar yo. Me miró forzando una sonrisa que no llegó a sus ojos. Me inquietó. Así era yo. En un momento estaba enfadada y, al siguiente, más preocupada que un pavo el día de Nochebuena.

—¿Qué te ocurre?

—Era Salmerón. Me pide disculpas por no venir, pero se le ha complicado el día.

Después de saber lo que sabía, tampoco me importaba mucho.

—Pues ahora que sacas el tema ¿por qué no me dijiste que era mucho más

joven que tú?

—¡Vaya! ¡Castillo ya se ha ido de la lengua! ¿No podía haber buscado otra ocasión para...?

—¡Él no tiene la culpa! Si me lo hubieras dicho tú, que es como debía ser, no me hubiera enterado por terceras personas.

Ella se echó hielo en un vaso alargado, un buen chorretón de vodka y lo terminó de rellenar con naranja, al tiempo que me decía: —No sabía cómo hacerlo, por eso estaba esperando a que lo conocieses.

—¿Para dejarme con la boca abierta, o qué?

—Cachito...

—Tu eres la que me dices que puedo hacer lo que quiera siempre que tenga cabeza y sea responsable. Obvio que tú puedes hacer lo mismo. Pero me jode que no confíes en mí.

—¡Esa boca! —me regañó—. ¡Sí que lo hago! Sí que confío en ti.

—¡Ya lo he visto! —respondí enfadada.

—¡Eres tan... terca! ¡Te pareces tanto a Adelaida! Ella me habría dicho que estoy loca.

—¡Yo no soy mi madre! ¡Ni siquiera la recuerdo! ¡Pero tan perfecta no pudo ser cuando nunca os presentó a mi padre ni os dijo quién era! —Hala, ya había soltado la bomba que daba vueltas en mi cabeza desde hacía un montón de años.

—¿Qué? —Su rostro se convirtió en una máscara de ira. Nunca la había visto así y pensé que tenía que haber seguido callándome eso. Me abofeteé mentalmente.

—¡Lo siento, tía, perdóname...! —Como una cobarde quise huir al comedor. Sin darnos cuenta, las dos habíamos alzado la voz y los invitados

nos miraban desde el hueco de la puerta que comunicaba la cocina con el salón. Pero ella no me lo permitió y me cogió con fuerza del brazo haciéndome girar.

—¿Por qué has dicho eso? —preguntó, alterada.

¿Por qué lo había hecho? ¿Porque era gilipollas?

—No quería hacerlo. Escuché cosas cuando iba al colegio.

Ella respiró profundo y me señaló una silla.

—¿Puedes sentarte, por favor? —Obedecí al instante, casi de forma mecánica, aunque lo único que deseaba era escapar de allí y de su oscura mirada. Ella se volvió hacia los invitados que seguían parados en el salón, observándonos, curiosos—. Castillo, ¿te importa cerrar la puerta? Nosotras vamos ahora mismo con vosotros.

Él asintió. Cuando nos quedamos solas, mi tía se giró a mí de nuevo y se sentó a mi lado. Con voz triste y apagada me preguntó: —¿Nunca te has preguntado por qué quise ser policía?

Aspiré con fuerza.

—Supongo que te gustaba —contesté.

—Veterinaria.

No la entendí.

—¿Qué?

—Siempre deseé ser veterinaria; salvar a los animales, protegerlos... Iba a tener que enfrentarme a mi gran miedo, a sacrificar a los que ya no pudiesen valerse por sí mismos, pero era lo que quería ser.

La observé con intriga.

—¿Por qué cambiaste de opinión?

—Un día, un señor muy malo abusó de una muchacha que regresaba tranquila a su casa. A ella la llevaron al hospital y a él lo denunciaron. La policía lo estuvo investigando, pero nada, el tipo no aparecía, era como si se lo hubiese tragado la tierra. Mientras tanto, esa joven descubrió que estaba embarazada. Quiso abortar, pero su madre, una mujer muy creyente y puritana, no se lo permitió. —Sentí que comenzaba a marearme. Me sudaban las manos y tenía la boca seca—. De modo que tuvo una niña preciosa a pesar de que la gente no dejaba de murmurar a su alrededor.

Anonadada, pregunté:

—¿Violaron a mi madre? —Era algo que nunca había podido llegar a imaginar.

—Así es. Y ese día cambié mi vocación. Quería detener a los malos.

Me pasé las manos por la cara.

—Me dijiste que no sabías nada de mi padre —murmuré. Estaba en *shock*. Me había mentado todo este tiempo.

Asintió.

—Solo supe que murió después de nacer tú.

—¿Cómo fue? —quise saber. Necesitaba conocer la historia completa.

—Le atropellaron.

Se hizo un largo silencio. Una pausa para digerir aquello.

—Nena... —Me obligó a mirarla—. No intentes saber más de él. No fue buena persona y no quiero que sufras por eso.

—¿Por qué ni tú ni la abuela me lo contasteis nunca? —No era fácil descubrir que no era más que el fruto de una violación.

—No había necesidad de ello. Tu madre era genial y auténtica. No lo olvides nunca, Valentina.

Me jodió un montón que me dijera eso. Laura había adorado a mi madre y se había encargado de hablarme maravillas de ella, y yo, sin embargo, había hecho oídos sordos a sus palabras por escuchar comentarios. Tenía la cabeza echa un lío.

—No necesitabas contármelo, pero yo sí necesitaba saberlo.
—Angustiada, me puse en pie. En menos de un segundo ella me abrazó y me consoló como cuando era niña.

—¿Por qué no salimos e intentamos pasarlo bien? Es como un día de chicas, pero con Castillo.

Busqué sus ojos. Parecía más tranquila, y creo, aunque no lo dijera, que debía de ser así. Se había quitado un peso de encima al contármelo.

—Siento mucho no poder conocer a tu Romeo —le dije de corazón.

—Ya habrá otra ocasión.

Capítulo 9

Lucas estaba en casa, recostado en el sofá con una suave manta de lana por encima. La televisión encendida.

Llevaba todo el día pensando en la noche pasada y lo bien que el geniecillo y él lo habían pasado. Lo peor había sido saludar a su amiga Soledad. Era obvio que esa chica tenía un sentimiento posesivo hacía Valentina y, lo que más le extrañaba, es que el geniecillo no se hubiera dado cuenta. ¿O lo ignoraba adrede?

Fuera como fuese, él tenía que hablar con Laura lo antes posible. Lo había decidido y no podía postergar más el asunto, porque al final, Silvia iba a tener razón. Estaba jugando con dos barajas y él sabía de sobra en qué partida quería jugar. Le gustaba Valentina muchísimo, y comenzaba a tener sentimientos por ella.

Llamaron al teléfono. Lo tenía sobre la mesa y estiró el brazo para alcanzarlo. Sus labios esbozaron una sonrisa al imaginar que podría ser ella. Se decepcionó. Era Laura. Incorporándose, descolgó. Enseguida al comenzar la conversación se percató de que las cosas no iban bien. Sintió un escalofrío en la espalda. Ella había bebido más de la cuenta y no podía entenderla. Sus palabras no eran coherentes. Tan pronto reía, como gritaba, como rompía a llorar. Preocupado, se marchó a verla. Tenía que asegurarse de que estaba bien y solo era una borrachera.

Llegó veinte minutos después. Laura le abrió la puerta. Llevaba el cabello ligeramente despeinado y se tambaleaba.

—¿Qué ha pasado? ¡Menuda fiesta has debido de montar! —Entró y cerró la puerta detrás de él. El salón estaba recogido. Extraño para haber tenido comilona. Por el rabillo del ojo vio la ristra de vasos sobre las encimeras de la cocina.

«De modo que sí había celebrado reunión, pensó».

—No quería molestarte, Salmerón. ¿Quieres una copa?

Lucas la rechazó. Retiró el vaso de la mano de Laura antes de que volviese a beber más.

—Ya has tenido suficiente por hoy. ¿Estás sola?

Asintió, apretando los labios.

—Sí, se fueron todos. Yo quería que se marchasen y me dejaran sola. Mi cachito se puso cabezona, pero yo lo soy más.

—Desde luego. Ven, siéntate. —Le ayudó a tomar asiento en el sillón. Él se quitó la cazadora y la dejó sobre la mesa alta del comedor—. ¿Cómo has bebido tanto?

—Tengo que contarte algo horrible —dijo con gravedad.

Él sintió curiosidad.

—¿De qué se trata?

—Le he confesado a mi niñita quién era su padre.

Lucas se sentó a su lado, mirándola muy serio.

—¿Qué ha dicho? ¿Cómo se lo ha tomado?

Ella se encogió de hombros, entrecerrando los ojos.

—No tengo ni idea. Estábamos discutiendo —no le dijo que porque ella le había ocultado a Valentina su edad—, y de repente me habló mal de Adelaida. No pude callarme y le conté lo de la violación. —Suspiró hondo—. Te he

echado mucho de menos, Salmerón. Ha sido todo tan raro...

—No te preocupes, ya estoy aquí. —Fue a abrazarla. Laura se sintió revuelta y se levantó. Lucas también lo hizo y le rodeó la cintura—. ¿Te encuentras mal?

Ninguno escuchó la puerta de la entrada abriéndose y cerrándose. Sí oyeron la voz de Valentina, unas décimas de segundo antes de asomarse al salón.

—Sé que soy una despistada, pero he olvidado...

—¡Cachito! —exclamó Laura, emocionada.

Tanto los ojos de Lucas como los de Valentina chocaron. Ambos incapaces de pronunciar palabra. El rostro de él cubierto de incredulidad; el de ella, de pasmosa sorpresa.

—¡Qué alegría que hayas vuelto! —prosiguió Laura, ajena a las diferentes reacciones que se estaban llevando a cabo en su salón—. Salmerón ha venido... —Se llevó una mano a la boca reprimiendo las náuseas que subían desde su estómago.

—Tía, ¿estás bien? —preguntó en voz baja y áspera dando un paso a ella.

Lucas guio con prisa a Laura hasta el baño. Hizo que se inclinara sobre la taza y le colocó la mano en la frente. Ella estaba fría. Comenzó a vomitar. Él sintió la presencia de Valentina detrás. La miró sobre el hombro. La joven seguía estando patidifusa, se lo notaba; las pupilas dilatadas, la cara blanca como la porcelana...

—¿Cómo has podido? —le susurró ella con los dientes apretados y una mirada helada.

Laura se incorporó soltando una risilla. Se pasó la mano sobre la boca y se arrimó al lavabo. Lucas le acompañó en todo momento. Valentina regresó al salón y él lo agradeció. Debía de sentirse tan mal como lo estaba él, o quizá

mucho peor. Laura era su tía. «Maldición».

—Estoy mejor, Salmerón. Déjame un momento sola —le pidió la mujer.

—¿Estás segura?

Laura asintió.

—¡No puedo creer que mi pequeña me haya visto pedo perdida! —gimió en voz baja.

—No pienses en eso. Está preocupada por ti y nada más —contestó encogiéndose de hombros Laura empujó a Lucas con sutileza fuera del baño.

—Venga, ahora voy con vosotros. Quiero estar sola y lavarme un poco.

Lucas cerró la puerta con suavidad y caminó hacia el salón. Fingía estar tranquilo, su experiencia académica policial le había preparado para mediar entre conflictos, reducir asaltantes, e incluso a someterse a los riesgos más extremos. Pero nadie le había preparado para esto. Estaba nervioso.

El geniecillo pelirrojo le esperaba con los brazos cruzados sobre el pecho. Llevaba un vestido colorado que se ajustaba desde el escote en uve hasta la cintura y luego se abría en vuelo terminando encima de sus estupendos muslos. Ese día se había puesto pantis oscuros y tacones rojos.

—La vez que te pregunté si estabas con alguien, no me mentiste, ¿verdad? —le preguntó ella. Él sacudió la cabeza—. ¡Joder! —exclamó enfadada, con los ojos brillantes, llevándose las manos a la cabeza—. ¡No lo puedo creer! —Se paseó con fuerza varias veces hasta la entrada de la cocina y vuelta. Se paró y le miró con intensidad—. Dime, por favor, que no sabías quién era yo —imploró.

—No lo sabía. —Lucas inspiró hondo y dio a su voz un tono apaciguador—. Te prometo que no tenía ni idea, Valentina.

—De todos modos, no lo comprendo. Le eres infiel y...y... ¿Qué se

supone que tengo que hacer?

—Pensaba hablar con ella hoy —respondió él con aspereza. Dudaba que Valentina le creyese. Y así fue.

—¡No lo ibas hacer! Lo dices porque me estás viendo ahora.

—No. Vine con la intención de decírselo, pero al verla así... hoy... no puedo.

—¡Claro que no puedes!

—Pero es lo más sensato.

—¿Sensato? ¡Mis cojones! ¡Lo será para ti, pero no para mí!

—Laura es una mujer adulta.

—¿Y va a entender que le eres infiel?

Lucas frunció el ceño. A través del mirador echó una breve mirada al cielo que se iba oscureciendo. Confiando en que su voz sonara firme, respondió: —Laura lo sabe. —Observó los preciosos ojos azules, las mejillas sonrosadas, la barbilla y el ceño con gesto incrédulo—. Lo que no sabe es que es contigo.

—¿Pero qué jodida clase de relación lleváis? —preguntó cubriéndose la boca con la mano.

Él sacudió la cabeza.

—No lo entiendes.

—¡Claro que no! ¡Ni lo entiendo, ni quiero hacerlo! ¡Me cago en mi puta vida!

Lucas iba a explicarle, pero en ese momento salió Laura del baño cogiendo aire y él guardó silencio.

—Ya se me ha pasado. Ha debido de sentarme algo mal —dijo,

avergonzada.

—El vodka —soltó Valentina sin pensar—. Suele sentar mal cuando se bebe mucho.

—La comida asiática nunca te sienta bien, sobre todo el curry —contestó Lucas dirigiéndose a Laura, ignorando con deliberación la frase del geniecillo—. Y, por lo que huelo, creo que has comido eso.

—Sí, tienes razón—respondió Laura, avergonzada.

Se produjo un tenso silencio. Lucas volvió la vista a Valentina, que se mordía el labio inferior con arrepentimiento; había bajado la vista al suelo, turbada.

—Es posible que toda esa comida mezclada con la bebida te haya puesto mal cuerpo —continuó diciendo él.

—Seguro que ha sido eso —musitó Valentina en un hilo de voz, sin querer mirar a nadie—. Voy a coger el teléfono que se me ha olvidado aquí y os dejo solos.

—No tienes que marcharte, cachito...

—Sole me espera abajo —respondió la joven. Fue a la cocina a coger su móvil que estaba sobre la mesa y se dirigió a la salida—. Te llamo esta noche a ver qué tal te encuentras, pero si te pones peor, prométeme que me llamarás.

—Voy a estar bien —dijo Laura tranquilizándola.

Valentina alzó los ojos hacia los de Lucas. Y de algún modo él sintió que se le partía el corazón. No solo porque ella descubriese que estaba con Laura, también porque se había enterado de lo de su madre y eso era algo muy turbio en la vida de cualquiera.

—Ha sido un placer conocerte... Salmerón.

Él se quedó sin respiración. No pudo hablar. Solo fue capaz de asentir.

Capítulo 10

Llegué a casa sin apenas cruzar una palabra con Soledad. Ella pensaba que yo estaba decaída por la discusión que había tenido con mi tía y preferí que creyese eso, a amargarla con mis problemas.

Por suerte para mí, Soledad había quedado para salir con unas amigas y me dejó la casa para mí sola. Nada más atravesar la puerta, volví a darle vueltas a lo ocurrido. Mi pensamiento volaba de mi madre, salvajemente violada, a mi tía con Lucas.

Me sentí mala persona. Era como si la hubiese traicionado por partida doble; primero faltando el respeto de su hermana y después... acostándome con su novio.

Me tiré sobre la cama. Mordí la almohada con fuerza hasta que me dolieron los dientes y grité rabiosa. Al menos, no me había enamorado de Lucas... todavía, ¿no? Quería creer que era así.

No tenía que volver a verlo, me dije. ¡Coño, no había hombres en Madrid que me había tenido que ir a fijar en él!

Mi tía era bonita y... ¿Qué cojones había visto Lucas en ella? ¡Tenía mogollón de virtudes, eso sí! Pero no dejaba de ser mucho mayor que él. Que vale, que había muchas mujeres que, sin importar la edad, estaban con hombres más jóvenes. Sin embargo, me dolía un montón, no que fuese mi tía, sino que fuese Lucas, la persona que yo quería para mí.

Rodé sobre el colchón y fijé los ojos en el techo. ¿Sería Lucas capaz de compararnos a las dos? Sentí que me ahogaba. Si dejaba que algo así me

afectase no iba a ser capaz de continuar con mi vida, y yo era una mujer lo suficientemente fuerte para poder con eso y con cualquier cosa que se me pusiese por delante.

—¡A la mierda! ¡Nunca he conocido a Lucas, nunca lo he visto y nunca he ido con él!

Lo negué tres veces como Pedro a Jesucristo. Respiré hondo y me eché a dormir. Me costó un buen rato conciliar el sueño y, cuando más a gusto estaba, a alguien se le pegó el dedo en el timbre de la puerta.

Sabía de sobra quién era mucho antes de verle. Me venía de perlas, porque necesitaba aclarar unas cuantas cosas con él.

Abrí la puerta. Lucas estaba tan cerca que levanté la mirada para poder verle la cara. Se le veía muy apuesto con su cabello oscuro recortado, su rostro atractivo y esos ojos pardos con destellos dorados y verdes... Con sinceridad, no era justo que un hombre pudiese ser tan... fantástico.

—¿Por qué no abrías?

Se me quitó la tontería de golpe. Lucas estaba enfadado y todo su cuerpo era pura tensión.

—No te escuché. Estaba dormida.

Entró en casa como un elefante en una cacharrería y se abrió pasó al salón. Las paredes estaban pintadas de color vainilla excepto donde teníamos la televisión, que estaba empapelada con algo parecido a piedra beige. Las persianas del mirador estaban cerradas, aparte de eso, había corrido la cortina verde y todo estaba en sombras, pues no había encendido ninguna luz.

—Adelante, pasa —murmuré, cerrando la puerta. Le seguí y apreté el interruptor. Se iluminó el globo del techo.

—¿Estás bien? ¿Te has tomado algo?

Me miraba con fijeza. Sus preciosos ojos gatunos clavados en mí, recorriéndome de arriba abajo. Me había descalzado, pero no me había quitado el vestido. La falda se había arrugado.

—¿Algo? ¿Como el qué? —Él no contestó. Yo tardé unos segundos más en darme cuenta de lo que me estaba preguntando—. ¿Te refieres a...? ¿Crees que me intento suicidar o algo así?

—Has tardado en abrir.

—¡Eres gilipollas! He tardado porque estaba dormida. ¿Estás loco? ¿Crees que me quitaría la vida por ti? ¡Esto es para mear y no echar gota!

Él suspiró. Se quitó la cazadora y se sentó en el sofá.

—No hemos podido hablar mucho, Valentina. Ven y siéntate aquí.
—Palmeó el asiento como si fuese a obedecerlo. Desafortunadamente, no acostumbraba a seguir las órdenes de nadie, a excepción de mi jefe, o... mi tía.

—¡No quiero! —Me mordí el labio para evitar gemir al ver su rostro enojado—. Antes de nada, dime cómo esta ella.

—Se dio una ducha y se durmió enseguida. No hace falta que la llames o la despertará.

Me crucé de brazos, orgullosa.

—¡Oye! ¡Haré lo que me dé la gana!

—Muy bien, pero siéntate ¡joder!

—¿Qué es lo que no te queda claro de que no quiero? Te digo lo mismo que a Castillo. Tú no eres mi padre.

La mandíbula de Lucas se endureció más todavía.

—Eso es cruel, Valentina.

Le miré con fijeza. Sus ojos estaban llenos de desaprobación.

—Mira, en el mundo hay como siete mil millones de personas y a mí me caen bien, como cuatro. Tú no estás entre ellos. No tenías que haber venido. Necesito olvidar todo esto. Olvidarme de que existes. No puedes saber lo mal que me siento pensando que le he podido quitar el novio a mi tía sin enterarme —le dije frunciendo el ceño.

—Por favor. —Volvió a palmear el sofá.

Me di por vencida. No podía más con ese hombre.

—Lo voy a hacer por no escucharte más —respondí, sentándome lo más erguida que pude, y lo más alejada, también—. Te ruego que seas breve.

—Nadie tiene la culpa de lo sucedido.

—No diría eso, sobre todo estando en tu lugar —murmuré con dignidad.

—¿Qué quieres decir?

Me parecía increíble que tuviese que explicárselo como si fuera imbécil. Estaba claro que no lo era. ¡Demasiado listo, diría yo!

—¡Que eres tú quien estás, o has estado, con dos mujeres a la vez! Y te digo más, me importa una mierda si mi tía lo consintió, porque yo no lo he hecho. De acuerdo, es posible que nosotros no estemos saliendo y solo seamos un rollito, pero debías haberme respetado.

—Y lo hice —soltó muy serio.

—¿Que lo hiciste? —Flipé—. ¡Vete a tomar por culo!

Él asintió con la cabeza como si en verdad se creyese su propia mentira e insistió:

—Desde que estuve contigo la primera vez no volví a... a...

—¿Acostarte con ella? ¡Por favor! ¿Por qué? ¿Por mí? ¡Porque no te creo!

Él se frotó el mentón.

—Simplemente no surgió. Nos hemos visto, hemos hablado, pero no ha surgido nada más. Pasa muchas veces, ya te he dicho que nuestra relación es especial.

—Te repito que ni quiero saberlo, ni me importa. Podéis continuar con vuestra relación de mierda que yo no quiero saber nada, excepto, y que te quede muy clarito que, si haces sufrir a mi tía de alguna manera, te las vas a tener que ver conmigo.

—Me gustas, Valentina.

Me levanté, incómoda. Me sentía mejor enfadada por lo que habíamos hecho, que avergonzada.

—Esta conversación se termina aquí —dije con frialdad.

Él también se puso en pie, mirándome desafiante.

—¡Eres una cabezona!

—Gracias. No dices nada que yo no sepa.

—¿No eres capaz de ponerte en mi lugar? —preguntó con los dientes tan apretados que todo su mentón volvió a quedar rígido de nuevo.

—No te gustaría. Si lo hiciera me cortaría las pelotas. ¡Lárgate de aquí, Lucas!

—¡Sí, lo voy a hacer! ¡Seguro que es más fácil hablar con Laura que contigo!

—¡Como se te ocurra contarle que estuviste conmigo...!

—¿Qué?! —estalló, interrumpiéndome.

Buena pregunta, porque no supe qué contestarle. Podía decirle que le mataría, pero es que no era cierto. Yo no era ninguna asesina. No podía

amenazarle de ninguna manera. Al final, contesté lo primero que me vino a la cabeza:

—Te odiaré toda la vida, Lucas Salmerón.

No sé si surtió efecto o no, el caso es que se marchó de casa cerrando la puerta con un golpe.

Soledad se enteró varios días después. Le conté todo, tanto mi desengaño con Lucas, como lo que le pasó a mi madre.

Del tema de Lucas ella pasó, en cambio me bombardeó a preguntas sobre el tipo que forzó a mi madre. ¿Quién era? ¿Dónde vivía? ¿Por qué lo hizo?

Yo tenía necesidad de conocer los detalles, aunque sabía que lo que descubriese no iba a gustarme ni un pelo. ¿Por qué necesitaba saberlo? No tenía ni idea. Tal vez quería comprender un poco más qué le había llevado a mi padre a hacer lo que hizo. Quizá yo era demasiado empática y quería entender.

Castillo era el único que podía resolver mis dudas. Le llamé para quedar con él, diciéndole que quería saber qué pensaba sobre la relación de mi tía. Una mentira que él se tragó, o bueno, yo creí que se había tragado.

Nos citamos en una cafetería para desayunar. El lugar era grande y agradable con amplias cristaleras y vitrinas rebosantes de tartas, pasteles y bollos. Todo olía a dulce, vainilla y canela.

Nos abrazamos y él me propinó un beso fraternal en la frente. Me gustaba que hiciera eso, aunque no lo admitiese, muchas veces me tomaba a broma los sentimientos que tenía por mí.

Nos sentamos. Castillo parecía bastante cómodo en aquel lugar y conocía a casi todo el mundo. Me explicó que era allí donde iban a despejarse del trabajo siempre que podían.

—¿Y mi tía? —pregunté, temiendo que se presentase de improviso.

—Tenía un interrogatorio. Dime qué es lo que quieres saber, Valentina. Salmerón es un niño, pero mal que me pese, no es una mala persona. Es un buen poli...

—Castillo —le interrumpí, agitando la cabeza—. No quiero saber de él.

—Lo imaginaba —respondió el hombre con un suspiro. Se levantó y caminó hacia el mostrador. Regresó con un café y un batido de chocolate—. ¿Por qué yo, ladrona?

Le miré implorándole con los ojos.

—Ella no va a hacerlo. ¿Crees que no necesito saberlo? Si te hubiese ocurrido a ti ¿habrías querido saber?

Él dio una buena bocanada de aire y lo dejó escapar entre los dientes.

—Supongo que sí.

Me alegré de que pensara como yo.

—¿Conociste a mi madre?

—No.

Mal empezábamos.

—¿Es verdad que no cogieron a ese cabronazo?

Castillo agitó la cabeza y se encogió de hombros.

—Nunca se le identificó como el autor de los hechos. Solo tu madre sabía quién había sido, y Laura tenía una ligera sospecha. Ellas eran muy jóvenes.

—¿Pero de quién se trataba?

Se echó el azúcar en el café y comenzó a removerlo, muy despacio.

—Alguien que conocían. Al parecer, vivía muy cerca de tu abuela.

—¿Pero por qué mi madre no dijo quién era si lo conocía?

—No se sabe. —Me miró, como si quisiera estudiar mi reacción—. Tal vez por vergüenza, miedo o venganza.

Le observé extrañada.

—¿Venganza? —Él asintió—. ¿Se quiso vengar de él?

—Así es, Valentina. Ella estaba bajo depresión, fraguando un plan hasta el momento de nacer tú. Al final lo consiguió. No conducía ni tenía carné aún, pero se hizo con un vehículo, esperó el momento oportuno y atropelló a su agresor. Ella falleció después de chocar con un muro.

Me llevé las manos a la cabeza, anonadada.

—¡No me jodas! ¿Murieron los dos en el mismo suceso?

Él asintió y siguió contándome más detalles.

Algo me llamó la atención detrás de Castillo y, al levantar la mirada, observé a Lucas y a mi tía que se acercaban a nosotros. Estiré el brazo y comencé a hacer repiquetear los dedos en la mesa. Castillo fue rápido y enseguida cambió de conversación.

—¡Cachito! ¡Qué bueno encontrarte aquí! —saludó mi tía con una amplia sonrisa.

Me puse en pie para abrazarla. Mi acompañante solo giró la cabeza y la levantó ligeramente a modo de saludo.

—La ladrona pasaba por aquí y la invité a tomar café —comentó Castillo.

—¡Qué bien! —exclamó mi tía. No sé por qué, intuí que ella sabía que yo estaba allí—. ¿Recuerdas a Salmerón? —me preguntó.

Ojalá no lo hubiera recordado. ¿Cómo olvidarme de él de la noche a la mañana? Tenía más encanto que la flauta de Hamelin.

Asentí, mirándole de pasada. De repente, la cafetería se me antojo pequeña y agobiante.

—Hola, ¿qué tal te va? —le pregunté, educada.

—Bien —respondió—. ¿Y tú?

Moví apenas la cabeza, pero no le contesté y volví a sentarme. Normalmente, esas preguntas no se respondían. Por lo menos, yo no.

Ellos también tomaron asiento. Para mí aquello era tan incómodo como ponerme un tanga del revés.

—¿Hoy no trabajas, cachito? —me preguntó mi tía frotándose las manos para entrar en calor. Fuera hacía el frío propio del mes de octubre.

—¡Por favor! —imploré, abochornada—. ¡No me llames...!

—Tienes razón, cariño —se apresuró a decir, interrumpiéndome—, lo siento, siempre me olvido. ¿Qué hacías por aquí?

—Tenía que hacer unos recados cerca, pero me voy a tener que ir marchando ya. —Simulé mirar el reloj del móvil, aunque en realidad no vi nada. Mi mente estaba procesando toda la situación. Los cuatro sentados a desayunar como una familia feliz. ¿Podía ser todo tan enrevesado?

Una de las veces que mi mirada se encontró con Lucas, sus ojos me acariciaron con ternura. No era fácil seguir allí, disimulando que nada pasaba, que no nos conocíamos. Tragué con dificultad y llevé mi atención a mi tía.

—Castillo me ha dicho que estabas en un interrogatorio.

Ella asintió.

—Hemos hecho un pequeño descanso.

—¿Algo grave? —pregunté mostrando una curiosidad que no sentía. No soportaba la tensión. Me intrigaba más el hecho de que Lucas y ella estuviesen juntos a esa hora de la mañana, que el caso en el que trabajaba.

—Asesinato. Creemos que puede tratarse de un asesino en serie. La brigada de Salmerón colabora con nosotros en este caso.

No supe qué decir. Para policía y sus intrincados detalles yo no servía. Agarré con fuerza mi batido y bebí deprisa.

Durante varios minutos ellos se pusieron a debatir y a comentar cosas que concernían al proceso que se traían entre manos. Yo no prestaba mucha atención porque luego tenía pesadillas con ello. No era la primera vez que me pasaba, por eso mi tía no solía explayarse mucho en relatarme sus asuntos. Pero ese día, al parecer, se había olvidado de que estaba yo delante.

Un agente con cara de urgencia vino a buscar a Castillo y a mi tía y, antes de darme cuenta, los dos abandonaron la cafetería. Lucas y yo nos quedamos frente a frente, en silencio. Él, mirándome; yo, mordiéndome el labio inferior y contemplando todo a mi alrededor como si fuera la mar de interesante ver cómo la gente desayunaba o charlaba, o bien sentados o de pie frente al mostrador. Era consciente de que estaba perdiendo el control de la situación por segundos.

—Bueno —dije soltando un suspiro—. Yo también me marchó.

Recogí el bolso que tenía colgado en la silla y me dispuse abrirlo para pagar la cuenta.

—Espera, Valentina. —Tendió una mano hacia mí y me agarró la muñeca—. ¿Qué tal... todo?

—Muy bien —respondí orgullosa. Jodida, pero bien, pensé. No quería que supiese que estaba muy tocada por su culpa. Tenía que olvidarme de él, por lo menos dejar de verlo. Aunque yo era de esas personas que entraba en un pajar, y me pinchaba con el alfiler.

—¿Le has sacado al inspector la información que buscas?

Levanté las cejas y me crucé de brazos, intrigada.

—¿Cómo dices? —Mi corazón latía tan deprisa que lo noté en la garganta.

—Sobre tus padres. Has venido a eso, ¿no? —repitió sin dejar de observarme.

Tragué la poca saliva que tenía. No había parado de hacerlo desde que él se había acercado a la mesa. Mi boca estaba más seca que un bocadillo de pan rallado.

—Yo no he venido...

—Vamos, preciosa, no me hagas parecer imbécil. Laura sabía que no te ibas a conformar con lo que te contó y a la única persona a la que puedes acudir es al inspector —susurró.

A pesar de que entre medias de los dos estaba la mesa, me llegó el familiar olor de su colonia. Mis piernas temblaron. ¿Por qué me afectaba tanto su presencia?

—Bueno, sí, he venido a eso, pero es algo que no te importa en absoluto. Te agradecería que no te metieses en mi vida. —Ya tendría algunas palabras con Castillo. Todo había sido un plan montado por ellos.

—Lo hago porque me importas.

—Ya te he dicho que no tienes ni que pensar en mí.

—¿Puedes obligarme a no hacerlo? —me preguntó con voz dura.

Me parecía increíble que fuese él quien estuviese enfadado cuando toda la culpa era solo suya.

Un hombre joven y guapo nos interrumpió. Mentalmente se lo agradecí porque intuía que Lucas y yo íbamos a terminar discutiendo. Y, desde luego, esa cafetería no era el lugar ideal para hacerlo, de no ser que quisiera que se enterasen mi tía y Castillo de todo.

Observé con atención al recién llegado. No era tan alto como Lucas, pero

era muy apuesto. De haber sido agua, habría sido muy potable.

—¡Daniel! —Lucas lo saludó con una enorme sonrisa. Hacía un rato había estado más serio que un maestro de escuela, y ahora había cambiado de forma radical. Me sorprendió—. Es raro verte por aquí. ¿Hoy no has desayunado con Silvia?

—Salió más pronto de lo normal. Había convención en el hotel o algo así. ¿Puedo?

Sin esperar respuesta, el hombre se sentó en la silla donde antes había estado Castillo y me miró de soslayo. Era mi oportunidad para marcharme. Y estaba a punto de levantarme cuando Lucas me detuvo otra vez.

—Ella es Valentina. Es una amiga.

Tendí la mano hacía Daniel con amabilidad. Sonreí.

—Valentina Vargas Herreros, sobrina de la subinspectora Herreros —dije.

Creí ver un ligero parpadeo en los ojos de Daniel, a quien Lucas me presentó como Jefe de la Décima del Grupo de Operaciones Especiales, y amigo suyo.

Aunque mi tía Laura me hubiese adoptado legalmente, cuando murió mi madre pasé a estar bajo la tutela de mi abuela, y era por eso por lo que mi primer apellido era el de ella, Vargas, y no el de mi madre.

—Me alegro mucho de conocerte. Tengo entendido que has estado fuera de España mucho tiempo —me dijo Daniel. Parecía sincero.

—Así es, los últimos cinco años —le confirmé. Me sorprendió que el jefe de la décima hubiese oído hablar de mí. Esperaba de corazón que fuera por parte de mi tía y no por mi rollito con Lucas. ¡Que ya tenía yo bastante lío con eso!—. Tengo que marcharme o no llegaré a tiempo. —Me puse el abrigo y me colgué el bolso en el hombro. Los miré a los dos—. Ha sido un placer conocerte, Daniel. Hasta luego, Lucas.

Caminé muy firme hacía la salida, cruzando los dedos por no tropezarme ni nada por el estilo. Sabía que ellos no dejaban de mirarme.

Al pasar al lado del mostrador me di cuenta de que todavía no habíamos pagado los cafés. Con malicia me pedí un trozo de tarta de arándanos y le dije a la camarera que llevase la cuenta a Lucas. ¡Que se jorobase! Salí sin mirar atrás.

Capítulo 11

—Creía que no querías conocer a la chica y mírate, tomándote algo con ella —dijo Daniel. Regaló una espléndida sonrisa a la camarera cuando le llevó un café y un donut de chocolate.

Lucas se echó atrás en el respaldo de la silla. Cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Recuerdas que te dije que había conocido a alguien? —Daniel asintió—. Pues era ella.

El jefe del grupo de operaciones especiales frunció el ceño y miró hacia la puerta. La pelirroja ya no estaba.

—No entiendo. Explícate, por favor.

—La mujer que conocí es Valentina. Te juro, macho, que no sabía que era la hija adoptiva de Laura.

Daniel irguió la espalda, alucinando. Sus pupilas se dilataron.

—¡No me jodas! ¿Estas con las dos? —preguntó—. ¿Lo saben ellas?

—¡No, coño! ¡Cómo voy a estar con las dos! —Hizo una pausa, pensando—. Ya no, al menos.

Daniel frunció más el ceño y agitó la cabeza sin entender.

—¿Pero lo has estado?

Lucas dejó escapar el aire por entre los dientes.

—He salido con Valentina un par de veces, pero todavía no he hablado con

Laura para decirle que lo nuestro se ha acabado.

—¡Ostras, Pedrín! Y ahora ¿qué vas a hacer? ¿Pero ellas lo saben?
—insistió.

—Valentina sí, y no quiere que me acerque a ella. Le he dicho que no voy a continuar con Laura, pero le da igual. Se siente como si hubiera cometido la mayor traición del mundo.

De un solo bocado, Daniel se comió más de medio donuts. Asintió.

—Es que es muy fuerte tío. ¿No le has hablado de la clase de relación que llevas con Laura? Quizá por allí...

Lucas resopló.

—Me dice que no lo entiende. Se ha cerrado en banda conmigo y no quiere nada de mí.

Daniel se encogió de hombros.

—Pues os he visto aquí, sentaditos juntos y solos... y me ha parecido que le interesas bastante.

Lucas negó con la cabeza.

—Eso fue porque Laura comentó que Valentina había quedado con el inspector Castillo. Si ella llega a saber que yo iba a venir, seguro que habría quedado en otro lado.

—O sea, que tú solo has venido para verla.

—Sí —respondió mordiéndose el labio inferior—. No quería desaprovechar esta oportunidad.

—Y lo has hecho fingiendo acompañar a la subinspectora —dijo Daniel con ironía—. Pues sí que lo estás haciendo bien, macho. ¿No le has contado nada a Laura?

—Pensaba hacerlo, pero esa es otra. A su compañera de piso le están haciendo pruebas sobre un bulto en el pecho y ahora que tiene preocupaciones, no puedo ser tan hijo de puta de dejarla sola. Es que todo se me junta.

Daniel se comió el donut y se limpió los labios con una servilleta, ajeno a las miradas que las dos camareras le echaban. Lucas no lo entendía. Tampoco veía a su amigo tan guapo. Era más rancio que el vino añejo y soso como un junco a la ribera del río.

—¿Y qué vas a hacer ahora? —le preguntó Daniel.

Lucas se encogió de hombros. Vio a la camarera dejando sobre la mesa un platillo con la cuenta y miró a su amigo.

—De momento, voy a centrarme en el trabajo y esperaré a que le den los resultados a Susana. Luego veré que hacer.

—¿No te vas a acercar entonces a Valentina?

Lucas agitó la cabeza. Estaba hecho un lío y parecía que el destino quería ponerle toda clase de trabas.

—No creo que pueda mantenerme mucho tiempo lejos de ella, porque yo puedo resistirme a todo menos a la tentación. Además, necesito uno de esos abrazos que terminan en sexo salvaje.

Daniel sonrió.

—Vale, mientras sigues soñando y dándole vueltas, vamos a ver si continúan con el interrogatorio. Ese tipo que tenemos encerrado tiene lapsus de memoria y, aunque recuerde haber hablado con las víctimas, jura que él no las ha matado.

—Tenemos muy mala memoria para lo que queremos. —Lucas estiró el brazo y cogió la cuenta algo extrañado. Él no se había tomado nada. En vez de quejarse, esbozó una sonrisa y pagó la cuenta. Si esa era la forma que tenía el geniecillo pelirrojo de vengarse, no era tan malo.

Estar con Laura no le ayudaba a sacarse a Valentina de la cabeza. Ellas no se parecían en nada, ni físicamente, ni en el carácter. Tampoco las comparaba, aunque solo por el hecho de ser familia buscaba alguna similitud en las dos.

Se había pillado de Valentina. Tenía que admitirlo. Le gustaban sus sonrisas, la manera en que sus ojos azules brillaban. Hasta su manera de hablar le encantaba, le hacía reír... No podía sacársela de la cabeza.

Silvia le llamó para los preparativos del cumpleaños de Daniel. Lucas nunca lo había tenido tan fácil. Conocía a la persona ideal para organizarlo todo.

Se puso en contacto con la empresa de eventos de la torre Azahar, pidiendo expresamente que fuese la señorita Vargas quien se encargase de hacerlo. Su intención no era agobiarla, solo deseaba que durante unos días trabajase para él y poder verla a placer.

La primera entrevista fue concertada en casa de Candela Ledesma, señora de González, y suegra de Silvia. Era una mujer encantadora y divertida, muy amante de su familia y amigos. Vivía en una residencia unifamiliar de alto estatus, con grandes jardines y piscina, en uno de los barrios más caros de Madrid.

Valentina llegó puntual. Vestía una ajustada falda negra que mostraba las largas y estupendas piernas, justo por encima de las rodillas. Debajo del largo abrigo de paño, también oscuro, lucía una chaqueta muy entallada que moldeaba su cuerpo de forma deliciosa. Llevaba el cabello recogido en un elegante moño que le hacía muy atractiva.

Una empleada del hogar recogió su abrigo y la guio a través del espacioso vestíbulo, hasta una acogedora sala. Un buen fuego crepitaba en la chimenea.

—¡Señorita Vargas! —Candela, sentada ante la lumbre, fue la primera en incorporarse a saludar a su visita. Silvia también lo hizo.

Valentina les apretó la mano con firmeza y seguridad.

—Supongo que usted es la señora de González y usted...

—Mejor llámenos Silvia y Candela —zanjó Silvia con una sonrisa amable. Sus ojos claros observaron a Valentina con interés—. Hoy está helando en la calle. Tengo más frío que un rapero poniéndose los pantalones en la cintura. —Señaló el lugar frente a la lumbre—. Pase y siéntese aquí. Cómo se nota que el invierno está ya a la vuelta de la esquina.

—Sobre todo en esta zona —comentó Candela, sentándose de nuevo y cubriéndose las piernas con una suave mantita—. Estamos donde Cristo perdió el mechero.

Valentina sonrió con timidez. Era imposible que Silvia y Candela no cayesen bien a la gente. Era humildes, naturales y muy graciosas.

—Este lugar está muy cerca de la sierra y hoy anunciaban nevadas —dijo Valentina. Se sentó donde las mujeres le indicaron—. Antes de nada, me gustaría preguntarles quién les ha recomendado para que preguntasen por mí.

Silvia llevó los ojos al otro lado de la sala. Valentina lo hizo en el mismo momento en que Lucas contestó:

—Fui yo.

El hombre, que hasta entonces se había mantenido al margen, apostado junto a una de las ventanas, caminó hacia ellas ágilmente, con una sonrisa nerviosa en los labios.

Valentina se puso en pie como un resorte y los ojos abiertos como platos.

—¡Lucas! ¿Qué...? —agitó con suavidad la cabeza, confundida.

—Perdona que no te haya avisado antes —comenzó diciendo él, disculpándose—. ¿Recuerdas que ayer te presenté a mi amigo Daniel? —El geniecillo asintió. Tenía el ceño fruncido y un color rosado fuerte cubría sus mejillas—. Candela es su madre, y Silvia, su esposa. Querían celebrar su

cumpleaños y he pensado en ti. Te dedicas a ello, ¿verdad?

—Sí, claro —contestó en un hilo de voz. Era obvio que la habían pillado con la guardia baja. Obvio y bastante raro, porque el geniecillo siempre tenía respuestas para todo.

Silvia la miró con una sonrisa.

—A nosotras nos encantaría ocuparnos de esto, pero Dani, últimamente, siempre nos pilla. Es por ese motivo que esta vez le hemos pedido ayuda a Lucas. De verdad que ha sido una suerte y una casualidad que te conozca.

—A ver si es posible que esta vez no sospeche nada mi hijo —añadió Candela, no muy convencida.

Valentina aguantó el tipo con profesionalidad, aunque cada vez que su vista chocaba con la de Lucas, saltaban chispas eléctricas. Él, por el contrario, parecía no darse cuenta. Solo era consciente de lo bonita y sexi que estaba ella con esa ropa.

—De acuerdo. —Valentina se sentó de nuevo y sacó del bolso un cuaderno pequeño, la mar de cursi. Sus pastas estaban cubiertas de purpurina fucsia. También sacó un bolígrafo—. Entonces, apunto cumpleaños. ¿Cuántos asistentes serán y para cuándo? Luego les enviaré un catálogo con las invitaciones.

—Diría que unas sesenta personas —respondió Candela.

—Apunta alguno más, por si acaso —dijo Silvia, señalando el cuaderno.

Valentina asintió, obedeciéndola.

—Es solo para hacerme una idea, tampoco tiene mucha más importancia porque luego se puede añadir a o restar comensales.

—Mejor si se van restando —comentó Silvia—. Últimamente viene mucho gorrón.

—Tienes razón —contestó Candela—, pero ya hemos hablado de ello. No podemos hacer el feo de invitar a unos sí y a otros no.

—¿Han pensado en alguna temática o quieren algo formal, o clásico...?
—preguntó Valentina.

Las mujeres se miraron, indecisas. Candela acabó por encogerse de hombros.

—Silvia, tú sabes lo que le gusta a mi hijo.

—Lo que le gusta a tu hijo soy yo —respondió rápida y sincera, haciendo reír a todos.

—Pues nada, Silvia —intercaló Lucas, que se había acercado hasta colocarse al lado de la chimenea—. Te ponemos un lazo y...

—¡No digas nada, que tú tienes menos luces que el coche de los Picapiedra! Anda, por favor, sé amable y ve a que nos preparen un chocolate caliente —pidió ella.

—¡Ay! ¡Y unos churros! —se antojó Candela.

Valentina los miraba con una sonrisa en los labios. Quizá tratando de averiguar si en verdad le habían contratado, era una broma o había cámara oculta. Lucas le guiñó un ojo antes de salir de la sala.

—Bien. —Silvia se dirigió a ella con un suave carraspeo—. Vamos a centrarnos. Estábamos hablando de la temática. A mí me encantaría una fiesta de disfraces, pero Dani me manda a la mierda, seguro. Es más serio que la guardia de Buckingham Palace.

Candela soltó una carcajada.

—Sí, olvídate de eso, aunque... podríamos llevar máscara, o los típicos gorritos en forma de cono.

—¡No me imagino a tu hijo así! —dijo Silvia trochándose de la risa.

Valentina también trató de imaginarlo y se echó a reír. Habría sido una escena muy cómica.

—Tampoco tenemos que decidirlo ahora —expuso—. ¿Dónde se va a celebrar? Nosotros tenemos en la torre nuestro propio salón, pero si prefieren cualquier otro lugar, no hay ningún problema.

—¿De qué conoces a Lucas? —preguntó Candela de pronto.

Un rubor mucho más fuerte tiñó las mejillas de Valentina. Apoyó el cuaderno sobre sus piernas y miró a la mujer con amabilidad.

—Él y yo somos amigos.

—Es muy buen chico —dijo.

—Sí, bueno —respondió Valentina, incomoda—. No le conozco de mucho tiempo. Llegué hace poco a Madrid. He estado estudiando fuera estos últimos años.

—Nosotras sí que le conocemos, y muy bien, además —insistió Candela, empeñada en seguir con el tema—. Es una persona bastante cabal y prudente, y se nota a la legua que le gustas mucho.

Valentina llevó la mirada al lugar por donde él había desaparecido. Silvia llamó su atención.

—Lo que tienes que hacer es como yo. ¿Te puedo tutear? Me pareces tan joven que veo una tontería andarnos con formalidades. —A Valentina no le dio tiempo de responder. Silvia siguió hablando—. Pon un Geo en tu vida.

La pelirroja abrió los ojos desmesuradamente y golpeó con el bolígrafo el cuaderno, varias veces, nerviosa.

—¿Cómo dices?

—Pues eso. Yo tengo un don especial y sé que a ti también te interesa él.

Valentina se encogió de hombros.

—Lo haría si el Geo no perteneciese a mi tía —respondió con una sonrisa fingida.

Candela se llevó una mano a la frente. Silvia se acercó más a Valentina con el ceño fruncido.

—¿Perdonaaa? —preguntó alargando la a.

—Te perdono, pero Lucas Salmerón es el novio de mi tía Laura.

—¿Eres la hija adoptiva de la subinspectora Herreros? —inquirió Silvia sin poder creérselo.

Valentina asintió, abochornada.

Lucas regresó ayudando a la empleada con una bandeja. Dispusieron todo sobre una pequeña mesa de café con base de mármol. Adivinó, por el modo en que lo miraba Silvia, que habían hablado de él, y sintió un escalofrío recorrer su columna vertebral. Permaneció en silencio e inmóvil mientras Candela vertía el chocolate de la jarra en tazas de porcelana.

—¿Es amplio el salón de la torre? —le preguntó Silvia a Valentina retomando la conversación de antes.

Más tranquila, la pelirroja asintió.

—Tiene cavidad para doscientas personas, y con posibilidad de aumentarlo más.

—En casa es mucho más cómodo —sugirió Candela.

—Pero también más engorroso. Además, Dani se daría cuenta en cuanto viese los coches aparcados fuera —dijo Silvia.

—Desde luego, es más cómodo en la torre —apuntilló Valentina—, los del *catering* no tendrían que desplazarse hasta aquí y tendrían más manga ancha con los preparativos. Pero bueno, eso lo que vosotras digáis.

Lucas tomó asiento en un sillón y se limitó a escucharlas. No podía dejar

de mirar al geniecillo. Se la veía a gusto en su papel de asesora, e incluso se percató de que, en ningún momento, se le escapó un «coño» o un «joder» Eso era muy loable de su parte y hablaba muy bien de ella.

—¿No tienes nada que decir, Lucas? —le preguntó Candela con una expresión algo enojada.

Con un suspiro exasperado, él cogió su taza de chocolate y negó con la cabeza. Prefería que fuesen ellas quienes lo planearan todo. Sabía a la perfección cuándo el horno no estaba para bollos y apostaba a que algo había sucedido mientras él estaba en la cocina.

Pronto, las tres mujeres comenzaron a entrar en detalles como el tema de la comida y de la bebida. Mientras tanto, el cuerpo de Lucas sufría teniendo a Valentina tan cerca. La sala entera olía a melocotón y mango. Le resultaba imposible apartar la mirada de su encantador rostro sonrosado, de los enormes ojos azules y la simpática sonrisa que pintaba sus labios.

Recordó la última noche que habían pasado juntos al regresar del castillo. La suavidad de su piel contra la suya. Las extrañas sensaciones que despertaba en él. Sentimientos tiernos y protectores.

Tensó la espalda.

Capítulo 12

La mirada de Lucas no hacía más que cruzarse con la mía. Sus preciosos ojos pardos provocaban multitud de corrientes eléctricas que me dejaban sofocada y sin respiración.

Sentía una imperiosa necesidad de acercarme y sentarme sobre él para comerle los morros y acariciarle. De forma inconsciente, le recorría el cuerpo con la vista una y otra vez. Era todo fibra y músculos bajo los ajustados vaqueros azules y el jersey de punto negro pegado a su cuerpo grandote.

Menos mal que Candela Ledesma, una mujer de setenta y tres años —lo sabía porque me lo había comentado— no dejaba de hacer preguntas que me despertaban a la realidad.

Yo no tenía que estar allí si no quería. Desde el momento en que vi a Lucas, supe que aquello no era más que una excusa para estar cerca de mí.

Me seducía organizar fiestas, y tanto Candela como Silvia me gustaron en cuanto las conocí. Ambas mujeres, muy divertidas, se compenetraban de maravilla, porque sabía que era la madre de Daniel, si no hubiese pensado que era la de Silvia.

Pero lo que había hecho Lucas estaba mal. Tenía que haberme avisado de que él había montado ese tinglado, más que nada porque me habría preparado para la vergüenza que acabábamos de pasar las tres, cuando les dije que Lucas y mi tía eran pareja.

A falta de algunos detalles importantes, me despedí de todos. Lucas salió a acompañarme hasta la puerta y le recriminé no haberme advertido.

—De haberlo sabido no habrías venido, lo sé. Yo me había comprometido con Silvia en ayudarla y no podía dejarla colgada —me respondió.

Le miré con severidad. No me gustaba que jugasen conmigo de esa manera.

—No puedes saber lo que hubiera hecho o no —dije.

Se me acercó tanto que podía sentir el calor que desprendía de su cuerpo y eso me incomodaba mucho.

—Creo que sí, porque eres muy cabezona.

—Solo cuando se trata de ti —respondí enojada.

—¿Qué les has dicho allí dentro? Silvia me miraba raro cuando volví de la cocina —quiso saber.

Me sonrojé y solté un bufido.

—Nada. Me querían emparejar contigo y les informé de que tenías novia, y que era mi tía. También podías haberlo hecho tú, y así, no hubiera pasado ese mal trago.

Él soltó aire por entre los dientes y elevó unas décimas de segundo los ojos al cielo. Luego los clavó en mí haciendo que me temblasen las piernas.

—¡Genial! O sea, que se lo has dicho.

—Me pareció de lo más normal, ¿no? —pregunté, fría.

Lucas alzó una ceja.

—No creo que a Laura le entusiasme mucho eso de tener novio. ¿Has pensado en ello?

Fruncí el ceño al escuchar sus palabras. Recordé la relación tan extraña que llevaban. Agité la cabeza.

—Mira, me tengo que marchar —dije en voz baja—. No me gustan las sorpresas y te agradecería que, en un futuro, lo tuvieses en cuenta.

Él asintió, aunque por su expresión, no me quedaba muy claro si lo había entendido o no. Me devoraba con la vista, como si sus preciosos ojos pardos pudiesen traspasar mi abrigo de paño. Advertí que una oleada de fuego líquido me recorría por dentro. Tragué con dificultad.

—¿Cuándo quieres que nos veamos para terminar de organizarlo todo?
—me preguntó antes de que me fuese.

La sensación de riesgo y el deseo me asaltaron abruptamente. Él lo único que pretendía era seguir viéndome. ¿No entendía que ya las cosas habían cambiado entre nosotros?

—Te llamo yo. Por cierto, me gustaría que le dijese a mi tía que nos estamos viendo por asuntos de trabajo —inquirí muy pomposa yo. «Ahí, metiendo el dedo en la llaga»—. ¿De acuerdo?

Lucas soltó una ácida carcajada que me dio escalofríos. Sus anchos hombros se movieron con fuerza.

—Nunca he dado explicaciones a nadie, preciosa, y no veo por qué tengo que darlas ahora.

—Porque es lo mejor —mascullé, echando a andar hacia mi coche.

—Ya veremos —contestó él en voz alta para que pudiese escucharlo, retándome.

Le lancé una mirada furiosa por encima del hombro antes de irme. Él seguía en la puerta, observándome con fijeza. El olor de su colonia me persiguió hasta el coche. Era estar cerca de él, o peor, pensar en él, y se me revolucionaban todas las hormonas.

No podía ser sano eso.

Entré en el vehículo, lo arranqué y puse la calefacción, porque era verdad: en ese barrio hacía más frío que alicatando un iglú. Llamé a mi tía. Me daba igual si él no se lo decía, pero yo tenía la obligación de hacerlo.

Ella aceptó el encuentro como algo normal. No le molestaba que me viera con Lucas. Es más, estaba encantada de que lo hiciese. Pero eso era porque la pobre no sabía que él y yo nos habíamos acostado. Me daba vergüenza pensar en ello.

Lo malo, lo mezquino, lo horroroso del asunto, es que en mi fuero interno deseaba seguir estando con él. Me ponía a cien cuando le veía.

Soledad me miró como si fuese gilipollas. Razones no le faltaban.

—¿Olvidas que tienes más cuernos que la casa de un cazador? ¡Valentina, despierta! Ese imbécil te engañó. ¿Qué pasa? ¿Le debes un respeto porque está liado con Laura? —preguntó, sentada en el sillón del salón, con las piernas cruzadas. Llevaba la vieja camiseta de siempre y unos pantalones horribles de chándal, superanchos.

Solté un gruñido.

—¡No me cabrees! Solo voy a organizar el cumpleaños de su amigo Daniel. Ya está.

Soledad alzó una ceja y arrugó la nariz con desagrado.

—¿No te das cuenta de que al final te va a meter en un lío?

Sopesé mi respuesta durante unos segundos. No quería decir nada de lo que luego me pudiese arrepentir, o ella pudiera tergiversar. ¡Ya nos conocíamos de sobra!

—Sole, tienes toda la razón del mundo y sé que no debería ni siquiera mirarlo a la cara. Pero...

—¡No lo hagas! Se ha reído de ti y sin duda sigue haciéndolo.

—¡Es que tengo mis dudas en cuanto a eso! Él nunca me ha prometido el oro ni el moro, ni nos habíamos comprometido de manera alguna. Solo nos

hemos liado. Vamos, lo que viene siendo una relación de mierda, parecida a la que tiene con mi tía. Pero no estoy discutiendo eso. Solo voy a organizar este evento e intentaré verme con él lo menos posible. Después le diré a las claras que se vaya a cagar a la vía del tren.

Soledad agitó la cabeza, cansada.

—Solo te digo que tienes que ser muy firme. Mira que puedes hacer sufrir a Laura solo por un capricho.

Tragué saliva y me obligué a dejar la mente en blanco. Me senté en el sofá y arrastré un cojín sobre mi vientre, diciendo:

—Lo que me pasa es que, cuando le veo, siento una cosa aquí, en el estómago...

—¿Como ganas de vomitar? —preguntó, irónica—. Se te pasará.

Me mosqué con ella.

—¡Estoy hablando muy en serio, pero tú no quieres entenderme!

—Hay un montón de tíos como él, o como él no, perdona. Este es, y no me invento nada, alguien que no quiere complicarse la vida, lo que viene siendo un viva la vida. Es infiel, le gustan las mujeres mayores...

—Oye —la interrumpí—, visto así parece que estas describiendo a un mantenido y no lo es. Tiene su trabajo.

—Vale, venga. Es policía de los cuerpos especiales y paracaidista. Le denominaría temerario. ¿Falta algo más?

La descripción era buena, admití. Al igual que tenía que reconocer que a un tipo así, una no se lo encontraba todos los días.

—Falta lo más importante —dije con picardía, molesta de discutir con ella y llevarle la contraria.

Soledad me miró, curiosa.

—¿El qué?

—Es madridista.

—¿Ves? —Chasqueó los dedos delante de mis narices haciéndome reír—. No estabais predestinados el uno con el otro.

Era inútil negarlo.

—Creo que tendría que hablar con mi tía —dije, aceptando la verdad.

—Sí, claro, y de paso le preguntas desde hace cuánto que no se acuesta con el imbécil ese. Más que nada, para que puedas estar segura de si tienes cornamenta o no.

Otra vez volvió a salirle la vena sarcástica. Me ponía de los nervios cuando me hablaba así.

—¡No quiero saber eso! —contesté.

—Entonces, cuando dices de hablar con ella ¿a qué te refieres?

—Pues le preguntaría por sus sentimientos hacia él y si sabe que se acuesta con otras.

Soledad me miró boquiabierta. Tal vez había sido un poco bruta, pensé.

—¿Eres capaz de decírselo?

Asentí. No estando mi tía delante yo era muy valiente. Otra cosa sería tenerla en frente.

—Está en su derecho de saber con quién está, ¿no?

—¿Y si es verdad que ella es consciente de eso? Tienes que valorar todas las respuestas.

—No sé. ¿Le digo que es boba por acostarse con un tío que no la respeta?

—Céntrate, Valentina...

—No soy tonta, ¿sabes? —Volví a decirle, molesta.

Soledad me dijo con voz serena y pausada:

—¿No puede ser que sea la misma Laura quien quiera eso? Esta estupenda y no es muy mayor que digamos ¿Cuántos va a hacer? ¿Cuarenta y nueve? ¿Cincuenta?

—Cuarenta y siete.

—Ahí lo tienes. No veo mal que quiera darse un homenaje de vez en cuando con un chico guapo y joven, sin comprometerse a nada.

Me encogí de hombros. Bien mirado tenía bastante sentido, incluso así Lucas ya no parecía tan... imbécil. Un poco sí, pero no tanto.

—Lo que tienes que hacer es pasar de él y sacártelo de la cabeza —me dijo, haciendo una mueca con la boca.

—Pan comido —respondí, zanjando el tema. Ya no tenía más ganas de seguir hablando de ello.

Llamaron al timbre y Soledad, mirándome con el ceño fruncido, se levantó a ver quién era. Faltaba poco para la hora de la cena.

Yo estaba deseando irme a dormir. Durante la mañana, después de salir del chalé de Candela, se me había levantado dolor de cabeza. Me había tomado paracetamol, pero no había hecho efecto.

Soledad volvió al salón y me miró preocupada.

—Es él.

Sentí los nervios apoderándose de mi cuerpo con velocidad. Crucé una mirada intrigada con ella antes de caminar hacia la entradita. Una estancia pequeña que solo tenía un zapatero y un perchero de cuatro pomos.

La puerta estaba cerrada. ¡No podía creer que Soledad le hubiese dejado en el rellano del portal! Bueno, eso tampoco era muy importante. Cogí aire con

fuerza. Abrí y al mirarle me dejó pasmada. Lucas parecía un modelo, vestido con un elegante traje gris oscuro. Desprendía un magnetismo tan sexual que me temblaron las piernas. En ese momento pensé en lo que yo tenía puesto. Un pijama calentito, de los mullidos y suaves que vendían en Primark, con un emoticono de una caca en el pecho.

—Tu amiga, tan simpática como siempre —musitó en voz baja, mirando por encima de mi cabeza.

Me giré, pero detrás de mí no había nadie. No pude resistirme a empapar me con el olor de su colonia.

—No le caes bien —dije.

—Puedo entenderlo. —Bajó la mirada hacia mí—. He venido a ver a mi madre y he pensado que podía invitarte a salir a cenar.

Me froté la frente.

—Mañana trabajo, además, no voy a volver a salir contigo —dije al tiempo que me lo comía con los ojos de arriba abajo. Estaba más bueno que meter el dedo en el bote de Nocilla. ¿Tan elegante solo para ver a su madre? ¡Ja! Ni muerta me lo creía.

—¿Por qué no vas a volver a salir conmigo? —preguntó él.

Le miré con la boca abierta, y no por lo potente que se le veía. Su pregunta me dejó alucinada.

—¿Todavía eres capaz de dudar por qué? —espeté—. ¡No quiero nada de ti!

—¿Por Laura?

—¡Bingo!

—Sin embargo, no me dejas hablar con ella —me recordó en un tono un poco pasota.

Aspiré el aire con fuerza. Lucas venía con la lección aprendida, como si lo hubiese estado ensayando antes de verme. Lo que él no podía saber es que de eso mismo habíamos estado hablando Soledad y yo unos minutos antes. A no ser que tuviese escuchas.

¿Los tenía?

—Si tuvieras la oportunidad de decírselo a mi tía, ¿qué le dirías?
—pregunté curiosa, cruzándome de brazos.

Él parecía llenar todo el espacio con su cuerpo grande y sexi. Se encogió de hombros.

—Que te conocí una noche sin saber quién eras y que me gustas mucho. Me tienes completamente loco, Valentina.

A pesar de saber que era mentira, me puse colorada. Me sentí desfallecer. Su voz enronquecida y sensual cargada de deseo hacía que todo dentro de mí palpitase de un modo incontrolable.

—¡Eres un falso de mierda!

Él también se cruzó de brazos y me miró con interés, entornando los ojos con suspicacia.

—¿Cómo fue entonces? Lo recuerdas, ¿verdad?

Me enfadé al escucharle decir eso. Todo mi cuerpo entró en tensión. Incliné la cabeza hacia un lado con una sonrisa fría y cínica.

—Eso es lo que te jode.

—¿Qué? —parpadeó sin entender.

—Que no recordase tu nombre al día siguiente —le dije.

Tardó unas décimas de segundo en responder.

—Admito que me sorprendió —asintió—. Ahora, dime ¿por qué soy un

falso?

—Porque nos enrollamos una noche, dijiste que me llamarías y no lo hiciste. Fin del cuento.

Lucas sonrió sin despegar los labios. Me jorobó un montón su actitud.

—Nos volvimos a ver varias veces más. ¿O lo has olvidado?

Aspiré entre dientes. ¿Por qué continuaba con todo eso? Ninguno de los teníamos necesidad de pasar un mal rato y lo estábamos haciendo.

—¡Fue casualidad!

—Llámalo como quieras, geniecillo, pero nos seguimos viendo, ¿no?

No sé si me molestó más que me llamase geniecillo —porque yo tenía un genio normal; puede que incluso estuviese siendo demasiado blanda— o que me sonriese con ternura y me mirase... ¿desesperado?

—No voy a salir contigo, Lucas —insistí—. Es mejor que nos olvidemos de todo esto.

Él se encogió de hombros. Había descruzado los brazos y tenía una mano metida en el bolsillo del pantalón de una manera muy seductora. Sin inmutarse, dio un paso hacia mí, obligándome a levantar más la cabeza.

—Pues tenemos un problema. Sé que te gusto y sé por qué no quieres estar conmigo y, desde luego, la solución no es olvidarse del asunto sin más.

Sus palabras me torturaron. Sabía que Soledad estaba escuchando desde algún lado del salón y hacía lo imposible por no salir a decirle cuatro frescas. Era capaz de hacerlo si yo no terminaba la conversación en ese momento.

—¡Es mi solución! ¡Coño! Y te pido que la respetes

Lucas me dirigió una mirada desilusionada que me dejó muy mal cuerpo. Se volvió a la escalera.

—¡Espera, por favor! —le llamé de nuevo, sin saber muy bien qué era lo que quería decirle. Me sentía un poco culpable y no tenía que ser así. No había hecho nada malo.

Él se debió dar cuenta de mi indecisión. Asintió.

—Te entiendo, Valentina. ¿Qué puedo decir? Siento mucho haber conocido a Laura antes que a ti. Lo siento mucho, de verás.

Me quedé sin palabras y sin respiración. Le vi desaparecer por la escalera y, si no es por Soledad, que tiró de mi brazo y me metió en casa, aún seguiría en el rellano, con los ojos acuosos y el corazón «partío», como decía la canción de Alejandro Sanz.

Capítulo 13

Al día siguiente me centré exclusivamente en mi trabajo. Se trataba de una exposición de joyas capaz de dejar con la boca abierta incluso a quien no tuviese boca. A mí me costó un montón cerrarla: gargantillas de brillantes, collares de oro blanco y amarillo, impresionantes anillos con piedras preciosas, pendientes engarzados, diamantes... Era una preciosidad ver los expositores repletos de joyas, o a las modelos que se estaba preparando para lucirlas.

Sabía que, si algún día alguien me regalaba algún adornillo de esos, no iba a pensar que era una ñoñería romántica. Claro que, siendo realista, nadie regalaba joyas si no era un familiar o un casi marido o mujer.

Me llamaron por teléfono. Era mi tía, que estaba en la cafetería de al lado y me preguntaba si me apetecía desayunar con ella. Aún faltaban quince minutos para abrir las puertas y me venía bien un descanso antes de comenzar. Acepté. Cogí varias carpetas, el bolso y el móvil, y salí de mi oficina —un cuartucho de dos por dos, sin ventilación—, cerrando con llave.

Busqué a Carla y le entregué las carpetas avisándole de que me marchaba.

—¿Está aquí la lista de los invitados? —preguntó ella echando un vistazo a uno de los dosieres. Asentí y lo leyó por encima—. Es para dárselo a la persona que se encarga de dejar pasar al público. ¿Qué ocurre con estos invitados que no tienen nombre?

—Son personas especiales. No me dijeron quiénes eran. Suele ser gente importante, famosos, accionistas, empresarios... ya sabes, para que la prensa

no nos agobie. Por cierto, vendrán varios periodistas. Que se aseguren de llevar sus identificaciones, de lo contrario no entrarán. No voy a tardar mucho. Avísame si tienes algún problema.

La mañana era bastante fría y nublada, aunque de vez en cuando había resquicios de un tímido sol que se dejaba ver en contadas ocasiones.

Marché con paso ligero hacia la cafetería. Había bastante gente en su interior. Mi tía había cogido un lugar al final de la barra y ya había pedido.

—Como has dicho que tienes prisa me he adelantado. Un chocolate caliente, ¿te parece bien? —preguntó mientras nos besábamos.

—Perfecto. Tengo solo diez minutos.

—He visto que tenéis a la prensa en la puerta.

—Sí, y el doble de seguridad. Si ves las joyas que hay dentro, te mueres. Espero que hayan conectado las cámaras —dije para mí al acordarme de ello—. Se me ha olvidado decírselo a Carla.

El camarero nos puso las bebidas en el mostrador.

—Te hubiera venido mejor tomarte una valeriana —me aconsejó mi tía al ver lo nerviosa que estaba. Me conocía como si me hubiese parido.

—¿Qué haces tú por aquí? ¿Dónde has dejado a Castillo? —le pregunté.

—No ha venido conmigo. He ido acompañar a Su a hacerse una prueba médica en una clínica que hay aquí cerca.

—¿Algo grave? —Me llevé la taza de chocolate a los labios. Estaba abrasando.

—La semana pasada descubrió un pequeño bulto en el pecho y estamos un poco asustadas.

Me atraganté. Es lo que le suele pasar a un casi hipocondriaco como yo cuando escucha eso. Un goterón de chocolate escapó de su recipiente y fue a

parar a mi pechera, con tan mala suerte que, al llevar los primeros botones de la chaqueta entallada desabrochados, se estampó en la blusa blanca, formando un buen manchurrón.

—¡No me jodas! —exclamé sin poder contenerme, dejando la taza en el mostrador. Enseguida mi tía cogió varias servilletas e intentó limpiármelo.

—No sé si saldrá del todo. ¿Has traído más ropa? —me preguntó, apurada.

Negué con la cabeza.

—No acostumbro a ir con la maleta a cuestas.

—Si quieres vamos al baño y te froto bien —me dijo con tono grave.

No tenía tiempo. El evento estaba a punto de empezar. Volví a negar. El pegote de chocolate se había quitado y quedaba una ligera mancha extendida, color mierda.

Por unos minutos, no sé cuántos, perdí el norte: mi tía liada con la servilleta y la blusa, hablándome de algo de lo que yo no prestaba atención; mi mente pensando en lo que acababa de decirme de la pobre Susana... Hay a veces, como en ese momento, que las cabezas solo servían para ponerse sombreros y poco más.

Me abotoné la chaqueta. No podía hacer nada por la blusa. Me despedí de mi tía y con prisa me fui a la torre. En el vestíbulo deambulaban multitud de invitados en espera de que se abriesen la puerta. La elegancia era la nota predominante. Los caballeros, vestidos de trajes y chaqués, y las mujeres de largo, algunas incluso con estrafalarios sombreros.

«Y yo con mi manchurrón medio escondido en el pecho».

Pasé derecha hacia el lugar de la exposición. Estaba todo preparado para comenzar. Carla me vio y se me acercó. Le recordé activar las cámaras y fue a hacerlo. Me dirigí a la oficina a ver por mí misma el aspecto que presentaba.

Adosado en una pared había un espejo de cuerpo entero, porque algunas veces las modelos debían entrar en mi cuartucho a cambiarse.

Tal y como lo vi, tenía dos opciones: La primera, me estiraba la blusa hacia abajo y me movía lo menos posible por la sala, en plan robot. O la segunda; me quitaba la blusa y dejaba que el personal pensara que era muy calurosa. La chaqueta azul tenía unas solapas en raso y terminaban en pico justo sobre mi esternón. ¡Fuera el sujetador, también!

Elegí la segunda opción, aunque fuese la más atrevida. Me miré en el espejo. Estaba guapa. No es que fuese una belleza de esas que hacían voltear la cabeza, pero tenía mi sexapil.

—La gente tampoco se va a fijar mucho en ti, nena. Han venido a ver joyas, recuérdalo —me convencí, echándome brillo en los labios. Iba maquillada con mi lápiz labial rojo, sombras y coloretes tostados, y rímel negro. El pelo, como siempre que trabajaba, recogido en un moño alto y elegante.

Me insuflé de valor delante del espejo y salí de la oficina. A una señal mía se abrieron las puertas.

—Me gusta tu *look* —dijo Carla con una mueca risueña—. Así pareces menos estirada que de costumbre.

Me encogí de hombros. Antes de contestarle, se acercó uno de los socios de la empresa que nos había contratado. Me giré hacia él y le dediqué una sonrisa educada.

—Señorita Vargas.

—Dígame, ¿hay algún problema? Espero que todo esté bien. —Crucé los dedos donde él no pudiese verlos.

—Todo más que correcto —me dijo, ofreciéndome el brazo. Era un tipo maduro, un poco más alto que yo, de cabellos rubios y ojos azules—. ¿Es tan

amable de acompañarme? Es solo un segundo.

Me guio hasta uno de los expositores de cristal. En su interior había un conjunto de gargantilla y pendientes que quitaban el hipo.

—Sé que no es su trabajo, pero a mi socio y a mí nos encantaría que luciese este juego. —Mientras me hablaba, él cogía las joyas de la balda con cuidado—. ¿Qué me dice, señorita Vargas?

¿Que qué le decía? ¡A punto estuve de quitárselo de las manos!

—No puedo negarme —le aseguré.

Con mucha amabilidad, y sin tocarme ni un pelo, me colocó la gargantilla. Noté un escalofrío al contacto con la joya y se me puso toda la carne de gallina. Me sentí como Julia Roberts en *Pretty Woman*. Incluso mi menté tarareó algo de la sintonía.

—Estas preciosidades pertenecen a la colección Lágrima del cielo —dijo entregándome los pendientes. Eran largos con brillantes y terminaban con un zafiro en forma de, nunca mejor dicho, lágrima. «No se han comido mucho la cabeza para ponerle el nombre»—. ¿Qué color le gusta a usted señorita Vargas? —Me empujó con suavidad hacia una de las columnas cubierta con paneles de espejo. Había varias así repartidas por el salón y daba la sensación de que la estancia era mucho más grande de lo que en realidad era.

—Mi color preferido es el violeta —contesté, terminado de ponerme los pendientes. Levanté la vista al espejo y me quedé momentáneamente en *shock*. Los zafiros y brillantes resplandecían bajos los halógenos haciendo, de paso sea dicho, relucir el color de mis ojos—. O el azul —me atreví a murmurar, cambiando de idea de forma repentina.

—¿Qué le parece?

—¡Me hace guapa! —exclamé con sinceridad.

No podía salir de mi asombro. ¿Cómo era posible que unas piedrecitas de

nada, valoradas en miles de euros, me sentaran tan bien?

—Usted es hermosa —dijo él tendiéndome el brazo de nuevo.

Sentí las mejillas arder. A todo el mundo le gusta un halago, aunque, en este caso, la culpa fuese de Lágrima del cielo. Que, por cierto, se vendió estando en mi cuello y mis orejas. Nunca me habían mirado tanto como ese día.

La mayor sorpresa del evento, sin duda fue un invitado muy, pero que muy especial. Si piezas y alhajas tan hermosas como las exhibidas me habían impactado, el acabose fue Adriano Capuletto, actor siciliano, famoso por sus películas en Estados Unidos y Australia.

No creo en las casualidades y, como tampoco me corto a la hora de hablar, después de que me lo presentasen, tras una charla educada osé comentarle que ambos teníamos un conocido en común. En este caso una conocida, aunque yo nunca había cruzado ni una sola palabra con ella.

—Como tiene usted tantas amigas, es posible que no la recuerde —le dije con una copa de cava en la mano. No bebía en el trabajo, pero el socio de la firma no había aceptado mi negativa. No me gustaba el cava. Otra cosa distinta era una buena sidra asturiana. Suspiré profundo.

Adriano... ¡Cuánto me hubiese gustado que Lucas me viese con él! Me miraba con curiosidad. Era grande, moreno, bronceado... no tan alto como Lucas, pero también, guapo a rabiar.

—Tengo muy buenos amigos en España —contestó él con acento siciliano. Nunca había estado en Sicilia, pero imaginé que tenían esa entonación—. ¿Cuál es su nombre?

—Se llama Cristina. —Si me preguntaba el apellido estaba perdida. Al actor se le abrieron los ojos como platos, dentro de una cara inexpresiva. Yo continué hablando—: Tiene el cabello corto, oscuro...

—¿Dónde puedo encontrarla? —preguntó, interrumpiéndome. Sin previo aviso, me quitó la copa de la mano y la dejó sobre un estante. Me agarró la muñeca con fuerza y me medió arrastró por el salón hasta hallar un lugar menos concurrido—. Necesito su dirección.

Me dejó, patidifusa no, lo siguiente. Estuve en un tris de llamar a seguridad. Me maldecí con la mente por haber nombrado a la amiga de Lucas. ¿Quién me mandaba a mí hacer tal estupidez? Pero Adriano, luego, cuando se explicó, me dejó más tranquila, sobre todo después de jurarle y perjurarle que no sabía dónde vivía ella. Me contó sobre un grave malentendido entre ellos. Que la amaba y no podía vivir sin ella... En fin, tanta cursilería me estaba dando ganas de vomitar. Sin embargo, aguanté el tipo y le escuché hasta el final.

Adriano contrató mis servicios. Una cena para la noche más vieja del año. La condición era que Cristina fuese como camarera para que él, más tarde, le diese la sorpresa. Iba a pedirle matrimonio.

Por supuesto que pensé, porque no era ninguna mezquina, que aparte de ser un secreto entre mi empresa y el actor, debía contárselo a Lucas y a Daniel, porque ellos tenían derecho a saberlo.

Más tarde, cuando ya faltaba poco para cerrar las puertas y dar por concluido el evento, me hicieron posar en varias fotografías. Así estaba yo en el periódico del día siguiente, con un escotazo de infarto, entre los socios de la firma.

Llamé a Susana para saber si había recibido los resultados del médico. No me la había podido quitar de la cabeza en toda la noche. Me contó que la analítica estaba perfecta y que solo faltaba la resolución de la biopsia que le habían practicado el día anterior. Me pareció que estaba serena y me tranquilizó muchísimo.

Esa mañana estaba libre. Mis jefes estaban muy contentos conmigo por

cómo se había desarrollado todo, y por el nuevo contrato con Capuletto.

Cogí la ropa del día anterior, que la había dejado a los pies de la cama, y fui a meterla en la lavadora. Esperaba que saliese la mancha de la blusa.

Del bolsillo de la chaqueta cayó una llave que repiqueteó en el suelo como un cascabel. La miré pensativa. ¿Cómo había ido a parar esa llave a mi bolsillo?

Pensé en alguna vitrina de la exposición de joyas. Pero no podía ser, yo no había tocado esas llaves. Desconcertada, la estudié con atención. ¿Era posible que fuese de alguna taquilla del supermercado al que solía ir a hacer la compra? Si era así, ¿qué cojones me había dejado en la taquilla?

Durante toda la mañana estuve dándole vueltas al tema de la dichosa llave. Ya me veía comprobando todas las cerraduras de los lugares que frecuentaba. ¿Sería el candado de la pitón de la bici?

¡Coño, no echaba en falta nada! Además, no tenía bici.

Capítulo 14

La sala de reuniones era una habitación amplia con cinco filas de seis sillas cada una. Contra una pared había una mesa grande, donde estaban el ordenador portátil, una lata convertida en portadora de bolígrafos y rotuladores, y una pila de periódicos del día. El agente de Atención al ciudadano se encargaba de actualizarlos cada mañana. También había una pizarra digital que usaban de vez en cuando.

Lucas había entrado de los primeros. Nadie tenía un asiento asignado, aunque todos solían sentarse siempre en los mismos. Sintió un golpe en el hombro antes de escuchar la voz de Daniel: —¿Qué pasa, macho? ¿Sigues dormido? Te estaba llamando fuera y ni te has inmutado.

—Ni te he oído. No me he dado cuenta.

—Déjame que adivine. —Daniel se sentó en la silla de al lado. Ambos en primera fila—: Has visto los periódicos.

—No, ¿por qué?

—Guzmán, pásame el diario *Somos capital* —le dijo a un compañero que cruzaba por delante de ellos. El hombre lo buscó entre el montón, lo sacó y se lo dio a Daniel—. Gracias. Toma, Lucas. —Se lo entregó—. Echa un vistazo.

Lucas no sabía qué tenía que buscar. Pasó las páginas leyendo los titulares hasta que apareció la fotografía del geniecillo pelirrojo flanqueada por dos elegantes tipos. Estaba preciosa, al menos lo suponía, porque el impresionante escote que llevaba no le dejaba fijarse en el resto.

—Es la hija de la subinspectora, ¿no?

—Creo que sí —contestó de mal humor, enrollando el periódico. Se limitó a golpearlo con suavidad sobre sus piernas. Intentaba aparentar una tranquilidad que no sentía.

—¿Lo crees? —le preguntó Daniel.

Lucas lo miró con los ojos entrecerrados.

—Sí —respondió.

Daniel asintió.

—De acuerdo, tema cerrado.

—¿Es verdad que la pelirroja explosiva que sale en las fotografías de la exposición de joyas es la hija de la subinspectora Herreros? —preguntó alguien tras ellos.

Lucas se tensó, resoplando.

—¿Sí? ¿Dónde se mira eso? —inquirió otro.

Daniel, con rostro serio, echó un vistazo a sus compañeros sobre el hombro, advirtiéndoles: —Vale ya.

—Lo estaban comentando en la DIC. Lucas, tú deberías saberlo —insistió el primero que había hablado.

El aludido se volvió despacio, con una mirada oscura y terrorífica.

—¿Por qué se supone que yo tengo que saberlo?

El tipo comenzó a ponerse nervioso.

—Como estás con... Bueno... yo pensé que... la subinspectora...

—¡Pues no creas tanto y métete en tus cositas! —contestó Lucas interrumpiéndolo—. Si quieres saber algo, le preguntas a ella. Esto no es un patio de colegio.

Ante un gesto de Daniel todos guardaron silencio.

Cristóbal, el comisario del distrito, entró acompañado del agente encargado de Atención al ciudadano. Una mujer que llevaba mucho tiempo allí.

Tras la reunión, salieron de la sala comentando las órdenes del comisario. Había varias manifestaciones en Madrid que requerían de su apoyo. Por lo normal no ocurrían disturbios al soler ser gente bastante pacífica.

Lucas llegó a su escritorio y lo primero que hizo fue llamar a Laura. Le preguntó con educación por ella, por su compañera de piso y, al final, por la fotografía de Valentina. Laura se echó a reír divertida, lo que no le hizo ni pizca de gracia.

—Pobrecilla, mi cachito. Ni imaginas lo que le pasó. Unos minutos antes de ir a trabajar se le vertió la taza de chocolate sobre la blusa. ¡Yo pensé que iba a arder Troya! Pero no. Se ve que ha madurado mucho últimamente. Lo intentamos limpiar entre las dos y fue imposible. Y a ninguna de las dos no daba tiempo a ir a casa a por otra blusa limpia.

—Podías haberle dado la tuya —respondió él sin pensar. Se maldijo por ello.

Laura se quedó callada unos segundos, extrañada.

—Llevaba un suéter de lana gorda y no le hubiera servido. ¿Ha ocurrido algo, Salmerón?

—No, perdona.

Ella insistió, con la mosca tras la oreja.

—¿Te han comentado algo sobre la fotografía? Sé que por aquí Valentina está en boca de todos. De hecho, no dejan de felicitarme por lo bonita que está.

Lucas agitó la cabeza. No tenía que haberle llamado. Cómo vistiese Valentina, o con quién estuviese, no era asunto suyo por más que le jodiera.

—Comentaban en la sala de reuniones, sí. Parece que todo el mundo sabía quién era ella y me han estado preguntado —reconoció él.

Laura volvió a reír, más satisfecha con su respuesta.

—No te preocupes, Salmerón. Ha salido preciosa, y Castillo, en cuanto la vio, no pudo cerrar la boca. Ya sabes cómo es. Se siente muy orgulloso de ella. Date cuenta de que la conoce desde que era una niña.

Lucas asintió, aunque ella no podía verlo. Valentina no era ninguna niña ya, y a él le molestaba tanto esa situación que no sabía cuánto más iba aguantar. Siempre se había llevado muy bien con Laura. Antes que nada, eran amigos. Ella era una mujer fuerte y estaba seguro de que sabría entender.

—Me gustaría hablar contigo —dijo, pensándoselo muy bien—. ¿Podemos quedar?

Laura tardó en responder. Era consciente de que a Lucas le ocurría algo.

—Tengo que hacer algunas cosas hoy, pero podemos vernos esta noche. ¿Voy a tu casa?

—No, voy yo a la tuya o nos vemos en el restaurante de los jardines. Quiero pasarme esta tarde por casa de mi madre.

—De acuerdo, quedamos en el restaurante entonces —respondió ella.

Lucas colgó el teléfono y desenrolló el periódico. Clavó sus ojos en los del geniecillo pelirrojo que sonreía alegre. El corazón comenzó a latirle con fuerza y le subió la adrenalina. Esta vez sabía, y era la primera vez que le pasaba, que no era una reacción al peligro y a la aventura. Se trataba, simplemente, del deseo de tener a Valentina con él. De que perteneciese por completo a su vida.

—¿Vas bien, *brother*? —le preguntó Daniel, preocupado.

—Estoy hecho una puta mierda, pero es lo que hay. Me lo he buscado. Pensaba que tenía una vida de puta madre, que hacía lo quería cuando quería... que, si me apetecía un polvo, tenía a Laura. Y ahora, todo eso se ha jodido.

—No entiendo que lo veas tan complicado.

—Lo es, Dani, créeme. Aunque al final consiguiese lo que quiero y convirtiese a Valentina en mi novia oficial —¡qué raro le sonaba esa palabra! —, sé que ella iba a pensar en las veces que Laura y yo hemos estado juntos. Es más, no me extrañaría que creyese de algún modo que las comparo.

—Te estás comiendo la cabeza, Lucas. Si resulta que, por un casual, llamémosle equis, acabáis juntos, solo vais a tener espacio para el futuro. Te recuerdo que Silvia era viuda cuando la conocí. Pensé que jamás podría querer a su hija como si hubiese tenido mi sangre, y ahora sé que daría mi vida por mi Sharisse. También tuve mis dudas sobre si yo sería bueno para Silvia. Ni de lejos soy tan extrovertido como lo era el difunto o lo eres tú. Pero me di cuenta de que todo eso era pasado. Que me quiere a mí. Y a Valentina le sucederá lo mismo cuando se dé cuenta de que tus sentimientos por ella son sinceros.

—¡Ojalá fuese así! —musitó Lucas, no muy convencido.

Por lo pronto, esa noche hablaría con Laura.

—¿Estás bien?

Laura levantó la mirada hacia el inspector Castillo y asintió.

—Sí. ¿Por qué lo preguntas?

—Te encuentro un poco despistada.

—No es nada. Tengo el presentimiento de que mi relación con Salmerón está llegando a su fin.

El hombre arqueó las cejas, pero no se volvió a mirarla. Estaba revisando unos informes.

—¿Por qué dices eso?

—Se lo noto. —Ella se sentó en la silla giratoria de su escritorio y clavó los ojos en su amigo—. Ha conocido a alguien.

—¿Cómo puedes saberlo? Tal vez sea que estéis atravesando un altibajo. Todo el mundo que está enamorado tiene esas cosas. No puedes estar segura.

Laura sonrió.

—Te equivocas, y no me preguntes cómo, pero lo sé.

El inspector soltó el aire por la boca con fuerza. Dejó los informes en la mesa y fijó la mirada en ella.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Nada —contestó agitando la cabeza—. Me alegro mucho por él. Salmerón es una persona muy especial y ha luchado mucho por llegar donde está hoy.

Él estaba intrigado.

—¿Hablas de corazón, Laura?

Ella seguía sonriendo. Era cierto que no parecía para nada afectada.

—Le quiero muchísimo, pero no lo amo. Estar cerca de él me hace sentir más joven, pero es hora de que empiece a poner los pies en la tierra y a pensar, de manera más seria, en lo que quiero conseguir en la vida.

El hombre estaba estupefacto. Sabía cuándo Laura mentía y ocultaba cosas, y ese no era el caso.

—De la manera en que lo dices, me hace pensar que lo has estado utilizando.

Laura suspiró hondo.

—Es posible que por su juventud lo sustituyera por Valentina. No en el tema sexual, obviamente. —Se echó a reír—. Echaba tanto de menos a mi niña cuando se fue a Nueva York, que creo que nunca me he parado a pensar...

—Laura, hazme un favor y esta sinceridad solo guárdala para nosotros. No se te ocurra decírselo a él.

—¿Cómo crees? —le preguntó un poco ofendida—. ¡Claro que no se lo voy a decir! Ya te he dicho que le aprecio mucho. Solo espero que la mujer que esté con él sepa tratarlo y respetarlo como se merece.

—No es ningún niño.

—Lo sé, pero a veces es tan mono...

Un compañero de ambos se acercó a ellos con rapidez y rostro serio. Le miraron expectantes.

—Un individuo en la estación de Sol está amenazando a varias personas con un cuchillo de carnicero.

El inspector fue el primero en ponerse en pie. Laura le imitó, cogiendo su cazadora y el arma que guardaba en el cajón de la mesa.

Capítulo 15

Adriano Capuletto era mejor persona de lo que había creído. La sorpresa que quería prepararle a Cristina era fantástica. Lo malo de todo es que él me había dado su idea y regresaba a Nápoles, dejándome sola para organizarlo. Era como un trozo de arcilla en las manos, que debía moldear a gusto de otros y, para hacerlo lo mejor posible, debía saber más de la chica: color favorito, comida, gusto por la música... Ella iba a acudir al cumpleaños del amigo de Lucas, pero no iba a ser un buen momento para interrogarla, además podía llegar a pensar que estaba intentado ligar con ella.

Agité la cabeza de forma brusca. El único que me podía ayudar, aunque yo no quisiera, era Lucas.

—¿Qué ha ocurrido con tu llave misteriosa? ¿Has averiguado de dónde es? —me preguntó Soledad, sacándome de mis pensamientos. Su voz era una combinación única de intriga y ansiedad.

¡Otra vez el tema de la llave! Seguía en blanco con eso. Sacudí la cabeza.

—No tengo ni idea. He estado mirando las vitrinas de la exposición de ayer pero no coincide ninguna. Estoy pensando que quizá no sea ni mía.

—Si aparece algo dentro de tu bolsillo no puede ser de nadie más. Yo he estado mirando entre mis cosas y tampoco es mía. Por si acaso la habías cogido por error, o algo así.

—Yo no la cogí. Ya te digo que apareció de repente cuando sacudí la ropa para ir a lavarla.

—¿Quién te la ha podido meter?

Sonreí.

—Eso suena mal

—¡La llave, imbécil! —exclamó, divertida.

—Hombre, no creo que nadie, excepto yo, la haya guardado en el bolsillo. Me habría dado cuenta si alguien me mete mano, ¿no?

—¿Qué explicación le das entonces? —insistió arqueando las cejas.

Agité la cabeza y me encogí de hombros.

—Un mortal muy rico y guapo se encontró una lámpara mágica. Salió un gnomo y le pidió que le entregase su llave a la chica más guapa, divertida y encantadora del mundo. —Chasqueé los dedos. Soledad se partía de la risa—. ¡Y aquí estoy yo! Con su llave.

—¡Qué payasa eres!

—Es que haces unas preguntas la mar de raras.

—¿No puede ser de la taquilla del gimnasio? —inquirió pensativa.

—Ojalá, sin embargo, desde que he llegado a Madrid no he tenido tiempo ni de apuntarme.

—¿Y si ayer alguien intentó robar alguna joya y te quiso hacer partícipe de su...?

Abrí las manos con las palmas hacía arriba, interrumpiéndola. El ceño más fruncido que el pescuezo de una tortuga. No iba a volverme loca por una llave.

—Mira, Sole, déjalo. Últimamente ves muchas películas. Hazte escritora o guionista, tienes imaginación para eso. Por cierto, no me has contado qué pasó con tu entrevista de trabajo. ¿Te han dicho algo?

Se encogió de hombros con desgana.

—Me llamarán, como en todos los sitios.

—Puedes intentar dar clases de inglés o...

Me miró arqueando las cejas.

—No me corre prisa encontrar trabajo. De momento, mi padre continúa con los gastos y, hasta que no me diga lo contrario, no me voy a estresar. En cuanto a ti, ¿no me digas que vas a dejar el tema de la llave así? Tú misma has dicho que puede ser de alguno de los supermercados a los que vas a hacer la comprar. Deberías mirar.

—¡Pero es que por más que pienso en eso, no se me ocurre ninguno! Y no puedo recordar que haya perdido algo importante.

—Lo que no te pasa a ti, no le pasa a nadie.

Tenía toda la razón del mundo. Era un imán. Había gente que tenía conocidos a los que les había pasado algo inverosímil. Pues bien, que conste que yo era ese conocido.

Llamaron al portero automático y preguntaron por mí. Era la policía que me pedía que retirase el coche de donde lo tenía aparcado, porque había ocurrido un accidente que no me quisieron contar.

—¿Ves? —le dije a Soledad antes de ponerme el abrigo y bajarme—. No hay más tontos en el mundo, siempre me toca a mí. Tal vez va siendo hora de que juegue a la lotería a ver si me toca algo bueno, para variar.

En la calle había varios coches patrulla y un par de ambulancias del SAMUR. Me extrañé. Desde luego, tenía pinta de ser algo serio. La gente se arremolinaba intentando ver qué estaba ocurriendo. Me abrí paso entre ellos. Notaba que me miraban raro, como si quisiera quitarles el sitio para poder cotillear mejor.

—¿Dónde va, señorita? —preguntó un agente empujándome suavemente hacía atrás, para que no atravesase el cordón policial—. No puede pasar por

aquí —Me dijo muy serio, señalando la acera.

Me llevé la muñeca a los labios y murmuré:

—¡Kit, te necesito! —El hombre me miró con cara de mala hostia, lo cual no me extrañaba. ¡Ya me valía la tontería!— Perdóneme, era una broma de mal gusto.

—Lo es.

—Me han llamado para que quite el coche de allí —aclaré, avergonzada con mi conducta. Le señalé el vehículo con el índice.

Él me miró de arriba abajo como si fuese insignificante. ¡El prepotente de las narices!

—Pase y espere aquí. —Se apartó a un lado. Con la mano llamó a otro hombre—: ¿Puedes acompañarla? Va a quitar el coche de allí.

El tipo asintió y caminó a mi lado por la acera.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué hay tanta gente? —quise saber mirando alrededor, intentado descubrir algo por mí misma. La persona que me acompañaba tenía menos gracia que escuchar una partida de ajedrez por radio. O eso, o que era falta de oído, porque no me contestó. Ni siquiera me miró. Desde luego que porque conocía policías y sabía que no todos tenían tan mal talante como aquellos. Una manta térmica de esas que parecen papel aluminio atrajo mi atención. ¡Debajo había un muerto! Me llevé la mano a la boca ahogando una exclamación. ¡Perfecto, ahora iba a tener pesadillas!

—No se detenga, por favor. —El hombre me cogió del brazo con suavidad y me obligó a seguir andando.

Miré hacia otro lado. El corazón me latía en la garganta.

—No entiendo por qué molesta mi coche. Es una putada que deba quitarlo porque me va a costar un riñón encontrar otro sitio.

Sentí una presencia que se acercaba a pasos agigantados por detrás. Tanto el policía como yo nos sobresaltamos y giramos rápidamente. Suspiré aliviada al descubrir a Lucas que llegaba hasta mí con rostro preocupado. Se presentó al agente mostrándole la placa.

—¿Qué es lo que ha ocurrido? ¿Por qué necesita la presencia de la señorita?

Me gustó que se dirigiese a mí por señorita. Me hacía sentir importante. Todas mis terminaciones nerviosas cobraron vida.

El hombre le respondió:

—Pensamos que es un ajuste de cuentas. Un grupo de hombres salió del restaurante chino y alguien que les esperaba fuera disparó sobre uno de ellos. Descargó varias veces el arma y tenemos que despejar la zona en busca de pruebas. El vehículo de la señorita está justo en el lugar de los hechos.

Lucas asintió. Clavó en mí una mirada profunda que me hizo temblar de arriba abajo.

—¡Soy una suertuda! —bromeé tragando saliva. Su presencia me ponía nerviosa, aunque también me aportaba seguridad.

—¿Estás bien? —preguntó como si no existiese nadie más en el mundo.

La policía, los de emergencia y demás personas que había allí, pasaban de un lado a otro, casi empujándonos, pero él solo parecía verme a mí. Me sorprendía su ternura porque me hacía muy vulnerable.

—Estaba en casa cuando ha sucedido todo.

Él se inclinó sobre mí y sus labios se acercaron a mi mejilla peligrosamente. Sentí su aliento y su calor. Su incipiente barba me raspó la piel. Pensé que iba a besarme.

—¿Necesitas que te acompañe?

Sacudí la cabeza a punto de doblárseme las rodillas.

—No me hagas esto, Lucas —susurré antes de acelerar el paso y entrar en mi coche.

No quise esperar a ver qué hacía él. Conecté la llave y salí de la calle. Mi corazón latía con una fuerza desproporcionada. ¿Por qué reaccionaba así ante él? Había conocido a otros hombres guapos y ninguno de ellos me había hecho sentir nada de eso.

Por suerte no tardé mucho en encontrar otro sitio y aparcar. Respiré hondo, sabiendo que iba a tardar más en sacarme a Lucas de la cabeza de lo que había imaginado en un principio.

La casualidad quiso que lo volviese a ver justo cuando él estaba entrando en el portal acompañando a una mujer. Supuse que era su madre, aunque no la conocía. Ni siquiera de vista.

¿Tan pequeño era Madrid que tenía que tropezar con él tan a menudo? Maldije mi suerte.

Por intuición o providencia, antes del salir del coche miré al asiento de atrás. Cuál fue mi sorpresa al descubrir un perfecto agujero en una de las puertas. Un agujero redondo y pequeño. Limpio.

¡Me habían tiroteado el coche!

—¡Mierda! ¡Mierda! —Golpeé el volante con ambas manos, furiosa. Observé las luces de las ambulancias que se reflejaban intermitentes en los cristales de las ventanas y escaparates. Pronto anochecería—. ¡Joder! —En verdad era un imán para los problemas.

Me fui a casa enfadada. Al menos Lucas no estaba esperándome, ni para entretenerme ni para revolucionar mis hormonas.

Soledad esperaba impaciente la versión de los hechos y, mientras se lo estaba contando, llamó mi tía, que también se había enterado y quería

advertirme.

—¡Como para no saberlo! —exclamé al teléfono, todavía enfadada—. ¡Tengo un balazo en la puerta del coche!

—¡No me digas! ¿Han encontrado la bala, nena?

—No se lo he dicho nadie. Solo lo sabéis Sole y tú. ¿Tendría que decírselo a alguien?

—No te preocupes, yo me encargo de hablar con Científica para que busquen en tu coche.

Estaba muy cansada y, sobre todo, estresada. Pocas veces he estado así. Era como un cúmulo de sucesos que arremetían contra mí como hostias sin sentido. ¡Quería regresar a Nueva York! Gemí.

—De acuerdo —respondí—. Pero no tengo que dejarles el coche ni nada, ¿verdad?

Ella notó algo en mi voz.

—¿Estás bien Valentina? ¿Quieres que vaya? He quedado con Salmerón, pero si tú quieres...

—¡No! Solo necesito descansar y dormir.

—De acuerdo. Nos vemos mañana, entonces. ¿Te parece?

—Sí, claro. Besitos.

Colgamos.

«Ha quedado con Salmerón», musité con los dientes apretados. Tenía que acostumbrarme a esas cosas, pero era muy difícil.

—¿Dónde vas? —me preguntó Soledad cuando vio que me levantaba y caminaba hacia mi habitación.

—A la cama —respondí desgana. Cerré la puerta del cuarto y lloré

como una boba hasta quedarme sin lágrimas.

Al cabo de un rato escuché golpes en la puerta.

—¿No vas a cenar? —preguntó Soledad.

Solo tenía ganas de morirme. Bueno, puede que no en plan tan exagerado, pero no me apetecía ni abrir la boca.

—No.

—Pues venga. —Entró como un huracán en el dormitorio. Me recordó al demonio de Tasmania, de los dibujos animados, que se ponía como loco a dar vueltas—. ¡Vístete! Nos vamos de marcha.

La miré boquiabierta.

—No quiero.

—Lo quieres, pero no lo sabes.

—Mañana trabajo, Sole —respondí mohína—. Además, me duele la cabeza.

—¡Nada de dolores! Tienes que despejarte y dejar que te dé el aire.

De reojo, miré a la ventana. Gruesos goterones de lluvia golpeaban el cristal y creaban regueros que se deslizaban formando intrincados dibujos. Se había desatado una buena tormenta.

—Llueve y hace frío —dije para quitarle la idea de encima, por si no lo había notado.

Ella echó una mirada a la ventana y se encogió de hombros indiferente.

—Llevamos paraguas. —Sin desistir, sacó del armario unos vaqueros desteñidos y una sudadera con la bandera de Estados Unidos, una de mis preferidas—. Voy a vestirme yo también, cuando vuelva quiero que estés lista para irnos.

Salió del dormitorio sin que pudiera ponerle una excusa. Coloqué la espalda en el colchón y cerré los ojos. Suspiré con fuerza. Soledad se estaba consagrando por animarme y yo tenía que valorar ese esfuerzo.

Saqué empeños y ganas, cosa que me costó un montón. Pero, una vez que me di una ducha y me vestí, estaba lista para emborracharme, bailar o lo que surgiera.

Cuando salimos de casa solo estaba chispeando. Ya había anochecido, pero la policía seguía entando en la calle. Eso sí, apenas quedaba gente cotilleando, solo algunos masoquistas que debían aburrirse en sus casas y preferían pasar frío.

Soledad me llevó al centro de Madrid, a las estrechas callejuelas empedradas, donde se admiraban los edificios más antiguos de la capital; mesones y tascas del año de María Castaña, y bares modernos con cocinas de fusión. A nuestro paso todo olía a comida y a lluvia, al calor de la gente, a sus perfumes. ¡Y digo yo!, hablando sobre la cocina de fusión: mira que me encantaban las comidas internacionales, incluso las regionales, siempre que yo no cocinase, pero ¿un cocido al curri?, ¿un burrito a la madrileña? ¡No, señor! ¡No!

Nos tomamos varias cervezas y algunas raciones para llenarnos el estómago. La galería del jamón era un lugar que me encantaba. Tenían unas pulguitas con ibéricos que estaban para morirse.

Al final, después de recorrernos varios sitios, terminamos en el mismo disco pub donde conocí a Lucas. Era diario y el local estaba a rebosar.

¿Qué pasaba? ¿Que no trabajaba nadie al día siguiente?

La música estaba alta y el ambiente era divertido. Hice un último esfuerzo por dejar la mente en blanco y disfrutar de la noche porque, aunque lo hubiese estado intentado todo el rato, no lo conseguía. A pesar de la certeza preliminar de que necesitaba más cerveza, cuando miré el botellín que sostenía en la

mano, me hizo sentir mal. Me fui al baño y me lavé la cara con abundante agua fría. Al regresar a la mesa alta donde nos habíamos acoplado, Soledad señaló mi bolso, que lo había dejado en la silla.

—Te ha llamado, Laura. Quería saber cómo estabas —dijo.

Me acerqué al bolso y saqué el móvil. No tenía ninguna llamada perdida. La miré extrañada, pensando que lo había soñado o se lo había inventado.

—No has contestado mi teléfono, ¿verdad? —pregunté. Esperaba que no, pero...

Ella asintió, meciendo la cabeza al ritmo de la música.

—¿Te molesta?

La miré enojada, alucinando.

—¡Pues sí! ¡Tanto como una patada en el potorro! ¡No tienes derecho a cogerlo! —¿Quién demonios se creía que era? Vale que fuésemos amigas y que la permitiese hacer muchas cosas, pero de ahí a contestar mi teléfono, sin haberle dado permiso, iba un abismo.

—Escuché que sonaba varias veces y miré por si era importante. No sabía que la tenías en el móvil como Mami chula —me contestó soltando una carcajada.

No me hizo gracia.

—¡Yo la tengo como me da la gana!

A través de las gafas, su mirada se encontró con la mía. Ahora más seria.

—Vale, no hace falta que te pongas así. Imaginé que Laura estaba preocupada y por eso he contestado. No te inquietes, que no voy a volver hacerlo.

—¡Claro que no vas a volver hacerlo! —contesté malhumorada. ¿Qué le importaba a ella si tenía a mi tía como Mami chula? ¡No tenía que haber

tocado nada!

—¿Qué vas a hacer? —me preguntó cuándo me vio que desbloqueaba el teléfono.

—Llamarla.

—No lo hagas. Me ha dicho que solo llamaba para ver cómo estabas, pero que se iba a ir a dormir ya.

Aquello fue la gota que desbordó el vaso. Vale que desde antes de salir de casa yo no iba muy católica. Pero hasta allí había llegado, y aguantado.

—Me voy a casa —dije recogiendo mis cosas. Seguía con la cabeza embotada por la cerveza, aunque controlaba bien—. ¿Te vienes o te quedas?

—¿Tan pronto? —preguntó, sorprendida.

Asentí.

—No tenía que haber salido hoy, estoy cansada y no soy la mejor compañía para nadie.

—Espera. —Se levantó del asiento en el que estaba y sacó su monedero del bolsillo trasero del pantalón—. Podemos tomarnos la última de hoy.

—Yo no quiero, Sole, me marcho.

—¿Me vas a dejar sola? —preguntó, frunciendo el ceño.

—Tú decides lo que quieras hacer —respondí muy paciente, aunque por dentro me estaba calentando por momentos. Como se suele decir, me estaban llevando los demonios, y lo que más me apetecía a pesar del ser pacifista que llevaba dentro, era unirme a satán.

Ella alzó las cejas con indecisión.

—¿Serás capaz de marcharte sin mí?

Cogí tanto aire como pude. Soledad me estaba retando a que lo hiciese.

Gruñendo, me di la vuelta. Siempre había tenido muy claro que, para cojones, los míos.

Me marché hacia la puerta, dándole tiempo para que cogiese sus pertenencias y me siguiese. Para mi decepción, y aumento de cabreo, no vino conmigo. Ni siquiera se movió del sitio.

—¡Anda y que te jodan! —mascullé para mí.

Me apreté la cazadora más contra el cuerpo y eché andar hacia casa. No me daba miedo ir sola por la noche, aunque era más precavida. Evitaba los lugares que estaban más desiertos, así como la plaza de Santa Ana, donde siempre había gente un poco más chunguilla.

Entré en mi calle. Ya no quedaba ni rastro de los coches patrullas, ni de que hubiese pasado algo. Por las horas que eran, el restaurante chino estaba cerrado.

—¡Valentina!

Me sobresalté al escuchar la voz que me llamaba. Me di la vuelta y descubrí a Lucas saliendo de su coche con lentitud, con la gracia de una pantera.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté con sorpresa. Era obvio que me estaba esperando.

—Me apetecía verte —murmuró con la voz sexi que tanto me gustaba. Llegó hasta mí—. ¿De dónde vienes?

Tragué con dificultad.

—No es asunto tuyo.

—Te echaba de menos —susurró contra mi mejilla.

Eché la cabeza hacia atrás y miré extasiada su rostro fuerte y varonil.

—Quiero que te vayas. Ahora mismo no es un buen momento y me agobias.

No tengo ganas de hablar, ni de estar con nadie.

—¿Ha ocurrido algo? —Un brillo de curiosidad asomó a sus ojos.

¿Cuántas veces había escuchado esa pregunta a lo largo del día? Agité la cabeza.

—Es tarde. Me voy a casa. —Eso si lograba llegar. Parecía que el destino me lo impedía.

—Valentina. —Me agarró el mentón con firmeza y me obligó a mirarle a los ojos—. ¿Qué pasa?

—Ya te lo he dicho. —El calor de sus dedos inundaban todos mis sentidos. Le quité la mano—. Nunca he querido nada formal contigo, Lucas. Nos lo pasábamos bien y eso era suficiente.

Me miró con el ceño fruncido.

—No hablas en serio.

«¡No, claro que no lo hago! ¡Pero tengo que conseguir que me creas!».

—¡Es que tú me asfixias! Siento que no puedo respirar —espeté. Y no era algo literal. Estaba tan frenética que el oxígeno no me llegaba a los pulmones—. No es fácil descubrir la clase de persona que era mi padre, y tú... —Sacudí la cabeza haciendo una pausa corta—. Sabes que lo nuestro no tenía que haber pasado nunca, pero te empeñas en hacerme sentir como el culo. ¡No soy tonta! ¿Crees que no sé qué esta noche estabas con ella cuando me ha llamado por teléfono?

—No has contestado tú —rebatí calmado—. Me he preocupado. Soledad no me gusta...

Tragué saliva y preferí mirar a cualquier lado que no fuese él.

—¡Da igual cómo sea ella! ¡Ese no es el tema! —Apreté con fuerza los labios. No quería discutir. Me di la vuelta para entrar en el portal, pero él no

me dejó. Me rodeó la cintura con un brazo, me atrajo hacia él obligándome a abrir la boca. Cuando me quise dar cuenta, nos estábamos besando.

No pensé.

Me dejé llevar.

Era como si en el fondo mi cuerpo lo necesitase. Una necesidad imperiosa que me golpeaba de lleno. Me agarré a sus hombros y, en una caricia lenta, ascendí las manos hasta rodearle el cuello. El sabor potente de Lucas me volvía loca. La pasión se apiñó en mi estómago. Sin embargo, reaccioné a tiempo y me aparté de él empujándolo con fuerza, enfadada. Al límite de todo, cansada de cuerpo, de alma, y de mente...

—No —susurré—. Vete.

—Por más que insistas, voy a reparar el daño que crees que te he hecho.

Con el corazón golpeándome en el pecho, incapaz de pronunciar una palabra más, me giré hacia el portal y subí por las escaleras. No me detuve hasta llegar al cobijo de mi dormitorio. Me senté sobre la cama y observé la habitación. Ese día me parecía fría, fea, y no había nada que me gustase de ella.

Lucas se quedó un buen rato en la puerta hasta que se apagaron las luces del portal. Con un suspiro malhumorado se introdujo en su coche.

Obviando el último encuentro con el geniecillo pelirrojo, estaba muy satisfecho de su conversación con Laura. Ya no se sentía atado a ella de ninguna manera.

Tenía que reconocer que había comenzado la charla muy nervioso, y no solo por el afecto que le tenía, sino por ser la madre adoptiva de quien era.

Después todo había ido sobre ruedas. La misma Laura le había dicho que también necesitaba un respiro, que siempre contaría con su amistad y que lo

suyo estaba siendo últimamente muy monótono, y lo monótono, aburría

Por raro que pareciese no se habían reprochado nada. Al contrario, recordaron buenos momentos.

Al final de la conversación, Laura le preguntó a quién había conocido. Él no le había contestado. Tampoco había sido capaz de negar la existencia de otra persona. No era ningún mentiroso.

Luego, ella le había hablado sobre el ajuste de cuentas del barrio de Valentina. Lucas no le dijo que lo sabía. Fue entonces cuando la mujer llamó a su sobrina para ver cómo estaba y Soledad respondió a su móvil.

A Laura no le gustó ese detalle y comenzó a despotricar contra ella. A él tampoco le había parecido normal. Se había preocupado. Pero estaba claro que Valentina estaba bien.

Arrancó el coche. El asfalto estaba completamente mojado y las luces doradas de las farolas se reflejaban en él. Pensativo se cruzó con un vehículo que se había detenido en doble fila. No puso atención, de modo que no se dio cuenta de que Laura Herreros había llegado unos minutos después que él y que había estado observando la escena con la boca abierta y el corazón galopando en su pecho a mil por hora.

Capítulo 16

—No hace falta que me lo digas más —le pedí a Soledad—. Te he dicho que te des por perdonada. Ya no quiero seguir hablando de lo que pasó anoche.

Ella asintió otra vez. Estábamos en la cocina. Era pequeña, pero acogedora. Su forma cuadrada nos permitía tener una mesa en el centro, que era donde desayunábamos. Una de las paredes era un enorme ventanal con puerta que accedía a una terracita donde teníamos la lavadora y el tendedero. Todo estaba en tonos verdes y grises con encimeras de madera.

—¿Qué vas a hacer hoy? —preguntó, metiendo y sacando la bolsita de manzanilla con anís, por el cordel, en la humeante taza de agua caliente.

—Llamaré a mi tía para comer juntas. —No quise enfrentar su mirada. Si lo hacía, corría el riesgo de que ella también se apuntase y no me apetecía en absoluto. Vale que le hubiese perdonado, pero no olvidaba con facilidad. Con esto no digo que fuera rencorosa, porque no lo era.

—Entonces, nos vemos esta noche. ¿Cenamos pizza?

—Me parece bien.

Se tomó la infusión soplando al mismo tiempo para no quemarse los labios. La observé de reojo. ¿Por qué habría dicho Lucas que Soledad no le gustaba? Él no la conocía lo suficiente para poder juzgarla. Lo mismo le ocurría a Castillo.

Ella no era una mala chica; quizá un poco desesperante, fanfarrona,

orgullosa y, lo peor, su afán de ir siempre de víctima. Pero, una vez que se salvaban todos esos defectos, era una persona normal y corriente.

—Dejo el vaso aquí y te encargas de poner el lavavajillas —me señaló.

—Sí, no te preocupes. Márchate ya o llegarás tarde. Ponte el abrigo gordo que hace frío y tiene pinta de que vaya a nevar.

Ella sonrió. Inesperadamente se inclinó sobre mí y me propinó un beso en la mejilla.

—De acuerdo, mamá.

Durante unos segundos me quedé inmóvil. La broma no me gustó en absoluto. Máxime cuando yo era la persona menos besucona de todo el planeta. A mi abuela le había costado Dios y ayuda sacarme los besos. Y, cuando iba a celebraciones, siempre intentaba escaquearme de los saludos, presentaciones y despedidas, por lo mismo.

Me espabilé al escuchar la puerta cuando Soledad se marchó. No quería llegar tarde a mi trabajo. Recogí los cacharros, los aclaré y los metí en el lavaplatos. Le di al contacto, me abrigué y salí disparada por la puerta.

En la oficina, mis ojos no hacían más que irse a las carpetas de eventos. Sobre todo, a la de Daniel González. Todavía seguía pendiente la temática de la fiesta de cumpleaños.

Le pedí a Carla que empaquetase los catálogos de las invitaciones y llamase al mensajero para enviarlos a casa de la señora Ledesma. Sabía que la respuesta llegaría de la mano de Lucas.

No podía pensar en él sin recordar el beso de la noche anterior. ¿A quién pretendía engañar al decir que no sentía nada por él?

Pero no podía hacerlo.

Marqué el número de teléfono de mi tía. Tardó un buen rato en cogerlo.

Cuando lo hizo, no parecía estar en su mejor momento. Metía la mano en el fuego y no me quemaba, si decía que estaba muy enfadada por algo. Me dijo que no podíamos comer juntas porque estaba muy liada. La noté más extraña que una moneda de cinco euros.

Sin nada que hacer, más que armada de valor, con la máscara del descaro y la desvergüenza, y provista de la llave misteriosa, me dispuse a intentar encontrar esa cerradura maldita, así tuviese que ir probando todas las que se me cruzaran en el camino.

Recorrí tres supermercados. Era muy violento dirigirme directamente a las taquillas, por eso lo hacía de modo disimulado; observando primero, dando uno paseillos cerca y, cuando pensaba que no me veía nadie, olvidé las cámaras de seguridad, ¡zas! probaba la llave.

Nada.

No era de la guantera del coche tampoco. Llegué incluso a probar por algunas cerraduras de la torre Azahar, sin éxito.

Cuanto más tiempo pasaba, más segura estaba que alguien me había metido la llave en el bolsillo de la chaqueta. ¿Pero quién? ¿Con qué intención?

Más confundida que mi difunta abuela la vez que le regalamos su primer móvil, regresé a mi oficina dispuesta a tirar la toalla. Sin esperármelo, encontré a Castillo deambulando por el vestíbulo principal. Nervioso, se movía de un lado a otro sobre la moqueta.

En la calle el cielo se había tornado gris y amenazaba tormenta.

—Castillo —susurré. Por su expresión, la manera de moverse, y por su mirada cuando sus ojos recayeron en mí, supe que había pasado algo.

Comencé a sudar. El corazón saltó disparado y me aporreó en la garganta con fuerza. Otro síntoma más de los hipocondríacos.

—Tienes que venir conmigo, Valentina. Ha ocurrido un accidente.

—¿Es Su? —pregunté como una estúpida.

¡Claro que no era Susana! Lo sabía en mi fuero interno. Se trataba de mi tía. Pero, por muy egoísta que sonase, prefería que fuese cualquier otra persona excepto ella.

Castillo negó con la cabeza.

Corrí hacia él y le agarré una de sus grandotas manos, asustada.

—Dime que está bien, por favor —supliqué al borde del infarto.

—Se encuentra en el hospital. La están operando de urgencia en este momento.

—¿Pero está bien? —insistí, con un nudo en el pecho que me impedía respirar. No solo respirar, no me dejaba entender, ni escuchar. Dolía.

—Es grave, Valentina. Mejor nos damos prisa, tengo el coche aquí fuera.

La estaban operando. Era grave. Eso es lo único que mi mente repetía.

Sentí que me tocaban el hombro con suavidad, como si se tratase de una ligera caricia. Era Carla.

—Te estaba buscando. Márchate, yo me encargo de todo —dijo preocupada—. Cuando sepas algo me llamas.

Se lo agradecí. Me hubiese marchado de todas las maneras.

Aunque alguna vez se me había pasado por la cabeza que, tanto mi tía como Castillo, estaban expuestos al peligro a diario, nunca me había imaginado tener que salir corriendo por algo así.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

Castillo, sentado frente al volante, me indicó que me abrochase el cinturón.

—Unos individuos asaltaron la tienda de ultramarinos a la que va Laura a comprar. Iban armados y ella pensó que podía reducirlos sola. No vio a un

tercer tipo que se había escondido detrás de una estantería. Ha recibido un disparo que... le ha atravesado un pulmón.

—¡Oh, Dios mío! —Me eché a llorar cubriéndome la cara con las manos. No era justo. A ella no podía pasarle nada. Era fuerte y dura. La persona que más quería en el mundo.

Recuerdo que me pasé todo el viaje rezando hasta llegar al hospital. Estaba muy nerviosa y no coordinaba con normalidad. Algo así como si me viera a mí misma dentro de un sueño. O más bien de una pesadilla. No escuchaba lo que se decía a mi alrededor. No veía por dónde Castillo me llevaba. Solo sabía que íbamos de un pasillo a otro, roto el silencio por los murmullos de la gente y los pitidos de los aparatos.

En contraste con las temperaturas de la calle, allí hacía un calor sofocante. Olía a medicamentos, productos de limpieza, alimentos y, sobre todo, a café de las máquinas expendedoras.

Pude leer el cartel de quirófanos antes de atravesar unas dobles puertas.

La sala de espera de cuidados intensivos estaba llena de personas. Allí volvían a estar de nuevo esos murmullos, aunque llegué a pensar que provenían de mi imaginación, pues nadie parecía mover los labios.

Se acercó un hombre alto de ropas elegantes y oscuras. Me tendió la mano con amabilidad. Su cara me sonaba de algo, pero no podía ubicarlo.

—Soy Rodolfo Pereda, no sé si me recuerdas —me saludó, observándome atentamente—. Lamento mucho lo que le ha pasado a Laura. Hay que ser fuertes y no perder la esperanza.

—¿Dónde está? —pregunté. Sentí múltiples miradas sobre mí.

—Todavía no ha salido de quirófano. ¿Te quieres sentar? ¿Necesitas algo?

Negué. Me quité el abrigo. Estaba demasiado asustada para hacer nada. No podía moverme, ni pensar.

Inmóvil, aferré el bolso con fuerza y clavé los ojos en la puerta de la UCI.

—Valentina.

Procesé el susurro de Lucas a mi lado. Le miré tragando con dificultad el dolor y las lágrimas.

—Va a salir de esto —dijo—. Ella puede, ya lo verás.

Asentí. No las tenía todas conmigo. Me volví a Castillo y me derrumbé en sus brazos, solo por no hacerlo en los de él. Le quería cerca, pero no a mi lado. Y necesitaba tanto un consuelo, un familiar en el que apoyarme... Lloré. No sé cuánto tiempo, pero sé que lloré muchísimo.

Entre él y Lucas me llevaron hasta uno de los asientos. Todos estaban ocupados, pero, en seguida, algunas personas se levantaron para cedernos el sitio.

Alguien del entorno cercano, no puedo precisar quién porque fueron momentos horrorosos, intentó sacar conversación en varias ocasiones. Eran frases que solo duraban unos segundos y luego se interrumpían.

Lucas se había sentado a mi lado, mientras Castillo permanecía de pie, con la mirada fija en la puerta, esperando que llegasen resultados.

Miré a Lucas. Estaba afectado. Tenía las piernas ligeramente abiertas, los codos en los muslos y descansaba la cabeza sobre las dos manos, con los ojos fijos en el suelo.

—Se va a poner bien, ¿verdad? —me atreví a preguntarle. Siempre le había visto tan seguro de sí mismo, tan grande, tan fuerte, que me destrozó el corazón verle así. Sobre todo, saber que los dos sufríamos por la misma persona.

Él giró la cabeza hacia mí. Se enderezó y afirmó.

—Es solo un susto que nos está dando.

—Pues no debería hacer eso —susurré, sin poder controlar el temblor de mi voz—. Estoy aterrada.

Él cogió mi mano como si fuese algo normal. A mí no me importó que entrelazase sus dedos en los míos. Así esperamos en silencio.

Según pasaba el tiempo, empecé a sentirme más tranquila. Por lo menos, a ser más dueña de mis actos. Incluso recordé que Rodolfo Pereda era el jefe de mi tía y de Castillo. Reconocí a varios compañeros más de ella.

La sala de espera concentraba a los familiares de los pacientes que estaban en cuidados y vigilancia intensiva, además de los que estaban siendo operados de urgencia, como era el caso de mi tía.

Deseaba gritar. Resoplaba impotente.

Solté la mano de Lucas y me puse en pie. La espera era interminable.

Castillo se echó mi abrigo sobre un brazo, apoyó su enorme espalda en la pared y, en silencio, como era su costumbre, siguió esperando.

No podía estarme quieta. Caminaba del asiento de Lucas casi hasta la puerta, a paso lento, pensando, rezando...

—¿Habéis llamado a Su? —me acordé de pronto.

—No he llamado a nadie —admitió Lucas, sacándose el móvil del bolsillo trasero del pantalón—. ¿Quieres que lo haga?

—Sí, por favor. Yo no sabría cómo decírselo.

Mandé a Soledad un wasap contándole dónde estaba y lo que había pasado.

A última hora de la tarde, el lugar comenzó a descongestionarse. Sobraban asientos. Aquel sitio no era como la sala de esperas de urgencias, ni del médico de cabecera. No. Aquello era diferente. Se respiraba angustia y miedo. Los murmullos, los pocos o casi inexistentes que había, rompían el silencio

acompañados de débiles sollozos. Los nervios estaban a flor de piel. Las miradas, clavadas en la puerta por donde salían los doctores para informar de la situación de cada paciente.

Tenía la sensación de que habían nombrado a todo el mundo menos a mí. Cada vez que Castillo o Lucas se acercaban a preguntar —el resto de los compañeros de mi tía se habían marchado porque ya se hacía tarde—, nunca tenían respuestas que darles.

—Me tienes que dejar las llaves de tu coche, Valentina. El CSI quiere buscar la bala —dijo Castillo—. Estos días puedes usar el de Laura.

Asentí. Me había levantado a observar por la ventana. La larga y fría noche se extendía ante mí. Por entre las juntas que pegaban el cristal al marco, penetraba una corriente de aire que me hizo tiritar.

—Voy a pillar algo de comer —volvió a decir Castillo. Nos miró a Lucas y a mí—. ¿Queréis vosotros algo?

Regresé a sentarme y contesté con desgana:

—Tengo el estómago cerrado. No podría comer nada ahora.

Castillo sacudió la cabeza.

—Algo tenemos que comer.

Una doctora entró en la sala de espera. Todas las miradas, incluidas las nuestras, se volvieron a ella.

—Familiares de Laura Herreros. —Me puse en pie del tirón. Lucas y Castillo me siguieron hasta la mujer—. Pasen al despacho.

Entramos en una habitación que tenía un escritorio atroz. En el fondo había un sofá de tres plazas contra la pared. Frente a la mesa, dos sillas grandes con reposabrazos.

La doctora parecía una mujer amable. Su rostro era agradable, de

facciones sencillas y humanas. Me dio mucha confianza.

—Por favor, siéntense.

Cogí una silla y Castillo la otra. Lucas prefirió quedarse de pie detrás de mí.

La doctora ocupó su silla frente al escritorio. Sacó del cajón una bolsita transparente. La abrió y empezó a dejar el contenido encima de la mesa.

Reconocí los pendientes de oro de mi tía, un anillo y dos pulseras. Una de ellas se la había traído yo de Nueva York.

Fruto de los nervios y de la situación, rompí a llorar, pensando lo peor.

—Laura está estable dentro de la gravedad. —Se apresuró a decirme la doctora para tranquilizarme—. Hemos tenido que quitarle esto para entrar en el quirófano, pero aquí se nos puede perder y es mejor que lo tenga la familia. —Extrajo un papel para que lo firmase.

Sentí un gran alivio. ¡Que hacían eso con todos los pacientes debían avisarlo! Había pensado que mi tía había muerto.

También me entregaron una bolsa que contenía su ropa.

—Laura ha sido operada. Se ha tardado bastante porque era muy complicado. Hemos recuperado el proyectil y cerrado bien las heridas, aunque, de momento, su estado sigue siendo grave. —Hizo una pausa y me miró para saber si me estaba enterando. Asentí—. Vamos a tenerla en observación para ver cómo evoluciona. Estas primeras setenta y dos horas son cruciales, de vital importancia.

—¿Puedo verla? —pedí. Lo necesitaba. Sentía que era la confirmación de que seguía viva. Tenía que mirarla con mis propios ojos.

—Sigue entubada y no es plato de buen gusto para nadie. Yo no te aconsejaría...

—Por favor —insistí.

Siempre he sido así de cabezona. ¡Qué se le va a hacer!

Pero no tenía que haberla visto. Solo me dejaron entrar a mí por ser familia directa. Mi tía estaba sobre una camilla rodeada de cables y máquinas. Su piel lucía cenicienta; los párpados, morados e hinchados. Un tubo salía de un lado de su boca y se enganchaba a un respiradero artificial. Le habían cubierto el cabello con un gorro azul, de esos de cirujanos.

Salí de la sala con muy mal cuerpo y bastante impresionada. Vi de pasada mi reflejo en el cristal del armario donde guardaban las mangueras para casos de incendio. Estaba ojerosa y pálida. Algo de lo que Lucas se percató enseguida. Me observó y me dijo:

—No nos podemos quedar aquí esta noche. Vamos a cenar algo y te llevo a casa.

—Voy a quedarme —respondí contundente.

—Hasta que no la suban a la habitación de planta, no te van a dejar que la acompañes. Salmerón tiene razón. —Castillo me cogió del brazo y me obligó avanzar por el pasillo.

—¿Dónde está la ropa de mi tía? —pregunté al no ver la bolsa por allí.

—Mientras tú veías a Laura he aprovechado para guardarla en el coche —respondió, sin dejar que me detuviese.

Lucas caminaba detrás de nosotros. Le llamaron por teléfono, era alguien preguntando por mi tía.

Estaba muy orgullosa de que tanta gente se preocupase por ella. La querían muchos. Castillo ya había informado a su superior y al resto de sus compañeros. Estaban felices de que la operación hubiera salido bien.

—Voy a cenar —dije—, pero no me voy a mover de aquí en toda la noche.

—Han dicho que, si pasa algo, llaman —insistió Castillo angustiado por mí. Me causó mucha ternura. El pobre se sentía en la obligación de protegerme y cuidarme.

—Tengo claro lo que voy a hacer —respondí, terca—, además, no podría descansar.

—Me quedo contigo —dijo Lucas con calma.

—Entonces, yo también —sentenció Castillo.

No puse ninguna objeción, porque sabía que, a pesar de mostrarse tranquilos, ambos estaban tan acojonados como yo.

Cuando llegamos a la planta baja, la cafetería estaba cerrada. Al final, cenamos en un restaurante cercano. Yo la que menos. Seguía teniendo el estómago cerrado.

Capítulo 17

Al día siguiente, después de pasar toda la noche en la sala de espera dando cabezadas en un sillón más incómodo que una cama de clavos, una enfermera me dijo que habían desentubado a mi tía y que nos iban a dejar pasar a verla, a dos personas, solamente.

Yo iba a entrar sí o sí, y los otros, que se apañasen entre ellos. Para ver a los pacientes solo teníamos quince minutos por la mañana y otros quince por la tarde.

Desde la ventana, contemplé con desaliento la calle mojada por la llovizna y las nubes bajas y oscuras. Moví el cuello de arriba abajo y en círculos. Lo sentía tenso y agarrotado.

Llamé al trabajo y me dijeron que no me preocupase. De momento, no había muchos eventos y Carla se apañaba. De todas formas, me dijeron que no apagase el móvil por si debía resolverles alguna duda.

Nos pusieron unas batas azules semitransparentes y unos gorros. Al final entrábamos Castillo y yo. El interior estaba repleto de camillas separadas por biombos blancos y máquinas que hacían ruidos suaves y emitían pitidos entrecortados.

Mi tía tenía los ojos entrecerrados. Estaba tumbada con la sabana hasta el pecho. Se intuía su desnudez bajo ellas. La vi tan blanca que quise llevármela a casa y cuidarla yo de manera personal. No quería que nada malo le pasase.

—Tía Laura —la llamé. Me había puesto a un lado de la cama, y Castillo, al otro. Ella miraba fijamente a su compañero, como si no pudiese mover el

tronco o tuviese miedo de hacerlo. Me incliné y la besé en la mejilla. La sentí caliente.

—¿Cómo estás? —le preguntó él, cogiéndola una mano con afecto.

Ella esbozó una ligera sonrisa, que yo pude ver desde mi posición, y movió un poco la cabeza.

—Bien —susurró con voz áspera y ronca—. Me han dicho que estoy fuera de peligro.

Suspiré aliviada al oírle decir eso. Le pregunté si le dolía mucho, si se acordaba de algo... Pero no me contestaba. Ni siquiera me miró una sola vez. Se limitaba a hablar con Castillo y llegué a sentirme como si yo no existiese, como si fuera la última mierda del mundo.

Decidí no tenérselo en cuenta. Al fin y al cabo, había salido de una operación complicada y todavía estaba un poco sedada, bajo los efectos de la anestesia. Pero, aunque no se lo tuve en cuenta, se me pasó por la cabeza que pudiese estar enfada conmigo por algo. ¿Había sido porque Soledad respondió mi teléfono? ¡Qué chorrada más grande, si era eso! También podía ser porque le había dicho esa noche que estaba agotada y luego salí a tomarme algo.

Lo dejé pasar. La noche había sido muy mala y estaba demasiado cansada hasta para pensar.

Castillo y yo nos despedimos de Lucas en el hospital. Le agradecí que hubiera estado allí. Él me dijo que iba a estar en su casa y que me llamaría después. Me pareció un poco extraño que, aunque él no hubiese entrado de visita esa mañana, no intentase hacerlo en la tarde. Pero mi cabeza no estaba para darle vueltas al asunto.

En casa me duché y me eché un poco en el sofá a charlar con Soledad hasta que Castillo regresó a buscarme de nuevo. Esa tarde encontré a mi tía mucho más espabilada. Sus mejillas tenían color y su rostro no parecía tan demacrado ni enfermizo. Sin embargo, por su actitud, algo le pasaba conmigo. Evitaba

mirarme. Ignoraba mis comentarios. Me hizo sentir fatal, pequeña y desamparada.

Cuando volvíamos a casa —ya he dicho muchas veces que la policía no es tonta—, Castillo me preguntó:

—¿Qué pasa entre vosotras?

Disimulando que aquella situación me afectaba más de lo que estaba dispuesta admitir, me encogí de hombros.

—No tengo ni puta idea. Si te enteras, me lo cuentas.

—Laura no se enfada si no tiene motivo.

—No lo sé, Castillo, de verdad. Te prometo que no le he hecho nada. La otra noche me llamó y fue Sole quien contestó por mí. Pero no creo que ese sea el motivo para que esté así conmigo.

—¿No le diría algo esa chica, ladrona? No termina de agradarme —dijo con una mueca en su boca de labios anchos.

Me giré en el asiento. Iba en el lado del copiloto. Le miré con atención.

—Venga, a ver, ¿por qué no te gusta?

—La encuentro muy posesiva contigo. Cuando estáis cerca la una de la otra, anda pendiente de con quién estás, lo que dices. No sé, algo raro noto.

—Solo la has visto una o dos veces.

—Lo suficiente para calar a una persona.

—Pues yo no me he dado cuenta de nada —murmuré pensativa—. ¿Y si tienes razón y Sole le dijo a mi tía algo por teléfono que la puso furiosa conmigo? —Lucas había estado con ella durante esa llamada y él no me había dicho nada. Agité la cabeza, confusa—. ¿Sabes que te digo? Esta tarde debió entrar Salmerón a verla y no yo.

Castillo llevaba los ojos fijos en la carretera. Había caído la noche y el tráfico era abundante.

—Te equivocas, Valentina. Él no ha entrado porque ya no están juntos.

Tuve la misma sensación que si me caía en una piscina de agua helada.

—¿Desde cuándo?

—El otro día Laura me comentó que él había conocido a alguien.

Me dieron ganas de vomitar. Unos sudores fríos recorrieron mi espalda y se apostaron en mis sienes.

—¿A quién?

—Ladrona, sabes que yo no me meto en esas cosas. Pero no te preocupes. Que ellos hayan roto no tiene nada que ver con lo que le ha pasado, ni que esté molesta contigo. Los enfados no le suelen durar mucho. Te quiere con locura.

Me hundí en el asiento. El miedo de que Lucas le hubiese dicho que era a mí a quien había conocido me dejó mal.

Pensé en llamarle. Necesitaba saber qué le había contado.

Cuando Castillo detuvo el coche, le di un beso en la mejilla y fingí entrar en el portal. Me escondí en las sombras y esperé hasta que él se marchó. Después, corrí a mi coche. Se me había olvidado darle las llaves a Castillo. ¡Mejor! De lo contrario, no hubiese tenido manera de moverme.

Me presenté en casa de Lucas pasadas las once.

Él salió abriéndome con un pantalón holgado y una sudadera ancha en color amarillo con las letras «Savage» en el pecho. Me llegó el olor del gel de baño, de su *aftershave* y de la colonia que usaba. Se acababa de duchar.

Él me miró, preocupado. Frunciendo el ceño. No me esperaba.

—¿Ha pasado algo? ¿Está Laura peor?

—¿Puedo pasar? —le pregunté, fría.

Lucas se apartó y entré lo suficiente para que pudiese cerrar la puerta. Me giré hacia él, enfadada. Es posible que toda la frustración que había sentido con la actitud de mi tía se la quisiese hacer pagar a él.

—¡Ella no me habla! ¡Me ignora! ¡No me mira a la puta cara! ¿Qué le has dicho, Lucas? ¿Le has contado lo nuestro? —grité.

Vi que me miraba confundido. ¡Todo el maldito vestíbulo olía a él!

—No.

—¿No?

—No —repitió muy serio.

En un acto reflejo apreté la lengua sobre el labio inferior, para acabar mordiéndomelo con fuerza.

—No entiendo nada —le dije—. ¿Sabes si Sole le contó algo de mí la otra noche?

Lucas sacudió la cabeza.

—Vamos al salón. —Me puso la mano en el hombro, pero yo me aparté. No quería que me tocara.

Me quité la cazadora. Entré donde él me dijo y me senté en un sofá de tres plazas que parecía nuevo. De hecho, olía todavía a tienda. Era de suave piel en tonos jaspeados. Enfrente, había un gigantesco televisor de pantalla plana.

—Que yo sepa, tu amiga le dijo a Laura que estabas en el baño y que habíais salido a tomar algo. Eso es todo.

—Pero entonces no entiendo por qué no me dirige la palabra. Yo no le he hecho... —Me tembló la voz. No me gustaba mostrarme tan débil delante de nadie, pero mis emociones estaban a punto de volverme loca—. No he hecho nada para que me trate así. Pensé que tú... como me ha dicho Castillo que lo

habéis dejado... —Me llevé una mano a la frente sin poder evitar que los ojos se me empañasen—. ¿Qué ha pasado, entonces? —Sin remedio, rompí a llorar.

—¡Eh, eh, Valentina! Estás muy nerviosa y cansada. —Cogió mi cara con sus manos obligándome a mirarlo—. ¿No te lo habrás imaginado? Has tenido un día muy largo y anoche no descansaste en condiciones. Quizá...

Le interrumpí:

—Castillo también se ha dado cuenta. Ha sido él quien me ha preguntado qué era lo que nos pasaba.

—Tiene que haber una explicación.

Estudié su cara. No me estaba mintiendo. Sacudí la cabeza despacio, pensando. Suspiré.

—No lo sé, pero te prometo que me gustaría saberlo. —Paseé la vista por el salón. La televisión estaba apagada. Tenía la videoconsola en el mueble, así como varios libros—. Soy una mala persona —admití—. Tenía que haber contado a mi tía lo que nos había pasado desde el principio. Tú llevabas razón, pero yo no quería hacerle daño, o... hacernos daño a los tres. Sin embargo, ahora que sé cómo fue mi padre, pienso que soy tan mala gente como él.

—¡No digas estupideces!

—¡Tengo sus genes! —grité.

—¡Y sus jones! —exclamó enfadado.

Su respuesta me pilló tan de sopetón que comencé a reírme a carcajada limpia. Él, al principio, me miró, enojado, pero segundos después se contagió de mi risa. Fueron cinco o diez minutos en los que olvidé todas las preocupaciones de aquellos últimos días. Cuando me calmé, mis ojos se quedaron clavados en Lucas. ¡Ni el santo Job hubiera sido tan paciente conmigo!

—Eres tan auténtico —le dije antes de darme cuenta.

Lucas dejó de reírse. Me miró de un modo que me hizo quererlo y, a un tiempo, ganas de salir corriendo de allí. Acercó su cara a la mía, cogió mis labios con la boca y me besó profundamente. Sabía a calor y a fruta, a regaliz y caramelo.

Me agarró la cabeza por detrás con firmeza, y con la otra mano me sostuvo la barbilla. No me hacía daño. Tampoco intenté escaparme, aunque sabía que no podría hacerlo si él no lo permitía.

Me dejé llevar por todas las sensaciones que provocaba su lengua en mi boca. Me acariciaba, me bebía, jugaba conmigo y me llenaba. Yo también le besaba. No podía estarme quieta. Mis hormonas andaban todas revolucionadas, clamando por su escultural cuerpo.

Le subí la sudadera por la espalda todo lo que dieron mis brazos. Le rocé la piel con los dedos y las uñas. Noté que se le abrían los poros y se estremecía. También, por su posición, estaba pegado a mí con las piernas abiertas —una doblada en el sofá, a un lado de mi cadera, y la otra apoyada en el suelo—, sentí crecer el bulto de sus pantalones rozando mi estómago. Él me apretó más contra su cuerpo sin dejar de besarme.

Yo estaba en las nubes tocando las estrellas. De fondo, escuchaba una música celestial. De pronto, mi mente comenzó a juntar las palabras de esa canción. ¡Coño! Era Jennifer López con su *Y el anillo pa' cuando*. ¡El tono de llamada de mi móvil!

Corrí a cogerlo. Podía ser del hospital. Toda yo temblaba y jadeaba, y no precisamente de miedo. Llevaba la ropa puesta, pero me sentía desnuda. ¡Había que joderse con Lucas! ¡Era capaz de llevarme al infierno con el uno por ciento que tenía de demonio!

Al otro lado de la línea, Castillo me preguntaba muy serio que dónde estaba.

—¿Por qué lo preguntas? —respondí sin aliento.

—Me he olvidado de recoger las llaves de tu coche. Mañana he quedado con Científica en que se lo iba a entregar.

—He salido a dar un paseo y a despejarme. —No me atreví a mirar a Lucas. Sentía un terrible calor dentro de mí—. Voy para allá. ¿Estás en la puerta de casa?

—Sí, y procura no tardar mucho, que estoy cansado.

Noté en su voz que también estaba preocupado.

—¿Te marchas? —me preguntó Lucas cuando colgué.

—Sí. No tenía que haber venido. Solo quería saber si le habías dicho algo a mi tía.

—Vale —contestó él acercándose la cazadora—. Si sabes algo más de ella esta noche, llámame.

Salí rápido. Maldiciéndome por lo que había estado a punto de ocurrir.

Capítulo 18

Reconozco que visitar a mi tía en la UCI los días siguientes no fue sencillo. Ella seguía enfadada conmigo y ni siquiera quería contarle a Castillo el motivo.

Todas las mañanas, cuando me levantaba, dudaba si tenía que ir a verla o no. Pero lo hacía porque ella seguía siendo lo más significativo en mi vida. Me decía que no me importaba que hubiese dejado de quererme. Me mentía a mí misma y me trataba de convencer de que la culpable de todo era yo. Cada vez que tenía la oportunidad de preguntarle qué era lo que le pasaba, ella se negaba a responderme.

Estaba agobiada. Mía tía, en sus trece y Lucas que me llamaba cada dos por tres para preguntarme cómo iban las cosas entre nosotras. También me comentó que Carla se había puesto en contacto con él para ultimar detalles sobre la fiesta de Daniel. Y es que se acercaba la fecha y yo aún no había retomado mi trabajo.

Lucas no había vuelto a ir por el hospital. Había dicho que cuando Laura estuviese en planta, la visitaría. Mientras tanto, era tontería porque no le dejaban entrar.

El día que subieron a mi tía a la habitación, solo estaba yo, apenas me había movido del hospital esos días, aunque había avisado a los más cercanos. Algunas veces me había acompañado Susana que, por cierto, todas sus pruebas dieron buenos resultados. Otras, estaba Soledad, y sí, Castillo parecía que tenía razón. Ella intentaba de un modo sutil manejarme a su antojo. Me di cuenta en varios detalles. Fueron tonterías, pero se trataba de reglas de

convivencia que ella había impuesto sin contar conmigo. Tal vez mucha culpa había sido mía por no preocuparme más de ciertas cosas de la casa, y le había entregado a ella el derecho de poder hacer lo que quisiera.

Pusieron a mi tía en una habitación para ella sola. Un lugar espacioso de paredes blancas que absorbía la luz del día, volviendo todo más luminoso y brillante. Yo entré y coloqué algunas cosas de ella en el armario. Vi que había mantas por si tenía frío.

—No quiero que te quedes a dormir conmigo —me dijo con frialdad. Estábamos solas las dos.

Yo estaba de espaldas a la cama y no me di la vuelta con rapidez. Sus palabras me afectaron en lo más hondo.

—¿Qué es lo que te pasa conmigo? —insistí. No pensaba dejarlo más tiempo así.

Ella no contestó. La miré. Estaba estirando las sábanas sobre su cuerpo.

—Vale —le dije con un nudo en la garganta que dolía horrores—. Estos días he estado dándole muchas vueltas a la cabeza, pensando qué es lo que te he podido hacer. —Hice una pausa intentado controlar mi voz. Era muy difícil conseguirlo—. Es posible que tengas tus razones para... odiarme.

—No te odio —dijo muy firme.

Me pasé la manga del jersey sobre la nariz. Luchaba contra el llanto.

—No sé qué es lo que te pasa, por qué no quieres decírmelo. Pero... yo... creo que... te has enterado de algo que tenía que haberte dicho hace tiempo. —Ella me observaba con rostro serio desde la cama. Estaba semiincorporada y tenía la espalda apoyada en el cabecero—. Se trata de Salmerón, ¿verdad?

No contestó. Sus ojos brillaron iracundos. Fue aquello suficiente para mí. Para saber que, de algún modo, lo había descubierto. Aspiré con fuerza y sorbí poniéndome la mano en la boca. Mis labios no podían parar de temblar.

—Le conocí antes de saber que él era tu novio.

—Nunca fue mi novio.

No podía seguir mirándola. Ella me acusaba con los ojos, aunque no con las palabras. Deslicé la vista a los pies de la cama.

—Salimos varias veces. Él no me dijo que estaba con nadie.

—¿Cuándo te enteraste?

Sollocé. Aguanté el hipo.

—El día que fuimos a comer a tu casa. Cuando se me olvidó el móvil.

—Y seguiste con él.

—¡No! —Negué con la cabeza. Ella no me creía—. De verdad, tía...

—¡Mientes, Valentina! —gritó—. La otra noche os vi besándoos en la puerta del portal de tu casa.

Agité la cabeza. Se me estaba rompiendo el corazón por momentos.

—Yo... yo no fui. Él...

Ella se echó a reír con cinismo. Sentí miedo. No quería escucharme.

—¿Ahora le vas a culpar a él? —Se encogió de hombros—. Déjalo, no intentes convencerme. Es tarde para eso.

—Tía, por favor...

—Márchate, Valentina.

—¡No! —Me agarré con fuerza a la madera que había a los pies de su cama—. ¡No me hagas esto, tía, por favor!

Ella frunció los labios. Vi que también hacia lo imposible por no llorar. No me quería mirar, pero yo necesitaba que lo hiciese.

Dieron dos toques a la puerta y seguidamente entró Lucas. Entonces fue

cuando ella me miró, ahora con las lágrimas rodando por su cara. Cogí corriendo mi abrigo y escapé de allí lo más deprisa posible.

La gente me miraba al pasar. Yo iba llorando a moco tendido, limpiándome una y otra vez las lágrimas con las manos. Ni siquiera veía por dónde iba. Solo quería salir de allí. Necesitaba aire.

Caminé durante mucho tiempo, después de salir del hospital, sin ninguna dirección en concreto. Mi teléfono no dejaba de sonar, pero lo ignoré. Ni siquiera quería saber quién era.

Ella me había dicho muchas veces que siempre iba a estar conmigo. Que cuando sintiese miedo y pena, iba a estar allí. Que, si me sentía sola, la llamase. Pero mentía. No podía contar con ella. La distancia entre las dos era abismal e insalvable.

Me encontré en un Madrid desconocido, sin nadie a quien poder acudir. Y todo por haberme liado en una noche loca con el último hombre al que debía haberme acercado. Y, lo peor de todo, era darme cuenta, en ese momento, de que los amaba a los dos. Y que, para estar con uno, tenía la obligación de renunciar al otro. Pero... ¡no tenía que haber pasado nada de esto! ¡Nada tenía que ser así!

Miré a mí alrededor. Había llegado a un parque bastante grande que no reconocí. Los caminos de tierra estaban embarrados y llenos de charcos. El aire corría con fuerza y silbaba entre los árboles. Me senté en un banco. Estaba húmedo, pero no me importó. Subí las piernas sobre el asiento y enterré la cabeza entre ellas.

—¿La has encontrado? —preguntó Laura a Lucas cuando él regresó a la habitación. Venía empapado de agua.

Él negó con la cabeza.

—No, y tampoco me coge el teléfono —contestó, preocupado.

—¡Tienes que buscarla, por favor! —Lucas la miró con fijeza. Laura se agitó, nerviosa—. ¡Lo siento tanto! ¡No he querido escucharla, Salmerón!

Los cristales estaban siendo acribillados por una fuerte tormenta que se había desatado hacía unas horas. El cielo había adquirido un tono oscuro y amenazador.

El inspector Castillo entró con prisa en la habitación. Llevaba cara de circunstancias. Raro en él, que nunca mostraba sus sentimientos. Observó a Lucas con el ceño fruncido.

—¿Ya sabes algo, Salmerón? —le preguntó.

—No.

—¿Y esa imbécil te ha cogido el teléfono? —El hombre preguntaba por Soledad. Llevaban un montón de tiempo llamándola, pero no daba señales de vida.

Lucas sacudió la cabeza.

—Tampoco estaba en su casa.

—A lo mejor no han querido abrirte la puerta —dijo el inspector. Se volvió a Laura con más agilidad de lo su cuerpo parecía que le iba a permitir—. ¿No te dejó Valentina una llave del apartamento?

—¡Sí! ¡Sí! ¡La tengo en casa! En el cajón de la mesa de la cocina.

—Voy yo para allá. —El hombre se abrochó la cremallera del plumas, hasta el cuello. Le dijo a Lucas antes de irse—: ¿Te quedas aquí esperando?

—Voy a seguir buscando. Sigue teniendo el coche aparcado abajo. Quizá venga a recogerlo.

—¿Y si lo denunciemos? —preguntó Laura, intentado ponerse en pie. El inspector Castillo la detuvo, obligándola de nuevo a meterse en la cama—. Sé

que aún no han pasado más de veinticuatro horas para ordenar su búsqueda, pero podemos mentir.

—¡Cálmate! Solo hace unas horas que ella se ha ido y es mayor de edad. ¿Vale? No va a pasarle nada. Sabe cuidarse sola. —Le hizo notar él.

—Aquí, en Madrid, ¿sabes dónde le gustaba estar antes de irse a Nueva York? —preguntó Lucas. Trataba de aparentar calma, pero estaba furioso. Laura le había contado la conversación con Valentina. Y él le había admitido que la muchacha le había rechazado una vez que supo lo que había entre ellos. Pero a él no le enfadaba que ellas hubiesen discutido. Lo que en realidad le enfadaba era que Valentina huyese de allí de esa manera, como una cobarde.

—Cuando era pequeña, y en su adolescencia también, iba mucho a los jardines de La Rosaleda. Le gustaba sentarse en el banco y sentir el aire en la cara. Decía que el frío en las mejillas le hacía soñar cosas bonitas.

Lucas llevó sus ojos a la ventana. Una cortina de agua no dejaba ver el paisaje.

—Por aquí cerca hay un parque. A lo mejor ha ido a él —dijo, pensativo—. Voy a mirar.

—¿Te importa quedarte sola? —preguntó el inspector a Laura.

—No. Prefiero que estéis buscándola, por favor. Encontradme a mi cachito. —La última palabra no fue más que un hilo de voz.

Capítulo 19

Llovía.

El pelo se me aplastaba en la cabeza y chorreaba agua por todos los lados. No sabía cuánto tiempo había estado allí sentada. Y, aunque estaba mojada y hacía frío, no lo sentía.

Las sombras se habían apoderado del parque. Aquel lugar me recordaba mucho a los jardines donde Laura y mi abuela me llevaban de pequeña. Aunque me gustaban más los otros, con sus muros antiguos y las enredaderas trepando sobre ellos.

No había nadie a mi alrededor. No me extrañaba. Cualquiera habría dado un mundo por estar a cubierto y con el calorcito de un buen radiador. Cualquiera menos yo. No me apetecía nada. Ni comer, ni cobijarme, ni hablar... y llorar tampoco. Ya no me quedaban lágrimas.

Pero ese tiempo allí había valido la pena. Había estado pensando mucho. No iba a dejar que la relación con mi tía se fuera al garete. Tampoco podía quedarme en Madrid, sufriendo, sin poder estar con el hombre del que me había enamorado. Porque sí. Le amaba. ¿Por qué mierdas me había tenido que enamorar si no quería complicarme la vida?

¡Ja! ¡Pon un Geo en tu vida! Eso había dicho Silvia.

Lo que tenía que haber hecho era haber salido corriendo en cuanto supe que él era Geo. El tiempo y la distancia eran capaces de salvarlo todo. En algún lado había oído eso.

Era tarde para ir al hospital a decirle a mi tía la decisión que había tomado. Tampoco me sentía con el valor suficiente de mirarla a la cara. ¿Y de mirarlo a él?

Saqué el móvil. Tenía más llamadas que los de la audición de la serie de Juegos de tronos. Sacudí la cabeza. Tomé aire con fuerza y marqué: Mami chula.

Según descolgó —oía fatal; entre la lluvia y el aire apenas la escuchaba— dije, a la carrera, porque no quería darle tiempo a que me cortase la comunicación: —Te quiero mucho y sé que ha estado muy mal lo que te he hecho. Voy a esperar a que se te pase el enfado. Me voy de Madrid. Conozco a mucha gente en Nueva York y me gusta vivir allí. —Suponía que ella me quería lejos, pero tampoco me iba a desear ningún mal, ni que estuviese en un sitio sola—. Te llamo cuando llegue, si es que quieres cogermelo el teléfono.

Silencio al otro lado de la línea.

Sopló mucho más fuerte el viento. No estaba segura de si ella podía escucharme o no. Al cabo de unos segundos me pareció oír su voz discontinua e interrumpida, pero se cortó.

Apagué el móvil. Me levanté del banco y volví a echar andar. No sabía dónde estaba, pero no me preocupé. No llevaba prisa.

Por entre el agua, que caía como si alguien estuviese tirando desde el cielo cubos llenos a mansalva, reconocí el hospital. Recordé que el coche de mi tía, que lo había recogido esa mañana, aún seguía aparcado en el garaje.

Esos últimos metros los hice corriendo. Me sacudí un poco y entré. Según me estaba sentado, la puerta del copiloto se abrió de sopetón. Me asusté y no pude evitar soltar un grito. Lucas pasó, hecho una furia.

Al darme cuenta de quién era, aullé iracunda:

—¡Sal de aquí ahora mismo!

—¡Estás loca! —chilló como si le fuese la vida en ello. Tenía sus ojos fríos, heladores, puestos sobre mí, recorriéndome por todos los lados.

—¡Creía que era yo la mala persona! ¡Pero eres tú! —lo acusé—. ¡No quiero que te vuelvas acercarme a mí!

—¿Sabes lo preocupados que nos tienes a todos? ¿Tienes idea? —Había ignorado deliberadamente lo que le había dicho—. ¡Tienes a Miguel dando tumbos por todo Madrid!

—¿A Castillo?

—¡Sí, a Castillo, joder! Y Laura... casi la tenemos que atar a la cama para que no se levante. ¿Dónde has estado todo este tiempo?

Miré por la ventanilla del coche. Me parecía increíble que nadie escuchase el vozarrón de Lucas. Pero también era porque no había nadie cerca y el sonido de la lluvia, golpeando contra el suelo y los techos de los coches, ahogaban los gritos.

—Por ahí —respondí encogiéndome de hombros.

—¿Por ahí? —repitió, pasmado—. Íbamos a dar aviso a la policía—. Se quitó la cazadora y después el jersey de lana. Debajo tenía una camiseta negra, tan apretada que marcaba sus pectorales—. ¡Quítate esa ropa! ¡Estás calada hasta los huesos! Pareces un gato recién cogido del río.

—No quiero nada tuyo. Solo quiero que te bajes de mi coche.

—¡Vete a la mierda, Valentina! Ahora no es momento para esto. ¿Eres consciente de que apenas llegamos a los cinco grados? ¡Desnúdate!

—¡No lo voy a hacer! No tengo ganas de tonterías. ¡Todo esto ha pasado por tu culpa! Te dije que te alejases de mí y ahora mi tía me odia. ¿Lo entiendes?

—Geniecillo, no puedo apartarme de ti. —Me miró con tanta intensidad

que sus ojos adquirieron un brillo sombrío y peligroso.

—¡No me llames así! Aún no me has visto con el genio fuerte.

Él arqueó las cejas, confundido.

—Geniecillo, duendecillo... —explicó con tono severo y ofuscado.

Me sentí mortificada. Notaba que las mejillas me ardían. Tragué saliva y entrecerré los ojos.

—Ah, eso. Yo creía que...

—Ahora, quítate la ropa.

Rehusé y sacudí la cabeza. Notaba mi pelo chorreando por la espalda, pero no le iba a dar el gusto de hacerle caso.

—No.

Sin esperar, se abalanzó sobre mí como una pantera y empezó a quitarme la cazadora. No importaba los manotazos que le daba, ni el empeño por resistirme, Lucas era más grande y más fuerte.

—¡De acuerdo! Yo lo hago —gruñí con los dientes apretados.

Lucas asintió, satisfecho.

—Pasa al asiento de atrás. Yo conduzco. Te llevo a casa.

—Te dije una vez que no hicieras de padre conmigo.

—Y yo te contesté que eras cruel.

Me pasé al asiento de atrás sin ningún entusiasmo. Me quité la sudadera y me puse su jersey, mientras él se sentaba frente al volante.

—En cuanto te pongas la ropa, llamas a Laura —me ordenó, como si fuese una niña pequeña.

Me crucé de brazos haciéndole caso omiso. Lucas me miró a través del

retrovisor.

—Ya la he llamado —contesté, enfadada.

—Sí, para decirle cuatro gilipolleces, como que te marchabas y esas cosas, ¿no?

Suspiré. Para mí no era ninguna gilipollez. Me peiné el pelo hacía atrás con los dedos. Lo tenía enmarañado.

—Valentina, llámala, por favor. Está muy preocupada por ti y muy arrepentida de todo. Cuando estés más tranquila, nos sentamos los tres para hablar.

—¿Por qué los tres?

—Por mal que te pese, soy parte activa de esta historia. No voy a perderte.

—Nunca me has tenido —musité. Me dejé caer hacia atrás hasta apoyar la cabeza en el respaldo. Antes de darme cuenta, con el calorcito de la calefacción y el ronroneo del motor, me quedé dormida.

Desperté a la mañana siguiente, en mi cama, sola y, para mi asombro, con mi pijama de la caca en el pecho.

Recordé vagamente, más bien creí que lo había soñado, que Lucas me llevaba en brazos a casa y me desnudaba.

Suspiré hondo y me levanté. Recorrí el pasillo con lentitud, escuchando con atención a cada paso que daba, para no encontrarme a nadie. Venían débiles murmullos del salón.

La luz natural del día entraba a raudales por entre las cortinas abiertas del mirador. El sol esa mañana tampoco estaba visible, aunque el día no estaba tan oscuro como el anterior.

Asomé la cabeza, despacio, por el hueco de la puerta. Castillo estaba de espaldas viendo la televisión. No había nadie más a la vista.

—Buenos días —saludé—. ¿Qué haces aquí?

Entré en la sala y me acerqué a su lado. Él tenía un tazón de leche con galletas sobre la mesa. Me miró con el ceño fruncido.

—Buenos días, ladrona. ¿Estás contenta con el susto que nos diste ayer?

—¡Castillo, no me toques...!

Se puso en pie con una velocidad que me dejó alucinada y di un paso atrás, asustada.

—¡Estoy hablando en serio! —dijo exaltado. No mucho, porque él tampoco era de ademanes y expresiones fuertes. Pero lo bien claro para que yo sintiese vergüenza y no quisiera enfrentarlo con la mirada. Bajé la vista al suelo.

—Solo fui a dar un paseo.

—¿Bajo una tormenta?

Sacudí la cabeza.

—Cuando salí, no llovía.

—Estuviste fuera diez horas, Valentina.

—¡No exageres! ¡No fue tanto!

—¡Sí que lo fue!

Hice rápido un cálculo de lo que él decía. Llevaba razón.

—No sabía que había sido tanto tiempo. —Castillo suspiró y volvió a sentarse en su sitio. Yo cogí la silla de al lado—. Lo sabes todo, ¿verdad?

—Sí, más o menos.

—¿Y?

—No pienso juzgarte, ladrona.

Se lo agradecí.

—¿Dónde está Sole?

Él se encogió de hombros.

—No lo sé. Dijo que tenía cosas que hacer. —Cogió un par de galletas y las mojó en la leche antes de llevárselas a la boca.

—¿Y tú qué haces aquí?

—Vigilarte.

Fruncí el ceño. Pensaba que era broma, pero no lo era.

—¿Por qué?

—Laura quería pedir el alta voluntaria para no dejarte marchar antes de verte.

—¿Qué burra es! ¿Cómo está?

—Mucho mejor, se recupera con mucha rapidez. —Le faltó decir «no gracias a ti».

—No tenía que haberle dicho que me marchaba, y mucho menos por teléfono. Pero estaba muy nerviosa.

Castillo me miró con fijeza.

—Espero que hayas cambiado de opinión. Irte lejos de esa manera es huir y no ser capaz de afrontar la situación. Tú no eres así. Has hecho una montaña de un grano de arena.

—¿Perdona? ¿Yo lo he hecho? Te recuerdo que fue mi tía quien dejó de hablarme sin darme explicaciones. Estoy de acuerdo en que me comporté mal. Pero no me vas a decir que ella lo hizo mejor, ¿verdad?

—No, desde luego ella tampoco lo hizo bien. Sobre todo, porque lo de ella y Salmerón nunca fue nada serio.

—Ya, pero la movida que me ha montado a mí, sí lo ha sido.

—Bueno, vamos a ver, tampoco tú eres una santa. —Agitó la cabeza—. No sé qué hubiera dicho tu abuela de veros enfadadas de este modo.

—Pues no sé, si quieres le preguntamos. Tengo que tener por ahí una tabla Ouija. —Él abrió los ojos como si me hubiesen salido cuernos de repente—. ¡Era una broma, Castillo!

Me eché a reír solo de ver su cara. Era la misma que puso un día hacía años, cuando yo aún no sabía qué iba a querer ser en la vida, que él me dijo: «Todos jugamos un papel en esta vida, ladrona». Y le había contestado: «Pues yo debo de ser el higiénico».

Le llamaron al móvil y, mientras contestaba, aproveché a quitarle un par de galletas, todavía riéndome de mis ocurrencias. Pero enseguida empecé a notarle preocupado durante la conversación telefónica.

—¿Es del hospital? —me apresuré a preguntarle.

Castillo lo negó con la cabeza y extendió una mano hacia a mí para que guardase silencio. Parecía bastante importante lo que le estaban diciendo, y supe que se trataba de algo relacionado con alguno de los casos que llevaba.

Esperé con impaciencia a que colgara.

—Han cogido a los tipos que hirieron a Laura. Tengo que marcharme a comisaría.

—De acuerdo —afirmé—. No te preocupes por mí. Voy ahora al hospital a verla. ¿Quieres que le diga que los han cogido?

—Se va a alegrar por las dos cosas.

Castillo se puso en pie, se tomó la leche con prisa y se guardó unas cuantas galletas en el bolsillo.

Capítulo 20

Me paré ante la puerta de la habitación donde estaba mi tía. No había mucha gente por los pasillos. Toda la planta olía a comida y no iban a tardar en servirla. Me froté las manos y respiré profundo, armándome de valor. Estaba muy nerviosa y no sabía cómo iba a reaccionar.

Di dos golpes suaves en la puerta. Dudaba mucho de que me hubiese escuchado, porque los latidos de mi corazón eran más fuertes que la llamada. Entré con pasos lentos y temblorosos, como cuando uno se va a un pasaje del terror y no sabe lo que se puede encontrar dentro, pero es consciente de que algo hay.

—¿Se puede? —pregunté.

Mi tía estaba leyendo una revista y la apartó enseguida para mirarme. Extendió las manos hacía a mí, abriéndolas y cerrándolas con fuerza. Su expresión angustiada me apretó el corazón. Corrí a abrazarla. Prácticamente me eché sobre ella en la cama, pero no se quejó.

—Mi querida niña —murmuró llenándome de besos por la cara y la cabeza—. Tienes que perdonarme. Siento tanto lo que te dije, y cómo lo hice. Fui tan tonta, cachito mío.

Negué con la cabeza.

—¡No te tengo que perdonar nada! Tenía que habértelo dicho al principio.

—Me lo contó todo Salmerón, no te preocupes.

La miré un poco recelosa.

—A él no te importa escucharle, pero a mí... que soy tu...

Ella no quiso oír mis reproches y me interrumpió.

—¡Por eso mismo! Eres... mi familia. No quiero que nadie te haga daño. Y no quiero que hagas daño a nadie. Te he dado una educación, creo que buena...

—Tía Laura —Me aparté un poco de ella para mirarla bien—. Lo que ha pasado, nada tiene que ver con la educación. Te prometo que no sabía nada. Te mentí —dije, asintiendo—, te hice creer que vendría un domingo, pero en realidad Sole y yo llegamos a Madrid un sábado para divertirnos. Fue entonces cuando conocí a... Salmerón, aunque se me presentó por su nombre de pila y —me encogí de hombros—, no supe su apellido porque ni siquiera me interesaba saberlo. No podía imaginarme que él... y tú...

Ella me cogió de la mano y la apretó con cariño.

—Se quedó muy afectado ayer cuando saliste corriendo, Valentina. No sabía si quedarse aquí conmigo o ir detrás de ti. Yo hubiera preferido que hubiese ido a por ti, porque, por un momento, me sentí como si fuese la madrastra mala de Blancanieves.

—No digas eso.

—Es la pura verdad —asintió—. Encima, yo le recriminé lo mismo que a ti. Pero no tenía derecho. Sabía que había conocido a alguien. Nuestra relación, si se podía llamar así, se había enfriado mucho. Ni siquiera vino a la fiesta que te preparé, porque no quería que los lazos que teníamos se hicieran más fuertes. De hecho, él me propuso continuar como amigos y compañeros y yo acepté.

—¡Pero te veía tan ilusionada!

—¡No! —Negó con la cabeza—. Estaba ilusionada contigo, por tu regreso. Te dije que no tenía novio.

—Ya, sin embargo, a veces dices una cosa, pero quieres decir otra. —Ella volvió a sacudir la cabeza—. Tía, cuando supe quién era él, no quise verle más. Pero... me lo encuentro en todos los lados: en el trabajo, en el ascensor, en la cafetería cuando tomaba café con Castillo, el día que le dieron un tiro a mi coche...

—Puede que vuestro destino sea estar juntos.

—No —dije, apenada—. Somos incompatibles.

—Pues él está loco por ti. Dicen que una persona a menudo se encuentra con su destino en el camino que toma para evitarlo.

Tal vez llevaba razón. Me encogí de hombros.

—¿Me perdonas, entonces? —pregunté, necesitando oírsele decir.

—Cachito, te quiero mucho. No has hecho nada malo, lo prometo.

Asentí, complacida.

No quería seguir hablando de él. Ella decía que no le importaba, pero... ¿qué pasaba si estaba disimulando para hacerme feliz? Algo así como lo que yo había pensado hacer, pero sin irse a Nueva York.

Renunciar a él.

De pronto, recordé la noticia de Castillo y cambié de tema.

—¡Tía! ¡No te he dicho que hace un rato han detenido a los tipos de la tienda!

Ella dio un ligero respingo y su rostro resplandeció por entero.

—¡Bien! —exclamó, contenta—. ¡Esos malnacidos deben pagar!

—¿Por qué te enfrentaste tú sola? ¿Por qué no pediste refuerzos?

Ella me soltó la mano y quitó varias pelusas de la sábana.

—Fui una estúpida. Pensé que me apañaría bien cuando me di cuenta de lo

que pasaba. ¡Si es que lo vi superfácil! —Se reprendió—. Sin embargo, un mamón se había escondido detrás de un mueble y me tomó por sorpresa. —Me miró con fijeza—. No creas que estaba distraída cuando actué, cachito. Sabes que nunca mezclo el trabajo con lo personal. No vayas ahora a sentirte culpable. ¿De acuerdo?

Me quitó un peso de encima. Se suele decir que una losa de granito, pero, en mi caso, fue el Buda del Templo de la Primavera y todas las pirámides de Egipto juntas.

—No vuelvas a hacerlo nunca más —advertí.

—Te prometo que no. He aprendido la lección. Además, Castillo aún no me ha dicho nada, pero está esperando a que salga de aquí para ponerme las pilas. No olvides que es mi superior.

—Me parece bien, tendrías que hacerle caso.

Levantó un dedo hacia a mí.

—No te pongas a favor de él ahora.

—Vale —contesté tan pancha. Iba a hacer lo que me diese la gana, como siempre—. Por cierto, ¿sabes que estoy utilizando tu coche estos días?

—Sí, lo sabía. Se lo dije yo a Castillo.

Me sorprendió. ¿Entonces era verdad que no estaba tan enfadada conmigo? Eso de no hablarme ¿había sido una especie de castigo? Aparté esos pensamientos de mi cabeza. Ya todo estaba bien y no tenía sentido darle más vueltas. Dicen que cuando más se remueve la mierda, más huele.

—Hoy creo que te devolvían el tuyo —continuó diciéndome—. Te van a hacer un parte para que te lo repare el seguro. Otra cosa, Valentina, antes de que se me olvide. No me hiciste caso en lo de recoger las cartas del buzón. Te dije que esa noche tenía guardia y no iba a ir a casa.

—¿Cómo? ¿Qué buzón?

—¡Pues cuál va a ser! ¡El mío! Te dije que yo no podría hacerlo y que era importante.

—De verdad, tía, no sé de qué me estás hablando. No recuerdo nada. ¿De qué se trataba?

Ella entrecerró los ojos, mirándome.

—Eran unos papeles de la casa de tu abuela, de cuando la vendimos. Tenía que tenerlos firmados para cuando llegase el mensajero a recogerlo.

Me pasé las manos por los labios.

—¿Cuándo me lo dijiste? Es que no... puedo acordarme.

—¿De verdad no lo recuerdas? —insistió—. Ocurrió el mismo día que te manchaste la blusa de chocolate.

—Ese día... —repasé con rapidez aquella mañana. Nos habíamos visto en la cafetería, pero yo me había ido antes que ella. Sacudí la cabeza. Podía recordar que me había comentado lo de Susana—. No.

—¡Menuda despistada! ¡Si hasta te metí la llave en el bolsillo!

El mundo se detuvo a mí alrededor. Me llevé las manos a la cabeza, con la boca entreabierta.

¡Acabose! ¡Había resuelto el misterio!

—Entonces... ¿La llave es de tu buzón? —pregunté.

Mi tía abrió las palmas de las manos hacia arriba y me miró extrañada.

—¡Pues claro! ¿De dónde va a ser?

Empecé a reírme, primero en bajo. Después fui subiendo el tono sin darme cuenta. Mi tía me miraba sin comprender.

—¿Qué ocurre? —inquirió.

Traté de decírselo, pero no podía articular palabra. De mi boca solo salían carcajadas, cada vez más altas, y más escandalosas. Ella, al verme así, terminó contagiada de la risa.

De esta guisa nos encontró Lucas cuando entró en la habitación, que cerró la puerta con rapidez para que no nos escuchasen desde el pasillo. Durante unos minutos nos contempló, extrañado, curioso...

Le vi por el rabillo del ojo. No quería enfrentarle la mirada. Estaba segura de que yo tenía la cara desencajada por la risa, y colorada como las fresas. Además, me había duchado antes de ir y había salido con el cabello un poco húmedo, por lo que tenía las ondas mucho más pronunciadas y los rizos me rodeaban la cara bastante desordenados. Él, en cambio, vestía el uniforme de asalto, llevaba una gruesa guerrera en la mano y estaba tan guapo e imponente como siempre. O tal vez más, porque su atuendo me ponía a mil.

—¿De qué os reís? —le preguntó a mi tía, la única que le miraba de frente y que se apoyaba la mano sobre el pecho, dolorida—. Vas a abrirte los puntos.

Ella se encogió de hombros, con lágrimas en los ojos, agitando la cabeza de un lado a otro.

—No lo sé, no sé de qué me estoy riendo —soltó entre carcajadas—. Por favor, Salmerón, dile que se calle ya.

—Pues os advierto que, si os habéis metido en el mundo de la droga, ya somos muchos. ¡Salid de aquí! —bromeó.

Reí más fuerte. Por eso, y porque no podía dejar de pensar en mi excursión con la llavecita en mano y lo ridícula que iba a quedar cuando lo contase.

—Estoy hablando en serio —continuó diciendo Lucas—. Al final voy a tener que ordenar una redada.

Por la cabeza se me pasó un cacheo en toda regla.

—¡Mira que eres bobo! —respondió mi tía. Entender su frase fue un

milagro. Hacía unos ruidos parecidos al cloqueo de una gallina.

Respiré hondo varias veces, me pasé las manos por la cara y logré relajarme un poco. Tuve que aclararme la voz antes de decir: —Estos días me he montado una película con una llave que, si se escribe en un guion, gana un Oscar.

—Pues ya estás contando —animó mi tía. Alargó la mano al vaso de agua que tenía en la mesilla y bebió.

Lucas agarró una silla y yo me bajé de la cama y me trasladé al sillón que estaba cerca de la cabecera. Con tono chistoso les relaté mi odisea. Ellos estaban por completo alucinados conmigo. Creo que, mientras me escuchaban, pensaban si debían llevarme a algún psicoanalista, o derecha al manicomio.

Un rato después entró una enfermera con la bandeja de la comida y la colocó sobre una mesa pequeña.

—¿Habéis comido vosotros? —preguntó mi tía, levantándose despacio.

—Yo lo hago más tarde —respondí. Me incorporé y la ayudé a sentarse en el sillón. Le puse la mesa cerca, con la comida. Tenía consomé de gallina, filete de pollo con ensalada y una naranja.

—¡Qué ganas tengo de salir de aquí! —se quejó mirando con odio la bandeja.

—Te puedo subir algo de la cafetería —me ofrecí—. Un bocadillo de lomo, o de tortilla.

—Pues sí —respondió—. Te vas a comer y, cuando subas, te traes el bocadillo y me lo meriendo. Mientras, me voy a comer esto.

Me di cuenta de que estaba empeñada en que me marchase.

—Bueno, pues aprovecho que está aquí Lucas y me voy.

—Él seguro que tampoco ha comido, idos juntos.

Estaba a punto de contestarle que no. En ese momento, llegó Castillo.

—¡Mira, ya no me quedo sola! ¡Anda, marchaos!

Miré a Lucas. Él se encogió de hombros y se levantó.

—Venga, vamos —dijo él. Llevó sus ojos a mi tía—. Luego me voy a casa a cambiarme y vengo más tarde a verte.

—Ya te he dicho que no hace falta. Además, si hoy has salido a la calle, debes estar cansado.

—¡Bah! Son solo manifestaciones, nada importante.

Besé la mejilla de mi tía y de Castillo y caminé a la puerta. Todavía llevaba puesto el abrigo, por lo que no tuve que coger nada.

Lucas salió conmigo. Él parecía llenar todo el pasillo con su cuerpo.

—¿Me pusiste anoche el pijama? —pregunté con los ojos fijos al frente cuando estuvimos alejados de la habitación.

—Sí —contestó—, pero no te miré nada.

Me puse colorada como un tomate.

—¿Por qué? ¿Lo hiciste con los ojos cerrados?

—Exacto. —Le escuché reír y le miré de soslayo.

—Me alivia saber que no fue Castillo.

—Interesante —murmuró.

—Creí que te vería esta mañana, en... mi casa.

Me sonrió con descaro.

—Hoy tenía que madrugar. De todos modos, tu ama me echó de allí.

—¡Soledad no es mi ama! —respondí molesta. Nos detuvimos frente al ascensor. Él tocó el botón.

—¿Pues qué es? ¿Tenéis algún rollito secreto?

—¡No! ¿Por qué dices eso?

—Por nada, solo me lo parecía —dijo como si tal cosa, encogiéndose de hombros.

¿Lucas tenía celos de ella?

—Hace poco tuve que defenderme ante mi tía, porque ella creía que Sole y yo teníamos algo. Pero no es así. Somos solo amigas.

El chivato del ascensor que indicaba en qué planta estaba, se puso verde. Las puertas se abrieron. Me dejó pasar primero y luego entró él.

—No sé si eso le queda muy claro a ella —dijo, mirándome muy serio.

Fruncí el ceño. Yo también le estaba observando a él.

—¿Por qué? ¿Te ha dicho algo?

Muy ceñudo, me puso la mano en el hombro.

—Valentina, habla con ella. No voy a meterme en vuestros asuntos. No digo que esté enamorada de ti porque no tengo ni idea, pero sé que algo le pasa contigo.

—Vale. Lo tendré en cuenta —dije—. Pero llevamos años conviviendo juntas.

—¿Y confías plenamente en ella?

Asentí.

—Creo que sí. No recuerdo que me haya hecho nunca nada malo.

Llegamos a la planta baja y salimos del ascensor. Él extendió el brazo para indicarme por dónde ir y, a su vez, dejarme pasar primero.

—Puede que esté confundido, aunque no es lo normal. Por si acaso, sé precavida.

En otro momento se lo habría discutido o, como poco, le habría llevado la contraria. Sin embargo, Castillo también estaba convencido de que tenía algo raro.

—Parece que Laura y tú habéis arreglado las cosas. Me alegro mucho porque lo último que yo deseaba era montar este lío.

—Tú te sientes culpable, yo me siento culpable, mi tía también se siente así. ¡No sé yo quién ganaría en un concurso!

En la cafetería había bastante gente a esas horas, pero todavía quedaban muchos sitios para sentarse. Pedimos menú, que no era mucho más sabroso, ni mejor, de lo que le habían dado a mi tía. Lucas pagó todo y ni siquiera me dejó sacar el monedero.

Elegimos un lugar un poco alejado, tanto de la puerta como de la barra, porque Lucas, sin quererlo, atraía todas las miradas con su uniforme.

Durante un buen rato, estuvimos hablando de diferentes cosas. Una conversación sin mucha importancia, pero justo cuando estábamos tomando el postre, me preguntó: —¿En qué punto estamos tú y yo ahora, Valentina?

Miré alrededor.

—¿En una de las mesas de la cafetería?

—Sabes bien a lo que me refiero.

Se le notaba nervioso. Yo también lo estaba. Me humedecí el labio inferior. Tenía la boca seca de repente.

—Para ser sincera contigo, no sé qué decirte. Me gustas mucho y cuando salimos juntos lo pasamos muy bien, sin embargo, hay cositas...

—Puedo intentar cambiar lo que no te guste. No lo prometo, claro.

Sonreí.

—Apuesto a que estás cruzando los dedos por debajo de la mesa y estas

rezando para que no te diga: «cambia de equipo de futbol, cambia de equipo de futbol».

—¿Me pedirías eso?

—No —contesté—. Tampoco voy a pretender que cambies nada porque cada uno debe ser como es. Yo, por ejemplo. ¡Mírame! Soy el desastre personificado.

—Me encanta cómo eres.

—Lucas, no me considero una persona romántica, pero si tengo que pedir algo a mi pareja, es lealtad, o fidelidad, o como se llame. ¡Coño, que no se vaya acostando con otras! —Él quiso hablar, pero no le dejé—. Llevo casi dos meses en Madrid intentando adaptarme y siento que estos días he estado alojada en una montaña rusa. Estoy confundida conmigo misma.

—¿Por qué das tantos rodeos, pelirroja? —preguntó, echándose hacia atrás en la silla, al tiempo que cruzaba los brazos sobre el pecho—. Solo quiero saber qué es lo que nos queda después de todo esto.

—En este momento no creo... que... lo nuestro sea muy conveniente. Soy diferente a mi tía. Ella es valiente y yo soy una cobarde. Me tiemblan las piernas cuando escucho gritos. Se me pone el corazón en la garganta al oír las noticias. —Por eso casi nunca las veía—. No soy lo que buscas.

—Si quisiera a alguien como a Laura, conseguiría a alguien como ella. ¿Estás a gusto conmigo, Valentina?

Asentí.

—Pero, también pienso que todo esto es demasiado rápido para mí. Siempre me imaginé presentando a mi tía al que sería mi chico, y eso después de conocerle a él bastante bien. En este caso ella te conoce mejor que yo y... no mola.

Sé que muchos, todos los desconocidos que abarrotaban la cafetería, veían

a Lucas como un hombre duro. Su impresionante altura, la mandíbula fuerte, el cabello tan corto... En cambio, yo veía a una persona tierna por su forma de mirar, excitante en la manera de sonreír, y amable en el modo en que me trataba. Observándole, pensaba que no quería casarme, que no podía complicarme la vida, ni preocuparme por él cada vez que no le viese. Mis pensamientos eran egoístas, lo sé, pero, al mismo tiempo, era consciente de que, por nada en el mundo, quería perderle.

—¿Por qué no podemos hacer eso? —preguntó.

—¿Hacer qué?

—Conocernos antes de que me presentes a Laura formalmente.

Me eché a reír.

—¡Estás loco!

—Lo digo en serio. Podemos olvidarnos del futuro y del pasado. Solo vivir el momento.

Él tenía parte de razón. Yo me estaba agobiando, basándome en imaginar el futuro. También, por qué negarlo, porque un compromiso serio me acojonaba. Es más, si Lucas sacaba en aquel momento el tema «hijos», Carl Lewis a mi lado, era un caracol con muletas.

—Mi prioridad es que salga mi tía del hospital, y ya se irá viendo cómo van surgiendo las cosas.

—Valentina, es la primera vez que me enamoro de alguien y también estoy asustado. —Quería creerle con todas mis fuerzas—. Tampoco soy nada romántico, me pasa como a ti. —De su garganta escapó un sonido parecido a la risa, que se evaporó enseguida—. Pero, cuando estoy contigo, se me ocurren un montón de chorradas para hacerte, o darte, porque me gusta verte alegre y feliz.

—Te estás controlando bien —le dije con una sonrisa.

—La primera noche que pasamos juntos, aunque te duela escucharlo, para mí solo fue sexo. —No dolía escucharlo, jodía. Pero era la pura verdad. Decir otra cosa hubiera sido mentir. ¡De hecho, yo me olvidé de su nombre!
—Cuando te volví a ver en la torre me intrigaste, me sorprendió ver una faceta distinta a la de aquel sábado noche. Me llamó la atención que fueses tan recta y, sobre todo, que mandases sobre todas las personas que había allí.

—Más gente que la fila para una degustación en un supermercado —asentí.

—Pero no pensaba llamarte. Reconozco que pasé todo el día pensando en ti. —Descruzó los brazos y apoyó las manos en el borde de la mesa—. Por poco me caigo de culo cuando coincidimos esa noche en el ascensor. Fue a partir de ahí, cuando me di cuenta de que me gustabas de verdad. —Buscó mis ojos y los enganchó en los suyos, con una intensidad que hizo que dejase de respirar—. Empecé a quererte el mismo día que supe que podía perderte. —Agitó la cabeza y rompió la magia de nuestras miradas. Volví a respirar de nuevo—. Al verte entrar en casa de Laura, te juro que sentí... —Se calló abruptamente.

Me habría encantado que siguiese contándome cosas, pero le vi afectado, como si estuviese reviviendo aquel momento, y no me gustaba verle así.

—Yo no me sentí mejor, Lucas. Me decepcioné porque había confiado en ti. Creí que cuando me respondiste que había otra mujer, estabas vacilándome. Hubiera sido bueno que me sacases del error porque yo habría sabido... habría podido actuar de una manera u otra. Tal vez, de haber sido una mujer cualquiera, te hubiese cantado las cuarenta, o hubiera luchado por ti. No sé, puede que hasta le habría arrancado los ojos a mi oponente. ¡Pero es que es mi tía! ¡Mi madre adoptiva! ¡La persona que me cambió los pañales y me enseñó a caminar, coño! Tú quieres a tu madre, ¿verdad?

Él sonrió.

—Nena, yo la adoro. Ella ha soportado de mí todo. No siempre la traté

bien, aunque no me malinterpretas, nunca la he tratado mal. Sé que tuve una temporada algo rebelde y la puse de los nervios. Por eso te entiendo, Valentina, y de verdad te prometo que nunca he querido ponerte entre la espada y la pared. Aprecio mucho a Laura, no te voy a engañar. Sin embargo, no siento por ella el deseo de protegerla, de verla a cada minuto, de hacerle reír. Y contigo siento todo eso y más. Me gustaría llevarte a una isla desierta, desnudarte y tenerte así para mí.

Le miré, ceñuda.

—¿Por qué tengo que estar desnuda?

Me sonrió muy sensual. Sus ojos brillaron burlones.

—Para hacerte el amor a todas horas.

Me subieron los calores por todo el cuerpo.

—Eso suena bien.

Él soltó una carcajada. Se puso en pie y me tendió la mano.

No sé si me entendió que nosotros no éramos novios, porque se despidió de mí con uno de esos besos que me hacían encoger los dedos de los pies dentro de los zapatos.

Capítulo 21

—Eres un poco exagerada, Valentina. Tu tía está bien y no creo que tengas que ir a cuidarla, si no, no le darían el alta —dijo Soledad mirándome con ojos entrecerrados a través de las gafas.

—Ella aún no está muy recuperada. Date cuenta de que se le perforó un pulmón. El médico ha dicho que no haga muchos esfuerzos.

—¡Hija! ¡Pero si es así, no creo que debas llevarte tanta ropa!

Estaba preparándome una mochila pequeña: un par de pantalones, varios jerséis, muda de repuesto y el pijama. Quería estar con mi tía hasta que estuviese recuperada del todo. Susana vivía con ella, pero no tenía que responsabilizarse de su cuidado estando yo en Madrid.

—Tampoco me voy a llevar tanta y, si voy necesitando, pues vengo a por más y ya está.

—¿Y por qué no te traes aquí a Laura?

Me encogí de hombros. Se me había pasado por la cabeza.

—Va a estar mucho mejor en su casa y tendrá a mano todas sus cosas. ¿Te da miedo quedarte sola?

—Supongo que, si son pocos días, no.

—Yo voy a pagar mi parte del alquiler igualmente, pero he pensado, que como tenemos tres dormitorios, podíamos alquilar uno.

—¡Anda ya! ¿A quién? ¿A tu novio? —respondió mordaz.

—No es mi novio.

—Por eso te llama tanto y os veis cada vez que viene a visitar a su vieja.

Cogí la bolsa de aseo y empecé a llenarla con el maquillaje, las horquillas, las cremas y la colonia. No quería entrar en su provocación. Era cierto que durante esas dos semanas que mi tía había estado ingresada, él y yo habíamos tenido contacto todos los días. Pero era algo que solo conocía Soledad.

—Lucas tiene su casa propia y no se vendría a vivir contigo ni harto de vino. No le caes bien.

—El sentimiento es recíproco.

—Lo sé —afirmé—. Estaba pensando en mi amiga Alba, «la zopenco». A ella le gustaría...

—No, esa no —respondió tajante.

—¿Por qué? Yo creía que os caíais bien.

Soledad negó con la cabeza y una mueca muy fea en sus labios.

—Nos toleramos por ti, nada más.

—¡Vaya! ¡Igual que con Lucas! Parece que no te gusta verme con nadie. ¡Hay que joderse!

—No entiendo por qué dices eso. ¿Te has dado cuenta de que desde que hemos regresado a España has cambiado un montón?

Cerré la bolsa de aseo.

—No he cambiado, es solo que aquí tengo a mi familia, a mis amigos, y me gusta estar con ellos. En Nueva York nos divertíamos, pero tienes que reconocer que la mayoría de las veces la pasaba en casa porque tenía mucho que estudiar.

—Preferiría haberme quedado allí.

Me acerqué a ella un poco apenada. Soledad no tenía madre. Había muerto hacía años y su padre se había vuelto a casar con una mujer con la que ella no congeniaba mucho. Aparte de eso, su padre no llevaba muy bien que a ella le gustasen las mujeres. No es que fuese un homófobo, pero le importaban mucho las habladurías en su entorno. Eran también de Madrid, pero Soledad había perdido toda relación con compañeros y amigos de la infancia. Aun así, yo sabía, porque ya he dicho varias veces que no soy tonta del todo, que salía con bastante gente.

—Venga, Sole, no vayamos a discutir hoy. ¿Me das un abrazo?

Asintió. La rodeé con fuerza, consolándola. Estuvimos unos segundos así, hasta que mi mirada chocó en el reloj que había colgado en la pared. Una ganga que Soledad había encontrado en el rastrillo.

—¡Joder, se me ha hecho muy tarde! ¡Tengo que ir a recoger a mi tía!
—Me aparté de ella y metí la bolsa de aseo en el fondo de la mochila. Me la puse sobre un hombro y busqué mi cazadora. Quería ponerme la marrón tipo aviador. Tenía un par de ellas que eran más nuevas, pero siempre me había sentido muy cómoda con esa. Al no encontrarla en el armario la busqué en el perchero de la entrada.

—¿Qué estás buscando? —preguntó Soledad, que se había acomodado en el sillón.

—Mi cazadora marrón. ¿La has visto?

Asintió. Se puso en pie y caminó hacia su dormitorio al tiempo que decía:
—Sí, me la puse la otra noche y se me olvidó meterla en tu ropero.

Siempre le había dejado mi ropa y no me molestaba hacerlo, de no ser que quisiera ponérmelo yo. La seguí.

—Cuando esté en casa con mi tía te llamo para decírtelo.

Soledad asintió. Me entregó la prenda e, instintivamente, olió en el aire.

—¿Has cerrado bien la colonia? Huele un montonazo a mango.

—¡No me jodas! —Me lo había parecido, pero creía que era fruto de mi imaginación.

Abrí corriendo la mochila. Tiraba para atrás del olor que desprendía. Metí la mano para coger la bolsa y noté la humedad. Además de estar el frasco de colonia abierto, estaba boca abajo. Me apresuré a cerrarlo y volví a guardarlo. Me iba a tocar lavar la ropa en casa de mi tía. ¡Mierda! ¡Tenía mojados los pantalones que llevaba puestos! E incluso por el suelo del pasillo había gotas.

—¡No me da tiempo a cambiarme! —exclamé, enfadada, frotándome con la mano el muslo.

—Van a pensar que te has caído en la tina del perfume.

Lo sabía. Además, el aroma era muy agradable en pocas dosis, pero se había derramado más de medio frasco y me rodeaba un aura impenetrable, potente y dulzón. Seguro que la gente me iba a abrir paso como las aguas del mar a Moisés.

—Que se aguanten —murmuré, despidiéndome de ella.

Los médicos dicen que dan el alta a una hora, y luego la dan a otra. Aun así, no quería hacer esperar a mi tía. La pobre estaba deseando salir de allí. Por suerte, cuando llegué todavía no había pasado el doctor. ¡Mi tía estaba que se subía por las paredes! Sobre la cama tenía una bolsa preparada con las cosas que le había ido trayendo durante esos días, y llevaba el abrigo puesto. Si hubiera podido marcharse y dejarme a mí para recoger el alta, lo habría hecho.

Tres cuartos de hora después trajeron el informe y, por fin, nos marchamos. Aunque en el aparcamiento tuvimos un pequeño rifirrafe por ver quién

conducía; como era su coche quería hacerlo ella. Mi tía que sí, yo que no, y al final pasó algo inexplicable, ganó ella, pero conduje yo. Su conciencia no soportó que le dijese que, si teníamos un accidente, solo era culpa suya, que cargaría con eso de por vida. La vena hipocondriaca que vivía conmigo, casi siempre conseguía todo lo que se proponía. Eso sí, no importaba el frío que hiciese en la calle, tuvimos que llevar las ventanillas abiertas para poder respirar algo que no fuese mango.

Aparcamos a la primera. Raro para ser sábado, pero mi interior lo agradeció. Tenía más frío que si estuviese buceando en la Antártida.

Mi tía caminaba despacio, pero se encontraba bastante mejor. Los médicos habían dicho que las heridas estaban cicatrizando muy bien y rápido. Yo iba detrás de ella cargando con todas las cosas. Nada más entrar en casa, la escuché decir: «Qué gusto estar aquí».

De pronto salieron a recibirnos un montón de personas, con un enorme cartel de bienvenida.

Mi tía se sorprendió, no tanto como yo, que no me había enterado de nada. Nadie me lo había comentado. Ni Castillo, que sostenía un par de botellas de champán en las manos; Susana, que estaba abrazando a mi tía; Lucas, que se apresuró a coger todo lo que yo llevaba encima; y la zopenco que daba palmadas junto a compañeros de mi tía que habían acudido con sus respectivas parejas.

—¿Qué te parece? —me preguntó Lucas, haciéndome pasar. Me había quedado en la puerta, con la boca abierta, como una boba.

—Es ñoño de cojones —respondí. Por contestación, recibí un beso corto en los labios que me hizo estremecer por entera. Le lancé una mirada de advertencia.

—Ah, perdona, es verdad, no puedo besarte en público.

Sonreí, ruborizada.

—¡No eres más tonto porque no persigues coches aparcados!

Él se encogió de hombros y sus ojos pardos me recorrieron atentos de arriba abajo.

—¿No te has pasado con la colonia? —preguntó.

Bizqueé como una idiota.

—¿No decías que te gustaba?

Él asintió y me tocó la punta de la nariz con un dedo.

—Si lo que pretendes es asfixiarme, entonces sí.

Me eché a reír, nerviosa. Pasé a su lado para saludar a algunos de los presentes y nuestros cuerpos se rozaron. Solo ese contacto, deliberado por su parte, consiguió ponerme a mil por hora el corazón.

—¿Quién lo ha organizado todo? —pregunté, observando que habían retirado los muebles del salón contra las paredes. La mesa grande del comedor estaba repleta de bebida y picoteos.

—He sido yo —dijo Susana— con ayuda de Alba. Es un sol.

—Está todo muy bonito.

—Valentina, para que veas que nosotras también sabemos planear fiestas. —Alba se me acercó con una sonrisa—. Por cierto, he llamado un montón de veces a Soledad para que viniese, pero no me coge nunca el teléfono.

—Creo que ha estado muy liada estos días —la excusé—. No se lo tengas en cuenta; ella se lo pierde.

—Lucas se ha encargado de casi toda la comida. Me gusta verle cocinar —me dijo con tono cómplice.

Fruncí el ceño.

—Espero que llevase puesto el delantal. —Lo imaginé sin ropa y

sonreí—. Es una broma mía. Me alegro mucho de que estés aquí, acompañándonos.

—Siempre que puedo lo intento. Te he extrañado mucho todo este tiempo. ¿Quieres que te traiga algo de beber?

—Vengo helada de frío. Creo que me voy a hacer una infusión, no te preocupes, ahora lo hago yo.

Lucas había dejado las cosas en la habitación que había sido mía y que otra vez iba a volver a utilizar. Él se sentía como Pedro por su casa. Se conocía a la mayoría de los invitados y, junto con Castillo y Susana, ejercía de anfitrión. ¡Un fantástico anfitrión! Me extendió la mano.

—Dame tu cazadora.

Saqué las cosas de los bolsillos: el móvil, las llaves, un lápiz labial y una bolsita, transparente, con unos doscientos gramos de pastillas.

Aluciné.

¡Demonios! ¿Qué era eso?

Lucas cogió las grageas de mi mano. Su rostro se había vuelto serio.

—¡No sé qué es!—respondí antes de que me preguntase—. Eso no es mío.

—¿De dónde lo has sacado?

—Del bolsillo.

Lucas entrecerró los ojos. ¡Qué tonta! No había entendido su pregunta. Un escalofrío me recorrió el cuerpo.

—Te prometo que no lo sé. Es la primera vez que lo veo.

—No te las estás tomando, ¿verdad?

—¡No seas imbécil! ¡Claro que no! —Me pasó la mano por la espalda y me guio hasta la cocina. Allí también había gente, pero menos.

—No es mío —dije volviéndome a él, levantando la cabeza para ver su mirada—. La última en ponerse mi cazadora ha sido Sole. Seguro que es de ella.

Arqueó una ceja.

—¡No sé por qué, lo imaginaba! Te dije que no me terminaba de gustar.

—¿El qué imaginabas? ¿Que llevaba pastillas en los bolsillos?

Él negó con la cabeza. Parecía muy preocupado.

—Que las consumía. Pupilas dilatadas como puntas de alfileres...

Le coloqué la mano sobre un brazo. Estaba duro como una piedra.

—¡No digas tonterías, Lucas! Nunca la he visto tomarse nada.

—Tampoco sabías que tenía esto —respondió.

Lucas tenía razón.

—A veces ha hecho cosas extrañas —admití—. Pero nunca se me habría pasado por la cabeza que ella tomase estas cosas.

—Esta bolsa es una buena cantidad para entrar en la cárcel. Apuesto a que está traficando con ellas.

¡Apaga la luz y vámonos! ¡Soledad camello! Fruncí el ceño, incrédula.

—Tendrá una explicación para esto. —Él sacudió la cabeza. Estaba muy guapo. Llevaba unos vaqueros negros y un jersey de punto oscuro de cuello alto—. No le digas nada a mi tía y a Castillo, por favor. Tampoco les gusta Sole y van a hacer un mundo de esto. Luego la llamo y hablo con ella a ver qué me cuenta. Te prometo que voy a llegar al fondo del asunto hoy mismo.

—No. Hablo yo con ella. —Se arrimó a mí hasta que sus labios tocaron mi mejilla. Me llené de su aroma masculino. Todavía seguía poniéndome nerviosa su cercanía—. Esta casa está llena de policías. Si alguno te hubiera cogido

con esto encima, hubieras tenido gravísimos problemas, y ni Laura, Castillo y yo, habríamos podido hacer nada.

Un sudor frío recorrió mi cuerpo. Soledad no podía haber hecho eso. No creía que ella quisiera inculparme de nada.

Durante las horas siguientes intenté olvidarme un poco de ella, sin embargo, era muy difícil. El tema de las pastillas venía a mi mente una y otra vez. Si, como decía Lucas, estaba traficando, aquello era demasiado grave. Esperaba que tuviese una buena excusa y, sobre todo, creíble.

El pincho de tortilla de patata en salsa estaba de vicio. Estaba degustando el tercero, cuando Castillo me advirtió que había estado sonando mi móvil varias veces. Lo había dejado en el mueble del comedor sobre una de las baldas.

Tenía varias llamadas perdidas de Soledad y me puse en contacto con ella antes de que le diese un ataque.

Me prometió que las pastillas no eran suyas, pero que tenía que devolverlas o, de lo contrario, se iba a meter en un buen aprieto. Mientras hablaba con ella me di cuenta de que en realidad no la conocía a pesar de todos los años que habíamos convivido juntas. Sentí que era una extraña para mí.

—Lucas quiere hablar contigo, Sole.

—¡No sé de qué! Esto no le incumbe en absoluto —se quejó. Notaba en su voz urgencia y nervios.

—Él dice que sí, que yo podía haber cargado con las culpas si me descubren con eso. Me has podido meter en un buen lío, por si no lo sabías.

—Necesito que me las devuelvas, Valentina.

Agité la cabeza, aunque ella no podía verme.

—No las tengo. Lucas las ha cogido.

Se hizo una pausa al otro lado de la línea, seguida de un profundo suspiro:

—De acuerdo, dile que se ponga. Voy a quedar con él en algún lado. Es muy importante.

Capítulo 22

Lucas echó el freno de mano y se volvió a mirar a la pelirroja que estaba sentada a su lado. No había mucha gente en la calle pues el tiempo, gris, oscuro y húmedo, no lo permitía. Las farolas de la calle comenzaban a encenderse.

—Necesito que te quedes aquí mientras hablo con ella, Valentina.

—¿Por qué? —preguntó la pelirroja con la intención de bajar del coche junto a él—. Quiero saber qué pasa.

Lucas gruñó enfadado y pensó, otra vez, que no tenía que haber llevado a la joven con él. Durante unos segundos, ambos enfrentaron las miradas. Los dos serios. Después, él contestó: —Me pones nervioso cuando estás cerca de mí y no quiero meter la pata.

—Ella es mi amiga —dijo alzando el mentón con determinación.

Él deseó cogérselo, lamérselo, besárselo..., en cambio, se obligó a retirar la mirada, se encogió de hombros y observó la puerta del bar donde Soledad le había citado.

—¿Confías más en ella que en mí? —preguntó, curioso.

—¡Eso es injusto! Sabes que hasta hace unas horas confiaba de la misma manera. ¿No lo entiendes? ¡Necesito saber por qué tiene ella esa droga!

—¿No te parece más importante saber qué motivo tenía para meterla en tu cazadora?

Ella negó con la cabeza.

—No. Eso ha sido coincidencia. De haberlo hecho aposta no me hubiera llamado y habría dejado que yo sola me comiese ese marrón. Creo que se le olvidó de sacarla del bolsillo, al igual que de colgar la cazadora en mi armario.

Lucas miró a Valentina con atención. Su actitud le demostraba que no entendía la gravedad de lo ocurrido. Pero si algo había aprendido de ella, era que no le gustaba que la presionasen.

—Te lo voy a contar en cuanto lo sepa. Vas a ser la primera en saberlo.

—Vale, pero no tardes —urgió ella—. Estoy superneurasténica.

—Cuando estás relajada dices palabrotas. Durante el trabajo hablas con educación. Y ahora, ¿qué coño has dicho?

—Neurasténica —repitió—, histérica pérdida.

Lucas sacudió la cabeza y sonrió. Hasta en las peores situaciones le hacía reír.

—Vale, quédate aquí. Si ves que el coche molesta, lo quitas.

—¿Dónde lo llevo?

—Te das algunas vueltas por aquí.

Ella asintió. Se arrastró desde el lugar del copiloto hasta situarse frente al volante. Él se inclinó tomando la boca de Valentina con la suya en un lento y profundo beso. Cerró la puerta. Al menos le satisfacía saber que el geniecillo le iba a obedecer, aunque no iba a cantar victoria, porque todavía podía presentarse.

Caminó hacia la puerta del bar. No llegó a entrar. Dos policías vestidos de paisanos le detuvieron antes. Supo en ese momento que le estaban esperando. Aunque se identificó, dejó que le registraran. Llevaba las pastillas en el bolsillo, por lo que le pidieron que los acompañase.

Valentina, al verlo todo, bajó del coche y empezó acercarse. Lucas la detuvo con una sacudida de cabeza. La joven se paró en el sitio y él permitió que le metiesen en un coche y se lo llevaran.

No estaba en absoluto preocupado. Antes de salir de casa le había mandado a Daniel una fotografía de la sustancia, contándole de dónde había salido, para ver si podía averiguar algo. Lo que le extrañaba era que Soledad hubiese dado el chivatazo a la policía. Quería involucrarlo a él. ¿Por qué?

Con la llamada que le dejaron hacer cuando llegó a comisaria, avisó a Daniel. Cuando su amigo llegó, no se negó a declarar. Para ello, y por más que le doliese, tuvo que admitir que había encontrado la droga en el bolsillo de la chaqueta de Valentina.

Le dejaron libre en seguida. Y lo primero que hizo fue llamar al geniecillo para saber cómo estaba. La voz de Valentina sonaba bastante tensa a través de la línea.

—Estoy con Sole. —Fue lo último y único que dijo antes de colgar.

Solo pensar en que ella pudiese estar en peligro le ponía los pelos de punta. Resopló soltando la tensión contenida y se dirigió a su amigo.

—Están juntas.

—Buscaremos la señal de teléfono de Valentina —dijo Daniel, poniéndole la mano sobre el hombro—. Vamos a hablar con nuestro comisario. Tenemos que preparar un operativo ahora mismo.

Lucas asintió.

—No creo que Soledad se atreva a hacerle daño.

—Espero que no —respondió Daniel—. ¿Se lo vas a comunicar a la subinspectora?

Negó con la cabeza.

—De momento no quiero preocuparla. Le han dado el alta hoy y no está para muchos sustos.

—De acuerdo, como quieras.

El imán, que cómo no, era yo, otra vez estaba activo.

A punto de poner el motor en marcha, la puerta se abrió repentinamente. ¡Joder! ¡Qué manía todo el mundo con hacerme eso!

—¡Valentina!

Al mirar, descubrí que Soledad se sentaba a mi lado. Su expresión era bastante extraña.

—¡A ti quería verte yo! —solté enfadada—. ¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué has hecho que detengan a Lucas?

—Lo siento mucho. No ha sido culpa mía. Debía de tener el teléfono intervenido. —Parecía sincera.

—¡En menudo lío nos has metido! No sé cómo, pero vas a tener que solucionarlo.

—No voy a entregarme, Valentina. Puedes ponerte como quieras, pero no puedo hacer eso.

Eso todavía estaba por verse. Resoplé.

—Tengo que ir con él y avisar a Castillo. ¿En qué cojones estabas pensando, Sole? ¿Por qué puñetas tenías tú eso?

—Puedo explicártelo —respondió—. Vamos a hablar a cualquier sitio. El coche de tu novio está mal aparcado y pueden venir a denunciarnos.

Llevaba razón. Además, yo estaba tan enfadada que me faltaba el pelo de un calvo para ponerme a gritarle como una energúmena. Maniobré con el vehículo para sacarlo de la calle. No estaba acostumbrada a llevar algo tan

grande.

—Sole, voy a sacarle de allí, aunque tenga que confesar yo misma la verdad, y te advierto que no saldrás muy bien parada de esta historia. Te pido por favor que me cuentes qué está pasando.

—Llevo mucho tiempo vendiendo esas pastillas —reconoció.

Me dejó pasmada.

—¿Cuánto? ¿Desde que vinimos a Madrid?

Ella negó.

—Un par de años, casi tres.

Abrí los ojos todo lo que pude y la miré de soslayo.

—¡Joder! ¿Por qué?

—Para pagar el alquiler y todos mis gastos —respondió en tono de disculpa.

—¿No te lo daba tu padre?

Empezó a chispear y por unos segundos me volví loca buscando los limpiaparabrisas y las luces.

—¿Qué va! —repuso—. Ese no me da ni los buenos días. —«Una buena hostia la daba yo a ella», pensé—. Lo haría si viviese con él.

—¿Qué? —pregunté desconcertada.

—Ya sabes que no soporto a la estúpida de su mujer.

—¿Alguna vez has consumido esas pastillas?

—Solo cuando salimos de marcha.

Me pasé la lengua sobre el labio, nerviosa.

—¿Y las has vendido estando yo delante?

Asintió.

—Nunca ha pasado nada, ¿no?

Achiqué los ojos. Apreté con fuerza el volante.

—¡Pero podía haber pasado! ¿Cómo no se te ocurrió, al menos, avisarme?

—No le des más vueltas, Valentina. Lo llevaba bien hasta que se me olvidó sacarlo de tu cazadora; si no fuese por eso, no te habrías enterado. ¡Claro, que ya te vale, enseñárselo a tu novio! Te ha faltado tiempo, ¿eh?

No se merecía ninguna explicación por mi parte.

—Sole, me vas a tener que perdonar, pero has hecho que detengan a Lucas y estoy muy enfadada contigo. Nada de lo que me digas me va a convencer de que eres inocente.

—Escúchame bien, si no le pago al tipo que me vende las pastillas, va a venir por mí y no va a ser nada suave.

—Castillo o Lucas pueden protegerte si se lo decimos —dije queriendo convencerla.

—¡Joder, nena! —exclamó, exaltada—. ¡Tienes el nombre de tu novio todo el santo día en la boca!

Cogí aire con fuerza, tranquilizándome.

—¡De verdad que estoy alucinando contigo! —Con un giró de volante me eché a un lado en la carretera y detuve el coche. Estábamos en una avenida grande poco concurrida. Crucé los brazos sobre el pecho.

—¿Por qué te paras? —preguntó mirando a todos los lados, como si esperase encontrar a alguien.

Me costó mucho controlar mi enfado y hablar con voz calmada.

—No me voy a mover de aquí hasta que solucionemos todo.

Ella me miró con frialdad.

—La única manera factible que veo, es llevar estas pastillas —se sacó una bolsa idéntica a la que yo me había encontrado en el bolsillo— a mi proveedor y contarle la verdad. Pero a mí sola no va a creerme. Tienes que acompañarme.

No estaba dispuesta a ir. Para esas cosas era un poco cagona. ¡Bueno, qué digo un poco, era una cagona total! ¿Qué tal si ese tipo nos cortaba las piernas o nos sacaba la lengua por la garganta? Negué con la cabeza.

—Llamaré a Castillo antes —dije—. Alguien tiene que protegernos.

En ese momento recibí la llamada de Lucas. Suspiré aliviada. Descolgué ansiosa por escucharle y por saber cómo estaba. Me respondió que ya se encontraba en la calle y que la policía estaba buscando a Soledad.

—Y tú, ¿dónde estás? —me preguntó.

—Estoy con Sole —le contesté. Antes de poder decirle nada más, ella me arrancó el teléfono de las manos y colgó. Me mosqueé—: ¿Por qué coño has hecho eso? —inquirí, gritándole.

—No voy a dejar que me entregues —respondió en tono burlón.

¡Definitivamente se había vuelto loca! Se me heló la sangre. Comenzaba a anochecer. Moví la mano sobre la llave del contacto.

—No lo hagas, Valentina —dijo con su teléfono en la mano—. Mi amigo vendrá ahora.

Asustada, me di cuenta de que había quitado la llave del contacto. Miré alrededor. Conocía vagamente ese lugar. Estaba cerca de la Ermita del Santo. En ese sitio, todos los quince de mayo celebraban las fiestas de San Isidro Labrador, patrón de Madrid. No había muchos edificios y pensé que era fácil esconderse por allí.

Miré a Soledad entre furiosa y decepcionada, también un poco asustada, todo hay que decirlo. Esperaba la mínima oportunidad para abrir la puerta y poder escapar. En vez de cruzar sobre el puente, pensaba ir por debajo para acortar distancia.

—Te estás metiendo en algo de lo que luego no vas a poder salir —le advertí—. Ven conmigo a la policía. Di que te has encontrado esas pastillas y que pensabas que era para el dolor de cabeza o la regla.

¡Ja, eso no se lo creía ni el Tato, pero debía intentarlo! No todas las brujas llevaban escoba, ni todas las zorras vivían en el bosque. ¿No?

—Valentina —dijo Soledad echándose a reír con sarcasmo—, que seas estúpida y que vivas en el mundo de Yupi, no significa que lo seamos los demás. ¿No te das cuenta de que siempre has estado bajo las alas de tu tía, y que en Nueva York siempre era yo la que te protegía?

—Es posible que me mimasen en mi niñez —respondí—, pero nunca he necesitado que nadie me proteja. —Por más que intentaba hacer memoria no sabía a lo que se refería. ¿Vivir en el mundo de Yupi? ¿Sería gilipollas la payasa?

Ahora llovía con fuerza. No esperé más. Salí del coche y eché a correr. Salté una pequeña barandilla y continúe por debajo del puente. Todo aquello estaba embarrado y lleno de charcos y piedras. Esa aventura me iba a costar unos botines nuevos, pero tenía que hacerlo sin ser melindres. Mientras seguía corriendo, buscaba desesperada algo que me pudiese servir de arma, en caso de que me atacasen.

¡No! ¿Por qué me iban hacer daño? ¿Y por qué no había gente por allí? ¡Maldita sea!

Porqué llovía. Y porque el frío se estaba adueñando de la noche.

La calle, a pesar de tener varias farolas, no lograban iluminar lo que había debajo del puente. Agudicé los ojos y los oídos. De pronto, me detuvo una

alambrada. ¡Habían cerrado el paso! ¡No lo podía creer! Y detrás de mí llegaban voces y ruidos, cada vez acercándose más.

Capítulo 23

—**H**ola, bonita —me dijo una voz chillona de mujer que venía del otro lado de la alambrada.

Todo estaba en sombras, pero discerní un par de ojos pequeños y brillantes en un rostro oscurecido, ¿quizá era negra? Su cabello era una maraña de pelo encrespado. Sobre el cuerpo llevaba varios abrigos que no debían dejarle mucha movilidad.

—Hola —respondí con voz temblorosa—. ¿Puedes ayudarme?

—¿Estás tú sola? —susurró. Las voces de los que me buscaban estaban todavía más cerca. Se conoce que había decidido escapar justo antes de que el amigo, o los amigos de Soledad, llegasen.

—Me están persiguiendo —respondí de la misma manera.

—Continua un poco hacia arriba, ven. —Me guio a través de la alambrada. Los pies se hundían en el barrizal y me costaba caminar—. Aquí la valla está rota. —Me ayudó a pasar al otro lado para que no me pinchase con ningún hierro.

—Gracias. —Alcé la cabeza para intentar ver la salida de aquel laberinto. La mujer olía a vino que tiraba para atrás.

—No te aconsejo que vayas por el otro lado del puente. Pueden estar esperándote, por no decir que allí no hay buena gente.

Indecisa, miré alrededor. ¿Qué opciones me quedaban?

—¿Qué hago?

—Puedes quedarte conmigo. —Me agarró de la muñeca y tiró de mí hacía una extraña construcción formada por tablas y colchones viejos. Me estremecí de cuerpo entero. Aquello tenía que ser un nido de insectos y parásitos—. Ten cuidado con el charco que hay en...

Tarde. No lo vi.

El charco no estaba en ningún lado, excepto debajo de mis rodillas cuando caí sobre él. Un gran socavón cubierto de agua y barro. Prefería mil veces la colonia. ¡Dónde iba a parar!

Apoyé las manos en el suelo. Los dedos se hundieron en una sustancia fría y viscosa. Se me escapó un sollozo. La mujer me ayudó a levantar y me hizo pasar al interior de su improvisada choza.

—Siéntate aquí —me dijo, empujándome con suavidad sobre un viejo sillón de automóvil. Echó una manta por mi espalda—. Estás helada. Vas a coger una pulmonía.

Se lo agradecí, aunque no pude evitar pensar en piojos y pulgas que trepaban por mi cuerpo y mi cabeza. ¡Garrapatas! Me estremecí. Odiaba esos bichos.

Si debajo del puente estaba oscuro, allí dentro lo máximo que veía eran siluetas de muebles viejos y bártulos irreconocibles al ojo humano. La lluvia golpeaba las tablas del techo. Al menos, el lugar estaba seco. Helado como el pasillo de los yogures, pero seco.

—Gracias —volví a decirle—, eres muy amable. —Ambas susurrábamos—. ¿Puedes llamar a la policía?

La mujer se echó a reír como si le hubiese contado un chiste. Bajó el tono de voz enseguida.

—No tengo teléfono. —Tenía que haberlo imaginado. ¡A saber dónde tenía yo la cabeza en ese momento!—. ¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Valentina.

—Yo me llamo Remedios, como la cantante, pero me dicen Reme.

—Ah.

—¡Remedios! ¡La cantante! ¿No sabes quién es? —insistió un poco molesta.

No tenía ni idea. Sacudí la cabeza.

Remedios me cantó un par de frases: «*Y quién maneja mi barca, quién, que a la deriva me lleva...*». No lo había escuchado en mi vida, sin embargo, asentí: —Me suena un poco.

—Debes de ser muy joven —comentó.

De verdad, si no estuviese escondiéndome y con barro y frío hasta las cejas, me habría reído de la situación.

Llegó a nuestros oídos el ruido de la alambrada. Varias luces de linterna brillaron en la oscuridad.

—¡Valentina! —gritó alguien.

Remedios se armó de una barra de acero y se quedó parada junto a la entrada.

—No voy a dejar que te hagan daño —me dijo.

No la conocía de nada, sin embargo, admiré su valentía.

—¿No tienes un palo o algo que pueda coger yo? —pregunté levantándome y buscando por la choza. Dejé la manta en el asiento.

—Tengo una cafetera, pero no me la vayas a romper —avisó.

Los que me buscaban atravesaron la alambrada. En un acto reflejo, me quité los botines. Total, tenía las medias más mojadas que el pitorro de una ninfómana.

—¡Valentina! —gritaron. Esta vez casi desde la entrada.

—¡Aquí no está Valentina! —respondió Remedios alto y claro, sacudiendo la barra en el aire—. ¡Que nadie se acerque!

Escudriñé sobre el hombro de la mujer. Había mínimo cuatro personas. Una de ellas dio un paso adelante y le lancé el botín con fuerza. Impactó en su pecho.

—¡¿Pero qué demonios...?! —rugió el hombre.

Le tiré el segundo y estuve a punto de darle en la cabeza. O tal vez le di, pero rebotó.

—¡Joder! ¡Dejen de tirarme zapatos! ¡Policía!

Remedios dejó de respirar y me miró. Yo la miré a ella.

—¿Ha dicho que es policía o está llamando a la policía? —le pregunté.

—¿Valentina, eres tú? —me preguntó la voz de un hombre.

¡Era Lucas!

—¿Lucas? —le llamé—. ¡Lucas! —Salí como si me fuera la vida en ello, cuidando de no volver a caer en el charco. Él me iluminó con la linterna—. Oh, Dios. —Me eché en sus brazos y me puse a llorar como una descosida. Quería irme a mi casa. Me sentí frágil, como si fuera a romperme en cien pedazos Durante unos minutos, solo fui consciente de los brazos de Lucas y el calor de su cuerpo.

—Vámonos. Te voy a llevar al hospital a que te hagan un reconocimiento —me dijo él cogiéndome en vilo. No opuse resistencia. Eché la cabeza hacia atrás.

—Remedios —llamé a la mujer—. Ven con nosotros.

Ella había dejado su arma en algún lugar y estaba metiéndose dentro de su casa. Se volvió hacia mí.

—Yo estoy aquí bien, bonita. —Me sonrió. Con las sombras no estaba muy segura, aunque me pareció ver el brillo de sus dientes. Se metió en la choza y arrastró un colchón hasta el hueco de la entrada. Creí escucharla cantar otra vez, y volví a llorar.

Me prometí pasar a visitarla cuando todo aquello acabase. Ni siquiera sabía si la iba a conocer a la luz del día.

Lucas me sacó de allí y me llevó al hospital. No vi a Soledad en ningún momento y tampoco me apetecía mucho hablar de ella después de cómo se había portado conmigo.

Los médicos solo me dijeron que lo que necesitaba era un buen baño y descansar, por lo que me fui rápido. Estaba asqueada de hospitales, lluvia, barro, malos rollos...

Lucas tenía que ir a la comisaria, de lo contrario me hubiese ido a su casa y me habría dejado cuidar.

Estaba sentada en el asiento del copiloto, cubierta con una manta que me habían dado en el hospital. Seguía llevando las ropas húmedas, aunque ya no tan mojadas. El barro estaba formando pegotes duros en los pantalones una vez que se iba secando, también en mi pelo. Estaba descalza. Había perdido los botines. Los mismos que, al parecer, le había arrojado a Daniel como si fueran proyectiles. Sabía que tiempo después hablarían de ello; como las canciones y los romances. La lanzadora de zapatos, me iban a llamar.

Lucas me llevó desde el coche hasta casa de mi tía en brazos. Ella no sabía nada. Como él se tenía que ir, me encargué yo de contárselo mientras tomaba un buen baño de agua caliente y espuma. Mi tía refunfuñó varias veces algo de Soledad, pero no le presté atención. Estaba feliz de que el grupo de las Fuerzas Especiales me hubiese encontrado tan pronto. Del resto, de lo que iba a pasar con Soledad y todo lo demás, ya me iría enterando.

Al día siguiente estaba mucho más recuperada. Encima hacía sol. ¡Con lo

que me levantaba a mí el ánimo ver cuatro rayitos de nada!

—¿Qué vas a hacer hoy? —preguntó mi tía mientras desayunábamos.

—No lo vas a creer, pero me apetece mucho ir a ver a Reme. Me gustaría mucho darle las gracias.

—Fue muy valiente —admitió—. Cualquiera otro te hubiese dejado tirada.

—Por eso, me gustaría poder llevarle algo.

—Procura que no sea dinero. Se lo gastaría en vino.

Me encogí de hombros.

—¿Y qué pasa si es en vino? Lo que quiero es que lo disfrute y, si ese es su vicio, pues entonces, ¿quién soy yo para negárselo?

Mi tía asintió alzando las cejas.

—Tienes razón. ¿Quieres que te acompañe?

—No —sonreí—, voy sola.

A la luz del día todo se veía de diferente manera y daba mucho menos miedo. El terreno continuaba algo húmedo, pero nada que ver con el panorama de la noche anterior.

Salté la barandilla que separaba la acera del descampado y fui descendiendo la suave loma, despacio. Esta vez, mirando muy bien dónde plantaba los pies. También porque llevaba un par de bolsas del supermercado con algunas cositas que había comprado: café, latas en conserva, leche en polvo, pan, pollo asado con patatas fritas...

—¡Reme! —llamé observando que la entrada de la chabola estaba despejada—. ¡Remedios!

Al otro lado de la alambrada había una hoguera rodeada de piedras. El fuego era bastante bajo, y al lado había leña apilada.

Busqué el agujero de la valla y crucé. Al levantar los ojos me encontré a la mujer, que me observaba con sorpresa.

—¿Te siguen otra vez? —preguntó con un atisbo de risa.

Negué con la cabeza y levanté las manos mostrándole las bolsas.

—He traído algunas cosas.

—¿Por qué?

Me encogí de hombros. Para mí era bastante obvio.

—Me apetecía.

Ella sonrió e hizo un ademán con la mano.

—Sí es así, acércate.

Me di cuenta de que había sacado el sillón junto al fuego y que había dejado la cafetera sobre una caja de madera. Puse las bolsas en un lugar seco y ella se apresuró a sacar las cosas, emocionada.

—Esto está caliente —dijo sacando una tartera de plástico.

—Es pollo asado. Me gustaría invitarte a comer, si tú quieres.

Remedios agitó la cabeza y elevó los ojos al cielo.

—¡Hay que joderse con la Valentina! ¡Cómo sabe ganarse a las personas!
—Me miró. Sus ojos oscuros y pequeños bailoteaban en las cuencas—. No estarás intentado quitarme la casa, ¿verdad?

Sacudí la cabeza. Me acomodé en el sillón.

—No se está tan mal.

Esa mañana pude comprobar que Remedios no era negra, sino que, según ella, llevaba camuflaje. Comimos bajo los débiles rayos de sol y reímos bastante. Ella me contó de su vida. Una autentica mierda, desde luego. Pero también supe que le gustaba estar allí.

Antes de marcharme, le di algo de dinero.

Capítulo 24

Lucas no había dormido en toda la noche. E, incluso después, cuando llegó a casa y se metió en la cama, no fue capaz de conciliar el sueño. Se levantó, cansado de intentarlo, y se preparó un café. Se sentó en el salón, delante de la ventana, y observó la calle.

Compadecía un poco a Soledad. Se había confundido con ella. No estaba enamorada de Valentina, ni la quería más allá de valerse de ella para vivir bien su vida. Valentina había estado siempre tan centrada en sus cosas y sus estudios, que permitió que su amiga hiciese y deshiciese a su antojo. Le había entregado todo, desde el poder de utilizar su ropa, hasta llevar la contabilidad de todos los gastos compartidos. Soledad había jugado con ese dinero para comprar estupefacientes y luego reponerlo con la venta de ellos.

La pelirroja nunca había corrido peligro, puesto que Soledad no había tenido intención de involucrarla.

Suspiró de forma pausada. En poco tiempo, el geniecillo había trastocado la vida de todos. ¡Qué se lo dijeren a Daniel, que tenía una brecha en la frente de un taconazo!

Llamaron a la puerta de casa. Era el inspector Castillo, que traía cara de circunstancias.

—¿Ocurre algo? —preguntó Lucas, preocupado.

—No —agitó la cabeza—. Está todo bien, es solo que tengo que hablar contigo.

Lucas le hizo entrar, extrañado.

—¿Quieres un café? —le ofreció.

—No, gracias.

—De acuerdo, siéntate entonces. —Le señaló el sofá.

El inspector obedeció, un poco nervioso. Paseó la mirada por el salón. Los muebles eran modernos, de líneas rectas. Lo más llamativo, el enorme televisor de pantalla plana. Carraspeó: —Voy a ser claro contigo. Quiero que dejes de ver a Valentina.

Lucas le miró con fijeza. Se sentó a su lado y negó con la cabeza.

—No.

—Anoche estuvo a punto de sucederle algo. —La expresión de Castillo estaba llena de angustia. Como si estuviese haciendo algo malo.

—No por mí —respondió Lucas—. Aunque no se hubiese venido Valentina conmigo, Soledad y ella se hubieran visto de alguna otra forma.

—Lo sé y no te culpo, Salmerón. Es solo que Valentina necesita aclararse.

—¿Te lo ha dicho ella?

Se hizo un profundo silencio. El inspector estaba bastante nervioso.

—¿Que si te lo ha dicho ella, Miguel?! —insistió Lucas.

El inspector asintió imperceptiblemente.

—Cuando estuviste con Laura, ¿recuerdas que ibas con otras mujeres y salías con tus amigos de vez en cuando? Pues nunca te dije nada, aunque me jodiese. Pero esta vez no voy a permitir que le rompas el corazón a Valentina.

—¿Por qué no viene ella a decírmelo? —preguntó Lucas con voz brusca.

—¿Crees que quiere hablar contigo? Salmerón, ella lleva muy poco tiempo aquí. En este momento no tiene claro qué es lo que quiere. Déjale su espacio.

Dale un tiempo para que se centre.

—¡Eso es una tontería!

—A lo mejor lo es para ti, pero, sin duda, no lo es para mí. Quiero a esa chica desde que la conocí. Acudí a su primera comunión. Parecía una princesita, aunque debo admitir que era un chicazo de mucho cuidado. Y su vocabulario... más de un tirón de orejas se hubiese merecido. También fui a buscarla al colegio en múltiples ocasiones. Recuerdo que, cuando tenía catorce años, tenía que espantar a los niños que le perseguían. —Suspiró hondo—. No es mi hija, pero la quiero como si lo fuese.

—No trates de convencerme, Miguel. Amo a Valentina.

—¿Y ella te ama a ti?

Lucas se movió incómodo.

—Todavía no hemos hablado de sentimientos.

—Si de verdad la amas, respeta su espacio. —Hizo una pausa—. No vayas a buscarla. Espera a que ella lo haga.

Lucas chasqueó la lengua, furioso. No le gustaba esa conversación. ¿De verdad estaba agobiando a la pelirroja con tantas atenciones?

El inspector se puso en pie.

—Valentina es joven. Tiene un futuro prometedor y lleva toda su vida estudiando para hacer algo que adora. No trunques su camino, Salmerón.

Lucas se quedó pensativo. No se enteró de que el inspector salía de casa, dejándolo solo.

Durante varios días, Lucas estuvo trabajando y, sobre todo, pensando, valorando, esperando... Valentina no le había llamado. Él tampoco lo había hecho. Estaba respetando sus deseos de intimidad, sin embargo, no le gustaba cómo se sentía: vacío, enojado y solo.

Incluso faltaba poco para el cumpleaños de Daniel y le había tenido que decir a Silvia que confirmase todo con Valentina.

—No tienes buen aspecto —comentó Daniel, acercándose a él. Le entregó una lata de cerveza—. ¿Me vas a contar qué ha pasado o vas a seguir manteniéndome en ascuas?

—No es ningún secreto.

—¡Mujeres! —exclamó Daniel—. ¡No se puede vivir con ellas, pero, sin ellas, tampoco!

—No seas antiguo, macho. Eso ya no lo dice nadie.

—Lo sigo diciendo yo, y mi padre —rio Daniel—. Espera, voy a ver si Sergio se ha dormido.

Silvia no estaba en la casa y Daniel se había quedado a cargo de sus dos hijos. Sharisse estaba dibujando en su cuarto al tiempo que veía *El pequeño reino de Ben y Holly* en la televisión.

—Está dormido —dijo, sentándose de nuevo—. A ver, cuéntame. ¿Habéis discutido?

Lucas no logró esbozar ni una sonrisa.

—¡Ojalá hubiese sido eso!

—¿Entonces qué? Sé que últimamente pasabais mucho tiempo juntos, y que os iba bien.

Lucas bebió un trago largo de su lata. Se pasó el dorso de la mano sobre los labios.

—Al parecer, la estoy agobiando, y puede ser verdad. Ella no es nada romántica y yo me pongo gilipollas cuando estoy a su lado. Ha pedido un tiempo, supongo que para ver cuáles son sus sentimientos hacia mí.

—¿Cuánto hace que no habláis?

—Desde el sábado que sucedió lo de las pastillas de su amiga.

Daniel le miró frunciendo el ceño de forma exagerada.

—¡Macho! ¡Estamos a miércoles!

Lucas asintió.

—Cuatro días. Una burrada, ¿verdad?

—¡Vamos, no me jodas! Apuesto a que ella tiene mogollón de trabajo. Se pidió unos días por lo de Laura y se tendrá que poner al corriente con todas sus cosas, si no quiere que la despidan.

Observaron en silencio la televisión. Estaban echando un documental del Antiguo Egipto.

—Entonces ¿me aconsejas que espere? —preguntó Lucas—. Algo tengo que hacer, porque creo que me voy a volver loco.

—Dale tiempo hasta el sábado. Hacemos una cosa: el domingo es mi cumpleaños —le guiñó un ojo—. No sé por qué, creo que este año Silvia y mi madre no me van a hacer nada.

—¿Ah, no?

Daniel sacudió la cabeza.

—En esta ocasión, no las he visto cuchichear ni nada parecido. De hecho, siempre me recuerdan una semana antes cuándo es mi cumpleaños, y esta vez no lo ha hecho nadie.

—Tienes razón. —Lucas se rascó la cabeza—. Yo lo había olvidado.

—Pues, si quieres, podemos quedar los cuatro el domingo para cenar. Si no te atreves a llamarla, yo mismo lo haré. Puedo hacerme el tonto, como que no sé que haya pasado algo entre vosotros. ¿Qué te parece?

Lucas se pellizcó el labio inferior, pensativo.

—No es mala idea. Creo que ella trabaja. Silvia y tú podríais ir a buscarla a la torre. Para que no me vea a mí de primeras —dijo. No había planeado nada, pero, por lo menos, había descubierto cómo hacer que ese día Daniel fuese a la torre Azahar, sin sospechar que lo que se preparaba en su interior era su fiesta.

Capítulo 25

Esos días no paré de hacer cosas. Volví a mudarme de nuevo con mi tía y me incorporé al trabajo. Gracias a que Carla lo tenía bastante controlado, me puse enseguida al día.

Lo que me tenía más mosqueada era que Lucas no me llamase. Vivo sé que estaba. Se ponía en contacto con mi tía para preguntarle por su convalecencia. Pero a mí, ni agua. Y no entendía qué es lo que podía pasarle.

También podía llamarle yo, es verdad. Y a punto estuve de hacerlo. Pero cuando cogía el teléfono me lo quedaba mirando y pensaba: «¿Es posible que se haya cansado de mí?». Había que reconocer que, de diferentes maneras, él me había convencido de estar enamorado y de tener sentimientos. Puede que yo no fuese tan explícita.

¡Puede, no! ¡Es que no lo era! Mi tía tenía razón. En cuestión de enamoramientos y esas cosas, yo era más bruta que comer un bocadillo de cristales. También porque aún seguía un poco recelosa. No podía olvidar que antes que conmigo había estado con ella. A lo mejor, Lucas era eso lo que necesitaba. Que le dijese que le amaba, que estaba loca por él. Que me quería ir a esa isla desierta, aunque tuviese que estar desnuda.

Miré el reloj una vez más. La última vez que lo había hecho eran las siete y treinta y ahora era las siete y treinta dos.

—Te veo muy pensativa —dijo mi tía bajándose las gafas sobre la nariz, para mirarme por encima de ellas. Se encontraba sentada en un orejero, con una bata más fea que mandar a la abuela por droga. Sobre las piernas tenía un

lector de libros que emitía una suave luz—. ¿No has quedado hoy con nadie?

—No me apetece salir.

—Hoy hay partido. Llevan anunciándolo todo el día. ¿Por qué no te vas a verlo con Castillo?

Podía hacerlo. Necesitaba salir y despejarme.

—Es posible que le llame.

—Bien.

Caí en la cuenta en que no me preguntó por qué no salía con Lucas. No hablábamos mucho de él, pero no era imbécil y sabía que seguíamos juntos. ¿No?

—Tía, si yo quisiera sorprender a alguien con algún detalle romántico, ¿qué podría hacer?

—¿Quieres sorprender a alguien? —preguntó arqueando las cejas.

Suspiré.

—No es que quiera, ya me conoces. Pero... ¿recuerdas la película esa, donde Clara Lago contrata a Los del Río, para que le canten una sevillana mientras ella hace las paces con su novio en una carreta de caballos?

—No.

Chasquéé la lengua.

—Es cursi de cojones. Sin embargo, yo quiero hacer algo así.

Ella soltó una carcajada y balanceó la cabeza asintiendo antes de responder.

—¿A quién? ¿A Salmerón?

Bastante idiota me sentía para que encima se riese de mí.

—Pues... sí. He pensado en la chorrada esa que me dijiste del destino y los caminos, y creo que llevas razón.

—¿Habéis discutido?

—No, tan solo no me llama. ¡Es como si se hubiese olvidado de mí! No entiendo qué le pasa.

—Bueno, acostúmbrate. Él es así.

Fruncí el ceño.

—Si es así, no me gusta.

Ella se encogió de hombros.

—No puedo ayudarte en eso, cachito.

Intuí en su voz que no era que no podía. Simplemente, no quería. Me estaba bien empleado.

—Bueno, pues esperaré a que me llame —dije, resignada. Pero de resignada nada. Yo sabía que Lucas no era así. ¡A él le pasaba algo! Y yo tenía que averiguar qué puñetas era.

—Voy a salir —dije recogiendo todo lo que había puesto en la mesa pequeña: el móvil, una pinza del pelo y el vaso de manzanilla.

—¿Vas a llamar a Castillo?

—No lo creo.

—Entonces ¿dónde vas? —Se quitó las gafas y alzó la cabeza para mirarme.

—No lo sé, puede que me acerque a ver a Alba. El otro día quedamos en llamarnos.

—Es muy maja. Pero, Valentina, no se te ocurra ir a ver a la mujer del puente.

—¿Remedios? ¿Por qué? —inquirí, curiosa.

—Hoy hay partido y esa calle se llena de ultras. No es seguro. Siempre hay broncas por allí.

Asentí.

—De todas maneras, no pensaba ir. Seguro que vengo pronto.

En el baño me pasé el cepillo por el pelo y lo dejé suelto. Las ondas se arremolinaron enseguida alrededor de mi cara. Cuando el tiempo estaba húmedo, se rizaba más que de costumbre. Y esos días no había parado de llover.

Repasé un poco el maquillaje que me había puesto en la mañana, cogí el abrigo y salí de casa. Pero apenas había llegado a la escalera, cuando se me ocurrió que podía llevarme mi bufanda del atlético. Tal vez, más tarde se me antojase ir a ver el partido.

Regresé sobre mis pasos. Mi tía no estaba en el salón. La escuché hablar desde su dormitorio. Debía estar haciéndolo por teléfono, porque Susana estaba trabajando y no había nadie más en casa.

Me llamó la atención que me nombrase, por eso caminé hacia la habitación.

—No va a ir a verle —dijo—. Era lo que yo te decía. Valentina no está enamorada de él. —Hizo una pausa, escuchando a la persona que hubiera al otro lado de la línea—. Claro, para ella no es más que una diversión. Me jode que sea mi cachito quien le haga sufrir, pero así Salmerón se dará cuenta antes de que sea demasiado tarde.

Se me formó un nudo en la garganta. ¿Cuándo había dicho yo que Lucas era un divertimento? ¿Por qué decía que no estaba enamorada? ¿Y de qué se tenía que dar cuenta él?

—¿Tía? —Llamé desde la puerta.

Ella se giró y al verme cortó la comunicación. Se quedó mirándome con fijeza, con el rostro blanco y las pupilas dilatadas. Yo a ella también.

—¿Qué está pasando? —pregunté con una punzada de algo que no entendía bien. Decepción, pena, congoja.

—¿Por qué lo dices?

—Te he escuchado.

Ella se pasó la mano por la barbilla.

—¿Ah, sí?

Asentí.

—¿Piensas que, porque no he dicho en voz alta que amo a Lucas, no siento nada por él? ¿Que porque no expreso mis sentimientos no los tengo?

—Yo no...

—Eso es lo que crees, es lo que piensas de mí —afirmé. Nunca había esperado eso de ella—. Él no es ningún juego para mí. Nunca lo ha sido. Lo único que he tratado de hacer, ha sido respetarte. Si a él no le he dicho todavía lo mucho que le amo, es porque nunca he dejado de pensar en tus sentimientos. Es porque siempre te he antepuesto al amor que siento por él. ¿Puedes explicarme, por favor, qué es lo que está pasando?

Se acercó a mí con la mano extendida, pero no dejé que me tocara.

—Valentina...

—¿Qué es lo que tenía que haber hecho? ¿Irme a vivir con él? ¿Sabías que me lo ha pedido varias veces? ¿Y sabías que siempre le he dicho que era demasiado pronto, pensando en ti? —Sacudí la cabeza—. No, claro que no lo sabías, porque... soy una insensible que no siento ni padezco. ¿Es eso?

—¡No! —respondió ella con voz temblorosa.

—¿Entonces? ¿Como no soy romántica, no sé lo que es amar, ni que me amen? ¿O es que no soy lo suficientemente buena para él y quieres que Lucas tenga algo mejor? ¿Qué es, tía? Dímelo.

Ella se sentó sobre la cama sin despegar los ojos de mí.

—No sé qué decirte —susurró moviendo la cabeza.

—La verdad —respondí—. Soy capaz de entenderla, aunque pienses que sigo siendo una niña.

—Quiero que seas feliz, y deseo que Salmerón también.

—Pero no juntos

Ella agitó la cabeza.

—¡No es eso! ¡Al contrario!

—¿Qué es? —insistí—. No lo entiendo.

—No quiero que sufráis ninguno de los dos.

—Tú sabes porque no me llama, ¿verdad?

Asintió.

—No estaba segura de tus sentimientos, Valentina. Por eso le dijimos a Salmerón que no se acercara a ti. Que esperase a que fueses a declararte.

—¡Claro, y como yo le he pedido a Lucas una y mil veces que respete tus deseos, él lo está haciendo! ¡Bravo, tía! Eres un auténtico as a la hora de manejar mi vida.

—No quería interponerme entre los dos.

Ignoré su comentario.

—¿Has dicho dijimos? ¿Quién? —Negó con la cabeza, pero insistí—. ¿Ha sido Castillo?

Terminó por afirmar con la cabeza. Furiosa, salí del dormitorio y fui al
mío.

Capítulo 26

—Cariño, a ti no te gusta el fútbol —recordó Daniel a su mujer, mirándola con extrañeza.

—¡Sí que me gusta! —replicó ella—. Este verano, en el hotel, hemos hecho varias competiciones, y hasta me puse de portera en un par de ocasiones.

—Eran partidos entre niños. —Él se rascó la barbilla pensando en lo que podía estar tramando Silvia. Todos los partidos que veía en casa, él se sentaba frente al televisor, disfrutándolo, mientras que ella se ponía los auriculares para escuchar música o jugaba con sus hijos. Otras veces, los derbis importantes, salía a verlos con Lucas y un par de amigos más. Eso siempre y cuando Silvia no tuviese otros planes. Prefería estar mil veces con ella y los niños—. Cuéntame qué pasa, Silvia. No tendrá nada que ver con mi cumpleaños, ni nada ¿no?

—¿Tú cumpleaños? —Le miró muy seria—. ¡Ostras! ¡Cachi en la mar salada! ¿Cuándo es? —Fingió correr a mirarlo en el calendario y se llevó la mano a la cabeza—. ¡Es este fin de semana! —Se volvió hacia su esposo mordiéndose el labio inferior—. Tenemos que hacer algo.

—Prefiero que no hagas planes. Ese día he quedado para cenar.

Ella abrió unos ojos enormes.

—¿Cómo?

—Verás, Lucas y su chica, la pelirroja del periódico ¿Te acuerdas?

—La sobrina de la subinspectora. —Asintió—. Sí, me has hablado de ella.
—No podía decirle que la conocía.

—En este momento están atravesando una pequeña crisis. Y resulta que le dije a Lucas que tú y yo podíamos ir el domingo a buscarla al trabajo y luego irnos a cenar.

Silvia estuvo a punto de atragantarse. Aplaudió mentalmente a Lucas por su ingenio, pues ya no tenía que seguir pensando de qué modo atraería a Daniel hasta la fiesta de cumpleaños.

—Vale —respondió.

—¿Y ahora tú me vas a contar por qué quieres ir a ver el partido fuera de casa?

Ella suspiró.

—También tiene algo que ver con esa muchacha. —Daniel frunció el ceño y sus ojos verdes se oscurecieron—. No sé cómo, ha conseguido el número de teléfono de casa y llamó antes, cuando estabas en la ducha, para pedirte perdón por la brecha que te hizo en la cabeza. —«Me va a castigar Dios por mentirosa»—. Me habló de Lucas y me pidió que le llevase a ver el partido a un pub, por ahí he apuntado la dirección. Quiere darle una sorpresa, y no me he podido negar, aprovechando que los niños están con tu madre y que mañana tienes turno de tarde... Así también la conozco. ¿Qué dices?

—Tendré que llamar a Lucas.

—Gracias, Dani —Se sentó sobre sus rodillas y le atrapó los labios con su boca—. Te quiero tantísimo... —Él miró la hora con disimulo. Todavía le daba tiempo a jugar un poco con Silvia. Tendría que ser algo rápido y duro. Tal y como a ella le gustaba.

Hora y media más tarde entraban en un local decorado como las tabernas de antaño. Mesas de madera con sillas robustas, barriles de cerveza,

mostrador alto con base de piedra y, como no, una enorme pantalla de televisión.

Daniel había tenido que convencer a Lucas, que se había atrincherado en su casa y pensaba ver el partido solo. También había llamado a sus otros amigos para que hiciesen bulo.

Todos se dirigieron hacia una de las mesas que aún se encontraba vacía. Había bastante gente en el local y el ambiente, previo al derbi, era alegre y divertido, fiestero. Comprobaron que algunos vestían las camisetas de su equipo, pero que también había personas que llevaban los colores de los rivales. Iba a ser una lucha encarnizada, en el mejor sentido de la palabra.

Pidieron cervezas, que llegaron de la mano de un camarero en vasos grandes, acompañadas de patatas fritas y olivas.

A falta de cinco minutos para que comenzase el partido, una vez que lo hiciese, el camarero solo servía en la barra. Llegaron un grupo de jóvenes que se acomodaron tras ellos junto a unos barriles.

—Este partido lo vamos a ganar —susurró una voz alegre y sensual junto al oído de Lucas.

Él se tensó. Frunció el ceño al tiempo que se mordía el labio con una sonrisa. Hubiese reconocido esa voz en cualquier parte del mundo. La había echado mucho de menos esos días. Se volvió. Burlón, observó a Valentina con una camiseta rojiblanca y una bufanda con los mismos colores.

—Vais a perder —contestó él, con una sonrisa—. ¿Qué apuestas?

Ella se encogió de hombros con una mueca pícaro.

—No sé. ¿Qué quieres que apostemos?

Lucas extendió el brazo hacia ella y le cogió la cara acercándola a él. Olió su delicioso perfume de melocotón y mango.

—Si yo gano, me mostrarás la ciudad de Nueva York este verano.

Ella sonrió. Asintió.

—Si lo hago yo, te presentaré a mi tía formalmente.

Lucas escrutó su rostro, tratando de saber si el geniecillo estaba hablando en serio. Le hubiese gustado poder leerle los pensamientos. Ella se había ruborizado.

—Bien, trato hecho.

—¿Y si empatamos? —preguntó ella. Sus ojos azules brillaban.

Él soltó una enorme carcajada y agitó la cabeza.

—Pelirroja, no vamos a empatar —respondió convencido y prepotente.

Ella se espigó y frunció los labios con un fingido disgusto.

—De acuerdo, pero si empatamos...

—Nos casamos.

Valentina abrió y cerró la boca varias veces sin saber qué decir, parpadeando por la sorpresa. Cuando él vio su reacción, iba a asegurarle que lo había dicho en broma. Sin embargo, ella se le adelantó: —Primero, nos vamos a vivir juntos. Lo de la boda tengo que planearlo con cuidado, porque ya sabes cuánto me gusta organizar fiestas. Por supuesto, la nuestra tiene que ser la mejor. ¡Vamos, tiene que ser la hostia!

—¿Estás hablando en serio? —preguntó, conteniendo el aliento, en espera de la respuesta de Valentina.

Ella ladeó la cabeza, traspasándole con sus ojazos azules. Cautivándole.

—¿Tú no lo hacías?

—Sí.

—Yo también.

Muy despacio, Lucas se levantó de la silla. Observó el precioso rostro femenino, los refulgentes ojos zafiro que reflejaban su deseo, la embriagadora boca que lo volvía loco. Acarició la mejilla de Valentina con ternura, al tiempo que, con el otro brazo, rodeaba su cintura y la apretaba contra él. Ella temblaba. Su corazón latía a mil por hora.

—Ojalá que empaten —murmuro Lucas con voz ronca. La deseaba brutalmente. Y, si no hubiesen estado en un lugar público, la hubiera devorado por entero. Habría lamido cada rincón de su cuerpo. Inclino la cabeza y posó los labios sobre los de ella. Era dulce y cálida. Su sabor le arrastró como un trineo sin frenos. Profundizó más en ella hasta que sintió que toda su sangre bullía de calor.

Valentina le rodeó el cuello con ambos brazos, apretándose contra él.

—Hay algo que debo decirte, Lucas. No tengo ni idea de lo que te dijo mi tía o el imbécil de Castillo, pero, fuese lo que fuese, era mentira. He estado esperando que me llamas desde el domingo y al ver que no lo hacías, pensaba que... no querías nada conmigo ya.

—¿Sientes que te agobio? Si es así, yo...

—¡No! —Ella le miró a los ojos. Era sincera—. Mi tía es demasiado protectora... contigo. Quería comprobar que no fueras solo un capricho mío, y no te hiciese sufrir.

—Pues estaba consiguiendo lo contrario.

Alguien carraspeó. Sonó el silbato de que el partido había dado comienzo.

—¡Mira quién está aquí! —exclamó Daniel haciendo que la pareja se separase, no del todo, pero sí varios centímetros—. ¡Cuidado con la pelirroja! ¡Le das un zapato y te abre la cabeza!

Todos rieron. Valentina se ruborizó y le pidió perdón personalmente. Lucas la presentó a los amigos que no conocía y también a Silvia. Ambas simularon

no haberse visto nunca y se dieron un par de besos. Después, fue Valentina quien les presentó a sus amigas: Alba, su hermana y otra chica.

—Te he traído algo, Lucas —le dijo la pelirroja. Se dio la vuelta y sacó un paquete de regalo de debajo de donde había dejado las cazadoras—. Espero que te guste.

Él arqueó las cejas, extrañado. Tomó el paquete. Era blando y esponjoso. Con cuidado, comenzó a desenvolverlo, pero se dio cuenta de que Valentina resoplaba. Sabía que esa cursilada estaba siendo demasiado para alguien como ella. Al final, rasgó el papel y los ojos de un oso de peluche azul turquesa le miraron con fijeza.

—Apriétale la tripa —urgió ella, riendo.

Obedeció. Del peluche salió la voz de la pelirroja: «¿Quieres ser mi novio?». Por su tono, parecía que se estaba aguantando la risa, pero a él no le importó en absoluto. La miró sonriente.

—¿Has hecho tú eso?

La joven asintió y se encogió de hombros.

—Es una grabadora. ¿Te gusta?

—Mucho. —La vio ruborizarse. Pensó que debía aprovechar esa vena romántica del geniecillo porque era posible que lo viese en contadas ocasiones.

—También he puesto algo en mi estado de wasap.

Lucas comenzó a reírse. No podía creer que ella se le estuviese declarando de ese modo. Miró la aplicación y allí estaba el estado de ella, con un gran corazón. «Quiero poner un Geo en mi vida».

—Iba a decírtelo por vídeo, pero no soy nada fotogénica —musió, nerviosa. Ella estaba pasando muy mal rato, se lo notaba. La volvió a atrapar de

la cintura y la besó profundamente.

—Valentina, esto es lo más bonito que ha hecho nadie por mí.

Ella alzó la mirada hasta él. Las mejillas al rojo vivo.

—Pues espera y verás —susurró.

Lucas debió esperar al minuto cuarenta y cinco del partido para saber a qué se refería el geniecillo.

Entraron en el bar seis tipos vestidos de tunos que se dirigieron a Lucas, cantando *Me gustas mucho tú*.

—¿Qué te parece? —rio ella, escondiéndose tras su vaso de cerveza.

—¡Que es ñoño, de cojones!

Epilogo

No sé quién ganó el partido, la verdad. Sin embargo, ahí estaba yo, colocando mi ropa en el armario del dormitorio de Lucas. Y encima, haciéndolo a toda velocidad porque en unas horas, Daniel, Silvia y él, iban a pasar a recogerme a la torre, supuestamente para cenar. Pero claro, antes tenía que llegar yo que ellos o, de lo contrario, el cumpleaños volvería a darse cuenta este año, de que Silvia y su madre se la habían vuelto a liar.

Yo, al menos esperaba que fuese la última vez que tuviese que meter y sacar la ropa de la maleta. Porque estaba segura de que, con tanto ajetreo, hasta había perdido algo por el camino. Aparte de eso, es que estaba ya un poco hasta los mismísimos.

Al mirar mi ropa colgada en la barra, recordé a Soledad y sentí mucha lástima de ella. Lucas y Castillo me habían prometido que la iban a tratar bien. Habían hablado con su padre y este se había procurado un buen abogado que intercediese por ella. Para bien o para mal, seguía considerándola mi amiga.

Cerré la puerta del armario y, corriendo, me quité la bata. Sobre la cama tenía el vestido que me iba a poner. Al final, la temática iba a ser multicultural, o sea, como decía Silvia, que cada uno fuese vestido como le saliese de las narices. Yo iba a ir de organizadora de fiestas y ni hablar del peluquín de ponerme el idéntico vestido que usó Rita Hayworth en la película de Gilda, y que Silvia tan amablemente me había aconsejado que me pusiese e incluso me lo había prestado. Como mucho, aceptaba los guantes como animal de compañía; me los quité en cuanto me los vi puestos. No, no los aceptaba.

Me maquillé y me hice un moño sujeto con palillos chinos. Después,

cuando me miré en el espejo, agradecí que Lucas no estuviese porque, un rato sexi, con mi casi vestido negro con una corta falda de vuelo, mis tacones rojos, espectaculares, haciendo juego con mis labios y el color de mi cabello, sí que estaba. Me eché perfume y salí escopetada hacia mi lugar de trabajo.

Llegué a tiempo para recibir a Candela y ayudarla en lo que fuese surgiendo. El *catering* estaba listo, y los camareros, también. Los invitados fueron pasando y cogiendo sitio para esperar a Daniel.

A las siete, salí a hacer tiempo al vestíbulo. A Silvia se le antojó beber agua y le dije a Daniel de dónde podía coger una botella. Él entró todo confiado en el salón. Satisfecha, Silvia me regaló una gran sonrisa, aunque con el ceño fruncido y la barbilla me recriminó que no llevase el vestido de Gilda. Ella se había puesto un traje entallado azulón con una atrevida raja en la falda, sobre la pierna izquierda. Se fue detrás de su esposo y enseguida llegaron los gritos y las felicitaciones.

Sentí el abrazo de Lucas rodeándome desde atrás. Suspiré y le apoyé la cabeza en el pecho. Alargué la mano hacia atrás y le acaricié la mejilla. Me gustaba todo de él, incluso el movimiento de su garganta al tragar me parecía sexi y masculino.

—Estás preciosa —me susurró con los labios pegados a mi cabeza. Me puse colorada, pero él no podía verme. Sentí su cuerpo largo y atlético pegado a mi espalda.

—¿Te he dicho ya que te amo, Lucas?

Él tardó en responder. Cuando lo hizo, su voz sonó afectada y ronca.

—No.

Me giré entre sus fuertes brazos buscando sus preciosos ojos pardos. Advertí que los tenía brillantes de lágrimas. Él vestía un elegantísimo traje que le quedaba magnifico en su cuerpo.

—¿Por qué...? —le pregunté, preocupada.

Él se pasó la lengua sobre los labios, humedeciéndolos. Apartó la vista de mí durante unos segundos, asintiendo. Después, me miró.

—Estoy emocionado. ¿No puedo estarlo?

Sonreí. En otra ocasión le habría contestado que era raro, raro, raro. Pero no lo hice. Porque a mí, su amor, también me emocionaba. Era tan tierno algunas veces que me llenaba el corazón de orgullo. Puede que el prototipo de hombre más definido fuese el de un tipo duro que no expresase sus sentimientos, sin embargo, Lucas me sorprendía porque no ocultaba nunca lo que sentía. A veces podía ser un bruto, es cierto, pero también era humano, empático, y con un montón de emociones. Y yo adoraba eso.

—Te amo —volví a decirle. Tampoco sonaba tan mal decirlo en alto, reconocí. No, sí al final me iba a gustar y todo.

—Te amo, pelirroja —contestó él, besándome apasionadamente.

—¿Se puede? —La voz de mi tía nos sorprendió e hizo que nos separásemos deprisa. ¡Pero bueno! ¡Que no podía estar yo con mi novio haciendo lo que me diese la gana!

Lucas y yo la miramos, preocupados. Venía acompañada de Castillo.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunté, colapsada.

—Estamos en la lista —respondió mi tía agitando una mano.

—¡Qué coño en la lista! —exclamé frunciendo el ceño—. ¡En la cama tenías que estar, recuperándote del todo!

Lucas cogió el brazo de mi tía y apoyó la mano en el hombro de Castillo. Me miró arqueando las cejas:

—¿Vienes, o te vas a quedar lanzando palabrotas toda la fiesta?

Sonreí divertida y agité la cabeza.

—No, ya no puedo decir más. Ahora estoy trabajando. —Como vi que seguían caminando hacía la sala sin hacerme caso, me crucé de brazos—. Lucas ¿te he contado ya que he hablado con Adriano Capuletto?

Él se detuvo y, con unas largas zancadas, llegó hasta mí. Me rodeó la cintura con un brazo y me hizo caminar hacia el lugar por donde había desaparecido mi tía y Castillo.

—No. Pero te aseguro que vas a tener todo el tiempo del mundo para hacerlo.

Fin

Nota de autora

Si quieres conocer la historia de Cristina y Adriano Capuletto, puedes leerla en la *Antología de relatos románticos. Navidad 2018*, publicada por Selecta. La descarga de la antología es gratuita y está disponible en distintas plataformas digitales.

Aquí tienes un adelanto del relato:

Feliz año Nuevo

Otra vez se acercaban las Navidades y Cristina rememoró las últimas que había pasado. De nuevo, volvió a acordarse de Adriano Capuletto, el hombre siciliano que la había vuelto completamente loca de amor y de pasión. Un hombre en el que había confiado nada más conocerle. ¿Cómo era posible que no se hubiese dado cuenta de que Adriano era un famoso actor en Estados Unidos?

Ella, que había disfrutado entre sus brazos, que había paseado de su mano por los nevados senderos de Nápoles, se convirtió, sin saberlo, en el pasatiempo del actor. Si no hubiera sido porque alguien, una mano benigna, le hizo llegar una revista en la cual él había anunciado antes de irse a la isla, que se casaba con una bella modelo, Cristina habría seguido en la ignorancia hasta el final, pensando que, un momento antes de regresar a España, le declararía su amor verdadero.

¡Estúpida! Un hombre que lo tenía todo ¿Por qué se iba a fijar en ella? ¿En una simple camarera que por primera vez había salido de su país para pasar unas relajadas vacaciones de invierno?

Por supuesto, Cristina se enfadó y decepcionó tanto al enterarse, que se marchó de Nápoles sin despedirse de él. Tan solo atesorando los hermosos recuerdos. ¿Qué otra cosa podía hacer después de sentirse engañada y traicionada?

Creó que se olvidaría de él al comenzar de nuevo su rutina. No fue así. Había sido imposible relegarle a un rincón de su mente. Sus ojos de un azul profundo, sus cabellos negros como el tizón y su impresionante cuerpo la perseguían cada día, recordándole cuánto le había amado en tan poco tiempo. No había vuelto a saber de él, no había querido hacerlo y evitaba toda clase de noticias que proviniera de la prensa rosa o cualquier artículo cinematográfico.

Aquel año, Cristina se había propuesto no salir y agotarse durante las fiestas. Cuanto más entretenida estuviera, menos tiempo tendría para pensar en él y, por suerte, el local donde trabajaba organizaba una gran cena para final de año. Llevaban preparándolo con unos meses de antelación.

—Será fiesta de etiqueta —advirtió la organizadora del evento, apretándose la cola de caballo con firmeza—. Os quiero a todos con uniforme y bien vestidos. Cristina —advirtió muy sobria—, nada de familiaridad con los clientes, ni sonrisas, ni...

Agradecimientos

A todos aquellos que siguen confiando en mí.

A mi editora, Lola Gude; a mis compañeros de editorial; a los diseñadores de portadas, correctores y a todos los que conforman Selecta, de Penguin Random House. Gracias por todo.

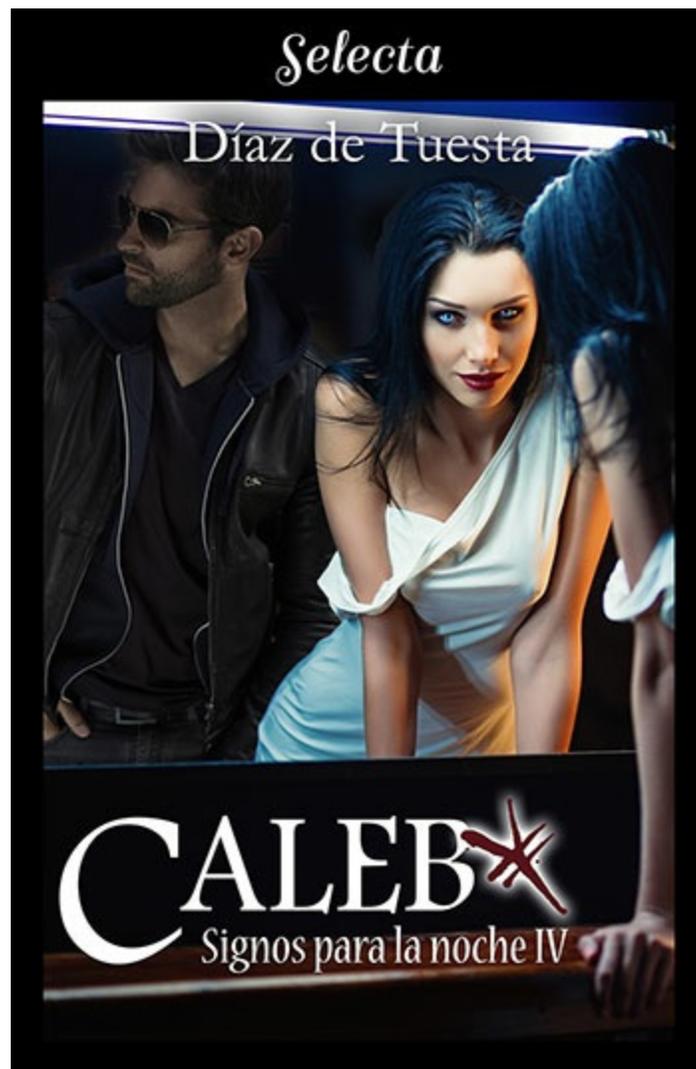
Si te ha gustado

Pon un geo en tu vida

te recomendamos comenzar a leer

Caleb

de *Díaz de Tuesta*



Capítulo 1

El hechicero dibujó un círculo alrededor de la tumba y una tempestad se desató. Alzó los brazos al cielo y comenzó a cantar frases en una lengua que no era humana. Los búhos comenzaron a volar de todos los árboles. Las estrellas se ocultaron detrás de las nubes. La lápida que cubría la tumba comenzó a moverse y se abrió paso hacia la superficie. En el hoyo de la tumba, el anciano tiró varias yerbas diferentes mientras seguía murmurando con los ojos en blanco. Un viento rápido y helado salió del sepulcro al mismo tiempo que cientos de gusanos escalaban la tierra con rapidez. De pronto las nubes se apartaron y la luna bañó la sepultura vacía. Sobre ella, el hechicero vertió sangre fresca contenida en una calavera y exclamó:

—Bebe, tú que duermes, bebe esta sangre caliente para que tu corazón pueda latir otra vez.

DEJAD A LOS MUERTOS EN PAZ, de ERNST SALOMO RAUPACH

1

Primera Noche.

Oscuridad. Nada más.

Segunda Noche.

Oscuridad. Sin embargo, había cosas que empezaban a superponerse a las sombras. Movimientos. Olores. Gritos.

¿Qué haces aquí? ¡Te dije tres, tres noches!

¡No he podido esperar! ¿Te sorprende?

Algo la impulsaba a despertar, pero el Sueño Negro era poderoso y también los Cánticos de la voz que la guiaba.

Tercera Noche.

Oscuridad. Repentinas imágenes, explosiones de formas y colores que surgían y se desvanecían casi simultáneamente, sin tener en cuenta su voluntad de examinarlas.

Oyó los Cánticos, el ladrido de un perro, trinos de pájaro y, más tarde, el golpear de la lluvia sobre la hierba. Olió la tierra húmeda, se empapó con ella, y, aunque le provocaba una sensación agradable, comprendió que el agua ya no era suficiente.

Por encima de todo, empezaba a despertarse la *Sed*.

Cuarta Noche.

Oscuridad.

¡Laura!

Laura, Laura, Laura, Laura..., susurró el eco.

¡Ven a mí!

Todo su ser se convulsionó y acudió en respuesta, aunque no supo, no entendió por qué. No tenía obligación de responder, ni identidad para asumir la llamada, ni deseo alguno de hacerlo. Dejó el cálido, confortable abrazo de la tierra que la había sepultado, y se agitó en el aire, bajo la negra noche, bajo la blanca luna.

Era niebla, niebla que se riza y se estira, que dibuja líneas rectas y curvas, niebla que susurra y contempla.

Y, un momento después, ya no lo era.

Estaba en un jardín, junto a una casa, muy cerca de los restos mohosos de una fuente rota. Se encontraba de pie sobre una tumba, un montículo de tierra que ocultaba un profundo agujero, pero no sintió ningún temor supersticioso; en realidad, al principio, no *sintió* nada excepto, quizá, sorpresa por haber

acudido, por estar allí. Frente a ella, había dos figuras, dos hombres.

Más que verlos, los *olió*, percibió sus torrentes sanguíneos con inusitada fuerza. En uno de ellos, el que llevaba bastón, era frío, apagado, pero en el otro, resultaba enormemente cálido, arrebatador, lleno de vida.

Laura avanzó hacia este último, desdeñando al primero, sonriendo con unos labios resecos y cuarteados. Quería beber, beber eternamente, continuamente, tomar de él lo que ella ya no tenía.

—Cuidado —dijo el otro, y reconoció la voz, la que cantaba en susurros. Vaciló un segundo, pues algo le dijo que aquel hombre era su Hacedor, su Padre, su Amo, aquel cuyas directrices debía seguir. Lo sabía, lo sentía muy dentro, pero la *Sed* era superior a la curiosidad, incluso al respeto, y siguió avanzando hacia su víctima.

Se sorprendió al comprobar que ya estaba junto a él, y más al descubrir que sonreía, esperanzado.

—Me ha reconocido —susurró el hombre, acariciando tentativamente su mejilla. Laura sonrió. Y, de pronto, sin pensarlo, sin planearlo, se alzó sobre las puntas de sus pies, para alcanzar aquel cuello en el que pulsaba seductoramente una vena, una fuente, un intenso deseo...

—¡No! —Sus colmillos apenas rasgaron la piel, antes de que unas manos como garfios la aprisionaran por los brazos y la arrojaran al suelo. Se revolvió furiosa y se lanzó otra vez sobre ellos, tratando de sortear al primero para alcanzar al segundo, pero fue inútil, volvió a atraparla—. ¡Márchate, Mikel! —gritó el que la sujetaba—. ¡Vete de aquí, ahora mismo, y no vuelvas si no te llamo!

El otro, retrocedió, trastabillando.

—¡Qué horror! ¡Qué horror! —no dejaba de decir.

Ella lanzó un alarido desgarrador al ver cómo se alejaba hacia la casa,

llevándose con él toda su cálida, cálida, cálida sangre... Al cabo de unos segundos, se oyó el sonido de un motor.

El hombre que la sujetaba volvió a arrojarla al suelo, lleno de furia. Alzó el bastón como si fuera a golpearla, pero la línea oscura se convirtió en un deslumbrante rayo dorado que le dañó los ojos y la obligó a retroceder hasta agazaparse como un animal, ocultando la cabeza entre los brazos, temblando de forma incontrolable.

—¡No! —gritó él—. ¡Ni lo sueñes! ¡Lo tienes prohibido! ¡Lo tienes absolutamente prohibido! —«¿El qué?» La imagen de una botella con un líquido ambarino pasó por su mente, pero no había nada en ella que la atrajese, y si algo recordaba era que las prohibiciones siempre resultaban dolorosas. ¿Qué quería, qué buscaba enseñarle? No conseguía entenderle y eso la asustaba más de lo que la aterraba la amenaza de aquel rayo—. ¡Recuérdalo, Laura, recuérdalo en todo momento, porque si desobedeces, volveré a esgrimir la Espada de Oro! —seguía diciendo él—. ¡Te lo juro!

La luz desapareció, pero ella no se atrevió a levantarse. Siguió tumbada sobre la hierba, encogida sobre sí misma, estremeciéndose una y otra vez mientras gemía quedamente, como un perrillo asustado. Supuso que, si se estaba lo suficientemente quieta, el hombre se olvidaría de ella y se iría, y así podría explorar aquel mundo tan nuevo; pero el hombre no se fue.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

Ella tembló, el rostro clavado en la tierra húmeda, en la hierba que olía de una forma que no recordaba... ¿Por qué preguntaba aquello? ¡Él conocía la respuesta! ¡Tenía que saber que ella carecía de nombre! Era un ser nuevo y mágico, barro por moldear. Era una inmensidad de posibilidades cambiando continuamente. El hombre hincó una rodilla en tierra, a su lado, y la cogió por el pelo, obligándola a alzar la cabeza para mirarle.

Antes, no se había fijado bien en su rostro, no se había fijado en nada que

no fuera aquel embriagador torrente que había palpitado en el otro individuo. Ahora, tuvo la sensación de conocerle, de haberle visto una vez, en un sueño, un sueño muy profundo...

La estrella gira y gira, escondida en sus formas...

Creó haber hablado en voz alta, pero no podía ser. No se había oído, y él parecía seguir esperando una respuesta. Sorprendida, se encogió de hombros.

—Eres Laura —dijo él, entonces—. Laura Mendizabal, pero yo puedo cambiarlo, puesto que eres mi Criatura. —Guardó silencio, mucho rato—. Te llamaré Laura. Repítelo. Laura.

—Lau... ra —dijo ella, obedeciendo con esfuerzo. Su voz surgió como un lamento que proviniese de un pozo en el que no hubiera debido haber nada capaz de hablar. Él asintió.

—Eso es. Muy bien. Yo soy Caleb. No es necesario que lo repitas. Sé que lo recordarás. En las próximas horas, vas a odiarme a conciencia.

Tenía razón. Caleb se convirtió en el prototipo de ser molesto aunque, durante el primer par de horas, mientras examinaba el pequeño jardín y el interior de la casa al que la condujo al cabo de un tiempo infinito, apenas fue consciente de su presencia. Luego sí, no pudo evitarlo. Laura quería caminar sin rumbo fijo, correr libremente por el campo, seguir el camino para descubrir lo que había al otro lado de la línea del horizonte, pero Caleb le dijo que no podía abandonar la casa y permaneció muy cerca, vigilándola con expresión sombría, sin perderla de vista un solo instante.

Aun así, Laura, que se olvidaba de él y de sus órdenes continuamente, estuvo a punto de salir varias veces, vagando sin auténtica voluntad, deslizándose como en un sueño hacia la puerta de la cocina. Lamentablemente, en cada ocasión, Caleb apareció de la nada y lo evitó, con la paciencia y la actitud de un pastor que se enfrenta a una oveja especialmente terca.

—No —se limitaba a decir, girándola hacia el interior.

Enfadada, pero incapaz de mantenerse concentrada más de dos segundos en la misma cosa, se olvidó momentáneamente del exterior y pasó el tiempo registrando a fondo los mil rincones del *baserri*, y persiguiendo a un *sagutxu*[1] por el suelo de la cocina, aunque, cuando por fin lo cazó, Caleb la obligó a liberarlo.

Estaba amaneciendo. La luz no le gustaba, pero podía soportarla. Se llevó una mano al estómago.

—Tengo... hambre —dijo. Caleb asintió, abrió una bolsa y sacó una barra de pan, y una tartera. Dentro, había una tortilla de patata, y pimientos verdes fritos. Sacó también un termo.

—Come. En el termo hay agua. —Ella negó con la cabeza.

—No. No quiero... eso.

—Pues te aseguro que no vas a tener otra cosa, así que come.

—No. Quiero irme —insistió, aunque en esta ocasión, motivada por el hambre, se puso en pie y, consciente de que iba a iniciar un enfrentamiento, se dirigió a la puerta. Como en las ocasiones anteriores, Caleb se levantó rápidamente, se interpuso en su camino, y se cruzó de brazos, dejando claro que no iba a consentirlo—. Quítate de ahí. Quiero irme. Tú no me gustas.

Él se echó a reír, sin ninguna alegría.

—Ya me lo imagino. Pero, aunque pretenda pegarme a ti como una lapa, esto no es una cita romántica, amor mío. Si no te gusto, lo único que tienes que hacer es no mirarme. ¿Está claro?

Laura se enfadó. Estaba harta de él, de sus órdenes y de su prepotencia. Algo en su interior le dijo que, si era lo suficientemente fuerte, no tenía por qué consentirlo, ni por qué soportarlo. Su cuerpo se convulsionó, en una súbita oleada de rabia y poder. Notó sus largos colmillos, pinchando su labio inferior.

—Déjame salir.

Caleb la miró con cara de pocos amigos.

—Laura, vuelve a la mesa. Y guarda esos colmillos. No quiero volverlos a ver hasta que *yo* te diga que puedes mostrarlos.

Laura no le tenía miedo. En esos momentos, se sentía tan poderosa que nada ni nadie hubiera podido asustarla. Irguió la espalda y puso las manos en la cintura.

—¿Y qué harás, si no?

Él rio secamente ante el reto implícito en sus palabras y en su gesto, y le mostró un puño.

—Te los romperé de un puñetazo.

Estuvo a punto de lograrlo. Se lanzó a por él y sus dientes chasquearon a pocos milímetros del cuello del hombre, pero Caleb se movió con rapidez, la sujetó por los brazos y la empujó hacia atrás con tanta fuerza que la arrojó al suelo. Laura se levantó de un salto e intentó atacarle de nuevo. Esta vez, sin embargo, Caleb la vio venir y estaba preparado.

La rechazó con una fuerte bofetada.

Laura cayó de nuevo al suelo y ya no tuvo fuerzas para levantarse. La mejilla le ardía. Se echó a llorar, sintiéndose atrapada.

—¡Eres... eres horrible! —exclamó, ocultando el rostro entre las manos.

—Levántate.

—¡No quiero! —Le miró, llena de veneno, con las mejillas cubiertas de lágrimas—. Te odio.

Caleb cerró los ojos, suspirando. Luego, con movimientos lentos y controlados, se acercó a ella, la levantó del suelo por la fuerza y volvió a sentarla a la mesa. Una vez allí, le acercó el plato con un gesto seco.

—Come —dijo.

Laura aceptó hacerlo dos horas más tarde, cuando sentía tanto apetito que se decidió a intentarlo. Hizo una mueca de desagrado mientras masticaba a dos carrillos un gran trozo de tortilla. Aquello le calmaba el hambre, cierto, pero carecía de sabor.

—Ya lo sé —asintió él, que se había preparado un bocadillo. Miró pensativo el extremo de un pimiento que sobresalía por un lado—. No es... suficiente, pero sí es necesario para mantener las fuerzas. No me preguntes cómo ni por qué. Supongo que tendrá algo que ver con la necesidad de un... *combustible* desde el que poder seguir generando magia, la magia que nos mantiene con vida pese a todo, pero no puedo darte una respuesta segura. Hay muchas cosas que desconozco, porque nunca llegué a aprenderlas. —Dudó—. Algún día, si conseguimos superar esta fase sin destruirnos mutuamente, te contaré la razón de que sea así. —Dio un mordisco al bocadillo—. Come.

Ella no le había escuchado. No quería comer aquello, ni hacerle preguntas, ni estar allí. Solo quería irse. Estaba pensando que quizá no se lo había pedido con la debida corrección. Al fin y al cabo, aquel hombre aseguraba ser su Padre y su Señor, y sabía que era cierto. Él la había creado y la había dotado de un nombre, y eso debía significar algo.

—Déjame ir, por favor —dijo, esforzándose en mostrarse respetuosa.

—¡No! —Caleb dio un puñetazo en la mesa, sobresaltándola y derribando el termo. Ni siquiera lo miró, y dejó que el agua se derramara y cayera al suelo. No parecía enfadado, pero Laura tuvo miedo de sus ojos—. Basta. Ni siquiera lo vuelvas a sugerir. No hagas que me arrepienta más de lo que ya me arrepiento, Laura. Que estés aquí contraviene por completo todas las normas que me fueron inculcadas, no tenses demasiado la cuerda. No te he creado para que rondes por los senderos.

Laura contempló el agua caída, sintiéndose muy miserable...

Minutos después, sentada en el suelo, disfrutaba feliz de un divertido charco de agua que se había encontrado por casualidad entre las patas de la mesa, y con el que podía jugar a inundar las telas de araña, rebosantes de insectos muertos, que pendían de las juntas del mueble.

2

Llovió a lo largo de todo el día. Laura pasó el tiempo atormentando a una familia de gordas arañas que encontró tras un viejo sofá del salón y rascando con auténtico entusiasmo las ranuras del suelo de madera, repletas de grandes tesoros acumulados durante siglos.

Luego, al anochecer, cuando llevaba ya un buen rato sentada en una vieja mecedora que había arrastrado hasta la cocina, contemplando melancólicamente el jardín a través de la sucia ventana, Caleb se ablandó y la dejó salir un rato, aunque advirtiéndole que no quería que se separara más de tres metros de él.

Se les unió *Moloc*, que carecía por completo de torrente sanguíneo, y que la ayudó a escarbar un agujero en la tierra húmeda, buscando lombrices. Laura las alineó metódicamente a un lado, para llevárselas luego a la casa y seguir jugando con ellas, pero *Moloc*, incapaz de estar quieto, terminó aplastándolas con sus patas, y Caleb no la dejó quedarse con sus restos, a los que calificó de *semejante porquería*.

Laura, tremendamente compungida, se negó a probar el vaso de leche y las galletas que le puso delante a medianoche.

—Tómatelo, y te prometo que mañana daremos ese paseo hasta el horizonte —le prometió él, y la idea le pareció tan fascinante que Caleb tuvo que ordenarle que comiera las galletas de una en una o, a lo máximo, de dos en dos. Luego, sin decir nada, la condujo escaleras arriba y extendió un saco de dormir azul oscuro en el áspero suelo de una habitación que no recordaba, pero que no le resultaba totalmente desconocida.

La ventana estaba cerrada; aun así, Laura supo instintivamente que había un bosque en el paisaje que podía verse al otro lado. «Me gusta mucho tu tierra, Laura», había dicho Caleb, hacía mucho, mucho tiempo, sentado en su amplio alféizar.

Se sorprendió al recordar que, entonces, le quería.

—Yo he estado aquí, antes.

Caleb arqueó una ceja.

—¿Lo recuerdas?

—No. —Un beso, un beso extraño, extraño y sincero, bajo la noche. Cambió el peso del cuerpo de un pie a otro—. Tú me besaste.

Los ojos de Caleb titilaron. Abrió la boca para decir algo, pero, finalmente, esquivó el tema. Hizo un gesto evasivo, señalando el saco.

—Duerme. Te despertaré por la mañana.

Laura se removió, inquieta. Intuía que esa orden iba contra las leyes naturales que ahora la regían.

—No tengo sueño. Prefiero la noche. —Sonrió, feliz por haber podido expresar con tanta claridad sus pensamientos. Un segundo antes, no lo hubiera creído posible—. Dormiré de día.

Caleb negó categóricamente con la cabeza.

—No. Por la noche, la *Sed* es mayor y eso es peligroso. Para poder resistirla, tendrás que vivir de día y dormir de noche, al menos al principio. Métete en el saco y cierra los ojos.

Le costó un buen rato convencerla y si al final accedió fue porque se dio cuenta de que él estaba perdiendo la paciencia. Miraba continuamente su reloj de pulsera. «Se tiene que ir», comprendió de pronto, y simuló obedecer. Cerró los ojos, actuando astutamente, como una niña que esperase a que sus padres

se fueran de la habitación para volver a encender la luz y poder seguir leyendo...

Caleb estuvo todavía mucho tiempo por allí, y luego por el piso de abajo, recogiendo cosas y hablando en un quedo murmullo, probablemente con *Moloc*, porque no recordaba que hubiese nadie más en la casa. Incluso volvió a subir un par de veces para comprobar que ella seguía dentro del saco, inmóvil.

Tardó tanto en marcharse, que Laura estuvo a punto de dormirse realmente, pero se despejó por completo cuando oyó el débil sonido de la puerta y sus pasos por el camino, aunque se interrumpieron mucho antes de que le hubiese dado tiempo a llegar a la verja.

Contuvo el aliento, entusiasmada, y contó hasta diez, para darse un margen de seguridad; pero, mientras lo hacía, recordó que sabía contar hasta veinte y lo hizo, y así poco a poco alcanzó el cien, y el quinientos, y el mil, y el cinco mil, porque los números se deslizaban imparables uno tras otro, fascinantes, nuevos, misteriosos, siguiendo una secuencia que había resultado infalible a lo largo de siglos y siglos que también podían contarse.

Imaginó sus formas, sus trazos perfectos, su sentido. Pensó en todas las infinitas cosas que incluso ella era capaz de numerar, en los cálculos que volvían exactas las distancias, en las fórmulas que permitían intuir y afirmar verdades absolutas...

El viento azotó con fuerza los postigos y rompió el hechizo. Laura se estiró perezosamente y salió del saco de dormir con la idea de bajar las escaleras, comprobar que estaba sola y marcharse cuanto antes de allí, no fuera a regresar Caleb, pero se olvidó de todo en cuanto pisó los primeros escalones. Como consecuencia de ello, estuvo mucho rato recorriendo la casa, descubriendo fascinantes rincones que aún no conocía.

Solo mucho después, sintiendo que indudablemente había algo que estaba

haciendo mal, pero sin recordar exactamente qué y sin querer detenerse a descubrirlo, se dirigió a la puerta trasera, la que conducía al mágico mundo del jardín.

No estaba cerrada con llave, aunque ni siquiera se le ocurrió esa posibilidad cuando giró la manilla. La puerta entera crujió al abrirse y levantó una nube de polvo. Allí, al otro lado del umbral, estaban la noche, el jardín, la fascinante fuente rota... y *Moloc*. Nada más verla, empezó a ladrar, enloquecido.

—¡Chist! ¡Calla! —le pidió, cerrando rápidamente—. ¡Calla!

En su mente, se formó el rostro de Caleb, prohibiéndole que abandonase la casa. Lo vio con tanta nitidez que, durante un segundo, creyó tenerle delante, e incluso alzó instintivamente una mano para defenderse de un posible golpe porque recordó que la había abofeteado en otra ocasión, cuando intentó atravesar esa misma puerta, pero para su sorpresa no era más que una imagen y no tardó en desvanecerse.

Desconcertada, incluso llegó a preguntarse si Caleb había existido realmente, en algún momento. Quizá no... pero se inclinaba a pensar que sí porque, fuera, *Moloc* seguía ladrando.

—¡Cállate, *Moloc*! ¡Cállate! ¡No iba a ningún sitio, de veras!

Los ladridos se detuvieron. Ella buscó, buscó y tenía una mente astuta. «Perro tonto», pensó, riendo, corriendo, atravesando a toda velocidad la cocina y el salón para alcanzar la puerta delantera, pero cuando la abrió, *Moloc* también estaba allí, ladrando desaforadamente.

Laura cerró. Una alarma lógica que no sabía que tuviese, se disparó de improviso. «Imposible. Imposible. No ha podido darle tiempo». Los insistentes ladridos le confirmaron que, en cualquier caso, allí estaba.

Laura volvió a la cocina y se sentó en el suelo, donde contuvo las lágrimas mientras suspiraba entrecortadamente. ¡Estaba siendo objeto de una enorme,

terrible, tremenda injusticia, estaba prisionera en un sitio espantoso, sin saber cómo ni por qué, pues no recordaba haber hecho nada *realmente* malo, nada que mereciese un castigo semejante!

Por suerte, no tardó en animarse, al considerar que no era culpa suya y que debía haber algo maravilloso en aquel mundo que todos querían evitar a toda costa que viera. ¡Malditos! ¡No se saldrían con la suya! Estaba totalmente decidida a verlo y recorrerlo de extremo a extremo, en absoluta libertad.

Se acercó de nuevo a la puerta.

—*Moloc*... —llamó, con suavidad. *Moloc* no ladró, pero gruñó ominosamente. Laura entreabrió, y el perro olisqueó la ranura—. *Moloc*, vamos, no seas así. —Sacó un dedo y le acarició la nariz. Eso pareció gustarle—. ¡Pero si no voy a ir a ninguna parte! ¡De verdad que no! ¡Lo que pasa... lo que pasa es que me aburro! ¡Entra a jugar conmigo, por favor!

El perro la miró fijamente, con aquellos ojos tan negros y sabios, y luego golpeó en el umbral con una pata. Laura abrió del todo y él entró con la lengua fuera, moviendo alegremente el rabo pero sin perderla de vista, como si intuyera que tras toda aquella amabilidad podía esconder una trampa.

Laura le abrazó con fuerza y dejó que le lamiera el rostro, riendo cuando le hacía cosquillas. Estaba tan contenta de contar con su compañía que incluso olvidó otra vez su intención de abandonar la casa y se limitó a divertirse.

Jugaron un buen rato, causando algunos destrozos en el viejo mobiliario y grandes desgracias entre la vida inferior que compartía con ellos la casa. En un momento dado, como *Moloc* no parecía entender otro idioma, Laura decidió ladrar también, y el perro pareció tan sorprendido al escucharla, mirándola con las orejas levantadas, que no pudo evitar un ataque de risa y se retorció entre carcajadas en el suelo, feliz de estar allí con él.

Pero luego, mucho más tarde, cuando *Moloc* estaba ocupado, intentando inútilmente agrandar el agujero por el que había desaparecido un ratón, quizá

el mismo al que Caleb había perdonado la vida hacía ya tanto tiempo, Laura recordó el mundo del exterior. Fue una visión fugaz de cielo nocturno, piedras rotas y lombrices aplastadas, todo ello fascinante y misterioso, intensamente aromático...

Sin pensárselo un solo instante, se incorporó, corrió rápidamente hacia la puerta de la calle y en un segundo se encontró fuera. Cerró tras ella con un golpe sonoro.

—¡Perro tonto! ¡Perro tonto! —cantó, saltando eufóricamente por el sendero, contenta, sin hacer caso de sus ladridos. Sentía un júbilo increíble, una sensación ciertamente grandiosa, aunque estuvo a punto de perderla al pensar otra vez en Caleb. Por su culpa, experimentó algo que calificó como miedo cuando atravesó la verja, los límites de lo prohibido, pero estaba tan emocionada que no le costó ningún esfuerzo apartar de su mente aquel desagradable pensamiento.

Era libre, libre. Y, en un mundo tan grande, tan lleno de direcciones, de cruces, de grandes y pequeños rodeos y de rincones secretos, nadie podría encontrarla jamás, nadie. Ni siquiera él.

Descubrió un camino, un sendero de tierra húmeda, blanda, lleno de charcos y misteriosos recodos, que serpenteaba entre los árboles, y lo siguió entusiasmada, caminando alegremente, sin dejar huellas en el barro ni aromas en el aire. Se sentía intrigada por descubrir adónde conducía, aunque a ratos lo olvidaba por completo. Iba deteniéndose cada poco tiempo, atraída por un objeto o un sonido especialmente interesantes que ocupaban toda su atención.

Se desgarró las manos intentando escalar un árbol del que se cayó dos veces, pero no sangró, ni le dolió especialmente, porque, cuando no pensaba en ello, caía de otra manera, con suavidad, como las hojas arrastradas por la brisa...

Para entonces, había olvidado totalmente la casa, y a Caleb.

El camino seguía y seguía, y ella siempre había estado allí.

3

—¿Se encuentra bien, señorita? —le preguntó una voz, sobresaltándola.

Laura estaba acuclillada junto a un canal de desagüe, viendo cómo caía la pequeña cascada, arrastrando con ella toda clase de maravillas. Asustada por la voz, giró sobre sí misma y vislumbró la silueta de un hombre, recortada contra el resplandor nocturno del cielo, plagado de estrellas. Su primer impulso fue el de salir corriendo, pero su miedo desapareció, se desvaneció totalmente, cuando percibió la cercanía, el aroma, de la sangre.

Sonrió y se puso lentamente en pie.

La silueta pertenecía a un joven, un muchacho de pelo muy rizado, vestido con una pelliza y pantalones de pana ancha. «Debe hacer frío», pensó de pronto y se miró confusa los restos del sucio camisón, que se agitaban continuamente, movidos por la brisa nocturna, igual que su larga melena. No sentía nada.

El joven la miraba, parecía esperar una respuesta. ¿Cuál había sido la pregunta? Buscó y buscó inútilmente. Tuvo un recuerdo, un ondular de cortinas y un hombre dormido en un sofá, tapado con una chaqueta gris. Su rostro le resultó muy conocido. Y había algo más... Un bebé.

Laura se llevó las manos al vientre.

—Mi niño... —susurró, sintiéndose muy triste—. He perdido a mi niño...

—¿Su niño? —La expresión del joven acentuó su desconcierto. Miró hacia el desagüe y a ambos lados del camino, tratando de distinguir algo en las sombras—. ¿Ha perdido un niño por aquí, a estas horas?

—No. Aquí no... —aseguró, aunque no conseguía recordar dónde había sido. Una baldosa blanca. Una botella roja. Miró en todas direcciones, pero no

la encontró y era muy importante que la encontrara antes de que... ¿Qué? ¿Quién? ¿Por qué? Jadeó, llena de angustia. Nada de eso importaba. Esta vez, lo sabía. Tenía que llegar a tiempo de romperla.

—Entiendo.

El joven entrecerró los ojos y Laura comprendió que pensaba que estaba loca. Probablemente era cierto porque, durante un momento, se vio en la habitación del psiquiátrico y cuando consiguió regresar ya no recordaba lo que había estado buscando. Solo quedaba la angustia, y el recuerdo de un bebé que la miraba como si fuera el centro del mundo. Y una cuna vacía...

Se sorprendió al descubrir que el desconocido seguía a su lado.

—Vamos, venga conmigo —ofreció, amablemente, cogiéndola por un brazo. Tenía manos grandes, dedos largos, y llevaba guantes de piel muy clara, muy suave. Más que sujetarla, acariciaron su piel—. La llevaré a algún sitio, para que tome algo caliente y pediremos que nos ayuden a buscarlo. No se preocupe, lo encontraremos. Será fácil.

Pero Laura había empezado a llorar, porque le costaba recuperar los recuerdos, pero no las emociones, y aquella era muy intensa, la más poderosa de cuantas había sentido desde que dejara de ser niebla, desde que despertara en el mundo mágico del sendero. «Vamos, no llore», pidió él, intentando consolarla. Le dio un par de golpecitos en el hombro y luego la estrechó con ternura. Ella le abrazó, apoyando la mejilla en su pecho. Su corazón estaba muy cerca.

Tam tam.

Tam tam.

Laura deslizó hacia arriba la cabeza, balanceándose al ritmo de aquel fuerte latido, sensual, hipnótico, arrebatador, un sonido que hablaba de Cazadores y Presas, de Muerte y Alimento, del derecho de las razas superiores. Sintió la garganta reseca y, sin que él se diera cuenta, sin que *ella*

se diera cuenta, sus colmillos crecieron y crecieron. Su rostro estaba junto a su cuello, cuello terso, vibrante y, un segundo después, el hombre gimió.

Fue un quejido leve, lleno de sorpresa, pero también de absoluto deleite. La estrechó con firmeza entre sus brazos, la oprimió contra su pecho y ella se sintió inundada por el sabor de la sangre.

De haber tenido que describir ese momento, hubiera hablado de lo que era como encontrarse de bruces con un manantial de abundante agua, fresca y cristalina, en medio del desierto, o de lo que debía ser sentir el calor de una hoguera en los gélidos páramos del Polo Norte. No era exactamente eso, pero debería servir, porque no había palabras, al menos humanas, que pudieran explicarlo correctamente, y no solo porque no tenía nada que ver con el calor, o con el frío.

Era satisfacer una necesidad, una terrible, agónica, necesidad. Un hambre que ningún humano podía llegar a conocer o sufrir, por lo que no necesitaba palabras para describirla...

Tam tam.

Tam tam.

Laura se perdió en el murmullo, quiso hacerse y hacerlo eterno, disfrutar de él hasta el infinito, pero aquel hombre tenía demasiada prisa.

—Más... —exigió, cogiéndola por la nuca y levantándola en el aire, empujándola, haciendo que los colmillos penetraran más en su yugular, profundamente, profundamente...

Temblaba tanto que sus piernas fueron incapaces de soportar el peso de los dos y terminaron en tierra, después de rodar unos metros, sin haberse separado ni un solo milímetro. Él no lo hubiese permitido y Laura, tampoco.

La velocidad se acentuó.

—¡Más!

El placer era inmenso, completo, bestial. Parecía que también iba a ser eterno, pero de pronto, sin previo aviso, el manantial redujo su inmenso caudal y poco a poco se secó.

Tam tam.

Tam...

El joven se relajó.

Laura se apartó de su lado, contrariada, furiosa, más consciente de su *Sed* que nunca. Esperaba que, habiéndole soltado, él protestaría, porque antes la había retenido con dedos crispados, pero no. Se quedó contemplando el cielo, muy quieto, con un pie sumergido en el cercano desagüe, los cordones de la bota agitándose como pequeñas serpientes.

Laura se tendió hacia allí y jugó con ellas a hundirlas con un dedo, una y otra vez, sonriendo. ¡Qué movimientos más graciosos! Solo se oía el rumor del agua y el gemido del viento entre los árboles. Luego vio algo, un insecto, que se movía raudo por la hierba, y lo siguió con la vista, atentamente. Cuando calculó bien las distancias, se abalanzó sobre él, pegando un salto, como un gato, intentando cazarlo.

El bicho, una especie de escarabajo grande y tripudo, se escurrió más por suerte que por habilidad, pero Laura siguió en el empeño y consiguió atraparlo cuando trepaba trabajosamente por la mano de alguien que estaba tumbado allí, mirando al cielo... Era un hombre, bastante joven, con el cabello muy rizado.

Laura le observó pensativa, mientras masticaba el escarabajo. Al principio, le hizo gracia, porque era tonto. ¡Mira que tumbarse allí sin hacer nada cuando aquel mundo oscuro y suave estaba tan lleno de cosas con las que jugar! «Tonto, tonto, tonto», como alguien que ladraba y que se había quedado encerrado en... consiguió esquivar justo a tiempo el pensamiento, antes de que la sensación de angustia se hiciese demasiado fuerte como para espantarla.

Pero el rostro del chico le resultaba tan tremendamente conocido... y la sangre que se secaba en su cuello, sobre la herida, una herida espantosa de orificios oscuros... Laura se lamió los labios, pensativa. Conocía su sabor, volvió a sentirlo, lo tenía en la boca, entre los dientes, en la lengua, mezclado con el sabor acre del escarabajo.

Se inclinó sobre aquel cuello expuesto y empezó a limpiarlo con la lengua, lo mordió, intentando beber, intentando obtener aunque fuera un sorbo más, pero no consiguió nada.

«¿Se encuentra bien, señorita?»

Lo oyó claramente a su lado. Laura se apartó de un brinco. ¿Había sido el chico? Sí, había sido él, seguro, seguro, pero, entonces, ¿por qué no se movía? Oh, no, no había hablado, no en ese momento, comprendió de pronto, sin saber si debía sentirse aliviada o no con el descubrimiento. La pregunta solo era un recuerdo, pero lo había sentido como algo inmediato, algo vivido en ese mismo momento. Los tiempos se mezclaban en su cabeza.

Qué más daba eso, qué podía importar. El tiempo no tenía sentido en aquel lugar lejos de todo, en aquel momento eterno.

El chico había querido ayudarla. Un sentimiento de infinita ternura invadió su pecho. Qué agradable y simpático había sido, quería llevarla a algún lado donde pudieran cuidarla... Le sonrió, tentativamente, para agradecersele y para ver si se animaba a reaccionar. Igual era tímido...

No, no, había sido él quien se acercó, si no contestaba era por otra cosa. Su inmovilidad empezaba a ponerla nerviosa, porque había algo... ¿Por qué no reaccionaba de una vez? Si quería, podían jugar juntos en el mundo oscuro del largo sendero. Pero el chico no hizo nada. Siguió ignorándola. ¿Estaría enfadado?

Laura estuvo un rato sentada en el suelo, con la cabeza entre las manos, sollozando, abrumada por la agobiante sensación de que había hecho algo

terrible y el joven ya no parecía dispuesto a consolarla. No hubiese debido darle ese beso, tan profundo, tan perfecto, tan íntimo...

Quizá, tan solo dormía.

La luna estaba muy baja cuando le dio un golpe rápido, nervioso, para que despertara de una vez de su extraño sueño, pero siguió sin reaccionar, no dijo nada, ni siquiera se dignó a mirarla, aumentando su culpa, cada vez más segura de que se había enfadado. Posiblemente había decidido quedarse así por siempre, mirando eternamente al cielo, para castigarla, para hacerla pagar por su pecado. Era un ser horrible, como Caleb.

¡Caleb! Caleb montaría en cólera.

Su repentino recuerdo le provocó un sobresalto. Caleb se enfadaría, se pondría furioso de enterarse de su fuga, de su alegre caminar por el sendero, pero más, de descubrir que había bebido de un manantial tan puro, tan prohibido. Podía verlo, acusándola con sus chispeantes ojos violetas. Encontraría al joven que miraba al cielo, y él, que estaba enfadado, le contaría lo ocurrido, sin ocultar nada.

Le hablaría del río impetuoso, del sabor inmenso, de la unión absoluta, completa, plena. Traicionaría su instante íntimo. Incluso, aunque quisiera, no podría evitarlo, la delataba con aquellos brillantes ojos de cristal.

¿Y si lo escondía? ¡Claro! El mundo del sendero oscuro era inmenso. Si lo apartaba de la vista, nadie se daría cuenta, nadie se enteraría de lo ocurrido.

Animada por esta reconfortante idea, Laura lo arrastró lejos del camino y lo escondió entre unos matorrales, donde él no pudiera ver el cielo, ni ella sus ojos, ni Caleb su forma inanimada. Luego, caminó sin rumbo durante mucho tiempo, siglos, eones, primero tratando de alejarse de él y de su recuerdo, luego, cuando le olvidó, simplemente porque sí.

Finalmente, cansada, se tumbó en la hondonada que formaban las raíces de un árbol. Era un lugar cómodo y confortable. Se cubrió a sí misma de

vegetación y se dispuso a dormir, pues en el horizonte se dibujaba ya la línea rosada del amanecer.

Suspiró, satisfecha.

Ella era un ser de la noche, y su instinto le dictaba que los seres de la noche descansaban durante el día.

Valentina, recién llegada a Madrid después de estar cinco años en Nueva York, despierta en la cama de un atractivo hombre de cuyo nombre no logra acordarse y, de repente, su vida se pone patas arriba.



Si hubiera una aguja escondida en un pajar Valentina no solo la hallaría, sino que además se pincharía con ella. Eso es lo que le sucede con Lucas, ¿acaso la ciudad es tan diminuta que tiene que encontrarse con él en los sitios más inesperados? Ella no quiere complicarse la vida con ningún hombre, y mucho menos con ese GEO tan sexi y atractivo..., pero es que él es atento, amable, divertido... ¡y está más bueno que comer pollo con los dedos! Lo malo... Lo malo es que el policía del Grupo de los Cuerpos Especiales está saliendo con alguien.

Para Lucas la situación no es fácil. ¡Con la cantidad de mujeres que hay en el mundo y se ha tenido que enamorar de la única de la que debería mantenerse alejado! Sin embargo, no está dispuesto a dejarla marchar, no solo porque es una chica preciosa —aunque alguien debería lavarle la boca con agua y jabón—, sino porque es diferente, imprevisible, le hace reír y está completamente loco por ella.

A Valentina ni se le pasa por la cabeza enredarse en una historia de tres, y mucho menos desde que sabe quién es la tercera en discordia. Ay, pero a ella siempre le han gustado los retos y no para de decirse: «Valentina, no lo pienses más, ¡pon un GEO en tu vida!».

Con esta segunda entrega de la bilogía Un cuerpo muy especial, Sandra Bree nos arrancará de nuevo más de una carcajada, algún que otro suspiro

y, sobre todo, nos procurara un rato divertidísimo de lectura.

Sandra Bree (Sandra Palacios) es una ávida lectora desde que era muy jovencita. Sus novelas preferidas son las románticas, ya sean históricas, contemporáneas, paranormales y juveniles. Aunque en su biblioteca personal tiene una amplia gama de géneros, suspense, policíacas... Nació en la primavera de 1971 en Madrid capital y vivió sus primeros años en el castizo barrio de Lavapiés. Luego se trasladó al sur de la comunidad, donde realizó sus estudios. Ahora reside allí con su marido y sus tres hijos. Ama la naturaleza, es adicta a la coca-cola y ha publicado varios libros hasta la fecha.

Edición en formato digital: abril de 2019

© 2019, Sandra Bree

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17610-85-2

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

NOTAS

Capítulo 2

[1] Técnicos Especialistas en Desactivación de Artefactos Explosivos.

Índice

Pon un geo en tu vida

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Epilogo

Nota de autora

Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Sandra Bree

Créditos

Notas